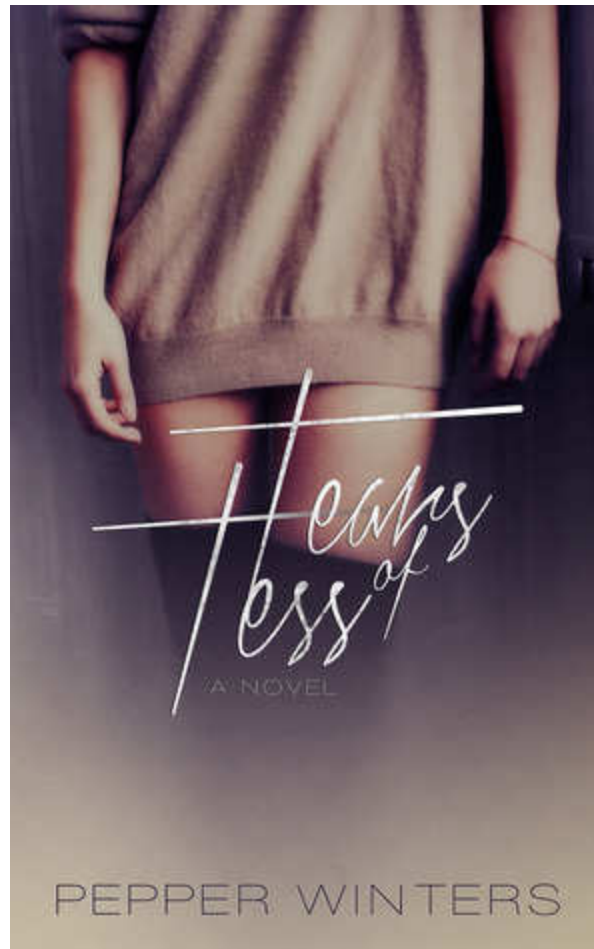


TEARS OF TESS. A NOVEL
PEPPER WINTERS



Traducción: Aida M. García Bartolomé
y Cherie.

Dedicatoria

Este libro está dedicado a todos los bloggers, a todos los amigos de Facebooks, a los lectores beta, entrevistadores y a toda esa gente increíble de la web. El éxito de Tears of Tess es gracias a esta gente maravillosa.

Muchísimas gracias, de todo corazón.

Prólogo

Tres palabras muy cortas.

Si alguien me preguntara qué era lo que más miedo me daba, me robaba el aliento, y hacía que la vida me pasase por delante de mis ojos, diría tres palabras muy cortas.

¿Cómo se podía haber ido mi vida perfecta en picado hasta llegar al infierno?

¿Cómo podía mi amor por Brax torcerse tanto, hasta no poder repararse?

La capucha negra y húmeda que había encima de mi cabeza sofocaba mis pensamientos.

Estaba sentada con las manos detrás de la espalda. Me froté las muñecas contra la cuerda, sangrarían enseguida.

Ruido.

La puerta de carga del avión se abrió y escuché que los pasos venían hacia aquí. Mis sentidos estaban embotados, silenciados por la capucha negra; mi mente se volvía loca con imágenes llenas de terror. ¿Me violaron? ¿Me mutilaron? ¿Podría ver a Brax de nuevo?

Escuché voces de hombres discutiendo, y alguien me cogió del brazo para levantarme. Me estremecí y grité, y alguien me dio un puñetazo en el estómago.

Las lágrimas corrían por mi cara. Las primeras lágrimas derramadas, pero sin duda serían las últimas.

Este era mi nuevo futuro. El destino me arrojó a los bastardos de Hades.

“Esa.”

Mi estómago se retorció, amenazando con vomitar. Oh, Dios.

Tres palabras muy cortas: *Me habían vendido.*

CAPÍTULO 1

Starling

“**¿A dónde me llevas, Brax?**” me sale una risita mientras mi novio de dos años, cogía la maleta de mis manos y sonreía.

Cruzamos el umbral del aeropuerto y los nervios revolotean en mi estómago.

Hace una semana, Brax me sorprendió con una cena romántica y un sobre. Lo agarré y le abracé hasta casi asfixiarlo cuando saqué dos billetes de avión con los destinados oscurecidos por un subrayador.

Mi dulce y perfecto novio, Brax Clifflingstone me llevaba a algún lugar exótico. Y eso significaba conexión, sexo y diversión. Lo necesitaba urgentemente.

Brax nunca había sido capaz de guardar un secreto. No sabía mentir, porque cada vez que mentía sus ojos azules se movían hacia arriba y hacia la izquierda, y sus orejas se ponían rojas.

Pero, de alguna manera, no me dijo nada de las misteriosas vacaciones. Como cualquier mujer de veinte años, busqué en nuestro apartamento sin piedad. Asalté el cajón de su ropa interior, el compartimento de la PlayStation y todos los otros escondites secretos donde podría haber guardado las reservas del avión. Pero, a pesar de mi espionaje, no encontré nada.

Así que, mientras estaba de pie en el aeropuerto de Melbourne, con mi sonriente novio y con nervios en mi corazón, sólo podía sonreír como una idiota.

“**No te lo voy a decir. La azafata del avión puede arruinar mi sorpresa.**” Él se rio entre dientes. “**Si fuera por mí, no te lo diría hasta que llegásemos al complejo.**”

Dejó caer la maleta y me arrastró hacia él con una sonrisa. “**De hecho, si pudiera, te vendería los ojos hasta que llegásemos allí, eso sí que sería toda una sorpresa.**”

Me imaginé imágenes calientes y sexys de Brax vendándome los ojos, llevándome más o menos, a su merced.

Oh, Dios, no vuelvas allí de nuevo, Tess. Ibas a bloquear pensamientos de ese tipo, ¿recuerdas?

Ignorándome, me quedé sin aliento cuando los dedos de Brax me rozaron. Me estremecí.

“**Podrías hacerlo, ¿sabes?**” le susurré, bajando los párpados. “**Podrías atarme...**”

En lugar de abalanzarse y besarme como un loco para ofrecerle la oportunidad de dominar, Brax tragó saliva y me miró como si le hubiese abofeteado con un pescado muerto.

“**Tess, ¿qué demonios? Esta es la tercera vez que has bromeado con la esclavitud.**”

El rechazo me aplastó, y miré hacia abajo. Había estado un hormigueo entre mis piernas, pero Brax me empujó de nuevo a la caja de donde había salido. Fuera de la caja era la novia perfecta e inocente que haría cualquier cosa por él.

Quería una nueva etiqueta: novia que haría cualquier cosa por ser atada, azotada y follada por todo lo que adoraba.

Brax parecía muy decepcionado y me odiaba a mí misma. *Tengo que parar esto.*

Me recordé a mí mismo durante tres segundos, que la maravillosa relación que tenía con este hombre era mucho más importante que el juego en el dormitorio.

Murmuré, **“Ha pasado mucho tiempo. Casi un mes y medio.”** Recordé la fecha exacta cuando tuvimos sexo sin brillo, en la típica postura del misionero.

Brax había echado horas extras, mi curso de la universidad exigió una gran cantidad de capacidad intelectual, y de alguna manera, la vida se volvió más importante que un rollo debajo de las sábanas.

Se quedó inmóvil, mirando a nuestro alrededor, a la gente.

“Un gran momento para sacar el tema.”

Me movió hacia un lado, mirando a una pareja que se acercaba demasiado.

“¿Podemos hablar de esto más tarde?” Agachó la cabeza y me besó en la mejilla.

“Te amo, hun. Cuando no estemos tan ocupados, tendremos más tiempo para estar a solas.”

“¿Y estas vacaciones? ¿Me llevas como la novia que adoras?”

Brax sonrió y me envolvió en un abrazo.

“Todas las noches. Tienes que esperar.”

Sonreí, dejando que la anticipación y la felicidad disiparan la angustia. Brax y yo queríamos cosas diferentes en el dormitorio, y esperaba no arruinarlo todo por eso.

Mi sangre hervía a fuego lento por cosas que no eran precisamente dulces. Cosas que no tenía el valor de decir. Cosas pecaminosas que me ponían muy caliente, y no eran simples besos.

Y de pie en sus brazos, en un lugar público, con esa sonrisa sexy en su boca, y las manos en mi cintura, me estremecí. Este viaje sería exactamente lo que necesitábamos.

Él rozó sus labios contra los míos, sin lengua, y tuve que apretar mis piernas para detener las vibraciones que amenazaban por apoderarse de mí. *¿Hay algo malo en mí?* Seguramente, no debería ser así. Tal vez había una cora, algo para no tener tanto deseo.

Brax me echó hacia atrás y me dijo sonriendo. **“Eres hermosa.”**

Mis ojos miraron su boca, y respiré más rápido. ¿Qué haría Brax si lo empujara contra la pared y lo tentara en público? Mi mente volvió a esa fantasía.

Tragué saliva, luchando contra esos pensamientos demasiado tentadores.

“Tú tampoco estás tan mal,” bromeé, tirando de su camiseta azul celeste que hacía juego con sus ojos.

Amaba a este hombre, pero le echaba de menos al mismo tiempo. ¿Cómo era posible? Había una vida entre nosotros: el curso de la universidad me robaba cinco días a la semana, por no hablar de los deberes, y el jefe de Brax consiguió un contrato para construir un edificio en el corazón de la ciudad.

Cada mes daba paso al siguiente, y hacer el amor se convirtió en la música de fondo de Call of Duty para la PlayStation, y dibujo arquitectónico era un crédito adicional que había firmado.

Pero todo eso iba a cambiar. Nuestra vida juntos mejoraría, porque iba a seducir a este hombre. Había echado en las maletas sorpresas traviesas para enseñárselas a Brax y que viese lo que me enciende. Tenía que hacer esto para salvar mi cordura, para salvar mi relación.

Los dedos de Brax me apretaron la cintura y se apartó, agachándose para coger las maletas otra vez.

Si quería seducirlo, ¿no es mejor sólo ir a por él? Planificar y soñar se sentía mal mientras estaba de pie justo enfrente de mí.

Dejé caer mi bolso y cogí las solapas de su chaqueta color beige, tirando de él hacia mí.

Aplasté su boca con la mía. Sus ojos brillaron mientras me inclinaba hacia adelante, presionando todo mi cuerpo contra el suyo. *Me siente. Me necesita.*

Sabía a zumo de naranja, sus labios eran cálidos, tan cálidos. Mi lengua intentó encontrarse con la suya, pero las manos de Brax aterrizaron sobre mis hombros, sosteniéndome.

Alguien aplaudió y dijo. **“¡Le estás atacando, chica!”**

Brax dio un paso atrás, mirando por encima de mi hombro al espectador. Él me miró y vi enfado en sus ojos.

“Bonito espectáculo, Tess. ¿Hemos terminado? ¿Ya podemos ir a registrarnos?”

La decepción se apoderó de mi vientre como una pesada roca. Él sintió mi estado de ánimo -como siempre hacía- y me abrazó de nuevo.

“Lo siento. Sabes que odio las demostraciones de cariño en público. Cuando estamos nosotros solos, soy todo tuyo.”

Sonrió y asentí.

“Tienes razón. Lo siento. Estoy tan emocionada por irme de vacaciones contigo.”

Bajé la mirada, dejando que mis rizos rubios cubrieran mi cara.

Por favor, que no me vea el rechazo en los ojos. Brax solía decir que mis ojos le recordaban a las plumas de paloma como el ave blanca volando a través del cielo.

Podía ser muy poético, mi Brax. Pero no quería más poesía. Quería... no sabía lo que quería.

Él se rio entre dientes. **“Tienes razón, yo también estoy así.”** Alzó una ceja y nos dirigimos hasta el registro de entrada. La chica que dijo antes que le estaba atacando, me guiñó el ojo y me subió el pulgar.

Sonreí, ocultando el dolor residual que el ataque me había inspirado. Nos pusimos en la cola y miré a mi alrededor. Eran como peces en un estanque. El ambiente de aeropuerto nunca dejaba de excitarme. No es que haya viajado mucho, pero antes de empezar el curso universitario, viajé a Sydney para estudiar la arquitectura de allí, y esbozar. Me encantaba esbozar edificios.

Cuando tenía diez años, mis padres me llevaron a mi hermano y a mí a Bali durante una semana. No es que fuera divertido ir de vacaciones con mi hermano de treinta años, y unos padres que me despreciaban.

Me hacía daño pensar en ellos. Cuando me mudé con Brax hace dieciocho meses, me aparté completamente de mis padres. Después de todo, tenían casi setenta años, y se centraban en sus "cosas importantes" en vez de en mí, que había venido con veinte años de retraso. Era un error terrible, así es como me recordaban.

Habían estado tan horrorizados en el embarazo, que rápidamente demandaron al médico que le hizo la vasectomía a mi padre.

Y el viejo enemigo, el rechazo, gobernó mi vida. Supuse que la desesperación por conectar con Brax era una manera de confirmar que alguien me necesitaba. No es que quisiera intimidad, es que la necesitaba. Necesitaba sentir sus manos sobre mí, su cuerpo con el mío. Era un deseo que nunca me dejaba en paz.

Parpadeé, poniendo lo imposible juntos. Necesitaba a Brax porque necesitaba ser reclamada.

Oh, dios mío, ¿soy yo la que ha metido la pata?

Seguí a Brax, como en un sueño, al mostrador y le dejé poner la maleta en el peso.

“Buenos días. Billetes y pasaportes, por favor,” dijo la chica que llevaba un uniforme elegante.

Hurgando con las etiquetas de equipaje, Brax me preguntó: **“Cariño, ¿puedes darle los billetes? Están en mi bolsillo trasero.”**

Saqué la cartera de viaje del bolsillo de sus holgados vaqueros. Aunque Brax tenía veintitrés años, todavía vestía como un adolescente.

Apreté su trasero. Sus ojos brillaron y frunció el ceño.

Forcé una sonrisa brillante, y entregué nuestra documentación a la chica.

Ni siquiera comprobé a dónde íbamos, estaba demasiado centrada en ignorar las punzadas de tristeza. *¿Era demasiado sexual?* Mis temores tenían razón. Estaba mal hecha.

“Gracias.” La chica bajó los ojos, mostrando unos párpados con mucha sombra. Su cabello castaño estaba peinado hacia atrás en un moño apretado, y parecía de plástico

con tanta laca en el pelo. Se mordió los labios y sacó muchos billetes antes de comprobar nuestros pasaportes.

“¿Queréis que vuestras maletas estén en el portaaviones todo el camino hasta Cancún?”

¿Cancún? Mi corazón se aceleró. Guau. Brax se había superado a sí mismo. Nunca hubiera pensado que viajaría tan lejos de casa. Me volví y le besé en la mejilla.

“Muchas gracias, Brax.”

Su rostro se suavizó y me cogió la mano.

“De nada. No hay mejor manera de celebrar nuestro futuro que ir a un país que valora la amistad y la familia.” Se inclinó más cerca. **“Leí que los domingos, las calles se llenan de gente bailando. Todo el mundo queda conectada por la música.”**

Por esto lo amaba, a pesar de no estar completamente satisfecha, Brax sufría las mismas inseguridades. No tenía a nadie más que a mí. Sus padres murieron en un accidente de coche cuando cumplió diecisiete años, era hijo único.

Brax poseía el apartamento en el que vivíamos, lo pagó gracias al seguro de vida y el husky de su padre, Blizzard, vino con él.

Blizzard y yo no nos podíamos ni ver, pero Brax amaba al perro como si fuera un oso de peluche, así que toleré a la bestia y mantuve mis cosas lejos de su alcance.

“Eres el mejor.”

Capturé su barbilla y le di un beso, sin importarme que se sintiera incómodo. Joder, la pareja que estaba a nuestro lado parecía que estuvieran a punto de acostarse, y comparados con nosotros, un beso en la boca no era nada.

La chica suspiró por encima del mostrador. **“¿Es vuestra luna de miel? Cancún es increíble. Mi novio y yo fuimos hace unos años. Es muy caluroso y divertido. Y la música es tan sexy, que no podíamos quitarnos las manos de encima.”**

Me vinieron imágenes a la cabeza de cuando me pusiera el nuevo bikini sexy que me había comprado, dando vueltas alrededor de Brax. Tal vez un cambio de escenario podría amplificar nuestra lujuria.

Le dije, **“No, no es nuestra luna de miel. Sólo es una celebración.”**

Brax sonrió, con los ojos brillantes.

Una idea me pasó por la mente. ¿Este viaje era especial? ¿Brax iba a pedirme matrimonio? Esperé a que la alegría me llenara el corazón al pensar en que me iba a convertir en la señora Clifflingstone, pero una oleada de comodidad me llenó. Diría que sí.

Brax me necesitaba, con él estaba a salvo. Yo le quería igual.

Se hizo el silencio mientras la chica tecleaba en el ordenador e imprimía nuestras tarjetas de embarque. Después de etiquetar las maletas, nos devolvió los pasaportes.

“Sus maletas estarán en el portaaviones todo el camino hasta México, pero pararéis en Los Ángeles durante cuatro horas. Por favor, id a través de inmigración y pasar a la sala de embarque. Embarcarán a las once y media.”

Brax cogió la documentación y se colocó la bolsa del portátil. Me cogió la mano y dijo, **“Gracias.”**

Teníamos poco más de una hora antes de embarcar. Podíamos hacer un montón de cosas para hacer, pero dudaba que Brax quisiera.

Pero nos íbamos a México, nos esperaban un país y una cama diferentes. Podía esperar.

Me hice a la idea de que esta noche marcaría un nuevo comienzo para nosotros. Adiós alegría, hola lujuria. Nuestra relación va a rugir con el amor y la llama. Me aseguraría de ello. Sí, las cosas esta noche serían diferentes. Necesitaba que fueran diferentes.

CAPÍTULO 2

Blue Jay

En algún lugar, a cientos de kilómetros de la tierra, me desperté seca, sin aire que circulara, y el olor de la cena.

Brax puso sus labios sobre mi cabeza.

“La cena está servida, cariño.”

Me deslicé en posición vertical en la presión de mi silla, haciendo una mueca porque mi trasero estaba plano ya.

Maldito agujero, íbamos a tardar mucho en viajar por todo el mundo. Una azafata apareció con un carro mientras avanzaba lentamente por el pasillo, sonreía y entregaba bandejas envueltas en papel de aluminio.

“¿Qué quieres?” preguntó Brax, tapándose la boca para ahogar un gran bostezo. Sabía cómo se sentía. Todo lo que quería era una ducha de agua caliente, una cama suave y que Brax me abrazara.

Me encogí de hombros. **“No sé. ¿Cuáles son las opciones?”**

La azafata llegó a nuestros asientos, radiante. **“¿Cazuela de pollo o carne de res salteada?”**

Ambos sonaban poco atractivos, pero dije, **“Pollo, por favor.”**

Brax pidió lo otro, y el silencio reinó mientras comíamos. Estaba pensando cuando llegásemos al hotel. La película pasaba por mi mente: besarlo y abalanzarme sobre él con necesidad.

Brax me levantaría la falda y me haría el amor delante de los huéspedes. *Mi libido estaba por las nubes.*

Los aleteos no se detenían en la parte más oscura de mi vientre. El conocimiento de que finalmente iba a confesar lo que necesitaba sexualmente, me aterrorizaba y me emocionaba a la vez.

Brax sonrió, masticando un pedazo de brócoli. **“¿Qué estás pensando? Estás con tu mirada de atún atónito.”**

Oh, nada, cariño. Sólo fantaseaba con que me cogiera de las muñecas y me diera duro. Probablemente se arrojaría fuera del avión. Yo era la que torcía esta relación, yo era la que tenía que cambiar.

Cambiar a Brax sería imposible.

Miré a mi comida, moviendo un trozo de pollo seco.

“Estaba pensando en lo mucho que te quiero, y en cómo no puedo esperar para estar en la cama. Sola.”

Su cara se suavizó, era tan guapo... La poca luz que había le destacaba la mandíbula suavemente, los ojos azules y el pelo castaño. Además de sus fuertes brazos. Me encantaba que se hubiera tan grande y fuerte, me podía dominar tan fácilmente... pero

nunca lo hacía. Me trataba como si fuera cristal y me colocaba en un pedestal para que permaneciera limpia y perfecta.

Presionó su frente contra la mía.

“Yo también te quiero. Estoy tan feliz de que vayamos a pasar estas vacaciones juntos.”

Apartó su comida y metió la mano torpemente en el bolsillo.

“Tengo un regalo para ti, para que te acuerdes de estas increíbles vacaciones.”

No podía respirar. Mi lengua se convirtió en un ladrillo y la saliva se transformó en el mortero.

Dejó caer una caja de terciopelo negro en mi regazo y luego se frotó la parte posterior del cuello.

“Sé que llevamos dos años juntos y te quiero con todo mi corazón, Tess. Pero cada año que paso contigo, me pongo más nervioso por miedo a perderte.”

De repente, me vinieron a la cabeza los viejos demonios de nuestro pasado, acechándonos. Me incliné, besando sus labios suavemente, como a él le gustaba. Mi corazón estaba herido por él. ¿Volvería a superar la pérdida de sus padres? Los médicos dijeron que sus pesadillas nocturnas pararían con el tiempo, pero habían pasado seis años ya, y él no podía dormir todavía sin las pastillas.

Le susurré, **“Nunca me perderás, Brax. Nunca. Lo juro.”**

Le volví a dar un beso y sus labios se abrieron. Su lengua salió y me lamió el labio inferior, enviándome estrellitas de calor.

Gemí y me apreté con más fuerza, con más intensidad. Se echó hacia atrás, sonriendo tímidamente. Sus ojos se fijaron en las demás personas como si nos hubieran visto todos.

Murmuré, **“¿Puedo abrirlo ahora?”**

Su rostro brilló con confusión.

“¿Qué?”

Mi satisfacción femenina se hinchó, lo había distraído lo suficiente con un beso como para olvidar.

“El regalo. ¿Puedo abrirlo ahora o tengo que esperar hasta que lleguemos al hotel?”

La audacia crepitaba y le susurré, **“Porque también tengo un regalo para ti, pero tienes que esperar hasta que lleguemos.”**

Estaba a punto de estallar.

“Puedes abrirlo ahora.”

Sonreí, y agarré la caja muy feliz. Brax estaba respondiendo.

Abrí la caja y se me paró el corazón.

“Brax, es... precioso.”

“¿Te gusta?” su voz se intensificó como un niño cuando sacó el brazalete de la caja de terciopelo.

“No me gusta, me encanta.”

Puse la caja en mi regazo, y me puse el regalo en la muñeca. No podía apartar los ojos de la joya de plata. Nos simbolizaba: corazones entrelazados con hilos de plata, y el destello ocasional de diamantes en el centro de cada corazón.

Los dedos de Brax me rozaron la parte inferior de la muñeca, asegurando el cierre. Me estremecí, suspiré y temblé.

“Tess... Yo...”

La tensión se interpuso entre nosotros, como una flor que crecía rápidamente, y me dolía. Sufría por él. Sufría por no tener su cuerpo. Había algo caliente en nuestras miradas, y Brax apretó la mandíbula.

Bajó los ojos y rompió el hecho.

Fingiendo que no había pasado nada, puse la cabeza en su hombro, observando mi nueva pulsera.

“Nunca me lo quitaré.”

Suspiró, acurrucándose más cerca y besándome la parte superior de la cabeza.

“No quiero que lo hagas. Es para siempre, como yo.”

Inhalé bruscamente, respirando su aroma de manzana de nuestro gel de baño.

¿Alguna vez dejaría de hacerme daño y de curarme a la misma vez?

“Para siempre,” le susurré y cerré los ojos.

La próxima vez que me desperté, sentí cómo aterrizábamos en la pista y vi una nube de niebla. El aeropuerto estaba lleno de gente, incluso a la una de la mañana, y pasamos por el mar de pasajeros a través de inmigración.

Cuando estuvimos fuera, donde estaban los taxis, me picaban los ojos como los gatos y mi cabeza parecía de algodón.

Dejé que Brax buscase el camino, siguiéndole obedientemente mientras buscaba nuestro conductor que nos iba a llevar al hotel.

“Quédate aquí. Voy a preguntar en el mostrador de información. El hotel debería haber dispuesto un servicio de transporte para nosotros.”

Dejó las maletas en la acera, cogió su maletín del portátil y lo puso entre mis pies.

“No te preocupes. Yo protegeré las maletas.”

Acaricié mi mejilla y me dijo, **“Vuelvo enseguida.”**

Sonreí, cogiendo su mano mientras se alejaba.

“Te voy a echar de menos mientras.”

Con una sonrisa, se dio la vuelta y volvió por donde habíamos venido, mientras yo admiraba su culo en esos vaqueros holgados. Me encantaría verlo con un traje, o por lo

menos con unos pantalones ajustados. No importaba cuántos elogios le dijera, Brax nunca se lo creía. Tonto. No se daba cuenta en cómo le miraban las mujeres, pero yo sí lo hacía.

Pasaron diez minutos, y me senté encima de nuestras bolsas, mis nervios se acrecentaban. México era ruidoso, bullicioso, y el aire era muy pesado y había mucho humedad. Estábamos acostumbrados al calor en Australia, pero el calor de allí era seco. Sentía que tenía la ropa mojada y que mi pelo se estaba rizando.

“Perdone, señorita.”

Giré y miré detrás de mí. Un mexicano muy guapo se quitó una gorra de béisbol y se inclinó ligeramente. Sus ojos negros me observaban, y me hizo retorcerme.

“¿Sí?” le pregunté, poniéndome de pie, y buscando a Brax por el rabillo del ojo.

¿Dónde diablos estaba?

“Me preguntaba si estaba aquí sola. ¿Necesita que la lleve a alguna parte? Tengo un taxi y te puedo llevar a donde quieras ir.”

Una amplia sonrisa mostró sus dientes manchados y la piel alrededor de sus ojos se arrugó de manera amistosa.

Mis instintos no me transmitían miedo, así que me relajé un poco.

“No, gracias. Estoy aquí con mi nov...”

“¿Tess?” Brax apareció de repente y se quedó mirando al hombre. **“¿Puedo ayudarle?”**

El hombre retrocedió, volviéndose a poner la gorra de béisbol.

“No, en absoluto, señor. Sólo quería asegurarme de que una chica tan bonita estuviera a salvo. Esta ciudad no es segura para una chica sola.”

Brax hinchó el pecho y me arrastró hacia él. Mis ojos se abrieron cuando me apretó los hombros.

“Ella está segura. Gracias por preocuparse.”

Se volvió hacia mí, despidiendo al hombre.

“He encontrado ya al conductor que nos va a llevar al hotel, ¿estás lista para irnos?”

Asentí con la cabeza, mirando donde había estado el hombre, pero había desaparecido en medio de la multitud. Me mordí el labio; ¿no estaba segura en este país?

Había oído todo tipo de historias macabras. De cualquier manera, no iba a dejar que Brax se fuera muy lejos otra vez. No era tan estúpida como para pensar en algo que me pudiera perjudicar.

Nuestras maletas pasaron los siguientes cuarenta y cinco minutos rebotando y desviándose en las carreteras mexicanas. El tráfico era psicótico, parecía que iba a haber un accidente en cualquier momento, sentía el corazón en la garganta. Los semáforos no significaban nada. Los peatones y los ciclistas iban en masa, como un

organismo vivo a las dos de la mañana. Si todo esto era una locura ahora mismo, ¿cómo demonios sería durante las horas normales?

Parecía que la gente de aquí no dormía. Cada bar por el que pasábamos tenía gente bailando salsa, todo eso disipaba mi sueño. Quería bailar, frotarme contra Brax, beber cócteles deliciosos y disfrutar uno del otro.

Me enamoré inmediatamente de México.

Me había pasado la vida entera pensando que era tímida, que mi familia no me quería, pero gracias a eso descubrí que era una bailarina llena de lujuria con muchos deseos oscuros. Este viaje me permitiría conocerme, y encontrar mi verdadero yo. Dejaría de ser Tess, la chica que no se había puesto de pie en su vida -la chica que se transformó en lo que los demás querían. *Iba a encontrar a la verdadera Tess*. Mi estómago se retorció. ¿Y si mi verdadero yo no era digno de Brax?

Llegamos a un gran resort con sombreros y frutas tropicales. Había una fuente con unos chorros muy altos de agua, que casi tocaban el techo de tres pisos.

Un botones llevó nuestro equipaje y mientras Brax nos registraba en el hotel. Yo vagaba con felicidad y asombro. El resort era una selva viviente: palmeras, helechos y exotismo en cada esquina.

Vibraba con antelación. No me importaba que lleváramos sin dormir veinticuatro horas. Quería explorar y caminar por la playa que oía a lo lejos. La bofetada suave de las olas sobre la arena me seducía para nadar desnudos y hacer el amor bajo la luz de la luna. Unos brazos me agarraron de la cintura, tirándome hacia atrás. Di un grito ahogado, aterricé contra unos músculos duros y ropa arrugada. Brax me besó la clavícula y me estremecí.

“¿Lista para la cama, hun?”

Oh sí, estaba lista para irnos a la cama. Más que lista.

Asentí sin aliento.

Brax me giró y cogió el equipaje a la misma vez. Había un botón detrás, sonriendo con indulgencia.

“Por favor, adelante. Yo cogeré vuestras maletas.”

Entramos en el ascensor con el botones. El espejo reflejaba en cada dirección. Mi pelo era un nido de pájaro enredado mi blusa estaba lista para un lavado, y mis ojos grises azulados brillaban con lujuria y amor.

Esperaba que Brax me lo notase. Me preocupaba mucho por él.

Sus ojos azules eran cálidos.

Bajamos del ascensor, y fuimos a nuestra habitación. El pasillo era una terraza amplia, al aire libre, con enormes helechos y pequeños asientos acogedores donde había mucha privacidad.

“Es esta, con su permiso, señor,” dijo el botones, señalando una puerta.

Brax sonrió e insertó la tarjeta de acceso. Una vez que colocó la tarjeta, se encendió una luz, y avancé en trance.

La habitación estaba decorada con estilo mexicano y también tenía pinturas brillantes, además la colcha era una fiesta de color y texturas.

Alfombras de colores púrpuras, rojos y amarillos tejidas a mano cubrían el suelo de madera.

Grité con asombro infantil y fui corriendo al balcón. La oscuridad de las tinieblas me susurró mágicamente mientras escuchaba las olas en la orilla.

Cielo. *Estoy en el cielo.*

Brax le dio propina al botones y cerró la puerta. Me giré hacia él, y se aceleró mi respiración. Finalmente estábamos solos después de este loco y largo viaje.

Mi nueva pulsera tintineó, haciendo que mi corazón se desbordase de alegría. Di un paso hacia él.

Brax extendió los brazos, con aspecto cansado pero feliz.

Me abrazó y apoyó la barbilla en mi cabeza.

“Lo siento, no podía permitirme un hotel de cinco estrellas, Tessie.”

Mis ojos se abrieron como platos. Estábamos en medio de un sueño y le preocupaba por no haber podido darme más. ¿No podía ver que todo esto era perfecto?

No respondí. En cambio, le capturé el rostro con mis manos. Se quedó inmóvil, mirándome profundamente a los ojos. Le envié mensajes de hambre y necesidad.

Quería meterme dentro de su alma y encender un fuego para que coincidiera con las llamas que yo tenía dentro.

Le di un beso.

Brax inclinó la cabeza, permitiendo que mi lengua se escabullera entre sus labios, pero él no quería ir a más. *Venga. Por favor, necesito más.*

Le besé más fuerte, presionándome contra él con urgencia. Estaba demasiado caliente.

Le necesitaba demasiado, durante demasiado tiempo. Debería haber hablado antes con él, necesitaba ser poseída. Durante meses, me sentía a la deriva, como si él ya no fuera mi ancla. Lo necesitaba para recordarme que le pertenecía, al igual que él me pertenecía.

Brax se bajo mis besos, torciendo los labios.

“¿Qué te pasa, Tess? No puedes mantener tus manos lejos de mí.”

Mi estómago se retorció y sonrojé.

“¿Tan malo es que te desee? ¿Que te necesite? Estamos en un país nuevo.

¿Podemos celebrar nuestra primera noche?” Mis ojos se dirigieron a la cama y volví la mirada. **“Podríamos ducharnos juntos, y entonces podré enseñarte mi regalo.”**

Mi regalo consistía en vestirme con medias de rejilla, ligero y el ridículo y caro sujetador push-up que compré. Lo había planeado todo. Esperaba que Brax se quedara boquiabierto, haciéndome sentir como una diosa. Le haría un masaje con aceite

corporal de fresa, hasta que no pudiera soportarlo más y me atase las muñecas con mis bragas. Él me llevaría por detrás, y nuestros cuerpos se deslizarían juntos. Incluso había estado en el centro de belleza y me había depilado dolorosamente en mis partes bajas especialmente para la ocasión.

Temblaba ante la idea de que se le oscureciese la mirada a Brax, que su cuerpo se pusiera salvaje y posesivo.

Me dio un beso en los labios, gimiendo, **“Estoy muy cansado. ¿Podemos dejar la ducha para mañana?”**

La decepción me inundó totalmente, empapando mi necesidad como agua helada. No quería llorar, así que bajé los brazos y me liberé del abrazo de Brax.

“Está bien, lo entiendo.”

Suspiró.

“Está bien, está bien. Si me necesitas tanto, jugaré.”

Su voz estaba resignada, pero él sonrió con cansancio.

¿Éramos tan rancios?

La pasión dio paso al miedo. No podía enseñarle el regalo ahora. No cuando parecía que estaba feliz con que lo hiciéramos cada dos meses haciendo el misionero. No quería que pensara que era un perversa sexual, o arruinar nuestras vacaciones antes de que hubieran empezado.

No quería decir mis secretos. Era un error pensar que podía.

“No, tienes razón. Es tarde, deberíamos ir a dormir,” murmuré.

Me alejé y no pasó mucho antes de que Brax me cogiese del codo. Gimiendo, se pasó una mano por el pelo castaño.

“¿Por qué haces esto?”

Parpadeé. **“¿Hacer qué?”**

“Mentir. Tú nunca mientes.”

La vergüenza brillaba sobre mi piel. Miré a la alfombra brillante que había en el suelo.

“Lo siento, Brax. No te lo voy a enseñar.”

Se enderezó y aspiró una bocanada de aire.

“¿Por qué? ¿Qué ha cambiado?”

Lágrimas inútiles invadieron mis ojos. *¡Para de llorar!*

Esto estaba mal, era diferente. Pero yo ya no quería ser diferente. Quería complacer a Brax. Odiaba ser egoísta. *Soy una persona horrible.*

Se agachó, mirándome a los ojos vidriosos.

“Oye, Tess. ¿Qué pasa? Dímelo.”

Me llevó a la cama y me puso en su regazo. Me acurruqué en su pecho.

¿Qué pasaría si se lo dijera y me odiara? Me apartaría y me dejaría sola, como hicieron mis padres. Sería otro *error*.

No le respondí, tratando de desenredar mis desordenados pensamientos.

Brax murmuró: "¿Recuerdas cómo nos conocimos? ¿Lo que me dijiste?"

Por supuesto que me acordaba. Él me había hecho sangrar. Nuestro primer encuentro no se ajusta exactamente a la primera cita. Me reí en voz baja.

"Te dije gilipollas."

Él se echó a reír.

"No es eso."

Mientras me acariciaba la espalda, se zambulló en los recuerdos del pasado.

"Estaba paseando con Blizzard por la playa y le lancé un palo. De la nada, apareció una chica como un ángel, completamente fuera de control en una tabla de kite board. Una gran ráfaga de viento la catapultó fuera del agua y fue derecha a la cara de mi husky."

Una lesión fantasma me vino a la memoria. Había sido una idiota al pensar que podía hacer kite board. Había sido un intento de salir de mi zona de confort. Fracasó de manera drástica.

Brax continuó, **"No me lo podía creer cuando tu comenta se fue volando por la playa, arrastrándote a ti y a mi perro. Me las arreglé para abalanzarme sobre ti, pero tardé media hora en desenredar a Blizzard con todas esas cuerdas y anerses."** Su mirada se ensombreció. **"Estaba muy preocupado cuando por fin os liberé. Tenías sangre en el hombro y tenías un ojo negro. Mi pobre perro tenía una pata dolorida y el palo se había roto."**

Me pasó un dedo por el pómulos.

El palo roto había causado que me sangrara el hombro. Maldito palo.

"Te pregunté si querías ir al hospital, y me dijiste que sí parecía que estaba muy mal. No quería asustarte, así que te mentí. Te dije que sólo era un rasguño, cuando en realidad era un enorme agujero, chorreando sangre y pedazos de corteza saliendo por todas partes. Te mentí porque no sabía qué decir."

Me estremecí. Había sido bastante malo. Me pusieron ocho puntos, pero Brax nunca se fue de mi lado.

"Te mentí y tú me dijiste..."

"Nunca mientas. La verdad duele menos que unas mentirijillas y unas farsas." Me acordé de ese día como si hubiera sucedido hace dos horas. Me habían hecho daño, porque era mi dieciocho cumpleaños y mis padres se olvidaron.

"La verdad duele menos que unas mentirijillas y unas farsas," repitió Brax. **"Eso siempre se quedará conmigo porque es tan honesto y puro. Me dijo mucho de ti y me hizo enamorarme. Hay mucha gente que me mintió sobre la muerte de mi padre. Pasando por alto la oscuridad y ocultando la retorcida verdad."**

Sus brazos me engancharon con más fuerza, apretándome contra él.

"El no tener la oportunidad de decirle adiós me perseguirá para siempre. Y no saber la verdad de porqué pasó lo que pasó me duele en el alma."

Sus ojos ardían mirando los míos.

"Por lo tanto, Tess. No me mientas. La verdad es nuestro único camino."

Asentí con la cabeza; él tenía razón. Nunca debí haber sacado el tema si no tenía las agallas para seguir adelante.

"Déjame que me vaya. Te lo voy a enseñar."

Por favor, por favor, que le guste.

Me cogió la mano, apretándome los dedos.

"Me gustaría ver lo que que quieres enseñarme."

Me mordí el labio. Sus ojos cambiaron de azul nítido a humeante cerúleo. La felicidad caliente me quemaba y le besé.

"No tienes ni idea de lo que significa para mí."

Agachó la cabeza, mirándome a través de los ojos entrecerrados.

"Creo que sí."

Al ayudarme a levantarme de su regazo, me tocó el culo.

"Ve. Sé rápida, antes de que me duerma."

La nueva confianza que tenía se desinfló. *¿Realmente puedo pedirle que cambie?*

Brax gimió.

"Tess, no me dejes más con la duda." Me echó hacia atrás, poniéndome entre sus muslos abiertos. **"Nunca te voy a dejar ir. Así que sea lo que sea, no tengas miedo."**

Dejó caer mi mano y capturó la pulsera de mi plata. **"Espero que sepas que esto no es sólo un brazalete para mí."** Sus dedos acariciaron la parte interior de mi brazo y me estremecí. **"Es una promesa más. Cuando me pueda permitir lo que te mereces, te haré mía."**

Me incliné y le abracé con fuerza.

"Yo ya soy tuya."

Su respiración se volvió superficial y se inclinó para besarme. Comenzó inocentemente, dulce, pero poco a poco, inclinó la cabeza, besándome más profundo. Puso su mano en mi cintura y cerró la distancia entre nosotros. Su lengua lamió la mía como una gentil invitación.

Apreté mis manos en sus hombros mientras me calentaba, teniendo miedo e incertidumbre a la vez. Gemí mientras me mordisqueaba el labio inferior, mientras me cogía del cuello para hacer el beso más profundo.

Todo creció con necesidad.

No le ataques. No le ataques.

Brax paró de besarme.

"Enséñame."

Me empujó suavemente y fui a buscar mi maleta. Abrí el bolsillo lateral donde había escondido el vibrador, cogí la bolsa de plástico con mi ropa interior nueva, y lo escondí todo detrás de la espalda.

Respirando hondo, le dije **“Ahora vuelvo.”**

Brax asintió.

“No me iré de aquí.”

Me fui al baño y cerré la puerta. Coloqué la bolsa en el lavabo, y me quedé mirando mi reflejo. Después de un largo vuelo, estaba hecha un desastre, pero quería acabar de una vez. No podía dejar de sentir que todo esto era un gran error.

Puedes hacer esto. Sé honesta. Todo lo demás... podíamos trabajarlo juntos.

Esto podría ser bueno, el siguiente paso en nuestra relación. Podría hacernos más fuertes.

Me quité la ropa y me puse el tanga y el sujetador push-up de encaje morado. El sujetador había sido extremadamente caro, pero mis tetas parecía que valían un millón de dólares, convirtiendo mi talla C en una generosa D.

Quería sentirme sexy y caliente, pero realmente me sentía como un fraude. Mi piel estaba muy blanca. *Dios, este color morado me hacía parecer una idiota vestida con la ropa interior de su madre.*

Me temblaban los dedos mientras desenrollaba las medias de rejilla, y coloqué los clips en el ligero. *Aún más ridículo.*

Suspiré, frunciendo el ceño ante mi reflejo. Quería su culo sexy, pero estaba llena de inseguridad y de arrepentimiento.

Maldita sea, no era así como quería sentirme. Mi nueva ropa interior me prometía poder y picardía. Todo lo que quería hacer era ponerme mi pijama de franela y olvidarme de este fiasco.

Me volví a encontrar con mi reflejo en el espejo. *Esto tenía que acabar de una vez.*

Me peiné el pelo, metí la barriga y salí del cuarto de baño.

Brax estaba tumbado en la cama. Se incorporó sobre los codos en cuanto entré en la habitación. Su boca se abrió de golpe, mientras mientras me miraba. El deseo explotó en sus ojos, lo que desató algo muy dentro, anulando el miedo que tenía al rechazo. El poder femenino reemplazó a la autoconciencia.

Brax se sentó en el borde de la cama. Se movió, reajustándose sus pantalones cortos.

“Guau...”

El calor brilló con intensidad radiactiva, y fui hacia él antes de que pudiera decir nada más, antes de que mi confianza pudiera tambalearse. Saqué el vibrador de detrás de la espalda. El pequeño conejo púrpura, me puso coloradas las mejillas. Oh, Dios, ¿por qué estaba haciendo esto?

Brax tragó y se bloqueó mientras miraba mi posesión más personal.

“Quiero que seamos más aventureros,” murmuré. **“Te quiero y amo nuestra vida sexual, pero pensé que...”**

Brax se levantó de la cama y vino hacia mí lentamente mientras se quitaba la camiseta, dejándome boquiabierta como una idiota enamorada.

Su rostro era inescrutable mientras murmuraba: **“¿Quieres más?”**

Más. Podía ser una palabra peligrosa.

Negué con la cabeza.

“No más, diferente.”

El dolor brilló en sus ojos antes de desaparecer con la misma rapidez.

“No siempre, sólo a veces...”

Le temblaba la mano mientras cogía el vibrador.

“¿Usas esto?”

Su dedo se cernía sobre el botón de encendido. No podía tragar, la humillación me había cerrado la garganta.

Claro, Tess, mostrándole tu vibrador todo iba a ser sexy y divertido. Quería pegarme a mí misma, pero me quedé completamente inmóvil, horrorizada por lo que él podría decir. Me abrí y el riesgo era arruinar los sentimientos de Brax hacia mí.

Quería gritar: ¡Estoy bromeando! Este no es mi verdadero yo. Pero mis labios seguían cerrados, no podía apartar la mirada de su mano agarrando el vibrador.

Estúpida. Tan estúpida...

Brax lo encendió y un zumbido llenó la habitación. Miré hacia otro lado mientras presionaba la máxima potencia. Parecía que estaba gritando todos mis secretos.

“¿Diferente?” Su voz resonó con la pérdida y la confusión mientras miraba el vibrador.

Sin duda, sabía que me iba a abandonar, no quería que pensara que le sustituía por eso. ¿Cómo podría aguantar tanto tiempo sin sexo?

Mi corazón estaba destrozado. Esto ya no se trataba de mis necesidades, se trataba de las de él. Le había hecho pensar que no era lo suficientemente bueno. Mierda.

Agarré el vibrador, odiándolo en ese momento. Lo apagué, le quité las pilas y lo tiré todo a la basura.

“Olvidalo, Brax. Era una idea estúpida. Sólo te quiero a ti, ¿de acuerdo? Por favor, no me odies.”

Era la perra más grande la historia.

Sacudí la cabeza y dejó caer las manos. Su mirada se nubló mientras miraba al suelo. Conocía esa mirada, era la misma mirada que tenía cuando se despertaba de una pesadilla, aterrado por si se despertaba solo.

“Tess, ya me tienes. Pero si yo no soy suficiente...”

“¡No!” Le cogí de los brazos, tirando de él hacia la cama.

“Tú eres más que suficiente. Lo siento mucho, olvida todo esto, por favor.”

Ahora, yo era la que pensaba que me iba a quedar solo.

El pánico me hacía actuar así.

“Eres suficiente, eres más que suficiente. Brax, por favor...”

Las lágrimas me quemaron en los ojos, y el pecho subía y bajaba con la emoción.

Sus ojos se dirigieron a mis pechos mientras se mordía el labio. Muy lentamente, me acarició el suave montículo.

“Me está matando el pensar que no te voy a dar todo lo que necesitas.”

Su dedo siguió bajando, encontrando mi pezón dentro del sujetador. Mi respiración se paró, a pesar de que había muchísimas emociones dentro de mí, le necesitaba.

“Eres impresionante. Siempre supe que estabas fuera de mi alcance, y con esto puesto me hace darme cuenta de lo sexual que eres.” Su voz se puso ronca mientras seguía tocándome. **“No estoy seguro de poner mantenerte conmigo. Te amo, Tess. Me encanta estar contigo, pero no necesito follarte como un hombre. Te necesito como una amiga, como mi apoyo. ¿Lo entiendes?”**

Dejó caer la mano de mi pecho, bordeando el estómago, arrastrándome en un abrazo sofocante. Dejé que la vida se me exprimiera, pero lo necesitaba. Lo necesitaba para convencerme de que no se iba a ir, no había arruinado nuestra relación.

“Todo lo que necesito es a ti. Honestamente, nada de eso importa. Estoy contenta, muy feliz, cuando estoy contigo,” le susurré.

Me dolía tanto el pecho... ¿Podía oír las palabras que habíamos usado? Estaba contenta y él me utilizaba como apoyo. No hizo mención de la pasión ni de la lujuria desenfrenada.

No importa. Deja de ser tan tonta. Eso sólo era para las películas, esto era la vida real.

Brax se apartó, tenía los ojos llenos de vergüenza y necesidad. Le cogí la mano y presioné mis labios contra los suyos. Él me devolvió el beso como siempre, con ferocidad.

Gemí, envolviendo las manos en su pelo, acercándolo más a mí. Esto es lo que necesitaba, pasión mezclada con dolor.

Rompió el beso, respirando con dificultad.

“Entonces, ¿podemos fingir que todo esto nunca ha sucedido?”

El alivio se me extendió por el pecho. Atrás quedó la decepción de que nunca sería poseída por Brax en la cama. No había arruinado nada. No podría estar más agradecido.

“Ya está olvidado.”

Exhaló y sonrió torcidamente. Me besó la punta de la nariz y me dijo, **“Gracias por amarme lo suficiente para aceptar lo que puedo darte.”**

Mi cuerpo entero vibraba con remordimiento. No podía responder.

Brax me desabrochó el sostén, sacó mis pechos lentamente y bajó la cabeza para succionarme el pezón. El calor explotó en mi interior.

Brax todavía me amaba. Eso era lo único que me importaba. Nada más. No quería sexo pervertido, ni condimentar el dormitorio. Era una chica muy afortunada. *Tan afortunada. Muy afortunada.*

Le mordí la clavícula a Brax mientras él gemía. Su erección me presionaba en el vientre.

Temblando, empecé a quitarle los vaqueros. Él se arqueó para ayudarme. Una vez que se los quité, me arrancó las bragas y las tiró al suelo.

Brax se colocó entre mis muslos, y me miró. Me mordí el labio mientras se presionaba dentro de mí. No estaba tan mojada como debería haber estado, pero la invasión me llenó de placer y también de dolor.

Sus ojos se cerraron mientras se acomodaba muy dentro. Su erección envió oleadas de seguridad y mi pasión se hizo añicos.

Nos sacudimos juntos mientras me daba besos delicados, dulce afecto. No sabía si iba a ser capaz de llegar al orgasmo.

“Tess...” me susurró al oído, aumentando la velocidad.

Sus caderas me presionaron más y peleamos el impulso de tocarnos, para ayudar a alcanzar el orgasmo.

Con otro empuje, Brax gimió, su espalda tembló y me apretó el culo con fuerza. Se corrió dentro, oleadas de éxtasis para él y simple aceptación para mí.

Le acaricié el pecho, por lo feliz que era de ser capaz de encontrar la liberación después de todo lo que le hice pasar.

Se desplomó encima de mí.

Me quedé mirando al techo, luchando contra tantos pensamientos, no todos tenían sentido.

Brax resopló, acurrucando su cara en mis pechos.

Enseguida se quedó durmiendo, dejándome sola y confundida.

CAPÍTULO 3

Robin

“Firme aquí, por favor.”

El conserje nos dijo todas las normas obligatorias. Tragué saliva y leí la letra pequeña. Si nos heríamos, mutilábamos o matábamos durante nuestra estancia, el hotel no se hacía responsable.

Eché un vistazo a Brax.

¿Seguro que deseas explorar Cancún en una máquina de matar de dos ruedas?"

Brax mordió la parte superior de la pluma, frunciendo el ceño mientras miraba el contrato de alquiler. Él me lanzó una sonrisa. No había residuos de miedo ni de tristeza de ayer en su cara. Gracias a Dios.

“Me lo prometiste esta mañana. Estuviste de acuerdo de que hoy hacíamos lo que yo quería, y mañana te toca a ti.”

Sonreí.

“Bien. Pero, mañana, vas a tener que aguantar un masaje, y sin gemidos.”

Dibujó una cruz sobre su corazón y firmó el contrato con la pluma. Se rió y la excitación brilló en su mirada azul.

“¿Quieres tu propio ciclomotor o quieres ir en la parte de atrás del mío?”

No me atrevía a ir entre este tráfico loco en un país extranjero.

"Voy a ir en la parte de atrás de la tuya. Sabes lo que estás haciendo, ¿verdad?"

Me vinieron a la cabeza imágenes de nosotros estampados en la parte delantera de un autobús o atropellado por un camión que transportara piñatas. Me estremecí.

Brax se burló.

“He conducido una Harley. No creo que sea más difícil que un ciclomotor.”

Muy difícil, sobre todo con esos maníacos conduciendo cerca de nosotros.

Fruncí el ceño en broma.

“Sólo cogiste la Harley durante diez minutos.”

Bill, un colega suyo del trabajo, animó a Brax a unirse al grupo local de motocicletas.

Brax lo intentó y rápidamente dijo que no. Yo estaba muy feliz porque conducir sin puertas y sin techo me asustaba.

Brax puso los ojos en blanco, tocando el cuadrado donde yo también tenía que firmar.

Cumpliendo con mi palabra, firmé.

El conserje sonrió y se levantó de la mesa. Estábamos en el vestíbulo, y había llegado más gente. El suave murmullo de excitación se tejió alrededor de nosotros, con mucha emoción de vacaciones.

“Sígueme, por favor.”

El conserje, con su camisa blanca y su chaleco naranja brillante, encabezó la marcha.

A lo mejor no era tan mala idea. Joder, incluso podríamos bajar del circuito turístico habitual y encontrar algo local y nuevo.

Enrollé mi brazo en el de Brax, me puse mis leggins y mi camiseta de color crema. El equipo ofrecía la mejor protección de toda la ropa. Tenía la esperanza de que los frágiles tejidos nos protegieran si nos caíamos.

Seguimos al conserje del hotel y llegamos al parking del sótano. Abrió un scooter amarillo canario y nos dio dos cascos.

“Por favor, lleven los cascos puestos en todo momento. Son cien dólares si los perdéis.”

Brax asintió, y me lo puso con dedos hábiles. Cuando me tocó se me paró el corazón. Dándome una suave sonrisa, se puso el suyo y se sentó a horcajadas en la moto. Me quedé allí, sintiéndome como una ridícula piña muy madura. El casco pesaba una tonelada.

El conserje me entregó un mapa tamaño folio, dibujó un óvalo rojo y asumí que eso era el hotel.

“Aquí es donde estamos.” Su aliento mentolado sopló sobre mí cuando él se acercó más para señalarme el punto rojo. **“Si os perdéis, preguntad a un policía las direcciones, están por toda la ciudad. Y no se separen, lo mejor es permanecer juntos.”**

Mi pulso se aceleró. Los policías acechaban por toda la ciudad, no sólo acechaban, estaban por todas las esquinas con pistolas. ¿Eran los mexicanos tan crueles y peligrosos?

No respondí a eso. Especialmente cuando estábamos a punto de explorar una ciudad que no ofrecía ninguna seguridad.

Brax palmeó el asiento que había detrás de él y sonreí débilmente. Puse una pierna por encima, puse mis pies en los pequeños estribos y envolví mis brazos alrededor de su torso como una pitón.

Riéndose, encendió el motor y probó el acelerador.

“No te vas a caer. Me estás abrazando demasiado fuerte, hun.”

Ese era el plan. Le besé el cuello, amando su estremecimiento.

“Confío en ti.”

Traté de convencerme a mí misma tanto como a Brax.

El conserje sonrió y se fue. Brax quitó el pie del embrague y salimos disparados hacia delante. Mi estómago saltó como si fuese un canguro. Brax paró y me dijo, **“¿Lista?”** Mintiéndole, le dije al oído, **“Sí.”**

Salimos del garaje sombrío y vimos el sol ardiente de media mañana. Incluso aunque tuviese las calles sucias, Cancún me recordaba a una vibrante fiesta.

Brax puso los pies hacia abajo, estabilizó la moto cuando nos detuvimos en el borde de la transitada carretera. Su corazón latía debajo de los brazos, la concentración hacía que sus hombros estuvieran apretados.

Vimos como locos peatones y vehículos con colores pintorescos iban disparados. Por enésima vez, me pregunté cómo no se chocaban.

“¿Hacia dónde, Tessie? ¿Izquierda o derecha?”

Giré la cabeza y arrugué la nariz. Veía tráfico por todos lados. Norte, sur, este, oeste. No importaba hacia donde mirase, parecía que todo nos iba a llevar a la muerte.

Impulsivamente, le dije, **“Izquierda.”**

¡Por favor, que volvamos al hotel de una sola pieza!

Brax asintió y se rascó la barbilla. Fuimos hacia delante y sus pies dieron un golpe en el suelo. La moto se tambaleó mientras esperábamos unos diez minutos para tener el valor de unirnos al loco enjambre.

Quería sugerir que volviéramos al hotel y nos fuésemos directos a la piscina.

“¡Vamos allá!” Brax contuvo el ABS y giró el acelerador. La moto se quejó y derrapó.

Mi corazón dio un vuelco mientras rodamos hacia delante, esquivamos por muy poco a un ciclista que llevaba una montaña de mercancía en la espalda. Íbamos justo detrás de un autobús.

Mi boca se secó con el pánico y los brazos de Brax se apretaron más todavía, su caja torácica me hizo daño en los bíceps. ¡Dios mío! Quería irme. *Esta no era mi idea de diversión.*

Brax se rió mientras nos enderezamos y nos metimos entre la masa de gente. Su felicidad nos envolvió como una burbuja protectora, e intenté no seguir hiperventilando. Me bajaron las pulsaciones. Él estaba disfrutando de esto y no lo iba a arruinar. Confiaba en que me mantuviera a salvo.

Una hora más tarde, estaba sudando. El sol me estaba dando un gran dolor de cabeza y mi cerebro estaba quemándose dentro del casco. Más de una vez, traté de apartarme de la espalda de Brax, pero los dos estábamos calientes y pegajosos, era repugnante. Nos habíamos relajado lo suficiente para disfrutar de la conducción a través de los laberintos de calles, explorando callejones laterales, bordeando los mercados y vendedores ambulantes, pero ahora me dolía el cuello, y mis muslos habían tenido suficientes vibraciones ya.

Necesitaba una bebida y un sitio fresco, muy, muy fresco.

Casi como si me hubiera leído la mente, Brax paró en un diminuto y decrepito restaurante a las afueras de los mercados que acabábamos de pasar.

No se veía nada higiénico, parecía como una piñata de burro triste colgando inerte al sol. Los manteles de plástico estaban rotos y no animaban a quedarse, y el nombre estaba tan ennegrecido por la suciedad, que no se podía ni leer.

“Ugh...” exploté en una tos con el polvo que había allí. *Muy higiénico.*

Brax me acariciaba las manos, que todavía estaban aferradas a su cintura.

“¿Estás bien?”

Asentí con la cabeza, aspirando aire áspero.

“Sip. ¿No podemos encontrar algo mejor que esto?”

Brax se bajó de la moto y me ayudó a bajar a mí. Mis piernas no tenían fuerza. Yo montaba de pequeña en caballo e incluso eso era mejor que esto. Pasar sobre tantos baches no era bueno para mis partes femeninas.

“Me muero de sed,” dijo frunciendo los labios. **“Tomamos algo rápido y nos vamos.”**

Brax se quitó el casco y lo ató al manillar. Yo hice lo mismo, casi encharqué el suelo cuando me quité la caja caliente de mi pelo lacio.

Brax se rió entre dientes.

“Mal día para el pelo, ¿eh?”

Extendí la mano y pasé una mano por su cabello sudoroso. Se apoyó en mi tacto y vi amor en sus ojos.

Me reí.

“Un casco en un día caluroso no equivale exactamente al cabello sexy.”

Empujó sus dedos grandes en mis propios hilos enredados.

“Creo que estás sexy sin importar lo que pase.”

Pasó los dedos por mi mejilla y siguió el camino hasta mi mano. Enhebró sus dedos con los míos, se inclinó y me besó suavemente.

“Con suerte, este lugar tendrá bebidas frías y hielo.”

Mi piel estaba en llamas y al pensar en hielo se me hizo la boca agua, pero negué con la cabeza.

“No podemos tomar hielo, ¿recuerdas? Sólo agua embotellada. Nuestras barrigas australianas no pueden aguantar el agua local.”

Suspiró.

“Buena observación. Muy bien, tomaré una cerveza.”

“Si piensas que vas a beber y a conducir en este caos que ellos llaman tráfico, no estás bien, señor.”

Me reí cuando entramos a la penumbra del pequeño café, si se le podía llamar así, parecía más como una cueva. Las paredes estaban peladas y había carteles horteras colgando en lugares al azar, ocultando el yeso. Fruncí el ceño... simplemente parecía como... *Demonios, ¿esos eran agujeros de bala?*

La inquietud se arrastró como arañas de hielo en mi sangre. Apreté la mano de Brax como una intuición, y sonó una campana cuando abrimos la puerta. Era firme creyente de escuchar a mis entrañas, me había salvado más de una vez.

“¿Brax?”

Una mujer con los dientes manchados de tabaco nos sonrió con una sonrisa llena de agujeros.

“Bueno, bueno, es bueno ver a algunos clientes en un día tan caluroso.”

Su acento me raspó como papel de lija.

“¿Qué os sirvo?”

Mi corazón iba muy rápido. Quería decir algo. Quería irme, pero Brax sonrió.

“Dos coca-colas, por favor.”

La mujer me miró con una mirada oscura como la noche.

“¿Nada de comida?”

Me puse rígida, odiando lo nerviosa que estaba, quería correr. Antes de que Brax dijera si tenía hambre, le dije, **“Sólo bebidas y rápido, se supone que debemos estar en algún lugar y llegamos tarde.”** Mi tono ágil causó que Brax alzase una ceja.

La señora hizo una mueca y se fue arrastrando los pies.

Brax me llevó a una mesa y nos sentamos directamente debajo de un ventilador de techo que agitaba el aire caliente. Crecía el sudor pegajoso en mi piel. Cogí una servilleta para limpiarme la cara.

“¿Qué te pasa?” me preguntó Brax, limpiándose la parte posterior del cuello con la mano.

Miré hacia atrás, tratando de averiguar porqué estaba tan fuera de control, pero parecía que estaba todo bien. Sólo era un restaurante en mal estado. Tal vez estaba siendo estúpida...

“Nada. Lo siento. Tengo muchas ganas de volver al hotel para darme un baño, eso es todo.” Le dije lanzándole una sonrisa.

Él sonrió y su cara se sonrojó.

“Nos vamos en cuanto hayamos terminando.” Riendo, añadió: **“Tenemos que ver cómo son esos gringos. No es de extrañar que la camarera nos mirara con cara extraña.”**

Mi instinto se agudizó. De alguna manera, sabía que esa no era la razón. Mi miró casi con... avidez.

Escuché una pelea detrás y me tuve que torcer en la silla para mirar. Cerca de la caja registradora, en la parte trasera del restaurante, apareció un hombre. Su voz sonaba baja, enfadada, mientras sacudía a la camarera y le clavaba los dedos en el brazo.

Mi estómago se retorció mientras escuchaba eso. No me podía quedar.

“Brax, no estoy cómoda. ¿Podemos coger las coca-colas e irnos?”

Lo vi repantigado en la silla desvencijada.

“No creo que pueda beber y conducir a la vez, hin. Dame sólo diez minutos, ¿de acuerdo? Luego nos iremos.” Dijo mirando al sol.

Asentí con la cabeza bruscamente, mordiéndome la lengua. No quiero parecer una reina del drama, pero maldita sea, tenía miedo. Quería desaparecer lejos, muy lejos, de vuelta a la seguridad del resort.

Mis piernas se agitaban con ansiedad debajo de la mesa.

Entró a la cafetería otro hombre, llevaba una chaqueta de cuero negro y pantalones vaqueros. Su piel brillaba por el sudor y le faltaba un trozo de la parte superior de la oreja. El pelo le colgaba sobre un rostro demacrado. Sus ojos se posaron en los míos y me quedé helada.

Era como mirar a un depredador: vacío, hambre, negro y maldad. Me chupaba el alma, como si estuviera aterrada ante un incendio forestal.

“Brax...”

“Aquí tenéis.” Dijo la camarera mientras dejaba latas heladas de coca-cola enfrente de nosotros, junto con pajitas rosas. Rompí el contacto visual con el Señor Chaqueta de Cuero, y tragué saliva. *Manteneros juntos. Brax está aquí, él me protegerá.*

Brax abrió la lata y bebió mientras gemía.

“Joder, estaba sediento.” Él no había notado mi miedo, se había centrado por completo en rehidratarse.

Con el piloto automático puesto, abrí la mía y di un sorbo. Las burbujas añadieron más terror a mi estómago. ¿Por qué estaba reaccionando de esta manera? *Cálmate, Tess.* Era una reacción estúpida, estábamos inmersos en un lugar perfectamente normal en una ciudad super poblada.

Brax volvió a beber y se levantó.

“Sólo voy a echar una meada y vuelvo enseguida.”

Mi temor se convirtió en pánico.

“¡No! Quiero decir, ¿tienes que ir aquí? Podemos encontrar un McDonalds o algún garaje local.” Giré mis dedos, escondidos en mi regazo. **“Dudo que estos baños estén muy limpios.”**

Se echó a reír.

“No sé si vamos a ser capaces de encontrar cualquier otro sitio y pasará una hora antes de que estemos de vuelta en el hotel. Sólo va a ser un segundo.”

Agarré mi Coca-Cola hasta que mis dedos se pusieron blancos, tratando de contener el pánico y dejar de ser tan pegajosa. Asentí con la cabeza.

Brax me lanzó un beso y caminó hacia la parte de atrás de la cafetería. Su camiseta verde estaba oscura del sudor, mostrando todas las curvas de su espalda. Esos músculos podrían protegerme, esos músculos que se alejaban. Con cada paso que daba, mi corazón se moría un poco más. No tenía ninguna explicación para mi comportamiento, pero una parte pesimista de mí palpitaba de dolor.

Date la vuelta. Vuelve.

Brax no hizo lo que yo esperaba, sin embargo desapareció por una puerta donde ponía Baño.

Mi sangre se disparó con la adrenalina y mis ojos no paraban de mirar toda la cafetería, en busca de peligro. Mis instintos me decían que estaba en peligro. Sólo que no sabía porqué.

No había nadie cerca, incluso el hombre de la chaqueta de cuero había desaparecido.
Ves, Tess. No hay nada que temer.

Algo suave y esponjoso se enroscó alrededor de mis piernas, haciéndome saltar y tirar la lata al suelo. Empujé mi silla hacia atrás y miré debajo de la mesa.

Un gato sarnoso y naranja parpadeó y me maulló. Mierda, tenía que calmarme. Mi corazón parecía un martillo. Cada parte de mí estaba en alerta máxima.

“Deja de mirarme, gatito.” Mantuve mis piernas lejos del gato y el charco pegajoso de Coca-Cola.

Pasó un minuto angustiosamente despacio; mis ojos se negaron a mirar a la puerta por la que había desaparecido Brax. ¿Cuánto tiempo necesitaba? *Seguramente*, estaría terminando ya.

Jugué con mi pulsera. Apreté con fuerza los corazones de plata, usándolos como cuentas de rosario, convocando a mi novio a que volviera. Mi boca se empezó a poner seca y tenía las manos sudadas por los nervios.

Vamos, Brax. ¿Debo esperar fuera, al lado de la moto? Cualquier cosa sería mejor que sentarse allí aterrorizada. Sí, esperarle al lado de la moto en un sitio público, a la luz del sol, era una buena idea.

Me levanté y me di la vuelta para marcharme, pero mi corazón se me cayó a los pies. Tres hombres cerraban la salida. Tenían los brazos cruzados y los labios estirados contra los dientes sucios y podridos. El hombre de la chaqueta de cuero estaba de pie en el medio. Nuestros ojos se encontraron y la misma energía maligna me asaltó, rezumando sombras negras. Incapaz de mirar a otro lado, mi propia existencia tartamudeó bajo el peso de la oscuridad. Mis instintos estaban en lo cierto.

Estaba de mierda hasta el cuello.

“¡Brax!” grité, yendo hacia la puerta. No me importaba si estaba reaccionando exageradamente o estaban allí para tomar una copa. Mis instintos gritaban y me golpeaban en las costillas para reaccionar.

Necesitaba correr.

¡Correr!

Mis chancas derraparon contra el linóleo cuando salí corriendo. Los hombres me siguieron, golpeando una mesa mientras me perseguían. *No. No. Por favor, no.* Hiperventilé cuando desaparecí por la puerta y grité cuando una gran mano me cogió del pelo hacia atrás contra un torso caliente.

“¡Brax!” Me retorció y silbaba mientras me tiraban del pelo. Haciendo caso omiso de la quemadura del pelo arrancado, me puse rabiosa. Mordí el brazo del hombre que me tenía cogida.

Dijo palabrotas en español mientras me soltaba. Caí de rodillas, pero un segundo después estaba corriendo. Nada importaba, necesitaba encontrar a Brax.

“¡Brax!” Grité mientras entraba en el aseo de los hombres, sólo para encontrar a un cuarto hombre. La sangre cubría sus nudillos y me pegó un puñetazo, tirándome contra la pared. El hedor de la palma de su mano me echó hacia atrás.

Él gruñó y me inmovilizó.

Mi vida se marchitó en la desesperanza, mientras miraba por encima del hombro. Brax estaba tirado en el suelo del sucio baño con la cara cubierta de sangre. Uno de sus brazos yacía torpemente y tenía los ojos cerrados. **“¡No!”**

Rabia, pasión y horror explotaron dentro de mí y mordí la palma del hombre, saboreando el óxido al romper su piel.

“¡Putá!” maldijo y me retorció, tratando de tirar de mi rodilla entre sus piernas.

“¡Brax! ¡Despierta!” Di una patada al aire, sólo para ser capturada por el hombre de la chaqueta de cuero. Me susurró algo al oído que no entendí. Sus horribles dedos me apretaron el pecho y me arrastraron lejos de Brax.

“¡No! ¡Déjame!” Grité, demasiado enfadada y me centré en sobrevivir antes que llorar.

“¡Hijo de puta, joder, déjame!”

Otra mano rancia me tapó la boca y la nariz, dejándome sin respiración. Mis pulmones se resistieron, dando patadas en mi pecho.

Eché mi cadera hacia atrás, conectando con la suave carne entre las piernas de mi captor. El hombre de la chaqueta de cuero aulló y me empujó lejos, encorvado sobre su polla lesionada.

Corre, Tess. Corre.

Gemí, atrapando la indecisión. Quería saber cómo estaba Brax, pero tenía que escapar y buscar ayuda para rescatarlo. Pero no importaba todo lo que hubiera peleado antes, siempre aparecían más hombres. Era como luchar una batalla rápida, una batalla que no podía ganar.

“¡Brax! Por el amor de Dios, te necesi...”

El hombre de la chaqueta de cuero dio dos pasos y me pegó un puñetazo en la mandíbula.

Vi fuegos artificiales delante de mis ojos y caí. Caí, caí, pesada e inútil. El suelo me recibió con un abrazo. Vi delante de mis ojos un montón de colores.

Alguien me había puesto las manos detrás de la espalda, y me puso algo grueso y apretado alrededor de mis muñecas.

Él me puso en posición vertical. Tenía vértigo, mi mundo estaba al revés.

Vi que los ojos malignos del hombre de la chaqueta de cuero brillaban con placer mientras me asfixiaba con una capucha de color negro.

CAPÍTULO 4

Dove

El sonido del olfato fue lo que volvió primero.

El tacto, gusto, oído y vista seguían sin funcionar. Pero podía oler. ¿Cómo podía ignorar el *hedor*?

Se olía a sudor rancio y a amoníaco de la orina. Almizcle, olor corporal y basura.

Mi estómago se revolvió, convirtiéndome en un pretzel de horror.

¡Brax!

Oh, Dios, Brax. ¿Estaba bien? ¿Estaba muerto? Todo lo que vi fue sangre. Mis pulmones se declararon en huelga. Brax estaría solo y dolorido. ¿Podría volver a verlo? Pensamientos me chocaban en la cabeza. Tenía un dolor de cabeza horrible.

El miedo se arrastró hasta la garganta. Ese bastardo estaba ansioso por pegarme, como si viviera sólo para ser violento. No tenía ninguna esperanza contra hombres así.

Yo sabía que era débil, pero me hubiera gustado que me hubieran matado antes que traerme a saber dónde. Quién sabía qué brutalidad me deparaba el futuro.

Otra bocanada de amoníaco; me atraganté, con la esperanza de no vomitar y ahogarme con el vómito. Jadeaba, queriendo alejarme de aquí.

Sólo mantén la calma. Durante toda mi vida sólo me había centrado en mí. Si me metía en problemas, mis padres estaban demasiado ocupados con mi hermano mayor para ofrecerme un hombro para llorar. Me gustaría salir de esta. Nadie iba a darme la libertad.

De repente me deslicé hacia un lado. Regresó mi astucia, luchando contra el dolor de la niebla. Tengo que estar en un vehículo.

Regresó el sentido del oído.

Oí un gemido. Tiré, tratando de alejarme, y sólo conseguí hacer crecer el gemido.

Indudablemente era femenino.

Escuché a un hombre maldecir, seguido de un ruido sordo y un grito.

¿Cuántas víctimas estaban en la lista? No quería morir. Una estadística trágica de otro turista secuestrado en México. Brax y yo fuimos tan estúpidos, viajando con la ilusión de que éramos intocables.

Escuché más gemidos, el chirriar de los neumáticos agarrándose en la carretera mientras cogíamos las curvas a gran velocidad.

No estaba sola, había otras personas. Habían cogido a otros. Robados. Secuestrados. No debería tranquilizarme con eso, pero lo hice. Sólo el saber que podía tener aliados me dio una explosión de esperanza.

El sentido del gusto regresó.

Inmediatamente, un horrible hedor me recubría la lengua, junto con el dulce residuo de Coca-Cola y el penetrante olor del terror.

La Coca-Cola me recordó a Brax, y me empezó a doler el pecho. Incluso si me las arreglaba para escapar, ¿cómo iba a encontrar a Brax? No tenía ni idea de dónde estaba el café o cómo habíamos llegado allí. ¿Iría a buscarnos alguien del hotel cuando no volviéramos con la moto?

Mi garganta estaba cerrada, atormentándome con imágenes de Brax muriéndose solo en el suelo del baño de hombres. Seguramente, no lo dejarían morir. Alguien tendría que llevarlo a un hospital.

Ellos me secuestraron, me secuestraron.

Oh, Dios. La comprensión de ello me golpeó como un crucero de diez toneladas. ¡Me secuestraron! Me sentía impotente.

Mi respiración soltó vapor en el interior de la capucha, derritiendo mis oídos y pestañas con el calor del pánico. Mi visión se mantenía negra e inútil. La capucha lo ocultaba todo, acallando lo que había alrededor con un paño sucio.

Una mano áspera aterrizó en mi muslo, apretándome con fuerza. Salté e intenté arrastrarme lejos, pero las cuerdas de mis muñecas no me dejaban.

Escuché un idioma que no entendí, mi corazón se aceleró, y deseé con todas mis fuerzas que esto sólo fuera una pesadilla.

La mano me volvió a agarrar el muslo, obligándome a mantener las rodillas separadas. Mi visión se puso roja y le di la bienvenida a la rabia, soltando una patada tan fuerte como me fue posible. Grité cuando una mano no deseada buscó a tientas entre mis piernas. Mis leggins no ofrecieron ninguna resistencia a esa horrible presión. Me dieron una bofetada a un lado de la cabeza mientras luchaba.

Los dedos desaparecieron y me ahogó una súbita oleada de alivio. Tosí, soltando toda la emoción que llevaba dentro. Esto no puede estar pasando.

El vehículo paró, y escuché como abrían las puertas. El corazón me latía con fuerza en los oídos como unos tambores pesados.

Me agarraron de las piernas, y mi trasero se raspó sobre una superficie afilada. Alguien lanzó un gruñido, me recogió y me tiró por encima del hombro como un cuerpo muerto. Sentí vértigo y apreté los labios contra el trapo sucio.

El terror me llenaba, estaba rodeada de violadores, asesinos y monstruos. Rezumaba autocompasión y mi voluntad de sobrevivir vaciló.

¡No!

No podía ser arrastrada por la depresión, no podía rendirme. Yo nunca me rendía.

Quería luchar hasta morir, quería enseñarle a los secuestradores que secuestraron a la chica equivocada si se pensaban que era dócil y frágil.

De alguna manera enferma, querían probar mi propia autoestima. Mis padres no me querían, pero estos cabrones seguro que sí. Me habían secuestrado porque tenían que hacerlo.

Era valiosa, por eso tenía que mantenerme fuerte y sobrevivir. Mientras colgaba del hombro del secuestrador, pasó algo.

Mi mente se fracturó, literalmente, dividiéndose en dos partes. La chica que era: esperanzas, sueños, aspiraciones y amor por Brax. Mis inseguridades y la necesidad de amor me entristecían. Vi mi propia fragilidad.

Pero eso no me importaba, porque la nueva parte era feroz. Esta chica no tenía debilidades o problemas. Era una guerrera que había visto la sangre, que había mirado a monstruos a la cara, y que sabía sin lugar a dudas que su vida sería de ella otra vez. De alguna manera, la parte nueva se envolvió alrededor del núcleo de la antigua Tess, protegiéndola, amortiguando los horrores que estaban por venir.

Al menos, esperaba que eso sucediera.

Lo esperaba realmente.

Me quitaron la capucha de la cabeza, llevándose pelo con ella, el resto se arqueó con la electricidad estática. Parpadeé, porque la luz me saturaba los ojos, todo brillaba con la sobreexposición de luz.

Estaba en una habitación.

Oscura, sucia, no era un calabozo, pero no estaba lejos de serlo. Las literas estaban alineadas en cada una de las cuatro paredes. No había ventanadas, y la humedad del suelo se metió rápidamente en mis huesos.

Me senté en un colchón raído, observando mi nuevo hogar. Las chicas se acurrucaron en cada una de las camas. Todas ellas llevaban un aura de tragedia alrededor, los ojos amoratados. Todas tenían lesiones y sombras en la piel.

Un hombre se cernía sobre mí, tenía una barba negra y asquerosa, y llevaba un cuchillo.

Me estremecí y traté de arrastrarme. Una parte de mí me dijo que no me hará daño, todavía no, pero otra parte de mí vio el cuchillo y se encogió.

Sabía lo que hacía un cuchillo, *cortaba* cosas, descuartizaba cosas. No quería que me descuartizara.

El hombre gruñó, me cogió del hombro, presionándome contra el colchón húmedo de la litera inferior. Grité mientras rodaba sobre el matón. Le di una patada y me retorcí, tratando de mantenerme en pie, luchando una batalla ya perdida.

Intenté cortar las cuerdas de mis muñecas con el cuchillo. La hoja era contundente, pero pasó una eternidad hasta que al final las cuerdas se rompieron.

El hombre me soltó, retrocediendo con el ceño fruncido. Poco a poco me senté en posición vertical, frotándome las muñecas que estaban sangrando.

“Quédate.” Me dijo mientras me señalaba antes de salir. La puerta negra y pesada se abrió y desapareció. En la sala resonó un fuerte chasquido cuando la puerta se cerró. En cuanto se fue, me quedó boquiabierta con mis nuevos compañeros de habitación. Sólo unas cuantas chicas me estaban mirando a los ojos, el resto estaban encorvadas por el miedo.

No podía dejar de mirar. Ocho literas, ocho mujeres. Todas nosotras tendríamos veinte años más o menos. No había un patrón en nuestro secuestro. Éramos rubias, morenas, pelirrojas y castañas. Nuestro color de piel también era diferente: tres asiáticas, dos negras y tres blancas.

No había ningún patrón. La policía no sería capaz de averiguar quién sería la próxima víctima. Altas, bajas, gordas, delgadas, grandes pechos, piernas largas. Todas estábamos allí por una razón.

Una razón que no sabía todavía.

Una razón que no quería saber.

Las horas pasaban mientras nos mirábamos entre nosotras. Nadie hablaba, no lo necesitábamos. Nos comunicábamos en silencio, más allá de las palabras. Nuestras almas hablaban. Nos consolábamos mutuamente, a la vez que compartíamos el mismo dolor por no saber qué iba a ser de nosotros.

Una bombilla parpadeante iluminaba nuestra jaula, enviando tensión a la sala.

En algún momento, horas más tarde, la puerta se abrió y apareció un hombre más joven con dientes torcidos y una cicatriz en la cara. Dejó una bandeja con ocho boles en el centro de la habitación. El aire estancado de nuestra prisión se llenó del aroma de los alimentos, algo salteado con pan. Mi estómago rugió, no había comido nada desde el desayuno.

Mi corazón se aceleró, pensando en Brax. Parecía que había pasado mucho tiempo desde que llegamos a Cancún, y disfrutamos de nuestra conexión.

Me obligué a dejar de pensar en él. Dolía demasiado.

Nadie se movió, pero todos nos quedamos mirando con nostalgia a la comida cuando la puerta se cerró de nuevo.

Esperé para ver si alguien cogía algo.

Nadie se movió.

El aroma de la cena me abrumaba, no podía soportarlo más. Necesitaba fuerza para luchar. No me podía quedar sentada esperando, no sabía cuándo iban a venir a por nosotros.

Me moví.

Mi cuerpo crujió y protestó, pero me levanté y cogí un bol y un trozo de pan para cada chica.

Me dieron una tímida sonrisa, una mirada vidriosa, una oleada de lágrimas. Quería ayudarlas. Al menos no estaban solas. Estábamos juntas en esto.

Cuando entregué el último cuenco y cogí el mío, tuve que tragarme las lágrimas.

Amenazaban con ahogarme si las dejaba salir.

Brax. Mi vida. Mi mundo feliz se había disuelto y ahora estaba en el infierno.

No pertenecía más a Brax. Ni siquiera me pertenecía a mí misma. Pertenecía a un futuro sombrío, desconocido y lleno de terror.

Tragando saliva, me tragué las lágrimas. Las lágrimas eran inútiles, y me negué a ceder. Tomé un trago de gachas, hipé y me armé de valor.

No iba a llorar.

No esta noche.

CAPÍTULO 5

Fantail

Durante dos días, esa pequeña habitación era mi mundo.

Nos daban comida dos veces al día, por lo menos nos daban algo para romper la monótona espera. El miedo de lo que pasaría con cada tic-tac del reloj, me dejaba vacía.

Las horas restantes las pasábamos mirando a la nada o mirándonos las unas a las otras.

Algunas hablaban en susurros, pero yo no. Me quedé sentada rodeada de un manto de silencio. Me habían quitado la libertad, pero quería recuperarla de nuevo.

Toda mi vida había sido sumisa y esclava.

Incluso con Brax, nunca tuve la fuerza para decirle la verdad. Todo eso cambió en los dos días que había estado aquí pensando. Me quité el miedo a ser reprendida, y abracé la ferocidad. Conjuré a la ira, partiendo de ella como una capa impenetrable. Nunca más volvería a ocultar mis verdaderos sentimientos, o dejar de perseguir lo que realmente deseaba. Y lo que más deseaba era la libertad.

Nuestra comida nos la entregaba el mismo joven con la cicatriz desde la ceja hasta la mandíbula. El que le había cosido la herida le hizo un pésimo trabajo, y tenía la piel tan arrugada que me hubiera compadecido de él si no viviera con mis secuestradores.

No era muy grande, pero se movía con fuerza a pesar de su cuerpo escuálido.

Podríamos derrumbarlo si las otras mujeres me ayudaban.

Incluso si pudiéramos hacer eso, ¿llegaríamos mucho más lejos? Había guardias fuera de la puerta y no sabía qué había fuera de aquí. Ciudad, bosque, zonas urbanas o campo. No tenía sentido hacer ningún movimiento hasta que lo supiera. El conocimiento era poder y la sorpresa era la clave.

El segundo día por la tarde, la puerta se abrió de golpe. No era la hora de cenar y mi corazón se aceleró cuando el señor de la chaqueta de cuero merodeó por la habitación. Sus ojos depredadores se fijaron inmediatamente en mí. Se me olvidó todo mientras él sonreía maliciosamente, dirigiéndose directamente hacia mí.

El miedo corría por mis venas, quemando mi dolorido cuerpo, un recordatorio peligroso acechaba en cada centímetro de este lugar. La autocomplacencia no era una buena idea.

“Ven conmigo, puta.” Los dedos se envolvieron alrededor de mi dolorida muñeca, y me levantó. Lamiéndome los labios agrietados, él me arrastró hasta la puerta. *¡No!* No quería salir, no así.

Apreté las rodillas, intenté encontrar algo para agarrarme con los pies descalzos pero no pude conseguir tracción. Él tiró con fuerza, golpeándome contra su denso cuerpo. La chaqueta de cuero apestaba a sudor y a metal.

Las mujeres empezaron a llorar, un llanto de confusión en medio de un pesado silencio. Nuestro pequeño oasis de locura se hizo añicos.

Me retorcí, tratando de quitar sus dedos de mi muñeca, pero se dio la vuelta y me abofeteó. Mi mejilla ardía de dolor y cerré los ojos.

“¡Obedece! A menos que quieras que te deje inconsciente de nuevo,” gruñó.

Reajustó su agarre y me arrastró por el pasillo. Me escocía la cara, pero empujé rápidamente la incomodidad fuera. El dolor era una distracción, tenía que centrarme.

Todos los hombres tenían el cabello oscuro y sombrío. Una mujer lloró y luego se unió a los gritos de la horrible sinfonía. Mi corazón estaba con ellas.

Mi pulso latía cada vez más rápido con cada metro que el hombre de la chaqueta de cuero me arrastraba. Pasamos una puerta cerrada, entonces me empujó hacia adelante y tropecé con un bloque de duchas. Muchas duchas, con los azulejos agrietados y blancos, jabones cubrían el suelo, asemejándose a un gimnasio o a una cárcel.

Oh, Dios.

El hombre de la chaqueta de cuero me sacudió el hombro y me giró para mirarle.

“Desnúdate.”

Una explosión de desafío creció en mí, y le escupí en la cara. De ninguna manera iba a desnudarme delante de él. No podía. Sólo Brax me había visto desnuda, era su regalo, de nadie más.

Que te jodan. Que le jodan a todo esto. Nunca había sido valiente, pero todo había cambiado. Era el momento de abrazar a mi nuevo yo.

Él se rio entre dientes. **“Así que, te gusta duro, puta.”**

Antes de que pudiera darme cuenta, me pegó un puñetazo, y todo se quedó negro. Oh, Dios, el dolor era mucho peor que una bofetada. Gemí, agarrándome la cara. Nunca me habían pegado, pero esta era la tercera vez en varios días.

Sus manos agarraron el cuello de mi camiseta y tiró. El sonido de la camiseta rompiéndose hizo eco en el bloque de duchas. Lloriqueé cuando el aire fresco lamió mi estómago y mi pecho desnudos. La neblina de dolor se fue poco a poco y me hice a un lado, tratando de escapar. Pero él estaba en plenas facultades y yo no, así que me atrapó.

Gruñó, abofeteándome de nuevo. "Eres salvaje, pero eso no te salvará. Simplemente no conseguirás los buenos compradores, y vas a terminar drogada y con un derrame cerebral." Se inclinó y me lamió la mejilla.

Me estremecí, rechazándole.

“Si quieres otro puñetazo en tu cara bonita, vuelve a moverte,” dijo intentando convencerme.

Ahora mismo un centenar de elefantes galopaban en mi cráneo, no podía más. Mi alma quería pelear, pero mi cuerpo se quedó inmóvil, obedeciendo.

“Buena chica,” le susurró, tratando de coger mis leggins y tirando de ellos en un solo golpe. Un fuerte tirón en la cadera rompió mi ropa interior, y unas manos buscaron a tientas para quitarme el sujetador. Cayó al suelo, dejándome más expuesta que nunca. Estaba desnuda, de pie delante de un secuestrador, violador y sádico hijo de puta. Estaba temblando, y junté los brazos alrededor de mi pecho desnudo. El hombre se rio entre dientes mientras me miraba. **“Tienes buenas tetas. No puedes ocultarlas siempre. Métete en la ducha y límpiate.”** Me empujó hacia el área llena de jabón. Me tropecé, pero fui de buena gana. Significaba que estaba lejos de él, lejos de su hedor y podredumbre. *No pienses que te está mirando. Nada de esto puede afectarte si no lo permites.*

Me aferré a esa idea y me agaché para coger un trozo seco de jabón.

Llegaron más mujeres, los hombres las acorralaron. Cada una fue sometida al mismo tratamiento, excepto la paliza y me di la vuelta cuando sus ropas caían al suelo. El chico de la cicatriz cogía las pertenencias y desaparecía. El armario de nuestras vidas pasadas se había, eso era así. Simbolizaba más que desvestirse, era un mensaje: les pertenecíamos. Ya no teníamos el derecho de llevar lo que quisiéramos, ir a donde necesitábamos, querer a quien quisiéramos. Nos habíamos reducido a chicas desnudas y temblorosas.

La crudeza de la realidad golpeó duro a muchas de ellas, y se derrumbaron en el suelo sólo para ser pateadas y obligadas a meterse en la ducha común.

Me tragué las lágrimas saladas y encendí el grifo, tratando de sacarle espuma al viejo jabón.

El agua salía fría, pero me sentía en el cielo porque estaba limpiando la mugre y las penurias. No quería pensar en la razón por la que nos estábamos lavando. Ese era el futuro y era mejor no pensarlo. Me tenía que centrar en el presente, mantenerme sana y no dejar que mi imaginación se llenara de horror.

Se formaron lentamente burbujas en el jabón, me pasé los siguientes diez minutos rozándolo contra mi piel y enjaboné mi pelo. Quería lavar lo que había pasado.

Estabadeseandoo que el agua se llevara mi infelicidad por el desagüe, llevándome a mi también. Seguramente, las alcantarillas serían mejor que esto.

“¡Basta!” gritó uno de los carceleros.

Obedecimos, nos enjuagamos bajo el frío chorro y nos dirigimos a un banco donde había un montón de toallas apolilladas. Envolví mi cuerpo en una toalla descolorida y sentí que una cuerda se cerraba alrededor de mi cuello. Salté e intenté arañar.

El hombre de la cicatriz quedó a la vista, tirando suavemente.

“No vas a ser más lo que eras. Olvídate de tu pasado porque nunca volverás a él.”

Se inclinó hacia delante y me congelé. Lo subestimé porque nos traía comida, estúpidamente pensé que era mejor que los otros, pero no. Tenía la misma maldad que los otros.

“Sígueme.” Él se alejó, tirando de la cuerda. Mi espalda se arqueó con la presión, obligándome a trotar para ir a la misma vez que él. Había sido degradada de humana a perra en un solo acto.

Quería gruñir e hincarle los dientes en su brazo. Si él quería que fuese un animal, podía serlo.

Las duchas desaparecieron mientras le seguía. *¿A dónde diablos me estaba llevando?* Apreté los ojos cerrados. No quería saberlo.

¿Y si ahora que estaba limpia, iban a violarme? Me pondrían en algún prostíbulo y me obligarían a tomar drogas y nunca volvería a ser quién era. Nunca sería libre.

¡No!

Pisé ladrillos ya que iba descalza. Me dolían los pies y estuve a punto de asfixiarme cuando se tensó la cuerda.

“¡Muévete!” El hombre de la cicatriz me miró, presionando su cuerpo duro contra mi toalla. Todo mi ser se rebeló porque estuviera tan cerca, y apreté los dientes. No podía dar un paso atrás en defensa. Me quedé allí mirándole a los ojos negros, tan quieta como fuese posible.

“No. No me voy a mover. No tienes derecho sobre mí ni sobre las otras mujeres si nos tratáis así.” Mi voz tembló de miedo, mi salvaje corazón. Podría perder mi vida por desobedecer, pero no podía irme sin luchar. No podía darme por vencida tan fácilmente.

Mi familia me había pisoteado y no iba a dejar que estos bastardos hicieran lo mismo. Escuché murmullos sorprendidos detrás de mí. Miré hacia atrás y me horroricé. Mis compañeras estaban atadas y en fila, como ovejas que van al matadero.

Las empujaron cuando el hombre de la chaqueta de cuero vino hacia mí. El hombre de la cicatriz dejó caer mi cuerda y dio un paso hacia atrás.

Oh, *mierda*.

Agachándome, puse los brazos sobre la cabeza, tratanto de protegerme, pero no sirvió de nada.

El hombre de la chaqueta de cuero me tiró al suelo y empezó a darme patadas. Sus botas me rompieron una costilla, escuché un chasquido, grité y me hundí en una bola. No podía respirar. No me podía mover. Ni siquiera podía llorar, el dolor era insuperable. Siguió golpeándome en los pechos, en el estómago, en los muslos, en los tobillos.

Cada golpe era peor que el anterior.

Estaba más allá de la simple agonía. Estaba en el infierno.

Él dijo algo en su lengua materna, me cogió del pelo y me levantó. Mi piel se arrugó con terror cuando él se alejó, ganando impulso para golpearme la cabeza contra la pared.

"¡Basta!"

Sabía lo que significaba esa palabra. Suficiente.

El hombre de la chaqueta de cuero me soltó y me caí al suelo. Cada centímetro de mí gemía de dolor. El frío de la madera contra mi piel desnuda me recordaba que había sido golpeada. *Eres tan estúpida, Tess. Tan, tan estúpida. No puedes ganar. Sólo tienes que darle lo que quieren.* La situación iba a ser peor si desobedecía: un desastre temblando en el suelo, incapaz de hacer nada, sólo sentía debilidad.

Brax. Cómo deseaba que Brax estuviese aquí. Él sabría qué hacer. Cómo mantenerme a salvo. Era una ignorante al pensar que podía hacer frente a todos estos hombres.

De todos modos, ¿quiénes eran ellos?

Me aferré a una palabra: traficantes. Sonaba como un huracán furioso, aterrizándome más. Por mucho que quisiera negarlo, lo sabía.

Iban a traficar conmigo. Estas mujeres y yo íbamos a desaparecer por todo el mundo, nos iban a cambiar por dinero, sin tener en cuenta que éramos personas, nos estaban cambiando como mercancía.

Había leído noticias horribles sobre la venta de mujeres de contrabando sólo unos pocos días antes.

Sólo mis padres y Brax sabían que estábamos en México. Mis padres jamás sabrían que había desaparecido, nunca me llamaban ni me mandaban mensajes. Pasarían meses hasta que se dieran cuenta de mi ausencia. Y Brax. Mi corazón se aceleró. Por todo lo que sabía Brax podría estar muerto. Muerto, frío y azul bajo los urinarios del baño.

El hombre de la cicatriz empujó al hombre de la chaqueta de cuero, reclamando mi correa. Tiró de la cuerda, tirándome a la vez del cuello. "Levántate."

Me entraron ganas de reír. ¿Esperaba que me levantase cuando mi cuerpo estaba roto? Sin embargo, la paliza me había enseñado algo. La obediencia era primordial. No había nada malo en seguir órdenes si eso significaba sobrevivir otro día más. Así que a pesar de que mataría, titubeé.

Respirando con dificultad, aunque mi cuerpo quería llorar, mis ojos se mantuvieron secos. Estos hombres no merecían mis lágrimas.

El hombre de la cicatriz envolvió los dedos alrededor de mi bíceps, tirando de mí. Me sonrió y se encogió de hombros. **"Puedes hacer esto fácil. Es sólo temporal. Lucha por tu nuevo dueño."**

Mi mente se quedó en blanco con el shock y parpadeé. Él había confirmado mis sospechas y me hubiera gustado equivocarme.

El hombre de la cicatriz me tiró hacia adelante, por su agarre y por la cuerda. Las heridas me gritaban, especialmente la costilla rota, pero seguíamos juntos por el pasillo. Vi que había mujeres sorprendidas en diferentes habitaciones. ¿Volvería a verlas?

El hombre de la chaqueta de cuero sonrió mientras abría una puerta, y El hombre de la cicatriz me guió al interior. Al igual que la celda en la que vivíamos, era una habitación sin ventanas, con una sola puerta.

El chasquido del candado desató el pánico en mi pecho como una bomba atómica.

Todo lo que había allí era indescriptible, aparte del artificio de tortura que había en el centro de la habitación, media silla de dentista y media mesa de ginecólogo.

Junto a ella había una mesa de acero inoxidable llena de horribles instrumentos, todo relucía tenebrosamente bajo el gran foco de luz.

Mi boca se cerró de golpe, y me acurruqué, tratando de hacerme invisible. *Apágate, Tess. Desaparece de este infierno.*

Las agujas, bisturís, frascos de cristal llenos de líquido y correas de cuero anunciaban mi destino. No tenía energía para soportar el dolor. No podía sentarme en esa silla, no podía.

La cuerda que había alrededor de mi cuello me apretó más fuerte y me arañé la garganta con las uñas rotas y los dedos ansiosos. “**¡No!**”

Otro conjunto de manos de una persona desconocida me envolvió, me arrastró y me llevó a la silla. Juntos, me tiraron en el cuero chirriante, manchado de sangre y El hombre de la cicatriz iba detrás, tirando de la cuerda, por lo que me tenía que acostar o ahogarme.

Mi piel se pegó al cuero, haciendo sonidos de succión junto con mi respiración llena de pánico. Apareció la persona que había ayudado a colocarme en la silla y mi corazón se apretó con indignación. Una mujer joven y cruel, con una cortina brillante de pelo negro que enmarcaba su rostro. Cuando miré sus labios noté que fumaba, y tenía los mismos ojos negros que los hombres. Una máscara quirúrgica colgaba de una de sus orejas y se estaba enfundando guantes de goma.

La ira me consumía. Había una mujer involucrada en tráfico de mujeres, una traidora a su propio sexo. “**¿Cómo puedes hacer esto, puta? ¿Cómo puedes ser parte de esto?**”

El hombre de la cicatriz apreció de detrás mía y me tocó la mejilla en señal de advertencia. La mujer no respondió, pero desvió la mirada. No por vergüenza, sino para asegurar las correas de cuero alrededor de mis antebrazos. Una vez segura, me extendió las piernas en los estribos y me aseguró los tobillos, los apretó tanto que parecía que me estaban mordiendo la piel. La humillación estaba pintada en mis mejillas por haber sido tan expuesta, tan indefensa. Ni siquiera había peleado.

A través de las paredes, oí un grito rápido y fuerte, pero se apagó tan pronto como llegó. Mis ojos se abrieron como platos. Oh, dios mío, ¿qué estaba pasando? La respiración me raspó. La mujer me puso una máscara alrededor de la boca y rasgó un paquete estéril.

Mis ojos querían cerrarse, para evitar saber lo que había ahí, pero no podía apartar la mirada. Miré con enferma fascinación a una aguja como una pluma y un frasco con líquido negro.

¿Qué era esa cosa?

El hombre de la cicatriz cogió otra botella y me roció la cara inferior de la muñeca, empujando el brazalete de Brax más arriba. Mi corazón se apretó con la dolorosa pérdida. Brax. El brazalete era lo único que me permitieron guardar. El agradecimiento me abrumó, al menos estos cabrones no me lo habían robado.

Utilizando un pedazo de algodón, El hombre de la cicatriz me secó la muñeca, antes de asentirle a la mujer.

Ella se inclinó sobre mi brazo, y me colocó algo que arrancó de la mesa, pegándolo a mi piel húmeda. Lo alisó contra mi piel, por lo que la imagen se adhirió antes de rasgarse un poco, dejando un contorno de color púrpura de un código de barras. Quitando la imagen, cogió la pluma con el vial negro, apretó un botón y escuché una vibración de ruido mecánico.

Mierda, ¡me iban a tatuar! Nunca me había tatuado antes, nunca me había gustado nada lo suficiente como para querer que permaneciera para siempre en mi piel, y definitivamente no quería que fuese un código de barras.

“¡Para!”

El hombre de la cicatriz acercó la cara a la pistola de tatuaje y me la quitó de la piel. Me dolía mucho.

“Tienes que aceptar que ya no eres una mujer. Eres mercancía y la mercancía debe tener un código de barras para venderse.”

Quería escupirle, pero me abstuve. Era degradante que nos trataran como ganado, y me mordí el labio. Me lo quitaría con láser tan pronto como escapara.

La quemadura me siguió doliendo más conforme pasaban los segundos.

Ya no era Tess, era un código de barras.

Finalmente, cuando terminó el tatuaje, di un grito ahogado mientras la mujer me echaba una especie de gel sobre él y envolvía mi muñeca con plástico.

Las líneas negras parecían obscenas contra mi piel enrojecida e inflamada. Mi primer tatuaje y me habían degradado a perro. Una cosa desechable. Un artículo ni más ni menos.

Mis ganas de pelear se habían ido, y me había dejado bajo una avalancha de infelicidad. Cada parte de mí estaba herida: mi corazón, mi cuerpo y mi alma. Me

habían enterrado profundamente en el hoyo donde vivían las serpientes y los monstruos, revolcándose en autocompasión.

La mujer se quitó los guantes y se puso unos nuevos. Se fue al final de la mesa, colocándose entre mis piernas. Había pasado de tatuadora a ginecóloga.

Oh, demonios, esto es demasiado.

Apreté los ojos, rodando la cabeza hacia un lado. Me obligué a salir de este lugar, para flotar y desaparecer, pero sus dedos me tocaron y me mantuvo anclada a la desesperación.

Estuvo inspeccionando entre mis piernas muchísimo tiempo antes de que finalmente me acariciara el muslo como un perro bueno. No había ladrado ni mordido. Había dejado que me poseyera y no había emitido ni un quejido.

La mujer dejó de tocarme las piernas y yo las apreté, juntando mis rodillas.

El hombre de la cicatriz se rio. **“Mantener las piernas juntas no te salvará. Hay muchos otros lugares para violarte.”**

Tragué saliva y el ruido de las correas de cuero que golpeaban la mesa de metal me puso la piel de gallina.

Por favor, que esta inspección humillante y degradante haya terminado.

Abrí la boca para pedir ser puesta en libertad, pero el crujido de otro paquete estéril me aterrorizó.

La mujer apareció con algo pequeño frente a mí con una sonrisa cruel. La jeringa brillaba bajo la luz. Mi corazón se aceleró. **“No. Me comportaré. No tienes que drogarme, por favor.”**

La idea de vivir permanentemente drogada me aterrorizaba más. La mujer no contestó y me sacudí, tratando de liberarme de las restricciones.

No podía apartar la mirada de la jeringuilla, esperando a que me inyectara lo que fuera en el brazo, pero no iba a por esa parte del cuerpo.

Sus dedos cubiertos de látex me quitaron el pelo enmarañado del cuello y me clavó la aguja en la carne suave que había detrás de mi oreja.

Grité como si me hubieran disparado y mutilado.

Ella quitó, se rio y le dijo algo en español al hombre de la cicatriz. Tiró la jeringuilla a un contenedor y cogió un iPhone para mirar algo. Entregándoselo a él, me miró la última herida. Mi piel no paraba de palpar.

Unos sonidos fuertes llenaron la habitación.

“Se está vinculando el código de barras,” murmuró él.

¡No! Se había arruinado todo mi valor y la esperanza de escapar. No sólo me habían marcado, sino que me habían etiquetado también. Incluso si escapaba, me podían *rastrear*.

Las lágrimas se me cayeron, desesperadas por ser derramadas. No había pensado cómo escapar, pero por lo menos la idea estaba ahí. Ahora, me la habían quitado.

Tragué saliva con fuerza, tratando de mantener mis ojos secos. El hombre de la cicatriz me había liberado los brazos y me había quitado la soga del cuello.

Me tomó un tiempo comprender que era libre, y aún más tiempo intentar que mi cuerpo dolorido se moviera. Él me ayudó a levantarme, hice una mueca y sentí el dolor de las costillas, y no me importó estar desnuda.

Aspiré y traté de sentarme recta, pero decidí acurrucarme. Este era el peor día de mi vida. No, eso no era cierto. El peor día fue el que me secuestraron, cuando pegaron y abandonaron a su suerte a Brax. Un sollozo quería salir pero me lo tragué de nuevo. No podía pensar en Brax, o en la pesadilla que estaba viviendo ahora.

Apareció una bolsa marrón en mi regazo. El hombre de la cicatriz capturó mi barbilla, haciendo que le mirase a los ojos. "Buena chica. Tendrás futuro. Es fácil, ¿no?" Él me acarició la mejilla, la primera caricia desde que llegué a este infierno. Después del abuso del hombre de la chaqueta de cuero, quería que me abrazaran, pero eso nunca sucedería.

Sigue luchando, Tess. Nunca dejes de luchar.

El calor iba metiéndose dentro de mí, disipando el dolor y las confusiones. Tenía que luchar por todo lo que había dejado atrás. No iba a ceder.

Miré a la mujer que me había marcado y etiquetado. **"Te odio. Algún día sufrirás lo que están sufriendo tus víctimas. Algún día, el karma llegará y te morderá el culo."** No tenía ni idea de si mi promesa se iba a hacer realidad, pero me gustaría que sí y poder salvar a estas mujeres inocentes.

Los odiaba. Odiaba todo.

El hombre de la cicatriz resopló y me quitó la bolsa de papel de las manos. La abrió, cogió la ropa y me la tiró. **"Vístete."**

La cogí y me deslicé con cuidado de la silla. Me puse el suéter marrón haciendo una mueca y jadeando. Lo siguiente fueron las bragas blancas, seguidas de medias hasta los muslos. Nada más.

Me vistieron con eficacia como a una muñeca. Una muñeca rota sin compasión.

Me estaba acordando de cosas tan superficiales como los armarios. La ropa te ofrecía protección, aunque las medias picaban y no eran muy cálidas, al menos no estaba desnuda.

La mujer me dio un cepillo del pelo y lo tomé vacilante. ¿Me lo estaba dando? ¿Se había conmovido?

Me quité todos los enredos antes de entregar el cepillo. Mi piel olía a jabón barato y mi pelo estaba encrespado sin acondicionador, pero me sentí mejor. Más preparada para enfrentar lo que iba a venir después.

Me picaba el tatuaje debajo del vendaje, y quería arrancármelo para ver el código de barras con más detalle. ¿Me podrían escanear ahora? ¿Qué detalles habían puesto en esa marca?

No me habían pedido ninguna información personal. No les importaba quién era yo, sólo en lo que me estaba convirtiendo.
Algo que iba a ser vendido.

CAPÍTULO 6

Owl

Pasaron tres días.

Nuestra pequeña celda, la rutina de comer dos veces al día y las conversaciones en voz baja me ayudaron a adormecerme en una especie de aceptación. Mi cuerpo estaba magullado en sitios que nunca había visto y me dolía la costilla. Después de todo lo que habíamos pasado, detestaba estar allí sentada.

Cada hora que pasaba, me enfadaba más. Sentada en la cama, le di la bienvenida al calor del mal genio. Quería que sucediera algo. Independientemente de lo que ya pasaba, esperar en silencio me mataba. El aburrimiento me picaba más que el tatuaje. La bombilla se apagó y miré fijamente en la oscuridad. Muchas de mis compañeras conversaban desoladas pero me negaba a participar. No quería recordar el pasado, quería centrarme en un futuro menos sombrío, para tratar de mantener viva la esperanza en mi corazón, y sofocar la ira y la rabia.

En cuanto tuviera la oportunidad de salir corriendo, lo haría sin vacilar, sin dudas. Estaba dispuesta a derramar sangre, a quitar una vida, y eso me llenaba de poder. Brax pudo haber muerto intentando luchar para salvarme. Ahora era mi turno. De alguna manera le iba a encontrar. Me iba a encontrar con él y todo esto sería sólo una historia desagradable.

Una rendija de luz, un eco fuera de nuestra prisión. Me quedé inmóvil debajo de las sábanas húmedas.

Un paso, luego otro.

Apreté las manos, lista para pegar. No era una de mis compañeras, era un carcelero. Había prestado atención a sus gestos y a sus ruidos. La semana pasada aprendí a usar todos mis sentidos.

Sabía con terrible certeza que el hombre de la chaqueta de cuero había venido a por mí.

Una mano me palmeó el muslo, arrastrándome, tratando de encontrarme en la oscuridad. Me puse rígida, dejándole hacer.

Cuando una mano encontró mi pecho, cogí aire. *Todavía no. Espera.* Hice como que estaba muerta de miedo, haciéndole pensar que no iba a pelear. *Idiota.* Mi boca se hacía agua con pensar que le podía hacer sangrar. El castigo iba a ser muy bueno. El aliento acre de él flotaba sobre mí mientras presionaba una rodilla sobre la cama, poniéndose encima de mí.

Me eché en la cama.

Mi golpe fue salvaje y conectó con su fuerte mandíbula. Mi otro puñetazo aterrizó justo donde quería: en sus pelotas. La victoria estaba corriendo por mis venas y sonreí.

Él gritó y se quitó, aterrizando con un golpe en las tablas del suelo. Estallaron gritos y susurros en la habitación. Nunca habíamos tenido un intruso. Estúpidamente, pensamos que era el hombre de la chaqueta de cuero. Me puse de pie y unas manos calientes me agarraron el tobillo, torciéndolo. Perdí el equilibrio y me caí, aterrizando encima de él. Mi costilla se quejó y me mareé.

Me tanteó y pasó por las piernas, las caderas, la cintura y el pecho. Me revolví y empecé a pegar patadas. “**¡Quítate de encima de mí!**” Le dije y le mordí la oreja. Rugió y una llamarada de óxido metálico me llenó la boca. Tenía sangre, me había puesto una de las banderillas que les clavan a los toros.

Me puse loca. Sentía una rabia increíble. Grité y atacué. Uñas, dientes, rodillas y codos. No me importaba llamar la atención, o donde iba a caer. Me convertí en garras y colmillos.

El hombre de la chaqueta de cuero se alejó, y seguí luchando contra el aire.

“**¿Quieres violarme, bastardo?**” Mi voz vaciló con lágrimas y violencia. “**Ven a por mí.**”

Las mujeres gritaron y le encontré intentando salir por la puerta. Lo cogí y le agarré el pelo grasiento. Con una fuerza que no sabía que tenía, le golpeé la nariz contra la pared.

Chilló mientras crujía algo. La adrenalina empapaba mis miembros, y me convertí en un fideo mojado, resbaladizo, inestable, pero luché para mantenerme fuerte. *Mantente salvaje.*

La bombilla se encendió, cegándome.

Haciendo caso omiso de la quemadura de mis retinas, agarré un dedo del hombre y lo retorcí con todas mis fuerzas. Me dio un puñetazo en el pecho. Mis pulmones colapsaron, y no pude respirar.

Pasó por la puerta abierta y una barrera de hombres entraron, y me apuntaron con ametralladoras. Cogí todo el aire que pude, salté hacia atrás y levanté las manos. Un hilo de sangre corría por mi sien y seguramente tenía contusiones, pero estaba satisfecha cuando le miré.

Su pelo estaba por todo el suelo, tenía un corte en el pómulos, y exhaló como si hubiera sido golpeado por un gorila. Él gruñó, “*Vete a la mierda, puta.*” Se cogió el dedo y empujó a un lado a un hombre de los que me estaba apuntando, acercándose a mí.

No pensé, mi cuerpo reaccionó. Le di una bofetada tan fuerte como pude, me quemaban las manos, pero no era nada comparado con la felicidad de haberle dejado una huella roja pintada en la mejilla. Le había causado lesiones corporales graves y lo disfrutaba.

Yo era más peligrosa de lo que pensaba.

Él me miró y dijo en español. “*Estás muerta.*”

Conocía esa palabra: morir.

Antes de que el hombre de la chaqueta de cuero me tocara, dos hombres le agarraron, y lo echaron de la habitación. Su voz rugía mientras le iban echando.

Los hombres se quedaron fuera de la habitación, apuntando con sus armas hasta que cerraron la puerta.

Giré lentamente en el centro de la mazmorra, mirando con los ojos abiertos a las mujeres. Algunas se habían puesto las sábanas hasta la garganta y otras me miraban con la boca abierta.

¿Qué veían cuando me miraban? ¿Una mujer salvaje que había firmado su propia sentencia de muerte o una fiera guerrera que se salvó a sí misma de la violación? Había una chica asiática muy guapa con el pelo largo y negro, dejó caer la sábana y aplaudió. **“He querido hacer eso desde que me robaron de la discoteca con mi amiga.”** Su voz temblaba, pero el destello de fuego que vi en sus ojos me recordó a mí. **“Vamos a ser libres de nuevo,”** agregó.

Me quedé mirándola, sorprendida y silenciosa, cuando una chica negra se unió a su aplauso. Una a una, las chicas empezaron a aplaudir y a sonreír en esas caras infelices.

Una por una, se encendió el fuego en su mirada.

Una a una, se recuperaron y sabía que nunca más se iban a quedar quietas.

Estábamos juntas en esto y ellos estaban equivocados.

La justicia nos haría libres.

Al día siguiente, me volvieron a poner la cuerda en el cuello para ducharme otra vez. Había aprendido a vivir con el dolor en las articulaciones y en los músculos, lo que me recordaba a la victoria, no a la debilidad. Una insignia de honor.

Una vez que estuve limpia, el hombre de la cicatriz me llevó por el pasillo y subimos un tramo de escaleras. Esta parte de la casa, fábrica, traficante de hotel, lo que fuese, era diferente. Horribles obras de arte adornaban las paredes, y la habitación a la que me habían empujado era un estudio normal. Ventanas con vista industrial, un escritorio, sillas y un hombre que estaba descansando, y que se me quedó mirando.

Tenía el pelo rubio, la piel bronceada y los ojos azules, el mismo azul brillante que tenía Brax.

Mi corazón se retorció.

El hombre de la cicatriz me forzó a sentarme en una silla, pero no quité en ningún momento los ojos del hombre con traje de negocios.

“¿Quién eres?” le pregunté voz áspera.

El hombre entrecerró los ojos, y puso las manos sobre el escritorio. El hombre de la cicatriz se retiró cerca de la pared. Un hormigueo de miedo me recorrió la espalda, pero

me negué a seguir con ese terror. Me habían quitado sangre, así que contaba para algo.

“Soy el hombre que tiene tu destino en sus manos.”

“Yo soy la única dueña de mi destino, ni tú, ni tus guardias. Nadie.”

Él se rio entre dientes. **“Ignacio tenía razón, eres una luchadora.”** Se inclinó hacia delante, haciendo girar un bolígrafo. **“Siendo así conseguirás que te maten. Déjalo. Déjate guiar.”**

¿Ignacio? ¿Ese era el hombre de la chaqueta de cuero? Temblé con furia. **“¿Tú me has guiado hacia mi muerte por violación y mutilación?”**

Se echó hacia atrás como si le hubiera dado una bofetada. **“Chica estúpida. Si te comportas, te venderé a un hombre que te tratará como su posesión más preciada. Te prestará atención y te comprará todo lo que quieras.”**

Mi mente se volvió como loca, yo tenía razón. Iba a ser vendida como esclava sexual.

“Yo no soy la posesión de nadie.”

Él negó con la cabeza, sonriendo. **“Ah, te equivocas, ya lo eres. Estás vendida, contratada. La cosa está hecha.”**

Mi corazón trató de abrirse camino fuera de mi garganta, pero me quedé congelada, valiente. **“No vas a salirte con la tuya.”**

Se puso de pie y me lanzó un paquete al regazo. Lo cogí por acto reflejo, y vi horrorizada un pasaporte estadounidense falso con mi fotografía, y los papeles estaban escritos en español.

“Ya lo tienes, chica guapa.” Él llegó a la parte delantera de la mesa, deteniéndose frente a mí. Pasó los dedos por mi mejilla, suave y adorablemente, como solía hacer Brax. **“¿Cuál es tu nombre?”**

“No eres digno de saber mi nombre,” le gruñí, tratando de morderle los dedos.

Dio un paso atrás, riendo. **“Bueno, espero que seas digna del cliente que te compró. No se hacen reembolsos.”** Él le asintió con la cabeza al hombre de la cicatriz, que se coló por detrás de mí. **“Hazlo.”**

Se acabó mi mundo cuando unas manos me ahogaron con un trapo de cloroformo. Traté de no respirar, luché por liberarme, pero los vapores me picaban en los ojos, entrando en mi torrente sanguíneo.

Me metí en una niebla, que me susurró y me robó.

La inconsciencia me reclamó.

CAPÍTULO 7

Nightingale

Mis oídos explotaron con el descenso.

Al instante reconocí el zumbido de los motores y el repiqueteo suave del metal. Estaba en un avión hace tan sólo una semana. Hace una semana no sabía que iba a estar prisionera. Lo sentía mucho. Había cambiado tanto. Mi vida ya no giraba en torno a los exámenes y a cuando podía ver desnudo a Brax. Ahora, sólo estaba centrada en supervivir.

Seguía teniendo la capucha negra encima de la cabeza, y traté de mantener la calma. Volverme loca no ayudaría nada.

Me seguían molestando los oídos mientras el avión salía de las nubes, regresando a tierra. ¿Dónde estaba? Me habían hecho el pasaporte por algo, así que debería estar en el extranjero.

El tiempo dejó de tener sentido cuando aterrizamos. Por último, se apagaron los motores y me dolieron más los oídos por el abrupto silencio.

Mientras seguía sentada allí, con las manos atadas y la cabeza dolorida por haber sido drogada, mentalmente me estaba preparando para lo peor. La siguiente etapa de mi nueva vida. Tenía que protegerme. Tenía que estar preparada para luchar y correr.

No podía pensar en arrepentimientos y en mi pasado. No podía pensar en Brax.

Y definitivamente no podía pensar en lo que me esperaba.

Una sonrisa triste adornaba mis labios. Si alguien me hubiese preguntado hace una semana a qué le tenía más miedo, hubiese dicho grillos. Aquellos malditos saltamontes voladores me asustaban.

Ahora, si alguien me preguntara, diría tres palabras muy cortas.

Tres palabras muy cortas que me asustaban, me robaba el aliento, y hacía que la vida me pasase por delante de los ojos.

Tres palabras muy cortas.

Me habían vendido.

Ruido.

La puerta del avión se abrió y unos pasos me asustaron. Mis sentidos estaban embotados, silenciados por la capucha negra, y mi mente enloquecía con imágenes terroríficas.

Escuché a voces masculinas discutir y alguien me cogió del brazo haciéndome daño y me ayudó a ponerme de pie. Me estremecí, grité y me gané un puñetazo en la barriga. El golpe aterrizó en una zona especialmente sensible, y de repente, todo era demasiado. Había sido tan fuerte y nada había cambiado mi futuro. Las lágrimas corrían por mi cara. Las primeras lágrimas derramadas, pero sin duda no serían las últimas.

No podía limpiármelas, y me eso me hizo sentir peor.

Me azotaba un viento muy frío, desapareciendo el suéter holgado de color marrón que llevaba. Los dedos helados del invierno me dijeron que ya no estaba en México. Seguí avanzando hasta que me cogieron fuertemente otras manos, arrastrándome contra un torso duro. **“¿Esta es para el Señor Mercer?”**

“Sí. Nuestro jefe espera que la disfrute. Tiene espíritu. Debería divertirse rompiéndola.”

Mi estómago se retorció, amenazándome con vomitar. *Oh, Dios.*

“No te preocupes. Estoy seguro de que lo hará.”

Las palabras francesas me pincharon los oídos.

Con un duro tirón, mi nuevo captor me tiró hacia adelante. No tuve más remedio que seguirle. Después de un tiempo, me paró. Me dolió la costilla, pero me paré. Encorvada mostré la cobardía y la incertidumbre. No era ninguna de esas cosas. En cuanto me quitaran la capucha de la cabeza, empezaría a correr.

Me pusieron una cuerda sobre la cabeza, la moví, sintiéndome como un pony premiado; un pura sangre para una fábrica de pegamento.

Murmuraban voces varoniles, gorjeaban con tonos profundos y ásperos. Me esforcé por escuchar, pero el viento se llevaba las vocales antes de que pudiera comprenderlas.

El chirrido de los motores de los aviones se hizo más fuerte cuando aterrizaba otro avión. Teníamos que estar en un aeropuerto comercial, pero había contrabando en la carga. No podía ver nada, pero sabía que no había estado en una cabina con asientos blandos y azafatas. Hacía un frío glacial y era terriblemente incómodo.

Estaba de pie, temblando, mientras los hombres hablaban. Las lágrimas que había derramado se me habían congelado en las mejillas, recordándome que tendría que sobrevivir con este frío. Tendría que ser un carámbano helado, impenetrable, agudo y mortal.

Una mano me volvió a coger el brazo, guiándome hacia delante. Me tambaleé, ciega y desorientada. El cordel que había alrededor de mis muñecas me quemaba en cada paso.

¿Por qué no me ponían unas esposas, o algo menos rudimentario? Después de todo, la venta de mujeres debería ser un negocio rentable. ¿Cuánto le darían por comprar a una mujer australiana no virgen sin haber terminado Bachillerato?

Me compraría mi libertad. Burbujas de risa maníaca me hacían cosquillas. *Voy a ir a banco para pedir un préstamo para comprarme, soy una buena inversión.* Solté un bufido. *Oh, Dios, me estaba perdiendo.*

No caminamos mucho más. Nos detuvimos y me empezó a latir el corazón más fuerte, esperando, esperando, esperando.

Un fuerte tirón en las muñecas, y de repente, era libre. Me dolían los hombros de tantos tirones.

Era libre.

En un espacio totalmente abierto.

Podría correr.

Alguien me quitó la cuerda que tenía alrededor del cuello, junto con la capucha. Miré a la izquierda y a la derecha, investigando los alrededores.

Tres hombres muy fuertes formaban un triángulo alrededor de mí. Todos llevaban trajes negros y tenían los pelos oscuros. El cielo nocturno brillaba con un spray de pimienta de estrellas de plata. Una luna creciente cortaba el terciopelo negro. Quería mirar con asombro.

“Sube a bordo,” me ordenó el hombre, los ojos ocultos por las sombras, incluso en la oscuridad. Su acento era fuerte, envuelto en autoridad. Me puso las manos sobre los hombros, empujándome hacia un avión privado.

Brillaba el fuselaje blanco, goteando riqueza. Las iniciales Q. M. estaban impresas con caligrafía de lujo en la punta de la cola y en las alas.

¿Ese era el hombre que me había comprado? ¿Un rico propietario de un avión que compraba mujeres como si fuesen un par de calcetines nuevos? Si era tan rico, y necesitaba comprar mujeres... a menos que... Tragué saliva. Quizá tenía manías muy raras. Le gustaría hacer daño y disfrutar de los placeres sádicos.

¿Cuánto tiempo iba a sobrevivir?

Estaba a punto de descubrirlo.

“Vamos. Sube las escaleras.”

Ahora o nunca, Tess.

Reboté sobre las puntas de los pies, fingiendo que obedecía. Mi cuerpo se aceleró con energía y me giré. Siempre había sido una corredora. Solía correr en la escuela y corría todos los días en la cinta de correr para ponerme en forma para las vacaciones con Brax.

Mi cuerpo sabía cómo huir.

Cerré mi mente y el instinto se hizo cargo.

Volé.

El asfalto frío me mordió los pies mientras corría con más fuerza. Los hombres se pusieron en acción. *Probablemente me dispararían, pero no me importaba.* A lo mejor una bala en la cabeza podría ser la mejor opción.

“¡Párala!” gritó un hombre, seguido de **“¡Mierda!”**

Cogí aire, ya que me silbaban los pulmones. No tenía ni idea de a dónde me dirigía. Podía ver muchas cosas. La terminal principal con las luces brillantes parecían las puertas del cielo, demasiado lejos.

Las palabras *Charles De Gaulle* eran brillantes y llamativas, burlándose de mi esperanza y de la seguridad. Demasiado lejos. Nunca podría llegar a esa distancia. No con los sabuesos siguiéndome.

Los hombres se fueron acercando e intenté correr más rápido. Si tan sólo pudiera volar, tal vez podría ser libre.

Un cuerpo salió de la nada, cortando mi trayectoria.

Nos caímos al suelo. El asfalto me raspó el muslo y grité.

Me sentó en el suelo y vi al que me había tirado, se parecía a los otros guardias, llevaba unas gafas oscuras y llevaba un traje de negocios.

Mi pecho se movía intentando coger aire, me dolía mucho la costilla. Lo intenté. Fallé.

Empecé a llorar, me quemaron por las mejillas sonrojadas cuando el hombre me cogió.

Creo que me había hecho un esguince en el tobillo. Quería llorar y gritar. Mi cuerpo estaba dolorido, no podía correr más rápido.

Miré hacia abajo y mi esperanza se esfumó, estaba de nuevo bajo las garras de uno de los guardias.

No miré a ninguno de los hombres y subí mansamente los escalones del avión privado.

Los hombres murmuraban y reían mientras me sentaba derrotada en un sillón de cuero blanco.

Lo intenté. Fallé. Lo intenté. Fallé. Me repetía una y otra vez.

No te rindas. La próxima vez podrías ganar. La próxima vez podría funcionar. Mis manos se cerraron. Nunca dejaría de buscar una salida.

Nunca.

“Levántate. Ya hemos llegado.” Alguien me pisó y me dolió el tobillo hinchado.

Me estremecí y abrí los ojos. Fingir que estaba durmiendo no había funcionado. Cada momento en el que estaba rodeada de lujo, hervía con pensamientos de cómo mutilaban a los guardias y tomaban rehenes.

Pero yo no hice nada. Me senté en la silla, como una muñeca.

Parecía que había pasado mucho tiempo desde que había estado con Brax. Me gustaría hacer algo para volver a mi antigua vida, para que volviera mi novio. Daría cualquier cosa por cambiar todo lo malo que tenía por cosas dulces y puras.

Si pudiera presionar el botón de rebobinado, lo haría, empezando por no ir a México.

Me puse de pie y el guardia de antes me ayudó a avanzar por el pasillo alfombrado. Me tenía cogida por la muñeca haciéndome daño, cuando llegamos a la parte inferior de la pequeña escalera, me dejó en manos de su colega. El vendaje que había sobre mi

tatuaje me proporcionaba muy poca protección. Estalló el dolor y me picaba. Lo odiaba.

En el momento en el que bajé del avión, me congelé. Estábamos de pie en medio de una pista de aterrizaje de césped bien cuidado, escarchado con hielo, estaba igual de oscuro que en las profundidades del infierno, aparte de la hermosa casa señorial que había al final. Había una iluminación muy suave iluminando la casa, era de arquitectura francesa.

El guardia me cogió del codo y empezamos a caminar a través de la hierba. Tropecé, aturdida por la incomprensible riqueza. ¿Quién podía permitirse un avión privado y una mansión?

Mis dedos estaban entumecidos cuando empezamos a subir las escaleras de la entrada. Cuatro gruesos pilares nos daban las bienvenidas. Había una fuente con tres caballos, todo esto era demasiado perfecto para un hombre que compraba mujeres. De nuestra respiración salía vapor del frío que hacía, el guardia llamó a la enorme puerta de plata antes de abrirla mientras me empujaba para que pasara.

Una vez dentro del cálido abrazo de la casa, se quitó las gafas, aunque se las colocó encima de la cabeza. Tenía los ojos vivos y de color verde. Busqué la maldad, la misma que tenían los hombres que me habían secuestrado en México, pero para mi sorpresa, eso no fue lo que lo encontré. Sus ojos eran compasivos.

Inclinó la cabeza, mirando al frente y arriba.

Eso fue todo. Mi nuevo comienzo. Mi nuevo final.

"Buenas noches, esclava."

Mis ojos se fueron hacia la gran escalera de terciopelo. Había obras de arte colgadas en las paredes doradas de oro.

Un hombre con un traje gris a cuadros, con camisa de color negro, corbata plateada y pelo oscuro y corto, me observaba desde el rellano.

Todo mi cuerpo se encendió y apreté la mandíbula. Parecía que me estaba comiendo con la mirada y me aterrorizó. Todo en él gritaba crueldad y poder. Se mantuvo orgulloso y real como si fuera su castillo y yo fuera más inferior que él.

Nuestros ojos se encontraron, y algo se estremeció en mí. ¿Miedo? ¿Terror? Algo en mi interior sabía que él era peligroso.

Sus labios temblaban mientras yo cogía aire. Se quitó las manos de los bolsillos y las colocó en la barandilla, sus dedos eran largos y fuertes, incluso desde la distancia. La forma en la que me miraba era demasiado. Me sentía desecha, despojada de mi alma. Di un paso atrás, chocando contra el guardia que tenía detrás. Él inclinó la cabeza, susurrándome al oído: **"Saluda a tu nuevo amo."**

CAPÍTULO 8

Sparrow

La palabra "dueño" resonaba como una mala sintonía.

Dueño. *Dueño*.

No, no era mi dueño, *no* era mi amo. Nadie lo era.

Las lágrimas me pinchaban en los ojos mientras pensaba en Brax. Parecía que estaba a un mundo de distancia de esta realidad. Brax era joven, un gran trabajador hasta la médula. El hombre me miraba con ojos de color jade pálido y tenía una cara cincelada, en total contraste. Su poder se percibía en el ambiente, perturbándome más que nada. No estaba gordo, no era el repulsivo bastardo que usaba su dinero para comprar esclavas sexuales. No era nada monstruoso. *¿Quién era este hombre?*

Abrí los ojos como platos, mirando a mi... al propietario de la casa. Mi... dueño. *No, nunca.*

No me importaba quién era, porque mi vida me pertenecía. Subí la barbilla, mirándolo. No me dejaba intimidar por su riqueza o por su estatura. No me importaba que fuera alto y que se moviera como si todo el mundo le fuera a lamer los zapatos. Nunca lamería nada suyo.

El hombre no paraba de mirarme, atrapándome con su mirada. Lentamente, se apartó de la barandilla y se dirigió hacia las escaleras.

Tragué saliva.

Era como el agua, si sabes nadar no pasa nada, pero es peligrosa si no sabes. Corrientes mortales acechaban por debajo de la superficie. Lo miré, tratando de averiguar qué placeres enfermos ocultaba, que eran difíciles de conseguir.

Mi corazón se aceleraba con cada paso que daba, descendiendo hacia mí.

El guardia me empujó hacia adelante.

“Hazle una reverencia a tu nuevo dueño”.

Me tropecé, pero recuperé el equilibrio instantáneamente. Mis puños temblaron, ya que estaba apretándolos con mucha fuerza. Mis heridas me recordaban que todo esto estaba equivocado. En algún sentido deformado, parecía inocente como el dueño de la casa, simplemente le estaba dando la bienvenida a un invitado.

“No tengo ningún dueño,” le dije, poniendo rebelión en mis palabras. **“Déjame ir.”**

El hombre se detuvo a medio paso, con la cabeza ladeada. Sus dedos se cerraron alrededor de la barandilla, mostrando las uñas cuidadas, sin callos a la vista. Una vez más, sus pálidos ojos conectaron con los míos, dejando mis pensamientos en blanco. Hasta ahora, su rostro había sido ilegible, pero a medida que nos seguíamos mirando, me zarandeaban sus destellos de emoción. Enfado. Interés. Molestia. Renuncia. Y, por último, un resplandor... lujuria.

Mi respiración se aceleró y traté de dar un paso atrás, pero choqué con el pecho del guardia.

Él colocó una mano pesada y caliente entre mis omóplatos y me empujó, obligándome a luchar. **“Haz lo que te digo.”**

Había miles de pensamientos chocando en mi cabeza. Quería girarme y robarle el arma que llevaba enfundada bajo el brazo. Quería dispararle a todos. Quería romper todas las obras hermosas y artefactos de valor incalculable que había por toda la habitación. Cosas de esa belleza no merecían pertenecer a un hombre cuyos matones forzaban a una esclava sexual a inclinarse.

“Bastardo,” murmuré, odiando no poder hacer nada. Todo lo que podía hacer era obedecer, por ahora.

“Para. Si ella no quiere inclinarse, no la obligues.” La voz masculina me recordó al acero brillante, formándose con precisión y fuerza. Era el sonido de la autoridad, a pesar de mis mejores intentos rebeldes. El enorme peso de su voz me obligaba. El guardia me quitó la mano de la espalda. Él se rio entre dientes. **“Si no quiere inclinarse, tal vez quiera gatear.”**

Salté una milla, y mi nuevo dueño se paró directamente enfrente de mí. Tenía las manos en los bolsillos, la cabeza inclinada ligeramente hacia un lado, como si estuviera inspeccionando una obra de arte.

“Puedes gatear si lo deseas,” murmuró.

“No quiero,” le espeté.

Una vez más, nuestros ojos se encontraron y busqué el mal al igual que los hombres que me tenían en México, pero él lo custodiaba muy bien. Nada delataba lo que pensaba, incluso las emociones que había visto antes habían desaparecido.

Nos seguimos mirando durante un rato, antes de que el guardia que estaba detrás de mí se aclaró la garganta. Rompió el frágil silencio y me condenó a lo que iba a ocurrir a continuación.

“Me voy,” dijo el hombre en francés, e hizo un gesto con la mano hacia salida. Al instante, el guardia salió junto con otros que no había visto hasta ahora. El susurro de sus trajes sonaba como una sentencia de muerte, ya que iban hacia la puerta.

Oh, Dios.

Mis ojos se movieron hacia la izquierda, donde había una enorme biblioteca. Estantes para libros de oro. Los libros me llamaban, querían que los leyera.

A la derecha, un salón descomunal llena de cómodos sofás de diseño, y sillas. Piel de animales cubrían el suelo, y las enormes puertas de cristal me reflejaban bajo las brillantes luces del vestíbulo.

El hombre estaba un brazo de distancia. Sentí que las lágrimas iban a empezar a salir. Miré hacia abajo, incapaz de mirar más. Me sobrevino el cansancio y lo único que quería hacer era dormir, para escapar de esta pesadilla.

“No deberías correr,” me dijo, mirándome de cerca.

Aspiré una bocanada de aire. **“¿Quién dice que voy a echar a correr?”**

Sus labios, suaves y bien definidos contra las sombras, me crispaba. **“Lo huelo en ti. Estás buscando una salida, estás en un lugar que nadie puede encontrarte.”** Él se inclinó, enviando una nube de colonia a mi alrededor. **“Eres diferente, y te daré eso. Ellos no te rompieron, pero no pienses que vas a poder pelear conmigo. No vas a ganar.”**

Mi corazón se aceleró. Su tono limitaba el enfado. ¿Estaba enfadado conmigo? La víctima aquí era yo. Mi pecho se hinchó con indignación. **“¿Qué esperas? Yo vengo de contrabando, tú me compraste, no he venido libremente. Por supuesto que quiero correr.”**

Su cuerpo se estremeció y frunció los labios. **“Te voy a permitir una indiscreción. Atácame otra vez y desearás no haberlo hecho.”** Sus inusuales ojos verdes miraron hacia abajo, mirándome íntimamente. Dio un paso hacia adelante, tan cerca que el calor de su cuerpo me hacía estremecer. **“Hay cosas que tienes que entender.”** Quería dar un paso atrás, para mantener la distancia entre nosotros, pero sería parecer débil. En lugar de eso, di un paso adelante, prácticamente empujé mi pecho contra el suyo. **“La única cosa que hay que entender es que eres un monstruo que me compró. Me robaste la vida y a mis seres queridos.”** Mi voz se quebró, pero seguí adelante. **“Te lo llevaste todo. Eso es todo lo que necesito entender.”**

Su mano tocó mi mejilla. Respiré mientras me tocaba la mandíbula con el pulgar, sus ojos brillaron con asombro como sorprendido por haberme tocado. Dejó caer su mano, y envolvió sus dedos largos alrededor de mi codo. **“Ven conmigo.”**

Me quemó la piel cuando me volvió a tocar, y se me aceleró el corazón. Me giré, tratando de apartarme. **“Deja que me vaya.”**

Me observó. **“No estás en condiciones de pedir, esclava.”**

¿Era su acento francés o la palabra "esclava", lo que me enfadaba? Mis terminaciones nerviosas brillaban con rabia. Bastardo. **“¡NO SOY UNA ESCLAVA!”**

Me dio una bofetada, no fuerte, pero el castigo me puso en mi lugar.

Me mordí el labio, y me cayeron unas lágrimas inoportunas cuando él me arrastró a la biblioteca. Con un profundo suspiro, se sentó frente a mí.

Me estremecí, pero me mordí la lengua. No quería que supiera que me dolía, incluso aunque me pudiera dar analgésicos. Aunque no creo que lo hiciese, era un bastardo de corazón frío que me quería rota y débil.

Inclinándose hacia delante, juntó las manos entre sus piernas abiertas, tan cerca, dominando el espacio. Sus ojos volvieron a buscar mi cara, casi implorando conocer mis secretos.

El malestar me hizo retorcerme, y me negué a hacer contacto visual, prefiriendo mirar el fuego.

No nos movimos y no quería romper el pesado silencio. Quería irme a casa.

Respirando, dijo: **“Tú eres mía. No voy a discutir contigo, eres de mi posesión y por lo tanto debes obedecerme en todo.”**

Como el infierno.

“No se te permite utilizar internet, el teléfono o cualquier objeto tecnológico. No puedes hablar con el personal y no puedes salir de casa.”

Se puso de pie, los músculos tonificados y se puso al lado de la gran mesa de madera. Cogió un pedazo de papel y una pequeña bolsa negra, él se recostó hacia abajo. **“Mis socios no me han dicho de dónde vienes, qué idiomas hablas ni qué habilidades tienes. No eres nadie, este es un nuevo comienzo. Vamos a llevarnos bien. Acuérdate de eso.”**

Se inclinó hacia delante de nuevo, invadiendo mi espacio. **“Eres mía y de nadie más. ¿Lo entiendes?”**

Sus ojos brillaron de emoción mientras hablaba, como si le encantara la idea. Por supuesto, a él le encantaba la idea. ¿A cuántas mujeres había arruinado?

Las opciones pasaban por mi cabeza. Podía escupirle en la cara. Podía intentarlo y darle una rodillazo en las pelotas. Correr y gritar. Todas esas opciones tendrían consecuencias dolorosas.

Me quedé quieta y muda.

Se puso de rodillas, empujando la silla hacia detrás. Se me aceleró el corazón mientras avanzó poco a poco, su aliento caliente sobre mis muslos desnudos. ¿Tan pronto?

¿Sólo llevaba aquí diez minutos, y quería violarme ya? Mierda, no podía hacer esto. Sólo lo había hecho con Brax, fue el primero, el me robó la inocencia y el corazón.

Respira. Imagina que estás en otro lugar.

Le agarré el brazo mientras él tiraba de mi pierna y me quitaba los calcetines. Sus dedos me apretaron hasta el fondo, convirtiendo mis contusiones y un esguince de tobillo en puntos de calor. Mi rostro se arrugó y me quedé sin aliento cuando el calcetín se deslizó fuera de mi pie, dejándolo desnudo.

Frunció el ceño, mirándome el tobillo. Hinchada y caliente, parecía peor de lo que fue, pero él se quedó mirando cómo me sobresalía el hueso. **“¿Ellos te hicieron esto?”**

Su voz era suave y sincera mientras me observaba las piernas, viendo las contusiones, las abrasiones, restos de mi cautiverio y la hospitalidad del hombre de la chaqueta de cuero.

Mi pulso se aceleró al ver su preocupación, luego apareció la ira. **“¿Te importa? Tú probablemente me harás cosas peores.”**

Me miró a los ojos y sus dedos se crisparon en mi pantorrilla. **“Me importa, porque no me gustan las chicas heridas, y no voy a hacerte algo peor.”** Bajó la voz y sus dedos me seguían apretando. **“A menos que te lo merezcas.”** Su rostro resplandeció con actitud protectora. Parecía que estuviera batallando con su interés, fuera cual fuera la atracción enferma que sintiera por mí.

Mi corazón se aceleró, se me revolvió la sangre. Tragué saliva y esperé sus manos, sus horribles dedos, pero no pasó nada.

Se echó hacia atrás, dejando de tocarme. Rápidamente, sacó un artículo largo de la bolsa negra y apretó un botón en la parte posterior. Una luz de color rojo brillante salió de la nada.

Arrastrando los pies más cerca, me rozó la rodilla, me quitó el otro calcetín y envolvió el elemento alrededor de mi tobillo no lesionado. El frío me hizo estremecer, pero no se lo impedí.

Se puso de pie, y se sentó en el borde de la silla cuando terminó.

Hablé antes de lo que pensaba. **“¿Qué es eso?”**

Sentándose, se limpió en los pantalones. **“Es un dispositivo de seguimiento.”**

Haciendo señas a mis piernas desnudas, añadió: **“Si estás incómoda, puedes ponerte los calcetines de nuevo.”**

Ignorando el hecho de que me habían marcado una vez más, como los mexicanos, le dije: **“No son mis calcetines, son los que me dieron los secuestradores.”** No sabía lo que me esperaba que respondiese al decirlo eso, pero la mirada en blanco de desinterés no fue todo.

Se pasó un dedo por la ceja, y miró la hora en su Rolex. **“Ese dispositivo me informa de dónde estás en todo momento. No te puedes escapar, esclava.”**

Tuve un impulso loco de echarme a reír. Era una completa exageración. Tenía un código de barras tatuado en mi piel, un chip en mi cuello y un GPS en el pie. Lo miré y lo odié tanto como odiaba a los hombres de México. ¿Qué pasó con las otras mujeres? ¿La chica asiática que era tan feroz terminó igual que yo?

El hombre cogió un papel del suelo y me lo pasó. **“Esto es todo lo que tengo de ti. Quiero saber más.”**

Lo cogí y se me cerró la garganta.

Sujeto: chica rubia en moto.

Código de barras: 302493528752445

Edad: de veinte a treinta.

Temperamento: enojado y violento.

Estado sexual: no virgen.

Salud sexual: no enfermedades.

Guía para el dueño: Recomendando penas severas para quitarle el mal temperamento.

Cuerdo definido, lo suficientemente en forma para actividades extremas.

Historia: sin parientes vivos.

Oh, Dios, Brax. ¿Esto quiere decir que no sobrevivió? No, sentiría si se hubiera ido para siempre. ¿O no? Algo se rompería en mi interior, dejando un vacío si él se hubiera ido para siempre.

Miré hacia arriba, con los ojos abiertos, con la esperanza de algún tipo de compasión, algo a lo que agarrarme mientras me arremolinaba en la miseria, pero el hombre estaba recto, tenso y con los ojos cerrados.

“¿Cuál es tu nombre?” me preguntó con acento francés. Siempre había pensado que el acento francés era suave y sexy. Ahora, lo único que quería era hacer era vomitar y taparme los oídos.

La ira disipó mi miedo sobre Brax y le espeté: **“Si no soy nadie, ¿por qué quieres saber mi nombre?”**

Un destello de anhelo erótico cruzó su rostro. **“Tienes razón. No es necesario. Sin embargo, es una existencia solitaria si nadie te llama por tu nombre.”** La forma en la que lo dijo, hizo que me erizara. No estaba intentando ganarse mi simpatía. Él no sabía lo que era la completa soledad.

“¿Por qué me has comprado?”

Se echó hacia atrás, juntando los dedos. **“No lo hice. Eres un regalo, un regalo no deseado.”** Sus labios se torcieron. **“Un soborno.”**

Mi estómago se enrolló como una víbora. Me habían dado a alguien que ni siquiera me quería. Al menos, si alguien me había comprado, se había gastado mucho dinero, me trataría mejor. Como un preciado caballo de carreras o un gato de raza cara. Pero esto... Era un regalo no deseado. Al igual que un jersey tejido a mano en Navidad.

“¿Qué vas a hacer conmigo?” mi voz era apenas un susurro.

“Eso no es de tu incumbencia.”

“¿No crees que mi futuro debería preocuparme?”

“No, porque tu futuro es mío.”

Respiré con fuerza ante la injusticia.

Se puso de pie, mirándome. Rápidamente me presionó contra la silla, con las manos sobre las mías en los apoyabrazos. Dejé de respirar. Dejé de todo. Estaba inmóvil.

Su mirada me capturó, me vi prisionera en sus ojos de color verde pálido. Brilló algo oscuro y urgente, y luego desapareció. Sus ojos me miraron los labios y la boca.

El aire pesado, caliente del fuego nos quemaba. Cada crepitar de las llamas me hizo retorcerme.

No te muevas. No te muevas.

Finalmente, el hombre se echó hacia atrás. Parecía que le costaba mucho esfuerzo y reajustarse a sí mismo con discreción. **“¿No quieres saber a quién perteneces?”**

Poco a poco, sacudí la cabeza. ¿Por qué iba a querer saber su nombre si no tenía intención de usarlo?

“No.”

Sus fosas nasales se abrieron y se alejó. Su traje susurraba a cada paso y se detuvo en el umbral.

“Me tienes que llamar por algún nombre, y no quiero que sea ni amo ni dueño. Te ordeno que me llames Q.”

“¿Q?”

No contestó. Se alejó y me dijo por encima del hombro: **“El personal te enseñará tu habitación. Recuerda, no trates de escapar. No hay ninguna escapatoria.”**

CAPÍTULO 9

Blackbird

En el momento en que Q salió de la biblioteca, apareció una silueta. Salté y se me aceleró el corazón.

Imágenes de que me tiraban a un sótano para que viviera con las ratas, me llenaban de temor. Traté de mantener la calma, recordando que a Q no le gustaban las lesiones.

Así que, dudaba que me hiciera dormir en un calabozo húmedo en el que podía enfermarse. Después de todo, ¿si moría de neumonía donde estaba la diversión?

La chica, probablemente tendría sobre los veinticinco años, tenía el pelo recogido en una trenza, y me sonrió. **“No era mi intención asustarte.”** Su acento era suave y femenino; sus ojos color avellana brillaban sobre su piel oscura. ¿Por qué demonios trabajaba para un hombre como Q?

¿Sabía quién era yo? ¿Lo que era?

“Por favor, sígueme.” Hizo un gesto hacia la puerta. **“¿Llevas algo contigo?”** me preguntó mientras caminábamos torpemente una al lado de la otra.

Mis ojos se abrieron y resoplé. **“No, no llevo nada conmigo.”**

Sólo era yo.

La idea me agarró por el cuello. Tuve que dejar de pensar en eso. No era nada más que Tess. Tenía que sobrevivir.

“Oh, bueno, eso está bien. Estoy seguro de que el amo Mercer podrá comprarte ropa nueva.”

“¿Mercer?” Trotaba a su lado hasta el tramo de escaleras. La gruesa alfombra azul era como una nube entre los dedos de mis pies. Espera, Q me dijo que no hablara con el personal. Hice una pausa, sopesando si hablar con esta chica valía cualquier castigo. Junté las manos.

Al diablo, por primera vez en una semana, alguien quería hablar conmigo en vez de ordenarme.

“El propietario de la casa. Es, bueno, él es el amo.”

No me gustaba esa palabra. Quería palabras buenas, no que me ordenasen.

Caminamos en silencio por el pasillo más largo que había visto en toda mi vida y subimos otra escalera dando vueltas antes de detenernos ante una puerta blanca.

“Esta es la tuya. He puesto nueva ropa de cama y la he preparado para tu llegada.”

¿Hace cuánto sabían que iba a venir? ¿Días? ¿Semanas? Sábanas nuevas y toallas para un soborno no deseado. ¿Quién le regalaba a alguien una mujer robada, y para qué? Mi cabeza pensaba en tráfico de drogas o armamento ilegal.

Q era un bastardo.

Me armé de valor contra el uso de su nombre. Q. Ridículo.

Abrí la puerta. Me entraron ganas de reír. Como no, estaba rodeada de elegante riqueza, pero yo era una humilde esclava y no merecía espacio, ni luz, ni sutilezas. Escuelto y vacío, el dormitorio no te acogía. Había una cama individual, un armario y estanterías. Todo era poco acogedor, pero la ropa olía a limpio y el aire era fresco. Era una celda, pero agradecí tener mi propia habitación con una cama higiénica. Después de una semana en la cárcel de los narcotraficantes mexicanos, esto era un cinco estrellas.

Mi corazón se desplomó ante la idea de Brax. Él odiaría la idea de que viviera aquí. Incluso nuestro pequeño apartamento de un dormitorio, era de cómodo y de diseño. Más de un fin de semana, Brax tenía algún proyecto de bricolaje, había hecho de un árbol de goma viejo una cama en forma de trineo. Esta pequeña habitación estaba dentro de una mansión, cuyo dueño era alguien que me utilizaba como quería. Dejé de intentar ser feroz. Las lágrimas empezaron a caer. Mi vida nunca sería la misma.

La criada chasqueó la lengua con preocupación, y me empujó hacia la cama. **“No, no. No llores. Tienes tu propio cuarto de baño, y podemos conseguir algunas cosas personales para decorar.”** Su brazo caliente descendió tímidamente alrededor de mis hombros y me sacudió.

Ahora que estaba aquí había perdido la fuerza. Quería seguir siendo fuerte pero la piedad y la pérdida ganaban.

El simple contacto de una mujer buena me hizo desplomarme.

Lloré.

En mis manos, en una almohada, en sueños.

A la mañana siguiente, me duché y me vestí. Sin saber y sin preocuparme, me puse la ropa que habían comprado para mí. La rebelión mantenía el fuego ardiente en mi interior.

Me quité los calcetines y me quedé descalza en la escalera acolchada. Podía suponer que me habían puesto en los cuartos del personal. El alboroto que había a las cinco de la mañana, con la gente duchándose y preparándose para empezar el día, me mantuvo despierta.

No es que hubiera podido dormir. Mi cabeza estaba nublada por todas las lágrimas derramadas y me desperté con un terrible dolor de cabeza, pero el llanto me purgó, dejándome extrañamente vacía y lista para enfrentarme a mi nuevo futuro.

Sin embargo, era una preocupación innecesaria. No tenía experiencia en la esclavitud y en la propiedad, pero me parecía sorprendente que Q me dejase libre sin supervisión.

Probablemente era algún tipo de juego machista y sensación de poder.

No podía derramar mi aprensión cuando entré en el salón y seguí los tintineos de los cubiertos. A pesar de la agitación, el aroma de café recién hecho me convenció a seguir adelante. Mi boca se hacía agua con la cafeína.

Rodeando la esquina, me detuve cuando vi la cocina. Los azulejos eran de color verde pálido, y actuaban como un espejo de color. *Eran del mismo color que los ojos de Q.* Tenía que admitir que mi extraño propietario tenía gusto. Todo relucía como la nieve, gracias al sol que fluía desde la gran claraboya. Tres hornos de acero inoxidable, una enorme estufa y un refrigerador lo suficientemente grande como para meter una vaca. Había otra habitación con estanterías de madera, albergaba innumerables botellas de vino. No hay duda de que estábamos cerca de un viñedo, lo más seguro, cerca de Francia.

La chica que había sido tan amable conmigo anoche, sonrió detrás de un mostrador.

“Bonjour. ¿Tienes hambre?”

No creo que pueda comer con toda esa gente extraña, pero de todos modos asentí con la cabeza. Tuve que mantener la fuerza, y no podía recordar la última vez que había comido. No, espera, me acordaba, la noche que el hombre de la chaqueta de cuero trató de violarme.

Hijo de puta.

Mis labios se curvaron, pensando en lo rápido que había pasado todo. En cierto modo, me dio fuerza.

Me rugió el estómago, se me estaba yendo de las manos.

La criada se rio. **“Supongo que eso responde a la pregunta, pero antes de que comas, el amo te espera en el comedor.”** Ladeó la cabeza hacia unas puertas corredizas de vidrio, allí había un comedor al estilo inglés.

Q estaba sentado a la cabecera de la mesa. Un periódico le tapaba la cara.

Al verlo sentí púas en el estómago. Al final acabaría aceptando todo esto, pero nunca me acostumbraría a ser la esclava de alguien.

No es que él me hubiera comprado, sólo me había aceptado como un soborno. Mi curiosidad aumentaba, queriendo saber por qué me aceptó, pero aparté eso de mi mente. No me importaba, no iba a estar mucho más tiempo aquí. Muy pronto encontraría una forma de escaparme.

Negué con la cabeza, mirando hacia la criada. **“No quiero verlo.”**

La criada tenía las manos llenas de pasteles.

“No tienes elección. Él manda, ve. Esa es la ley.”

“¿Ley?” Alcé una ceja. Al instante odié la palabra. Las leyes eran oficiales. Una palabra que implicaba seguridad, no unas simples reglas dictadas por un loco.

“Ley.” Dijo una voz detrás de mí. Su presencia me envió escalofríos por la espina dorsal. No me asusté. Tenía que acostumbrarme a que él se movía en silencio. No quería que me asustara, me sorprendiera y se aprovechara de mí.

Mantuve la cabeza alta y la espalda recta, me volví hacia él.

“Yo no obedezco a ninguna ley.”

Q gruñó, frotándose la mano por la mejilla sin afeitar. Su pelo castaño oscuro era brillante, costoso, casi como una piel en lugar de pelo. Su mirada verde invernal me heló hasta la médula. Iba vestido con una camisa de color plata y una corbata negra, parecía distinguido e inteligente.

Grité mientras me agarraba. **“Yo ordeno y tú vienes, esa es la única ley que tienes que entender. Yo soy tu dueño, no puedes haberlo olvidado tan pronto, ¿verdad?”**

Me llevó hacia el comedor y me tiró en una silla de respaldo alto que estaba justo al lado de una mesa para veinte personas, sopló con fuerza y se inclinó sobre mí. **“Eres mía. Eres mía. Repítelo hasta que se te meta en la cabeza. No puedes desobedecer. A menos que...”** Un destello de interés ardió en sus ojos. **“A menos que quieras ser castigada.”**

Mi corazón iba tan rápido como las alas de un colibrí. Negué fuertemente con la cabeza. Mi lengua se volvió inútil, era incapaz de hablar. Nunca había estado tan subyugada por pura voluntad de alguien, pero Q me aplastaba con su intensa actitud. ¿Cómo podía esperar que desobedeciera cuando sólo me amenazaba con palabras y me volvía horriblemente dócil?

“¿Te has olvidado de cómo luchar tan pronto?” Dijo con su fuerte acento, me capturó la barbilla y me presionó dolorosamente. Un murmullo de descontento resonó en su pecho, y rápido como un rayo, me besó.

La fuerza del ataque me estrelló la cabeza contra el respaldo de la silla, y me hizo daño en las sienes. Sus labios me obligaron a abrir la boca y su lengua se movía en mi boca, robándome la voluntad, haciendo que dejase de luchar. Me lo robó todo con un solo beso.

Gruñendo, su lengua saqueó sin piedad la mía, fuera de control. Arrastró los dedos desde mi barbilla hasta la garganta, haciendo círculos posesivamente; amenazándome con que podía matarme y nadie se enteraría.

Yo gemía y le arañé la cara con las uñas.

Se echó hacia atrás, respirando como un toro furioso. Sus labios brillaban al haber devastado mi boca, dejándome el sabor del café y algo más oscuro, una promesa de que podía haber más.

Me miró, y se limpió la mejilla, cuando vió que tenía sangre se tensó.

Mi corazón se llenó de orgullo. Podía ser capaz de molestarme, pero no iba a salir ileso mientras lo hacía.

Cogió una servilleta de la mesa y se dio unas palmaditas en la mejilla. **“Vas a obedecer. No me hagas que te trate como cualquier otro comprador.”**

“De todos modos, ¿no es eso lo que quieres hacer? ¿Violarme y arruinarme?”

Lanzó la servilleta. El periódico crujó mientras colocaba las manos delante de él. Cada movimiento era preciso, calculado, como si supiera todos los gestos de dominación. Cuatro sillas nos separaban, dando una sensación de espacio. Respiré fácilmente, deseando que desaparecieran el sabor de la oscuridad y del pecado. ¿Por qué tenía que darme un beso? Un beso significaba intimidad y romance, pero ese beso, me reclamaba más que cualquier beso de Brax. Me hizo odiar a Q aún más.

Haciendo caso omiso de mi pregunta, me preguntó, “**¿Cómo te llamas?**”

Me crucé de brazos y le miré. *Nunca.*

“Bien,” me gritó. “Te llamaré Dove (paloma), hasta que me contestes. Al igual que el gris azulado de tus ojos.”

Mi corazón se rompió en diminutas piezas irremplazables. ¿Paloma? La ira corrió por mis venas y me acordé de Brax. El muñeco de peluche que me compró cuando estaba en el hospital. Me había llamado muchas veces su pequeña paloma.

“¡No!” Le grité con violencia.

Ni siquiera parpadeó con mi arrebato.

Deliberadamente, se pasó un dedo por el labio inferior, mirándome fríamente. Su rostro se ensombreció con autoridad, y para mi absoluta vergüenza, mis pezones se endurecieron. Mi cuerpo recordó la forma en la que me besó, le respondí y no me reconocía. Me hizo sentir como si yo le invitase a pasar para cumplir mis deseos más retorcidos.

Santo infierno, ¿esto me invitaba a ser más dura que con Brax? Como tenía una vida demasiado perfecta, ¿quería conceder mis deseos enfermos de la peor manera posible?

No podía respirar. Me quedé mirando el mantel que la criada acababa de poner delicadamente, y me puso delante un plato de huevos escalfados. Se inclinó un poco para Q, poniendo un plato igual delante de él.

A pesar de que mis miembros estaban débiles por el hambre, empujé el plato. ¿Cómo iba a comer cuando estaba disgustada conmigo misma? Todo esto era por *mi* culpa. Yo era la responsable de mis jodidas perversiones.

“Maldita sea, come,” me ordenó Q con cara estoica.

Después de todo lo que había pasado, después de que me robara un beso, de los sangrientos mexicanos y de mi estúpida ingenuidad, no podía seguir y abrir la boca para comer. **“Que te jodan.”**

Abrió los ojos y apretó la mandíbula, pero no hizo nada más. Cortó y masticó con cuidado. Cada bocado era controlado y preciso, como si mantuviera un estricto control sobre sí mismo en todo momento. ¿Contra qué luchaba? Porque sabía que estaba luchando, lo podía ver en sus ojos.

“Si no me dices tu nombre, dime algo más sobre ti.”

¿Por qué quería saberlo? Él ya me había dicho lo que le importaba.

Tragando, me fui afuera, hacia la terraza y la enorme mesa de aves, gorriones y mirlos estaban pululando ruidosamente. Los jardines bien cuidados, con setos perfectos y flores, brillaban con la escarcha como encaje brillante. Desde el caliente México al invierno en Francia, echaba de menos mi hogar.

Q puso el cuchillo y el tenedor en el plato, y colocó las manos en el regazo. Cometí el error de mirarlo y empezamos a competir con nuestras miradas. Grité en silencio mientras él me dominaba con palabras no verbales.

Rompió el concurso y murmuró: **“Tienes dos opciones.”**

Lo había escuchado, pero fingí insolencia. Dos opciones. Intentaría tres. Aparte de esas dos, la tercera sería escapar. Me gustaría poder hacerlo. Me quitaría el tatuaje, me cortarían el GPS del tobillo y encontraría una manera de quitarme el chip del cuello.

Q continuó hablando con su acento profundo. **“Uno, te violaría, te haría daño y te haría todo lo que esperas de mí, y te haría vivir una existencia miserable.”**

Entrecerré los ojos, observándolo fijamente. Sus hombros se tensaron con la palabra violación, pero la emoción también calentaba su mirada. ¿Por qué las dos emociones juntas? Uno caliente y con ganas, y el otro rechazado y enfadado. Juntó los dedos y el miedo amenazó con cerrarme la garganta.

“O hálame de ti, y si tienes la habilidad que necesito, te pondré a trabajar de otra manera.”

No podía ayudarme a mí misma. **“¿Otras formas?”**

El lamento cruzó rápidamente su rostro, y me pregunté si me lo había imaginado.

Asintió muchas veces. **“Otras formas.”**

“¿Como qué?”

“Háblame de ti.”

“Primero dímelo.”

Golpeó las manos a cada lado del plato. **“Maldita sea, chica, te estoy ofreciendo una opción. Pero eso no significa que pueda rechazar esa opción.”** Respiró con fuerza y vi que estaba enfadado.

Me llamó chica, y sin embargo, dudaba que él fuese mucho mayor. Treinta y pocos años, pero la edad no importaba cuando me gritaba. Él me asustaba más que el hombre de la chaqueta de cuero. Al menos con él sabía que podía luchar. Q, no tenía ni idea.

Tratando de concentrarme, respiré. Q me estaba ofreciendo una elección. Si quería escapar, tenía que esperar el momento. Si Q quería ponerme a trabajar, tendría más oportunidades que estar atada a una cama.

Le imité, colocando las manos sobre la mesa, fortaleciendo mi resolución. **“¿Qué quieres saber?”**

Sus hombros se relajaron un poco, pero la dureza de su mirada verde pálido no se fue.

“¿De dónde eres?”

“Melbourne.”

“¿Hablas otro idioma aparte de inglés?”

Negué con la cabeza.

Resopló. **“Eso es lo primero que debe cambiar. Me niego a hablar inglés durante mucho tiempo. Es un lenguaje aburrido. Aprenderás francés.”**

Ignorando el comentario, preguntó: **“¿Tienes otro tipo de educación?”**

Caminé por una tela de araña, una respuesta equivocada y pasaría directamente a la segunda opción.

“Todavía estoy en la universidad. Soy camarera y trabajo en una tienda pequeña.”

Resopló, inspeccionándose las perfectas uñas. **“Nada importante. Tienes que tener talentos mejores, de lo contrario...”**

“Me estoy entrenando para estar en la promoción inmobiliaria. Casi he completado un grado de proyecto de gestión y la línea lateral en bocetos arquitectónicos.”

Hizo una pausa. El interés sustituyó la dureza en sus ojos por un momento, y luego cambió. **“Vamos.”**

No había mucho más que decir. **“Todavía tengo que hacer los exámenes finales, pero estudié cómo hacer presupuestos de construcción, consejos locales, permisos, requisitos comerciales... También estoy en una clase para aldeas eco-sostenibles.”** Mentí pero si me quería como esclava, me gustaría ser la mejor que pudiera tener.

Se echó hacia atrás, juntando los dedos de nuevo. Reconocí el movimiento rápido. Q tenía el poder y el innegable conocimiento del control perfecto.

“¿Cómo te cogieron?”

El abrupto cambio en la conversación me sorprendió.

Había empujado esos pensamientos a lo más profundo, y me había purgado a mí misma la noche anterior a través de un baño de lágrimas, pero el pánico se fue, borrándolo todo, apartando la agonía de ver a Brax sangrando y los hombres me dejaron inconsciente. Oh, Dios, ¿iba a ser libre?

Q se movió, esperando. A él no le importaba, ni se interesó sádicamente mientras luchaba con los recuerdos. ¿Por qué diablos sacó el tema?

Bastardo.

Le respondí en tono monótono, fingiendo que no lo había vivido. Sorprendentemente, me ayudó a distanciarme y eso me llenó de orgullo. Había luchado y le había enseñado una lección o dos al hombre de la chaqueta de cuero. Celebré la pequeña victoria.

“Me cogieron en México. Le hicieron daño a mi novio, me golpearon y me llevaron a alguna parte.”

“¿Te hicieron daño? ¿Aparte de tu tobillo?”

Si él clasificaba ser golpeado y tatuado, entonces sí. Asentí con la cabeza.

Él contuvo el aliento, frunciendo la frente. **“¿Te violaron?”**

El hombre de la chaqueta de cuero lo intentó pero fracasó. Una fría sonrisa tiró de mis labios. **“No, uno lo intentó pero no lo logró.”**

Su dura sonrisa igualó la mía y algo se unió entre nosotros. ¿Entendimiento?

¿Respeto? Algo de lo que dije cambió lo que Q pensaba de mí.

Mi pulso se aceleró. Tal vez, si hiciera que me viera como una mujer y no como una posesión, las cosas serían mejores, después de todo.

Fueran cuales fueran sus sentimientos, si su respeto me concedía seguridad, era toda para él.

Fuera lo que fuera que pasó entre nosotros desapareció cuando Q murmuró, **“¿Cómo te llamas?”**

¿No piensa que noté la pregunta casual?

Apreté los labios, sin responder.

Después de un momento, miró hacia arriba. **“Me dirás tu nombre.”**

Mi respiración se volvió más rápida, lastimando mi costilla, pero permanecí en silencio.

¿Qué estás haciendo, Tess? ¿Otra paliza vale la pena sólo por mantener tu nombre en secreto? Sabía la respuesta: sí, valía la pena. Mi nombre era lo único que tenía. Era sagrado.

Me asusté cuando Q llamó, **“¡Suzette!”** Levantó la barbilla, mostrando un cuello elegante, áspero y suave a la vez. Sus músculos insinuaban un programa de ejercicio riguroso, sin embargo, su cuerpo no era voluminoso. En otra vida, habría babeado por él. Debería estar en la portada de una revista GQ. Mis ojos se estrecharon. ¿Por eso se hacía llamar Q? Qué presumido.

Apareció la criada. Su sonrisa suave y adoración por su dueño hacían que me doliera el corazón. ¿Cómo podía ser leal y le podía gustar este hombre?

“¿Sí, amo?”

“Cierra la biblioteca. Quita el teléfono y el ordenador portátil. ¿Comprendes?”

Parpadeé, deseando haberme quedado con francés en la escuela secundaria. Los engranajes oxidados se movieron, buscando las palabras en un idioma que conocía pero que no había utilizado en años. Algo sobre una biblioteca y un ordenador.

Mis ojos brillaron entre Q y Suzette.

Ella hizo una reverencia. **“Sí, ¿algo más?”**

Mi mente se aceleró, intentando recordar. Le había preguntado si quería algo más.

Nunca antes me había agradecido tanto por tener tan buena memoria, pero tenía ganas de llorar por el alivio de no estar completamente en la oscuridad.

Q se congeló, y Suzette lo miró. Su postura gritaba proteccionismo, entendimiento. Los ojos le instaron a hacer... ¿qué?

Se estuvieron mirando durante una eternidad, estaban participando en una conversación en silencio, dejándome a mí sola. Por último, Q asintió suspirando, **“¿Tú sabes?”** Yo sabía.

Ella se relajó, la cara llena de triste reconocimiento. **“Ella es diferente.”** Ella se encogió de hombros. **“No la castigues.”**

Ella hablaba tan rápido, que sólo capté las palabras diferente y castigo. Mi estómago se apretó cuando Q me miró, vi una mezcla tortuosa de lujuria y odio en su cara.

Él asintió con la cabeza bruscamente, bajó la guardia; sus ojos brillaban con hambre. **“Sí.”** Su voz me envió escalofríos por la piel.

El instinto sabía antes que la mente. Algo cambió en Q. Había entrado en la batalla. Mi corazón saltó de su prisión de las costillas, galopando en mi pecho. Él renunció a la lucha. La decisión brilló en su cuerpo resignado pero tenso. El terror exigió saber exactamente a lo que había cedido.

Suzette me miró con compasión y esperanza, antes de desaparecer del salón. Quería correr tras ella, y rogarle saber lo que estaba pasando.

Q se quedó, rozando su traje impecable y camisa de plata. Evitando mi mirada, me dijo, **“Suzette tiene sus órdenes. Tienes que seguirlas. Y ya que te niegas a decirme tu nombre, te llamaré ‘esclave’ hasta que lo hagas. Si vas a aprender francés, esa será tu primera palabra.”**

Ahora no era el momento para decirle si sabía lo suficiente como para entender.

Se levantó y empezó a rodear la mesa, pero cambió de opinión. Mi piel se calentaba a medida que se iba acercando, y respiré entrecortadamente mientras se apretaba contra mí. Su muslo duro me tocó el hombro. Balanceaba las caderas, deliberadamente me hice muy consciente de lo que había entre sus piernas.

Mi mente se rebeló ante una necesidad que todo lo abarca. Era tan duro y largo, rígido e implacable. La forma en la que se alzaba por encima de mí me daba miedo, y se mezclaba con un deseo no deseado.

Me aparté, haciendo una mueca por el dolor de la costilla, pero ese dolor no podía detener el odio que sentía por mi traidor cuerpo. ¿Cómo podía siquiera pensar en el deseo? No podía pensar en eso. Mi cuerpo reaccionó. Hambriento de algo que necesitaba, junto con el acto de control, algo se disparó a pesar de mi terror y repulsión. Las lágrimas me ahogaron. ¿Cómo podía? *Soy un monstruo retorcido y enfermo.*

Q interrumpió mi confusión y mi odio. **“¿Conoces esa palabra?”**

No tenía ninguna pista, estaba demasiado involucrada superándome a mí misma por una traición tan horrible. *¡Lucha! Piensa en Brax. Mi corazón se detuvo. No, no pienses en Brax.*

Q capturó mi barbilla, una llamarada de calor me apretó el estómago. **“Esclave, respóndeme. ¿Conoces esa palabra?”** Su boca estaba tan cerca; no podía apartar los ojos.

Le ordené a mi cerebro que trabajase, haciendo caso omiso de mi cuerpo pecador, sacudí la cabeza. Conocía esa palabra: esclava. Pero la ignorancia era un arma y no quería que conociera mi arsenal.

Pensé rápido, agradecida cuando los hilos de la lujuria ardieron con el odio. Sí, odio. Esa emoción sería mi salvación cuando Q quería poner a mi cuerpo en mi contra.

Mi voz tembló. **“Yo no soy tu esclava y tú no eres mi maître. Nunca vas a serlo.”**

Sus pupilas se dilataron y una mano me agarró de la nada, envolviéndose alrededor de mi cuello. Estábamos nariz con nariz, me rozaba el traje caro de Gucci. **“Tú eres mi esclavo, no es negociable y considera mi propuesta de las dos opciones revocada. Ya no puedo hacerlo.”** Respiró con fuerza con el deseo desenmascarado.

“Eres mía y escogí la opción uno.”

Jadeaba, me dolía. Cada célula de mi cuerpo estalló, chorreando pensamientos negros y peligrosos. Luché para recordar lo mucho que odiaba a Q, se arremolinaban muchísimos sentimientos, me sentí mareada, a toda velocidad hacia la oscuridad. En la oscuridad acechaba el calor, el miedo, la intoxicación.

Una lágrima rodó por mi mejilla; yo ya estaba arruinada.

Q gruñó. Mi cuerpo traidor se hinchó y se calentó mientras mi mente se rebelaba, vomitando obscenidades. *¿Cómo iba a permitir que mi cuerpo me traicionara tan completamente? ¿Por qué estoy tan jodida?*

Q observó mi desmoronamiento con asombro. Abrió la boca, y sus ojos verdes ardieron. Todo esto estaba mal, de manera equivocada. Caí de cabeza en el duelo.

Q pasó la nariz por la mía, respirando profundamente. Algo duro me apretó el estómago. No me moví. *No me podía mover.*

“No quiero la opción uno,” susurré. Sabía lo que incluía: degradación, tortura sexual, todo tipo de cosas que uno podía hacer con una posesión no deseada. Jugar conmigo y finalmente tirarme a la basura.

Se me escapó otra lágrima rebelde, y lo odiaba. Mostraba lo débil que era, lo arruinada que me sentía.

Q se quedó inmóvil, mirando el rastro de la lágrima que iba bajando por mi mejilla, haciéndome cosquillas en la piel caliente. Sus ojos brillaron y por una milésima de segundo vi algo, compasión, remordimiento; pero luego recuperó el hambre y se agachó. Su lengua se deslizó sobre mi mejilla con suave ternura, capturando mi remordimiento salado, luego la pasó por encima de su labio inferior.

Tal vez porque el hombre de la chaqueta de cuero me lamíó de la misma forma, o una vez más el instinto sabía algo que yo todavía tenía que entender, me relajé un poco. Q no me lamía con placer enfermizo, me lamía con amabilidad.

La jodida parte rota de mí reaccionó contra la posesividad insolente de Q. Quería creer que sería bueno y que no me haría daño. ¡Pero él me aceptó como un soborno! Nadie que tuviera alma haría eso. No podía permitirme el lujo de dejar que su acto me engañara.

Mis ojos se cerraron, protegiendo todas las facetas de mi alma. El diez por ciento quería entregarme a sus amenazas, quería que fuera áspero y que me utilizara. Mientras el noventa por ciento quería clavarle un cuchillo de mantequilla y manchar el mantel con sangre.

Me soltó, arrastrando sus suaves dedos por mi pelo. Me tambaleé, rompiéndome fácilmente, completamente confundida.

“Hasta esta noche, esclave.”

CAPÍTULO 10

Swallow

Ser una esclava era... me atrevo a decir... aburrido.

Después de que Q se fuese, Suzette se cernía sobre mí, no me quitaba el ojo de encima. Ella había llegado a ser muy dulce y obediente, pero estaba viendo la verdad. Ella era de Q: un ama de casa que ayudaba a mantener a su esclava en línea. ¿Qué le había dicho ella a él en el comedor? Ella provocaba, mientras él le daba permiso. Q podía pagar su sueldo, pero ella tenía un poder sobre él que yo no entendía.

No creo que él me hubiera presionado o lamer mis lágrimas si ella no le hubiera animado a ceder a la batalla interior.

A veces, odiaba tener instintos sensibles, yo sentía demasiado, futuro demasiado vívido que no quería que se hiciera realidad.

Lo que más me asustaba era que Q la escuchaba, era empujada por su criada a hacer algo que él no podía contener. Mis ojos se estrecharon, tratando de averiguar qué relación tenían.

Sorprendentemente, cuando Q se fue, volvió mi apetito, y devoraba los fríos huevos escalfados. Suzette nunca se iba, y una vez que terminé, me guió a la biblioteca, y con indiferencia cerró la puerta.

Ella se fue y me dolieron los oídos cuando la cerradura hizo clic.

Se podría haber ido con una dulce sonrisa, y mi celda estaba llena de literatura cara, pero seguía siendo una celda.

Mis pensamientos estaban llenos de Q. ¿A dónde se había ido? Probablemente se habría ido a dirigir un imperio lleno de actividades ilegales y libertinaje. Sólo el trabajo con cosas ilegales podría conceder este tipo de riqueza. No me sorprendería si fuera un importante traficante de drogas.

Me tiré y me quedé rígida. Su olor me envolvió, enviándome olores a sándalo, enebro y cítricos.

Mi garganta se cerró, conectando su olor con la infelicidad. Quería mirar por la ventana, trazar mi plan de escape, pero la biblioteca tenía persianas de cedro oscuro que bloqueaban el sol, protegiendo los libros delicados que había dentro. El aire brillaba con las motas de polvo y las astillas de luz hacían que la sala cambiara a una calmante cueva.

A pesar de la sensación relajante, no podía quedarme quieta. La amenaza de Q antes de irse, hasta esta noche, esclava, se me grabó en la mente. No esperaría pacientemente para ver qué pensaba hacer. Necesitaba mantenerme activa. Encuentra un arma. Busca la libertad.

Probé a abrir la puerta, pero seguía cerrada. Traté de abrir las ventanas, pero por más que lo intentaba, no podía abrirlas. La única salida era la chimenea, y subir por el tubo de la chimenea no me inspiraba.

Estaba loca por correr, me volví a los libros, hojeando los que estaban firmados, las primeras ediciones de literatura no tenían precio, es decir, que con suerte me los podría llevar. Pero nada funcionaba. Golpeando una novela cerrada, me quedé mirando el fuego mientras pensaba. Si quemaba todos los libros, ¿le enseñaría una lección a Q? Me puse de pie, cogí un libro rojo y lo puse por encima de las llamas. *Hazlo*. Mis dedos se negaron a dejarlo ir. No podía. No podía cometer ese sacrilegio, no importaba cuánto lo odiase.

Si iba a estar aquí durante un tiempo, esto podría ser mi único entretenimiento. Las horas las marcaba un reloj de pie que había en la esquina, marcaba cada quince minutos echando a perder mi vida y sonaba un gong cada hora marcando mi destino. ¿Cuánto tiempo iba a tardar Q? ¿Cuánto tiempo quedaría para volver a mi pequeña habitación y esconderme en el sueño del olvido?

Mi estómago gruñó mientras el sol de invierno caía sobre el campo francés. Había estado acurrucado en el asiento de la ventana durante horas, mirando a través de los listones de cedro, burlándome de la pequeña parte del mundo. Los gorriones se acicalaban las plumas en la fuente. Eran libres, lo que yo no era.

Nunca había anhelado tanto el sol. Sus rayos no habían tocado mi piel en más de una semana. Nunca pensé que anhelaría el aire libre, especialmente el frío, pero lo hacía. Era un picotazo que no podía rascar.

Su cara tenía una mirada de depravación e infelicidad. Me acurruqué en el asiento de la ventana, oculta por las persianas y la tristeza, y evocaba conjuros para él.

Les advertí a mis ojos que no llorasen. Todas mis historias eran sólo eso: ficción. Tenía que quedarme en el mundo real. Un mundo centrado en prepararme para escapar y salvarme.

Mi mente se aferró a otras cosas. Cosas como formas de escapar. Necesitaba ropa de abrigo, provisiones, y un cuchillo para quitarme el GPS del tobillo. Esas cosas me mantendrían con vida cuando tuviera la oportunidad.

De alguna manera, podría llegar a la embajada australiana, donde demonios estuviera. ¿Ellos podrían salvarme? Me enviarían a casa. A casa con Brax, y a mis padres a los que no les importaba. Unos padres que odiaban que yo les robase su jubilación.

La puerta principal se abrió y Q entró en la casa. El vidrio de las puertas de la biblioteca le mostró rego y orgulloso, como un magistrado que regresa a su castillo. El aura de confusión que recubría su rostro había desaparecido.

No se detuvo, se dirigió directamente a la biblioteca y abrió la puerta.

Me tensé y envolví los brazos alrededor de las rodillas. Aspiré una bocanada de aire mientras él entraba en la habitación.

Tardó un momento en encontrarme, mirando los laterales y las estanterías. Cuando me encontró, se paralizó.

Algo se rompió entre nosotros, formando un arco entre nuestras conciencias, la tentación. Luché mentalmente, cortando la conexión.

Sus fosas nasales se abrieron a medida que mirábamos a los lados de la habitación.

“Ven,” me ordenó, tendiéndome la mano, esperaba que me comportara dócilmente.

Le enseñé los dientes, abrazándome con fuerza. No le contesté, mi lenguaje corporal gritaba todo lo que necesitaba saber: que lo despreciaba.

Él no me lo exigió de nuevo. En cambio, apretó los dientes y me atacó. Con la fuerza que me temía, me arrancó del asiento como si fuera un niño errante. Sus dedos me apretaban los brazos mientras me arrastraba sobre alfombras de felpa y me sacaba de la biblioteca.

Me retorcí, pero no me pude soltar. **“Suéltame.”**

Él no respondió, iba casi corriendo por la casa. No vi a nadie. No había ruidos de vida, no vi a nadie que me ayudara.

Q se dirigió directamente detrás de la escalera. Se me cortó la respiración cuando apartó los paneles de madera oscura y apareció una puerta.

El miedo me explotó en las venas. Arriba, tenía la ilusión de formar parte de la civilización, pero aquí abajo simbolizaba la falta de restricción. Las visiones de horror que había imaginado podrían hacerse realidad.

“¡No!” Le torcí el brazo, provocando que gruñera. No tenía más remedio que ponerme en libertad o le rompería la muñeca.

Salí corriendo, pero Q era más rápido. Se estrelló contra mí y chocamos contra la pared. Mi costilla rugió y jadeé, luchando contra el dolor. Se me había olvidado la lección que me enseñó el hombre de la chaqueta de cuero: la obediencia puede ser clave, pero no podía caminar voluntariamente por esos pasos. Prefiero sangrar y tratar de salvarme a mí mismo.

Q presionó las caderas con las mías, intercalando todo su cuerpo contra mí.

“¡Deja de pelear, esclave!”

Se las arregló para capturarme los brazos con sus manos. Mi tatuaje me quemaba junto con las lesiones de la cuerda. Una rodilla me obligó a abrir las piernas, atrapándome eficazmente.

Gemí, mi cuerpo desobedeció y me calentaba bajo sus caricias. Mi corazón se aceleró cuando Q presionó su frente contra la mía. Sus ojos me ardían hasta la médula.

“Para.”

Dejé de respirar, suspendida por el anhelo de su voz.

Incliné la barbilla. **“No.”**

Suspiró profundamente, se alejó, pero mantuvo el agarre en mis muñecas. Mis músculos temblaban mientras me arrastraba a través de la puerta oculta y bajábamos las escaleras. Me tiró muy fuerte y tropecé.

Aterricé en su espalda, lo que casi le hace caer. Me soltó, y nos presionamos contra la barandilla, estabilizándonos.

“Mierda,” murmuró. **“¿Ni siquiera puedes caminar? ¿Por eso estás aquí conmigo? ¿Eres una devolución? ¿La que no podían vender al precio más alto?”**

Sus palabras me abofetearon fuertemente.

¿Es eso lo que pasó? Los débiles bastardos me sacaron de allí antes de que lo arruinara todo. La ira y la felicidad me calentaba. La ira de que me echaron, pero la felicidad de haberme sobrepuesto a eso.

Gracias Dios, he luchado. No sabía cuánto peligro tenía al enfrentarme con Q, pero en mis huesos sentía que esto era mejor que México. Podría haber sido drogada, violada en repetidas ocasiones, y morirme en mi propio vómito. Ahora, tenía que hacer frente a un millonario con problemas.

Mira, Tess. Pase lo que pase, no es tan malo como podría haber sido.

Contra toda lógica, tomé fuerza con eso. Todavía tenía ingenio y conocimiento.

Todavía era fundamentalmente yo, aunque estuviera oculta bajo mi personalidad feroz. Cuando no respondí, Q me arrastró escaleras abajo. El estrecho tramo terminó, depositándonos en una oscura sala de juegos. A la derecha, una mesa de billar de terciopelo verde brillaba debajo de una lámpara de araña. A la izquierda, un bar contra la pared. Los paneles de madera en las paredes y el techo nos sepultaban. Todo lo que necesitaba era humo de cigarro y el olor de licor fuerte.

Había un silencio sepulcral. El cielo de un hombre.

Q me tiró al lado, casi como si no me pudiera tocar mucho tiempo. Me tropecé con el impulso, hacia la mesa de billar. Las bolas resonaron cuando le di con el codo al triángulo.

Me giré para enfrentarme a él, pero su caliente longitud me dobló, empujándome con fuerza contra el fieltro. Grité mientras me forzaba la cara contra la mesa y ponía sus caderas en mi culo.

Estar atrapada debajo de su cuerpo, con su aliento caliente en el cuello, me recordó que él era el depredador y yo era su presa. Era degradante, me ponía en mi lugar, y todo el tiempo la sangre me corría más rápida por las venas, y la respiración se volvió empalagosa.

Luché.

Retorciéndome, traté de quitarme. **“¡Déjame ir!”**

Sus dedos me apretaron en respuesta, apretándome más duro. Me volví salvaje; mis manos agarraron una pesada bola de billar y traté de aplastarla en su cabeza. **“Hijo de puta, quítame las manos de encima.”**

Q gimió, sonando torturado y perdido, pero no dijo nada. La pesada respiración interrumpió la tranquilidad de la guarida.

Su silencio me desconcertó. No tenía ni idea de lo que pensaba o de lo que estaba planeando. Estaba acentuando el dolor de los moretones y el peor horror, la humedad entre mis piernas.

Brax nunca me había tratado con esa ferocidad. El sexo se volvió de bueno a excelente. Estar obligada sería mi ruina, ¿por qué mi cuerpo ignoraba el miedo y se suavizaba?

Había pasado de luchar, estaba lista, pero mi corazón se aceleró y entré en pánico. Q pareció sentir mi consentimiento. Se balanceó suavemente, haciendo que la sangre se calentara más apresuradamente. Contuvo el aliento, y luego una mano ligeramente temblorosa se posó suavemente en mi pelo, acariciándome. Muy lentamente, me colocó el pelo detrás de las orejas, adorando su tacto.

Mi corazón se relajó un poco, aliviado por la gentileza. Me obligó a rendirme y aceptar su deformada amabilidad.

Los minutos de cariño me derretieron los huesos, siguió acariciándome el hombro, la columna, nunca más que un susurro.

Esperaba dureza, sin embargo, mostró ternura. ¿Cómo podría competir con eso? Mantente fuerte y lucha cuando cada parte animal de mí reaccionaba a él. Gemí cuando sus dedos bajaron por mi caja torácica, deslizándose hacia un lado, hacia mi pecho.

Tarareó, un sonido lleno de moderación, pero también una advertencia. Poco a poco, sus dedos siguieron acariciándome, haciendo círculos sobre mi pecho, acercándose cada vez más a mi pezón.

Mis pezones se pusieron duros, frunciendo con necesidad. El conocimiento de que él estaba a punto de tocarme tan íntimamente me hizo jadear. Mi reacción hizo que Q estallara, me cogió del pelo y me tiró sobre el fieltro. Sus caderas capturaban las mías entre él y la mesa.

Grité porque me escocía el cuero cabelludo, pero al mismo tiempo irradiaba de placer, fiereza y calor. Me quemaba todo el cuerpo.

Una mano me agarró el pecho, apretándome un pezón. Su boca caliente cayó sobre mi cuello, mordiéndome con los dientes afilados.

No podía controlar mi cuerpo, pero no quería que él pensara que quería esto. De ningún modo lo hice. **“Para. Por favor, no lo hagas.”**

Apreté los ojos, deseando que mi mente pudiera volar libre de la abrumadora culpa que aplastaba mi alma. Culpa para reaccionar. Culpa por querer desesperadamente más. Culpa por querer matarlo.

Q murmuró algo en francés. Su aliento mentolado flotó sobre mi sensible piel. Su mano amasaba mi pecho, más firme, más duro de lo que Brax lo hacía. Rodó el pezón entre sus diestros dedos y un gemido salió de mi garganta.

Q se tensó, presionado su firme y dura erección contra mi culo. **“Put, quiero follarte mucho.”**

Me pellizcó el pezón y el dolor se retorció en mi estómago. El pellizco significó algo, un reclamo. **“¿Qué es esto?”** Susurró oscuramente.

Q no jugaba con ninguna regla. Me estaba enviando una dolorosa necesidad entre las piernas. Traté de detener la lujuria, la confusión, pero no pude.

No podía respirar. Los ojos azules de Brax me llenaron la mente. ¿Qué estaba *haciendo*? Brax me odiaría eternamente si dejaba que esto sucediera. No importaba si no tenía otra opción... No podía volver con él después de haber sido utilizada por otro. Me empezaron a caer las lágrimas, odiando mi debilidad, odiando mi cuerpo.

Q me volvió a morder el cuello, presionando los labios a lo largo de mi clavícula, su traje caro me raspó la espalda. **“Dime, esclave. ¿Qué estoy tocando?”**

Mi mente zumbó con ruido blanco, separándose. Podría usar mi cuerpo, pero no rompería mi alma. Sería intocable. Intocable.

Cuando no respondí, me empujó y eso hizo que llorara más. **“¿Qué es esto?”**
“Mmi pezón.”

Me mordió el lóbulo de la oreja, y empezó a respirar más fuerte. **“Mal. Esto es mío.”**

Me soltó y respiré con alivio, luego me paralicé cuando me tocó el culo. Sus dedos enviaban senderos de fuego sobre mi piel en agónicos movimientos suaves, avanzando hacia dentro, dirigiéndose hacia abajo.

Las piernas me temblaban, se me aceleró la respiración y mi cuerpo me traicionó, porque quería más.

Q murmuró, **“Tu piel es tan suave aquí.”** Sus caricias eran cada vez más cerca. Una de mis lágrimas goteó sobre el fieltro, convirtiendo el color verde manzana en un bosque.

Q contuvo el aliento. **“¿Te estoy haciendo tanto daño que necesitas llorar? ¿Te he golpeado? ¿Te he pegado?”**

Negué con la cabeza, incapaz de responder.

Yo jadeaba cuando una mano invadió mis piernas. La vergüenza, la necesidad, el deseo, el *odio*, todo eso disparó a mi corazón.

Un dedo rozó mi entrada a través de las húmedas bragas. **“Querida, qué caliente.”**

Pasó la nariz sobre mi cuello mientras su dedo encontró mi clítoris. Me resistí en sus brazos. Su pecho se tensó contra mi espalda. **“Tu cuerpo no miente. A él le gusta. A él le gusto.”**

“Puede que no sea capaz de controlar mi respuesta física, pero no te confundas, tú a mí no me gustas,” medio jadeé, medio gruñí. **“Nunca me gustarás.”**

Se rio entre dientes, enviando vibraciones. **“Así que, ¿has decidido luchar? Bien.”**

En un movimiento brusco, me agarró la parte de atrás del cuello y me empujó otra vez

hacia la mesa de billar. Se inclinó, y un dedo se movió más firme en mi núcleo de calor. **“¿Qué es esto?”** Susurró.

Mis mejillas se encendieron con el calor; me hubiera gustado estar lejos, muy lejos.

“Respóndeme, esclave.”

“Mi vagina.”

Se volvió a reír entre dientes, haciéndolo más fuerte. **“Mal de nuevo.”** Unos dedos expertos trabajaron los lados de mi ropa interior. Fuerte, herida, torcida. *Oh, Dios.* ¿Por qué sucede esto? Brax. No quería reemplazar los recuerdos de él con este monstruo que creía que me poseía. *No pienses.* Las lágrimas se deslizaron silenciosamente.

El olor de la madera de sándalo y cítricos me llenó la nariz cuando Q se apoderó de mí. No me tocó, lo que hizo fue peor. Sus dedos estaban allí; el calor de su piel ardía contra mi muslo. La anticipación me volvía salvaje, sabiendo lo que estaba por venir. Q me tiró del pelo, inclinando la cabeza hacia un lado. Su boca descendió sobre la mía, su lengua me abrió los labios sin esfuerzo, a pesar de que la tenía cerrada. En el momento en que su lengua entró en mi boca, un dedo se hundió en mí, duro y rápido.

“Oh, Dios.” Mi boca se abrió mientras temblaba. Él no era suave, no era dulce.

“Esto es mío. Todo es...”

Yo sabía lo que quería. Nunca le diría esa palabra.

“Mío,” me gruñó. Sin previo aviso, insertó otro dedo y me folló, sumiéndose profundo y rápido, mi cuerpo temblaba con hambre. Mi respiración era áspera, demasiado rápida. Nunca había sido tomada por completo. No me importaba nada más que sus dedos en mi interior, y estableció un ritmo implacable. El orgasmo me pilló por sorpresa y gemí. No pude llegar al clímax. Esa sería la última traición.

Me resistí, tratando de quitar los dedos, pero él apretó más duro, rectificando con su erección contra mi culo. **“Mierda, estás tan mojada. Mojada para mí.”** Había sorpresa en su voz, casi reverente. ¿Nunca había estado con una mujer mojada antes? Eso no podía ser verdad, no con la manera experta con la que lo hacía. Le odiaba, sabía que lo que él hacía estaba mal, pero mi cuerpo, mierda, a mi cuerpo no le importaba.

Q me dio algo que necesitaba desde que había empezado a soñar con cosas pecaminosas, imágenes de hombres haciéndolo con mujeres con un fino borde de violencia.

Q sacudió sus caderas otra vez, y me eché hacia atrás, en contra de mi voluntad. Él contuvo el aliento, haciéndome cosquillas en el cuello. Incluso mientras luchaba por liberarme, mi núcleo ondulaba de placer. Su dominio había creado un potente cóctel no deseado en mi cerebro. *No quiero esto. ¡Para!*

Sus dedos se metieron dentro, dibujando más humedad en mi cuerpo.

Suspiró profundamente, abriendo más mis piernas con una de sus rodillas. Perdí el equilibrio y sus dedos se deslizaron fuera, agarrándome la cadera.

Sus piernas estaban dobladas, y la erección estaba cubierta por el pantalón contra mi humedad. Se balanceó, duro como el acero y caliente como un hierro a punto de marcar algo.

Pequeñas estrellas explotaron detrás de mis ojos. Sólo la tela le impedía tomarme.

Odiaba cada embestida. **“Por favor... no,”** lloré. Las lágrimas corrían sin control.

Se esforzó por hablar. **“Tú elegiste la primera opción. ¿Recuerdas?”**

Presionó el codo en mi espalda, y sus caderas desaparecieron mientras se bajaba la cremallera. El sonido me aterrorizó. Mi cuerpo podría querer esto, pero te aseguraba que yo no quería.

Me levanté, haciendo caso omiso de su codo. Le golpeé y le pateé la rótula. **“No luches. Lo único que haces es que sea peor.”**

¿Cuántas veces había oído eso? Y todas las veces habían sido verdad. Pero no podía no luchar. Nunca sería capaz de vivir conmigo misma.

Respiré con tanta fuerza que me dolían los pulmones. Busqué frenéticamente hacia las escaleras. ¿Dónde demonios estaban las putas escaleras?

Corrí mientras Q se recuperaba. Se tambaleó y envolvió los brazos alrededor de mi pecho agitado, y nos tiró al suelo. Aterrizamos en un montón de extremidades, y me rugió la costilla. Los pantalones le colgaban de las caderas. Mis bragas estaban a un lado y tenía la carne hipersensible hinchada, necesitaba algo. *¡No! No me encendí. No estaba rota. Todavía no.*

Una posesión maníaca quemaba en sus ojos, y le di una bofetada. Q se echó hacia atrás, los labios retorcidos. La violencia se erizó mientras me cogía, poniéndome encima suyo.

Me quedé inmóvil, bloqueando mis rodillas para que no pudiera establecerse entre mis piernas. Me agarró la barbilla, obligándome a mirarle profundamente. **“¿Qué haces?”**

Me retorcí, odiando el hambre en su voz, haciéndose eco de mi necesidad. Estaba enferma para pensar que siempre quise esto con Brax. Pero nunca quise esto con Brax. Quería juego de roles, nada como esto. *Por favor, así no.*

Q me impactó silencio mientras me besaba el cuello. Se demoró, respirando profundamente. Mi estómago daba vueltas. Retirándose, se quedó en shock, como si no hubiera tenido intención de recurrir a ser gentil.

Pasaron muchísimas emociones por sus ojos. Parecía arrepentido. **“Dilo y te dejaré ir. No te voy a hacer daño. No te voy a violar. No esta noche.”**

Me mordí el labio. Si lo dijese, me lanzaría a su merced, pero si no lo decía, me violaría y no podría manejar esto. No después del trauma de todo. No después de que todo mi mundo se desmoronase y me dejase desconsolada. Especialmente no con mi cuerpo que era mi enemigo número uno.

“Dilo, esclavo.” Su boca me hacía cosquillas en la oreja, sus palabras vibraban a través de la carne.

Paré de luchar, la voluntad de desobedecer desapareció. **“Tuya,”** suspiré, enferma del estómago, con ganas de lavarme la boca.

Me besó, tan, tan suavemente, con olor a menta y a lujuria, si es que la lujuria tenía un olor.

“Otra vez.”

Negué con la cabeza, tratando de liberarme. Los brazos de Q me apretaron con más fuerza, arrastrándome contra su dura erección. **“No me pongas a prueba. Mi fuerza para dejarte ir está a punto de desaparecer. Empujame otra vez y no voy a ser capaz de detenerme.”**

“¿Por qué dudas? Eso es lo que quieres hacer, ¿no? Arruíname. Déjame cautiva. Una esclava sexual. Trátame como un animal, abusa de mí,” le susurré, pero mi tono crepitaba con ira, ferocidad y brillo.

“No quiero hacerte daño. No te voy a tomar,” murmuró. Mi corazón se paró. Su tono dejó entrever sus pensamientos, remordimiento.

“Entonces, ¿qué quieres?” Levanté una ceja en confusión.

Q paró, me acarició el brazo, pero se detuvo como si lo hiciera inconscientemente.

“Sabes lo que quiero, esclave.”

Mi corazón estaba herido. No podía mantener el ritmo. Algunas veces me tocaba como si fuera una pieza insustituible de arte, y otras veces me abrazaba como si fuera una perra que necesitaba una lección. Me sacudió, gruñéndome. **“Necesito que lo digas de nuevo, y te puedes ir.”**

CAPÍTULO 11

Skylark

Al día siguiente, Suzette vino a por mí.

Yo no había pegado ojo. En cuanto Q me dejó irme, corrí por las escaleras y me encerré en mi jaula.

Los elementos de la puerta y las paredes ayudaron a contener el aumento del ataque de pánico. Empujé la cómoda para bloquear la puerta y me acurruqué en medio de la cama. Pero no podía conciliar el sueño, por si acaso Q regresaba para terminar lo que había empezado.

Durante toda la noche, luchaba contra las náuseas y mi cuerpo caliente. No podía desalojar el susto de mis pulmones o la vergüenza de mi corazón. No por lo que tocó Q, que se puso húmedo en contra de mis deseos, pero debido a la parte oscura a la que él quería llevarme. Quería eso condenadamente.

Mis ojos permanecían secos, pero mi corazón estaba llorando. Q era mi castigo por querer eso con Brax. El puto karma me haría vivir mis enfermas fantasías, y me daría cuenta de que yo no era normal, que necesitaba ayuda.

La costilla me dolía por la lucha, cuando me tocaba el hueso, me dolía más. Me merecía esta agonía, para pagar los pecados hacia el hombre más dulce que he conocido. Un hombre al que no volvería a ver. El dolor se enfrentaba a toda la maldad que se albergaba en mi alma. *No es extraño que mis padres no me quisieran. Ellos me odiaban por haberles robado la jubilación, y también porque sabían que yo estaba rota.* Yo era una mala persona, muy mala y me merecía mi destino. He atraído esta pesadilla con mis malos pensamientos.

Q era mi maldición.

Cuando Suzette llegó por la mañana, intentó abrir la puerta, siguió un insulto en francés y un fuerte golpe. **“Abre. No se te permite bloquear la puerta.”** Debió apoyarse en la puerta, porque se abrió un poco.

Mis ojos se abrieron como platos cuando ella fue abriendo poco a poco la puerta, centímetro a centímetro. Mierda, si una mujer de su tamaño podía romper mi seguridad, Q podría entrar en cualquier momento.

¿No había manera de salir? Había mirado por la pequeña ventana de tamaño de un sello de correos, en busca de una salida o algo para escalar hasta el suelo. Pero no había nada que pudiera utilizar, los árboles crecían demasiado lejos, y estaba muy lejos del suelo. Sin mencionar, que una vez que me las arreglara para bajar, los guardias me perseguirían y la tobillera GPS le diría a Q mi ubicación.

Suzette se coló por el hueco de la puerta, y se colocó las manos en las caderas. **“No debes hacer eso otra vez, esclave.”**

La palabra me evocaba todo lo de anoche: el olor de Q, su tacto, su aura de poder. Me estremecí. Sólo debo llevar mi propia vida. Sería detener la batalla interna y ponerme

fuera de mi miseria. Tragué saliva, odiando mis pensamientos irremediablemente débiles. *¡Nunca! Mierda, Tess, Nunca. Pase lo que pase, puedes y vas a sobrevivir.* Suzette se cruzó de brazos y se quedó mirándome. **“Se va haciendo más fácil.”** Su voz estaba llena de ira, de sus propios problemas y de dolor. No hacía falta ser un genio para saber que había pasado por circunstancias parecidas.

Mis ojos se fijaron en ella. **“¿Fue lo mismo para ti?”** ¿Q la rompió a ella poco a poco, con su extraña mezcla de control y dulzura?

Ella sacudió la cabeza, se estaba clavando los dedos en los antebrazos. **“No Maître Mercer. Otro.”** Sus ojos color avellana ardieron, pero luego ese fuego desapareció.

Suspiró y dijo, **“Q es muchas cosas, pero nunca es tan malo como los demás.”**

El nombre de Q sonaba extraño en su boca. Estaba acostumbrada a que ella le llamara Master Mercer. ¿Qué clase de relación compartían? No es que me importara.

“Te voy a dar un consejo.” Ella se acercó y la miré con recelo. **“Déjalo. No tiene que ser para siempre, pero permítete relajarte. No tiene porqué ser malo si te trata bien.”**

Sus palabras eran blasfemas, pero una pequeña parte de mí lo consideró. ¿Cómo se sentiría olvidarse de Tess por un tiempo? Reproducir la pantomima de la esclava perfecta. Tess desaparecería y la esclava ocuparía su lugar. Sería el juguete perfecto, todo el tiempo buscando una forma de escapar.

Puede que fuese mejor dejarle pensar que había aceptado el consejo. Me puse de pie e incliné la cabeza. **“Tienes razón. Voy a intentarlo.”** ¿Cómo podían superar esto las otras víctimas? Necesitaba un mecanismo de seguridad, algo para proteger mi alma como una armadura en la batalla.

Había encontrado la protección en México. Había estado dispuesta a hacer cualquier cosa para proteger mi mente. Sólo tenía que hacer eso de forma permanente.

Ella sonrió y dejó caer los brazos para aplaudir. **“Super. Ahora, dúchate y vístete para que podamos empezar el día.”** Sus ojos se quedaron mirando mi sucio suéter. Odiaba el placer radiante en sus ojos, y todo porque estaba de acuerdo en darle una oportunidad a Q. Ella saltó de alegría porque le iba a permitir gobernar mi vida. El terror heló mi columna vertebral. ¿Por qué tenía tanto interés? Nota mental: nunca bajar la guardia cerca suya.

“No tengo nada más que ponerme.”

Suzette chasqueó la lengua, y con grandes zancadas fue hacia el armario. **“Es obvio que no has visto lo que Q ha comprado para ti.”**

¿Q me había comprado ropa? *Espeluznante bastardo.* En primer lugar, me obligaba a admitir que le pertenecía, y luego esperaba vestirme como una Barbie.

Me bajé de la cama y miré por encima del hombro de Suzette. Era más baja que yo, pero su personalidad compensaba su estatura pigmea. Sacó un furtivo y magnífico

vestido de plata con diamantes en todo el corpiño. **“Fantástico, esto te quedará increíble.”**

Aspiré, olvidando por un momento donde vivía y me permití hablar de ropa con otra mujer. **“No hay forma de ponerme eso.”** Me estremecí al pensar en el material elegante susurrando sobre mi piel, atrayendo la atención de Q.

Mirando más allá, cogí unos jeans ajustados y un suéter de punto color crema. Era lo menos ostentoso, pero gritaban diseño y dinero.

“Me pondré esto.” Lo abracé y estaba ansiosa por cambiarme la ropa que me habían dado los hombres de México.

Ella sacudió la cabeza, riendo. **“Si estás tratando de ocultar tu figura para que Q no te quiera, nunca va a funcionar. No lo conoces como yo. Él es... diferente contigo.”**

Mi corazón se aceleró y mi estómago se cerró. Odiaba su tono, el amor casi maternal en su voz. ¿Qué quería decir con diferente? Tal vez él normalmente no era un hijo de puta, con suerte podría cambiar eso.

Antes de que pudiera preguntar, pasó y permaneció junto a la puerta. **“Ven cuando hayas terminado. Te daré un poco de intimidad.”** Con una amable sonrisa, cerró la puerta y me dejó con mis pensamientos.

Como no quería estar sola para regodearme, cogí rápidamente un sujetador de encaje blanco con unas bragas a juego y me dirigí al baño. Es curioso cómo, hace más de una semana, me vestí con ropa interior cara color púrpura con la esperanza de llamar la atención de Brax. Ahora, quería un saco para esconderme.

La ducha me ayudó a resolver un poco mis nervios. Debería haberme duchado después de que Q me maltratara, pero la idea de estar desnuda en su casa, con él acechando en algún lugar... bueno, no podía hacerlo. Prefería apestar, quizás así le podría repeler.

Pero era cómodo para mí ducharme durante el día. Q parecía salir durante el día, y por eso, estaba agradecida. Tenía tiempo a solas, lejos de sus dedos curiosos y su boca ansiosa.

Una vez vestida, bajé las escaleras y encontré a Suzette en el salón. El débil sol de invierno brillaba en la alfombra y parecía una piscina de oro.

Todo en la casa parecía como si estuviésemos en un museo. Demasiado perfecto. Demasiado limpio. ¿Dónde estaba el caos de la vida: un par de zapatos en la puerta, un vaso sucio en la mesa de café?

Echaba de menos la casa con Brax, pero sobre todo la felicidad. Nunca iba a encontrar la felicidad aquí. Quizás Suzette tuviera razón. Tal vez jugar sería más fácil hasta que pudiera ser libre de nuevo.

Apagando mis pensamientos, le pregunté, **“Estoy aquí. ¿Qué necesitas de mí?”** Tenía la esperanza de que no me encerrase en la biblioteca. Q no me había ordenado que desayunase, pero sabía que él le daba órdenes a ella.

Suzette dejó de limpiar las ventanas con un trapo de color rosa brillante y sonrió.

“Nada. No te quiero arriba sola, eso es todo.” Metió el trapo en el bolsillo de su delantal, mientras se acercaba. **“Sé lo que estás pasando. Puedes hablar conmigo. No voy a traicionar tu confianza.”** La mirada en sus ojos vaciló con compasión y comprensión.

Su bondad y la oferta de amistad hicieron que las lágrimas brotaran espontáneamente. ¿Estaba tan desesperada por tener un amigo? Tener alguien con quien hablar sería más que maravilloso.

No puedes. Ella pertenece a Q.

La sospecha reemplazó a la esperanza y la fulminé con la mirada. **“¿Qué te ordenó Q que hicieras? ¿Hacerte mi amiga para que te diga mi nombre? ¿Decirte cosas que nunca le diría a él? ¿Quitarme mi última defensa?”**

Su boca se abrió y su cara estaba retorcida. **“No, en absoluto. Sólo estoy tratando de ser amable.”**

Su reacción causó dudas y bajé la cabeza. Yo era una perra. Cuando no respondí, cayó un incómodo silencio.

Una mujer la llamó desde la cocina. **“Suzette, deja de hablar con la esclava y ven a ayudar a hacer la cena del Maître Mercer. Es domingo y no voy a hacer pato a la naranja yo sola.”**

Meforcé, e intenté descifrar la larga cadena de palabras francesas. Algo así como: deja de hablar con la esclava y haz la cena para el amo Mercer, mi torturador. No se merecía la comida.

Levanté una ceja cuando Suzette sonrió. Daría cualquier cosa por saber lo que pensaba, podría ayudarme a descubrir qué me deparaba mi maldito futuro.

“¿Quieres venir a ayudar a cocinar? Maître Mercer tiene pato a la naranja los domingos. Tardamos bastante en prepararlo.”

Mi boca se abrió. ¿Pensaba honestamente que quería prepararle la cena al hijo de puta que me tocó anoche? ¿Sabía ella lo que pasó en la sala de juego? Mis mejillas se pusieron rojas. Q no había sido exactamente discreto, arrastrándome por las escaleras. Me reí con un punto de amargura. **“¿Quieres que te responda sinceramente? ¿O la respuesta que debo dar?”**

Suzette miró hacia abajo y se acercó más a mí. Su mirada rebotó fugitivamente hacia la cocina.

“Ven a ayudar. Tienes que ser ama de casa, mientras que él no está aquí. Necesitas compañía.” Su mano revoloteó sobre la mía y me tensé. **“Si conectas con los demás, serás capaz de soportar mucho más.”**

¿Soportar más? ¿De qué? ¿Juegos de tortura erótica? Me reí de nuevo, soné frágil. **“¿Crees que voy a ser capaz divertirme? Eso es imposible. Déjame ir. Déjame volver con mi novio, entonces tendré diversión.”** Mi cuerpo tembló cuando la ira explotó. **“Brax podría estar muerto a causa de los hombres que me secuestraron. Todo porque a tu enfermo jefe le gusta adueñarse de mujeres. Todo esto es un error.”** Me golpeé el pecho con angustia.

“Brax podría estar muerto. ¿Lo entiendes? ¡Y todo es mi culpa!”

Ella asintió, mordiendo el labio, angustiada por el estallido. **“Siento mucho lo de tu novio, pero tienes que olvidarlo. Él está en su pasado y Maître Mercer no es un mal hombre. Dale una oport...”**

Me puse las manos en los oídos, como un niño que se niega a escuchar la terrible verdad. **“Eres cruel al pensar que podré olvidarme de Brax.”** Luché contra las lágrimas. **“Y deja de mentir sobre Q. Para de tratar de moldearme para ser la esclava perfecta para él. Así que, ¡basta!”**

Ella me tocó el brazo, tirando ligeramente de modo que me quitó las manos de los oídos. Ella me susurró, **“No dejes de vivir mientras aguantas. Y no dejes que el dolor de tu pasado te pare para ser feliz en esta nueva vida.”** Tomando una respiración profunda, su pasión se tiñó de ira mientras añadía. **“No tienes que hacer lo que yo te diga, y finge que todo va a ir bien. Dejé que mis dueños me destrozaran. No porque no podía luchar más, sino porque era la forma más fácil de vivir, realmente nunca me rompieron. La clave es no mentirte a ti misma, incluso mientras estás disimulando.”**

Respirando con dificultad, bajé los brazos. Sus iris de color avellana estaban claros y llenos de sabiduría. Había aprendido de la forma difícil y quería ayudarme a engañarle. Todavía no sabía por qué hablaba tan bien de Q, pero por lo menos me estaba tranquilizando. Sin embargo, el recuerdo de sentarme en el regazo de Brax, en nuestra última noche juntos, me rompía por dentro. La voz de Brax resonó en mis pensamientos, *“La verdad duele menos que unas mentirijillas y unas farsas.”*

Tenía que abandonar la verdad y envolverme en mentiras para sobrevivir. Tenía que cambiar por completo.

Suzette me mostró una realidad diferente, y aunque ella hizo temblar las barras de la cárcel, me confirmó que no había una manera de salir, pero también me consoló. Ella pensaba que yo podía soportar y sobrevivir.

“Gracias,” murmuré. **“Sorprendentemente, eso ayudaría un poco.”**

Me cogió del brazo y tiró de mí hacia la cocina. **“Me alegro. La próxima vez, no luches contra él, ¿de acuerdo?”**

Mis pelos se pusieron de punta, y mis sentimientos hacia ella cambiaron. **“¿Qué te importa?”**

Ella se negó a mirarme a los ojos. **“No me importa. Vamos, la cena no se cocinará sola.”**

Horas más tarde, la harina estaba espolvoreada por mi nariz, y el olor de los cítricos envolvía la cocina. La cocinera, la señora Sucre, que era tan redonda como un pastoso donut, sacó un pato bien asado del horno cuando la puerta principal se cerró de golpe. La tarde que había pasado en la cocina había sido la mejor desde que me subí al avión destino a México. Suzette estaba intentando ser mi amiga, y empezamos con una confianza provisional que esperaba que se mantuviera todo el tiempo que permaneciera aquí.

Pero todos esos sentimientos se fueron volando cuando Q entró en la cocina. Me quedé inmóvil, sosteniendo una bandeja de patatas asadas al romero. La presencia de Q llenaba la cocina, el consumo de oxígeno, la conciencia... el espacio. Se veía como un resplandeciente pavo real vestido con un traje azul marino y una camisa color carmesí. Su pelo brillaba bajo las luces de la cocina, mientras sus pálidos ojos de jade humeaban.

Todo mi cuerpo reaccionó, mis pezones se endurecieron y mi boca se abrió. Traté de detenerlo, pero no podía ignorar su llamada.

Él. Estaba ahí de vuelta. Aquí. En la casa.

Oh, Dios. Los instintos primarios me desgarraron, con ganas de calentarme, mientras que, al mismo tiempo, me ablandaba con la necesidad. Las emociones me desgarraron en dos y empecé a temblar, casi dejando caer las patatas.

Suzette apareció, rozando ligeramente sus dedos contra mi cadera. Me tocó suavemente, compartiendo lo mismo que ella había vivido. La calma domó mi nerviosismo, pero Q nunca rompió el contacto visual. Se quedó con una conexión casi física, haciendo que me corazón se acelerara y culpaba a la voluntad sin ninguna razón. Ella sonrió feliz cuando Q y yo continuamos con nuestra guerra silenciosa, entonces ella saltó cuando él se fue acercando. Su cambio abrupto nos inestabilizó a Suzette y a mí.

Dimos un paso atrás, pero eso no ayudó, porque Q venía directamente hacia nosotras.

“¿Qué carajo está haciendo ella aquí?” espetó Q, mirando a Suzette, subiendo los hombros con mal genio.

Suzette inclinó la cabeza. **“Ella estaba triste, maître.”**

Haciendo caso omiso a Suzette sin pensarlo dos veces, sus ojos me recorrieron de arriba a abajo con un barrido arrogante. **“¿Qué estás haciendo aquí? Eres una esclava, no una sirvienta. Vete.”** Se inclinó más cerca, rozándome la mejilla con su mano dura. Cuando me acarició la electricidad recorrió mi cuerpo y mi núcleo se apretó.

Otra vez no. ¡Por favor, deja de traicionarme! ¿Cómo iba a odiarlo cuando me cuerpo se derretía cada vez que me tocaba?

Q quitó la mano. Entrecerró los ojos como si la chispa entre nosotros fuera mi culpa.

“Dúchate, estás cubierta de harina. Mierda.”

Antes de que pudiera discutir e insinuar que podía cocinar y limpiar, Suzette me empujó hacia la salida, susurrando, **“No discutas. Puedo ver el deseo de enfrentarte a él en tus ojos. Pero acuérdate de lo que te he dicho.”**

En cuanto estuvimos en el salón, ella me dijo rápidamente, **“Dúchate y ponte uno de esos bonitos vestidos. Le encantará que te pongas lo que te ha comprado.”** Sus ojos se abrieron como platos, como si lo que estuviera diciendo tuviera sentido. **“Dale lo que quiere.”**

Apartándose, me sentí traicionada de nuevo. Le susurré, **“¿Darle lo que quiere? ¿Qué tal si me ato y me presento como el plato principal? Eso es lo que quiere, ¿no?”**

Suzette se pellizcó el puente de la nariz, lanzándome una mirada exasperada.

“Compartiré contigo sus fantasías, estoy segura. Es tu trabajo no mostrar ni temor ni culpa.”

Me quedé sin respiración. **“¿Qué? ¿Crees que sufre miedo o culpa? ¡Me ha secuestrado, joder!”** La maldición cayó como una desagradable bomba; Suzette frunció el ceño en señal de desaprobación.

“Sólo tienes que ir y vestirte.” Ella me empujó hacia las escaleras y salí corriendo.

No podía esperar para salir de allí, pero no tenía intención de obedecer. Ella había traspasado la línea, lo que significaba que su jefe sufría más que yo. Al diablo con eso. Yo le enseñaría lo mucho que no quería estar allí. Pensé que podía hacerlo, fingir y hacer una pantomima. Pensé que podría convertirme en algo parecido a una esclava dócil.

Me había equivocado.

Estaba hirviendo de ira mientras iba subiendo las escaleras de dos en dos. Se lo enseñaría. No pensaba en las consecuencias, me centraba sólo en en que me haría sentir mejor.

Cerrando la puerta, me dirigí directamente al armario y abrí la puerta. Todo estaba lleno de ropa de Victoria Secret. Me picaban los dedos mientras atacaba la ropa, mi ira caería sobre la tela inocente. Puede que no fuese capaz de hacerle daño físicamente a Q, pero podía hacer que se gastase más dinero.

Cogí la primera prenda de ropa, un vestido de color verde amatista, y le rompí el cuello con los dientes. Mi corazón se aceleró cuando mordí la tela sedosa. Al final me las arreglé para cortar lo suficiente para hacerla pedazos con mis manos. Se quebró como un rayo y lo partí en dos.

La próxima víctima estaba colgada en una percha acolchada, una blusa con caballos negros. La cogí con un gruñido en voz alta. La tiré al suelo, uniéndose al creciente cementerio de ropa.

En un alboroto, agarré los sujetadores y los rompí. Se unieron al cementerio. A continuación, me encontré con un cajón lleno de medias de nailon poco prácticas y las rompí con uñas y dientes.

Jadeaba, amando el feroz castigo en mis venas. Sólo podía arruinar la ropa, pero eso me dio una salida. Mi piel brillaba por el sudor cuando cogí otra blusa. Me quedé helada cuando la puerta se abrió de golpe.

Q estaba de pie, tenía los puños cerrados a los lados, su postura era dura e inamovible. Sus ojos se fijaron en la ropa rota. Apretó la mandíbula antes de mirarme. Me temblaron las piernas, quería golpear fuertemente el suelo, arrastrarme pidiendo perdón. No sabía que estaba en la puerta. No había restos del hombre que anoche me tocó con placer y dolor.

Oh, mierda.

Me encorvé, arrugando la blusa gris que tenía en las manos. El miedo se apoderó de mí, convirtiéndome en una hoja de otoño.

Se aclaró la garganta y se crujó el cuello. La fuerza de su temperamento me sacudió como una bofetada en la cara. “**¿Podrías decirme por qué estás arruinando tres mil euros de ropa?**” Él ronroneó con una lujuria no disimulada, y no había moderación.

Tenía el rostro tenso con indignación, y una humeante necesidad en los ojos.

Mi cuerpo tomó el control mientras la sangre me hervía como la lava. La atracción me contraía el vientre y me quería pegar a mí misma por lo mojada que sentía. No tenía autocontrol. Tenía razón a tratarme como a una esclava. No era más que una mujer hambrienta de sexo que no merecía la adoración de Brax.

Sólo me merecía ser golpeada y robada. Estaba tan jodida, no podía mojarme con besos suaves de un hombre que me amaba. Pero me ponía un hombre que quería hacerme daño y me trataba como una esclava.

Las lágrimas estallaron y Q gruñó. “**No tiene sentido llorar. Sabías que me pondría furioso, pero lo hiciste de todas formas.**” Caminó hacia mí, cerrando la puerta. Se detuvo a un metro de distancia.

“Las lágrimas no te salvarán.”

Aspiré y enderecé la espalda. No le daría la satisfacción de admitir que estaba llorando por mi tormento, llorando de odio hacia mi cuerpo traidor. El miedo desapareció, pero la necesidad desenmascarada nadaba en mi sangre y eso me asustaba un centenar de veces más. ¿Habría reaccionado de esta manera cualquier hombre que me hubiese comprado? Un afrodisíaco dispuesto para mi cuerpo pecaminoso.

Me salió la voz como un susurro suave. “**No voy a permitir que me vistas como un objeto. Me niego.**” No había mencionado que la mayoría de los artículos eran una

preciosidad, pero había elegido lo más caro. **“Yo también soy humana. No soy un objeto con el que puedas jugar.”**

Él se rio entre dientes. **“¿Un objeto que prefiere estar desnuda todo el tiempo? Eso se puede arreglar.”**

Mi corazón se resistió. Miré al suelo. **“No.”**

“¿No?” Se acercó más, dándome calor. Todo su cuerpo se ondulaba con fuego lujurioso. **“¿Dices que no después de destruir todas las cosas que había comprado para ti?”**

“¿Te duele ver tus cosas dañadas?” Me atreví a mirarle. **“Porque si te duele, entonces me estás haciendo daño. ¡Tengo sentimientos, al igual que tú!”**

Su mano arremetió, agarrándome la nuca. Me acercó, choqué contra el sólido músculo y me quedé sin aliento.

“¿Crees que eres como yo? No,” gruñó, justo antes de que su boca se estrellase contra la mía y su lengua se metió en mis labios. Le di un puñetazo, pero no se detuvo. En todo caso, lo amplificó hasta estar fuera de control.

Me quité, pero me atrapó con fuerza contra la puerta, molió sus caderas contra las mías. En un movimiento fluido, pateó mis piernas con su pie. Tan rápido, tan seguro. Mis pulmones no podían obtener suficiente oxígeno mientras me besaba más fuerte que nadie. La sangre se mezclaba en mi boca. Sus dientes me habían hecho daño en la boca, y mis pensamientos se desintegraron. Yo medio gemía, medio gritaba, mientras empujaba su erección contra mí, y mis pies dejaron de tocar el suelo.

Puse fin al brutal beso y jadeé, **“¿De quién eres??”**

Parpadeé, completamente desorientada. A continuación, seguí luchando y lo empujé. Gruñó mientras daba un paso hacia atrás, pero no fue suficiente. Aterrizó sobre mí de nuevo, su peso cubrió mi cuerpo. Su aliento caliente estaba sobre mi mejilla mientras frotaba la barba a lo largo de mi mandíbula. **“Joder, no me empujes. ¿De quién eres?”**

Esta vez no. En un momento de locura, le di un cabezazo.

Sus ojos se abrieron y sus labios temblaron. La mirada de alfa se ensombreció con asombro. Su muslo se estrelló entre mis piernas, frotándolo contra la carne recalentada. Incluso a través de la ropa cada parte de él despertó cada parte de mí y me dolía. Quemaba. Le *quería*.

“Me hiciste decirlo anoche. Me rompiste. No voy a hacerlo otra vez,” le dije hirviendo por dentro.

Gruñó y me cogió con unos dedos contundentes. Mi cabeza me decía que tenía que servirle, pero no podía. Esto estaba mal. Dios ayúdame, me estaba rompiendo a mí misma batallando contra dos cosas contradictorias. Correr. Follar. Correr. Follar. El trance me puso caliente. Nunca había estado así con alguien al que odiaba tanto.

“Yo con mucho gusto te voy a romper de nuevo para escuchar lo mismo.” Sus manos me cogieron las muñecas, y las puso por encima de mi cabeza contra la puerta. Me sostenía con una mano, la otra fue a mis vaqueros. Con dedos ágiles, me lo desabrochó y de alguna manera logró meter la mano dentro de mi ropa interior. Me resistí cuando un dedo me presionó profundamente. Lo hizo directamente, sin preliminares.

“Dilo,” ordenó. Mis ojos se cerraron cuando me enganchó del pelo, presionando mi punto G. **“Tu cuerpo gotea por mí, esclave. Voy a dejarte tenerme, si lo dices. Dime que eres mía.”**

Otro dedo entró tan feroz como el primero y mis piernas se convirtieron en gelatina. Me mantenía en posición vertical por las muñecas y sus dedos se metieron más profundamente. Nunca había sido tocada de esta manera. Brax... él no era amante de los juegos previos... *Deja de pensar en Brax. Sobre todo ahora. Esto le rompería el corazón.*

Mi mente se quebró en pedazos. Luché contra el impulso loco de rendirme, *nunca* podría rendirme. Levanté los pesados párpados y gruñí, **“Mía. No tuya.”**

Se estremeció como si le hubiera sorprendido, sus ojos brillaron salvajemente.

“Respuesta equivocada.” Se agachó y me tiró por encima del hombro, al igual que uno de los hombres de México. Todo el miedo se precipitó sobre mí a punto de atormentarme. Quería libertad. Quería poner fin a esto, quería correr.

Q me dejó caer en la cama, tirando inmediatamente de mis vaqueros. No pude detenerlo. En un minuto se encontraban a un lado con el resto de la ropa rasgada. Se subió encima y le di una patada. Le di con la rodilla en la caja torácica e hizo una mueca, pero una mano me agarró y me presionó contra mi propia costilla rota. Todo era dolor. Esto le dio tiempo a él para quitarse la corbata y la envolvió firmemente alrededor de mis muñecas.

Me latía el corazón en los brazos, odiando la imposición de restricciones severas. Me puso las muñecas encima de la cabeza, me inmovilizó y trataba de luchar contra mis piernas. Luché como un gato callejero. Nuestras piernas se enfrentaron, los pies lidiaron con la sábana, y por un momento creí haber ganado. Pero pegué una patada fuera de lugar.

En unos momentos, me quedé despatarrada mientras él jadeaba arriba. La lujuria no deseada me encendió. La lujuria estaba fuera de lugar. La lujuria me volvía loca con confusión y odio.

Su cara reflejaba afán y añoranza. Olía a pecado, a cítricos y a madera de sándalo, me quemaba por todas partes. Mi núcleo estaba cerrado cuando Q me sacudió, respirando con dificultad.

De alguna manera, las sinapsis de mi cerebro reaccionaban a su olor.

Oh, Dios. ¡Era el dueño de uno de mis sentidos! El olfato. No podía dejar que cogiera más.

Aullando, le mordí el hombro. “**¡Joder, deja que me vaya!**”

Se echó hacia atrás, sus ojos reflejaban rabia y respeto. ¿Él respetaba que yo luchara? ¿Le gustaba? *Enfermo, maldito bastardo.*

Levantó una mano para golpearme.

Luché contra el impulso de acurrucarme en una pequeña bola, y vi su turbulenta mirada. “**Hazlo. Pégame. Al menos el dolor me dejará una marca física que tendrás que ver todos los días.**”

Abrió la boca y luego la cerró. Cernía su mano sobre mí, antes de tocarme la mejilla.

Temblando, pasó un tembloroso pulgar sobre mis labios. “**Dilo.**”

Algo ardía en su mirada, implorando en algún nivel más profundo, psicológico. Le pareció oír que admitía que yo era suya.

Empezó a acariciarme el clítoris a través de mis bragas. Todos los fuegos artificiales me despertaron a la vida. Un orgasmo se apoderó de mis músculos con un éxtasis agudo; eché la cabeza hacia atrás.

“**Oh, mierda.**” No quería llegar al orgasmo, a pesar de que lo hice. No lo quería, aunque Brax nunca me hizo llegar al orgasmo. Q me dejó arruinada por lo salvaje que había sido.

En cuanto exploté, Q paró de tocarme. Se quitó y tiró de mí para que me sentara. Las muñecas atadas me cayeron en el regazo. Parpadeé, tenía la caja de resonancia acumulada con la intensidad, y me empezó a escocer con el alivio. Mi orgasmo se redujo a nada.

Quería gritar. Me dejó en el filo del placer.

“**¿Cuál es tu nombre?**” Me preguntó, mientras se desabrochaba el cinturón, se lo quitaba y lo dejaba en el suelo. El sonido de la hebilla del cinturón golpeando la alfombra me aceleró el corazón.

Me negué a contestar, pero no podía apartar la mirada mientras se desabrochaba la bargueta y se sacaba la camisa fuera del pantalón. Se dejó la chaqueta azul, pero se desabrochó los botones.

Se puso justo delante de mí, su entrepierna estaba a la altura perfecta de mi boca, y me ordenó, “**Chupa.**” La mirada de Q me envió un fuego incandescente, pero no coincidía con el horror que vivía. ¿Chuparle? No podía. No era un hombre. Era un extraño. Mi *dueño*. Prefería morderle.

Cuando no me moví, Q se bajó los calzoncillos, sacando su dura erección. La punta brillaba con el líquido pre-seminal, su olor a almizcle y la oscuridad me envolvían.

Se cogió la erección y empezó a moverla, acariciándola. Mi estómago se apretó y cerré los ojos. “**Por favor...**” Negué con la cabeza. “**No puedo.**”

Se acercó más, presionando la erección prácticamente contra mis labios. **“Sí que puedes y lo harás, esclave.”**

Eché la cabeza hacia el otro lado, hiperventilando mientras pasaba su caliente erección por toda mi mejilla. Me cogió la barbilla y la colocó delante. **“Abre. Y si me muerdes, te pegaré fuerte, y no te podrás levantar en días.”** Su voz estaba ronca por la emoción, pero también había algo más.

Algo que reconocí, pero que no pude clasificar.

El calor ardía con todas las emociones.

Mi cuerpo se estremeció mientras las lágrimas fluían. Necesitaba ayuda. Necesitaba salvarme. Todo lo que sentía de repente se desbordó, sin salida... entonces algo sucedió.

Todo... paró.

Mi mente se apagó, y mi cuerpo se volvió insensible. Todo por lo que había luchado había desaparecido. Me quedé en un cascarón vacío, me quedé indiferente.

La calma descendió cuando acepté la obediencia como un bálsamo contra las dificultades de la lucha. En ese momento, me convertía en lo que él quería, en suya. Q no pareció darse cuenta de lo que acababa de experimentar, cuando él inclinó la cabeza para meterme la erección en mi boca, le dejé.

Me presionó la parte posterior de la cabeza, mientras mi boca entraba una y otra vez. Él gimió mientras yo lo hacía más profundamente sin ganas de vomitar.

Le dejé.

Él volvió a gemir, flexionando las caderas mientras mis labios succionaban alrededor de su piel caliente. Murmuró algo en francés, inclinándose hacia adelante, casi rozando mi pelo con su pelo.

Le dejé.

En mi capullo intocable no había nada.

Él era un hombre. Yo era una mujer. Eso era todo lo que tenía que entender.

Mis manos se movían por voluntad propia, llegando a él. Una mano le empezó a acariciar lo que había más abajo y la otra le acariciaba la longitud palpitante.

Yo estaba flotando en una nube de indiferencia. No había nada, ni olor, ni sabor, ni sonido. Era un robot, el juguete perfecto, mi único propósito era que terminase.

¿Por qué tenía que pelear? Esto era mucho más fácil, casi como las drogas, casi como un sueño. Me entraron ganas de echarme a reír. Había encontrado la libertad en mi mente.

Q me detuvo, sus dedos me cogieron de la garganta para mirarle. No paré de acariciarle, incluso sus ojos pálidos profundizaron en los míos.

Parpadeé, sin preocuparme. Si quería violarme, que lo hiciera. Si iba a ser suya para siempre, perfecto. Podría tener mi cuerpo, pero nunca poseería mi alma.

“¿Cuál es tu maldito nombre?” Murmuró en francés la palabra 'maldito'. Esas palabras las diría sólo en francés. Sonaba mejor.

No dejé de mirarle, le seguí acariciando, seguía trabajando como un buen juguete de cuerda.

Gruñó y me quitó las manos. Aterrizaron sin fuerza en mi regazo.

Se puso de pie, balanceándose ligeramente con su erección debajo de la camisa y los pantalones alrededor de los tobillos como grilletes. Estaba permanentemente orgulloso. Mi piel se erizó con la fuerza de su mirada, pero aparte de eso, nada me conmovió. No me importaba lo que él quería. ¿Mi nombre? No sabía mi nombre.

Oh, tenía que responder. Me había hecho una pregunta. Tenía que obedecer.

“Esclave. Mi nombre es Esclave.”

Siseó entre dientes cuando cogí de nuevo su erección, arrastrando una uña sobre su longitud.

Los dedos de Q se enroscaron en mi pelo. Tiró la cabeza hacia atrás, bajando su cara a la mía, respiramos el aliento del otro.

Me senté allí, inmóvil. Suspiré, el alivio me recorría el corazón. Ya no me importaba. No quería manchar mi vida, me había quedado en suspenso.

Su mirada se llenó de urgencia. Se suavizó de golpe, la infelicidad, el dolor. Antes de que pudiera averiguar el rompecabezas, acercó su rostro y me besó.

Metió la lengua y abrí más la boca, invitándole a entrar. Incluso le lamí la espalda, masajeándole con gusto. Gimió. Sonaba torturado, como si quisiera besarme, pero no lo hizo, luchaba contra la moral, las opciones.

Mi corazón mantuvo un ritmo uniforme, incluso cuando su mano cayó sobre mi pecho y empezó a retorcer un pezón. Al igual que la esclava obediente que quería que fuese, me abrí como una flor calentada por el sol, presionándome contra su mano, arqueando la espalda.

Se tambaleó hacia atrás, como si le hubiera mordido, tropezando con los pantalones. Con tirones enojados, se subió el pantalón, haciendo una mueca mientras se guardaba la erección.

Incliné la cabeza, preguntándose, pero no preocupándose, porque se había apartado. Lo había hecho todo bien. **“¿No te gusta?”** Mi voz sonaba extraña, muerta, sin vida, robótica.

Q se congeló, pasándose las manos por el pelo. Su piel oscura se había puesto blanca con lo que parecía ser miedo. **“¿De quién eres?”** Exigió.

No lo dudé. Sabía la respuesta. Fue fácil. **“Tuya.”**

Contuvo el aliento, sus ojos ardían. Se empezó a pasear, sin apartar su mirada de la mía. **“¡Dijiste que no me dejarías! Parecías tan fuerte, tan irrompible. Me**

mentiste.” Estaba erizado de cólera. **“No sólo te he jodido, te he roto.”** La culpa estaba grabada en su voz.

Me quedé serena, despreocupada. ¿Estaba furioso porque me había roto? ¿No era ese su objetivo? Debería estar satisfecho porque había tardado poco. Pensé que podría durar más tiempo, pero mi mente no quería pelear más. Me negué a gritar y a llorar cuando me enterré en la soledad y en la calma.

No tenía ninguna respuesta, así que miré hacia abajo, hacia mis manos atadas, esperando.

Caminó hacia delante, y deshizo el nudo de la corbata con movimientos furiosos. **“Me mentiste y no me gustan los mentirosos.”**

Me encogí de hombros. ¿Qué había que decir? Le pertenecía, podría llamarme cuando lo deseara. **“Soy tuya. ¿No es eso lo que querías?”**

Negó con la cabeza, estaba enfadado. **“Te has dado por vencida. ¡No eres mía a menos que yo te haga mía!”**

Mi mente se había dañado. No entendía eso. Yo era suya, sin lugar a dudas. Él lo sabía. Mi cuerpo lo gritaba también en voz alta.

“Quítate el jersey.” Me miró los pechos. En lugar de entusiasmo, miedo y anticipación, no sentí nada. Estaba por encima de mí como el dios del sexo, su erección luchaba contra sus pantalones, llamándome.

Agarré el dobladillo y me quité el jersey por encima de la cabeza de un solo movimiento. Me puse de pie y le cogí de la cintura. Su piel me quemaba cuando le toqué.

Su respiración se aceleró, mirando con avidez mi sujetador. Era tan agradable no sentir. Si Brax me hubiese mirado como lo hacía Q, me hubiera escondido, me hubiera preocupado por la marca de nacimiento que tengo en el valle de mis pechos, me hubiera preocupado si él me amaba incluso con defectos. Ahora, aquí, no me importaba.

“Dame tu sujetador.” Me tendió la mano, esperando. Apretó la mandíbula cuando me lo desabroché. Lo balanceé entre mi dedo índice y el pulgar, y se lo pasé. Mis pezones le identificaron y me empezaron a doler. Su mirada emocionó mi cuerpo, calentándome con necesidad.

Sus dedos se clavaron en mi mano, aceptando el sujetador. Con el pulgar me tocó el tatuaje e hice una mueca de dolor. El tintineo de la plata le llamó la atención y frunció el ceño.

El brazalete de Brax.

El vacío se evaporó. Los recuerdos surgieron de nuevo.

Brax.

México.

Dolor.

El hombre con la chaqueta de cuero.

Mi mente despertó, recordándome las cosas que desearía haber podido olvidar. *No. No, quédate. No volváis.*

La mandíbula de Q se tensó cuando quité la mano. ¿Cómo había llegado a estar en ropa interior delante de él? Todo era niebla, un sueño que no podía entender.

Inclinándose hacia delante, me miró profundamente el alma. Su pulgar jugaba con el brazalete. **“¿Quién te dio esto?”**

Mi respiración se aceleró y tragué saliva. *No contestes.*

Pero no necesitaba responder. Su rostro brilló con triunfo, su cuerpo se acomodó en una postura de burla. **“Alguien que te importa te dio esto. ¿Crees que debería dejar que lo mantuvieras?”** Tiró y lo clavó en mi piel. Si presionaba más lo encajaría.

Tess, véte. Flota. ¿A quién le importa un brazalete? Que se lo quede. Brax puede comprarte otro.

Mi corazón se aceleró. Pero si Brax había muerto en aquel baño, nunca conseguiría otro. Era lo único que me quedaba.

Le arañé la mejilla y me tiré encima de él. Grité cuando caímos al suelo. Q gritó algo y me agarró la muñeca. La plata trató de mantenerse intacta, pero se rompió con un pequeño tintineo, aterrizando en la alfombra junto a la cabeza de Q.

¡Brax!

Grité y le empujé. Q se cubrió el rostro e intenté alcanzar la joya. Me lancé con un nudo en la garganta, pero Q era demasiado rápido. Se dio la vuelta, así que terminé debajo de él sobre la alfombra gris. Me cubrió los brazos y me hizo odiarlo más. ¿Cómo iba a pensar que podía ganarle cuando me tenía sometida como a una molesta mariposa? Se lamió los labios, la pasión rugía en su rostro. **“Ahí lo tienes. No te apagues de nuevo. Te lo prohíbo.”**

Había vuelto a esta horrible vida, luché. Mis manos se cerraron y se resistieron, odiando cómo se agitaban mis pechos desnudos mientras trataba de liberarme.

Q gruñó, se incorporó y me cogió los pechos. **“¿Cuál es tu nombre?”** Me retorció los pezones, enviando placer-dolor a mi cuerpo. **“¿Cuál es tu nombre, maldita sea? Dime.”**

Lo miré con cada daga de odio que había en mi interior.

Silencio.

Mi lengua no iba a ayudar a decirlo. Era mío, no suyo. Nunca quería oírse lo decir.

“¡Nunca!”

Q se estremeció con una mezcla de emoción sin nombre y me dio una bofetada. Me escocían los ojos con calor y vergüenza, en lugar de dolor. ¡Me dio una bofetada!

“¡Mierda!” De pie, cogió el brazalete de la alfombra y me lo enseñó. **“Esto es mío. Eres mía. Acuérdate de eso si alguna vez quieres volver.”**

Me puse de rodillas, alcanzándolo. No, no podía soportarlo. Estaba ligado a mi pasado, vinculado a Brax.

Las lágrimas estaban atrapadas en mi garganta. **“Te he dicho lo que quieres oír. Soy tuya. Por favor, devuélvemelo. ¡Soy tuya!”**

Su cuerpo poderoso se tensó, abrochándose la chaqueta con movimientos precisos. La plata se atormentaba en sus dedos antes de que se lo metiera en un bolsillo de la chaqueta. **“Has dicho las palabras pero no lo crees. Te lo dije, no me gustan los mentirosos.”**

Se volvió y abrió la puerta, los dedos se le pusieron blancos alrededor del pomo de la puerta. **“Quédate aquí. Tu castigo por no obedecer es no cenar. Buenas noches.”** Se dio la vuelta y se fue.

CAPÍTULO 12

Wren

Esa noche, soñé.

Soñé con rojo, pasión y violencia. Ser tomada, poseída por Q llenándome de dureza, follándome sobre la mesa de billar.

Me desperté con mis dedos deslizándose en mi humedad. Tenía la espalda arqueada como el orgasmo que le había negado a Q.

Mi corazón se aceleró cuando volví de nuevo a la tierra. Una mancha de humedad se había formado debajo de mi culo y tenía las mejillas rojas de lo mojada que estaba.

Pero mintiéndole a la oscuridad, con el estómago vacío, corazón arruinado, encontré la paz.

Mi cuerpo ya no latía, y por primera vez en semanas, me dormí profundamente.

El tiempo se detuvo.

Los segundos se arrastraban en minutos involuntarios, convirtiéndose en mañana y en la próxima semana. Q no vino a por mí, y nunca le vi volver del trabajo.

Pero sabía que volvía, ya que la casa se llenaba de música apasionada. Las letras vibraban, acariciándome como una advertencia. Él vivía en la misma casa que yo, en cualquier momento podía venir, pero nunca lo hizo.

La mayor parte del tiempo, la música palpitaba con lamentos franceses, pero una noche, escuché una canción inglesa.

Cada segundo que pasaba mi temperamento se deshinchaba, cada momento mis fuertes deseos creían que podía ganar, pero no sabía que me estaba consumiendo por el delicado y dulce pecado.

No quiero ver el fondo de mi negrura, mis demonios se convertían en mentiras y pesadillas, la verdad no es para ti, debes huir, debes esconderte para siempre.

No podría describir la dolorosa soledad que sentía en los huesos. La canción alcanzó una súplica, me congelé con confusión.

Desde aquella noche, desde la canción, no pude evitar la sensación de que Q trataba de decirme algo con la música que ponía. Pero no lo podía creer, porque si lo hacía, ¿qué significaba eso? No podía sentir lástima por mi captor. Tenía que permanecer distante.

La vida se había convertido en un ritmo deseado, un flujo y reflujo. Estuve a la deriva mucho tiempo, preguntándome porqué Q me había concedido paz y me había dejado sola. ¿Ya se había aburrido de su nueva posesión? ¿O había algo que le demandaba su tiempo y me dejaba una cantidad limitada de libertad?

Cualquiera que fuese la razón, el domingo quemó mi memoria como el día que Q torció mis emociones, había encontrado un lugar en el interior donde podía correr. En cierto modo, me enseñó cómo salvarme de mí misma, y me rompería aún más.

Pasaron cinco días más, no paraba de esperar. Mi vida se limitaba a limpiar, mientras que Suzette me ayudaba a suavizar mi oxidado francés. Me quedé mirando con nostalgia la puerta principal, con ganas de libertad, pero el guardia de ojos verdes nunca estaba lejos. Mirar, siempre mirar.

El único aspecto positivo era Suzette. Me daba la bienvenida con los brazos abiertos en la casa de Mercer, y se convirtió en la roca en el mar turbulento en el que nadaba.

Siempre conversábamos sobre todo y nada, y me daba un sentido de normalidad. De vez en cuando, la observaba, el ceño fruncido en su rostro y la curiosidad en su mirada. Ella representaba algo, pero no sabía qué.

Hasta la Señora Sucre toleraba mi presencia en la cocina, me convertí en una característica permanente, ayudaba a preparar la cena y me mantenía ocupada.

Suzette me daba trapos, escobas y me daba tareas para hacer. Ellas me ayudaron a mantener a raya el aburrimiento, lo necesitaba. El aburrimiento traía pensamientos de fuga y peligro. Pero ninguna cantidad de fregado me podía hacer olvidar que Q tenía el brazalete de Brax.

Un sudor frío podía empapar mi espalda si pensaba en que la rompería en pedazos sólo para enseñarme una lección, arruinando algo mío para vengarse de mí por romper algo suyo.

No me había reemplazado la ropa que rompí. Durante una semana, me había puesto los mismos vaqueros y el mismo jersey color crema, pero no me importaba. Suzette me dio prendas. Para mí, significaba un uniforme llamativo: un traje para un juguete.

Al limpiar las ventanas de la sala de estar el viernes, contemplé a través del vidrio. Para no morir, sino para salir a la calle. El aleteo de las aves y el deshielo del invierno se burlaban de mí. Durante semanas no había salido fuera.

La idea de romper el cristal y desangrarme hasta morir detuvo el impulso, pero no detuvo la necesidad de correr. Sin duda, esta mansión tenía un gimnasio, una cinta de correr. Correr en la cinta sería mejor que no correr en absoluto. Q estaba mantenido en forma, por lo que debería tener el equipo en alguna parte.

Mi tobillera sonó, asustándome. Me senté en uno de los mullidos sofás, y me levanté los pantalones. ¿Por qué zumbaba? El rastreador GPS era una molestia constante cuando trataba de dormir o de vestirme. Tenía la esperanza de que no era a prueba de agua, y me pasaba una hora tratando de ahogarlo en la ducha. Resultaba, que *era* a prueba de agua.

“¿Esclavo?” Me preguntó Suzette, apareciendo por la puerta. “Maître Mercer te acaba de llamar. Tiene una cena de negocios esta noche con posibles clientes.”

Me puse de pie, estirándome. La única cosa buena de Q es que no venía a por mí, y eso quería decir que mi cuerpo estaba sano. Los moratones que el hombre de la chaqueta de cuero me había hecho se desvanecieron a un amarillo feo, y la costilla me dolía menos.

Por desgracia, la bofetada que Q me había dado, no me había causado ningún daño. Tenía la sensación de que quería hacerme daño, pero no acababa de tener huevos. Me gustaría que me *hubiera* marcado, y eso me horrorizaba, esos sentimientos nunca me fortalecían.

No quería escuchar, pero mi instinto me dijo que él se pondría peor. Tenía que escapar antes de que mis instintos resultaran ciertos. Suzette estaba equivocada acerca de él. Y no me iba a pillar por canciones con letras que rezumaban tristeza.

“¿Quieres ayudar a preparar la comida?” Sonreí. Cocinar con Suzette era un punto culminante de mi nueva y restrictiva vida. Nunca había cocinado mucho, ya que Brax había sido el jefe de cocina en nuestra familia, pero me defendía en la cocina. Mi corazón dio un vuelco cuando pensé en Brax. Los recuerdos constantemente me atrapaban y quería ponerme a llorar, pero al mismo tiempo, no podía. No aceptaba que él estaba muerto, o que nunca le volvería a ver. No era una opción.

Suzette se adelantó. Algo cambió, me miraba con tristeza y resignación. Mi piel se erizó cuando me preguntó, **“¿Es más fácil?”**

Supe de inmediato lo que quería decir y fruncí los labios. ¿Más fácil? Nunca sería más fácil.

Suspiró, susurrando, **“¿Te ha tenido completamente ya?”**

Mi corazón se aceleró al ver los celos que parpadeaban en sus ojos. ¿Estaba celosa? ¿De *qué*? ¿Ser humillada y usada?

Me alejé. **“¿Por qué me estás haciendo estas preguntas?”**

Miró hacia abajo. **“Necesito saberlo. Esta noche... esta reunión de negocios.**

Necesito saber lo preparada que estás.”

El alivio corría por mi cuerpo. Si pudiera manejar lo que había pasado, podría manejar una cena. Después de todo, un papel como sierva o camarera sería mucho más fácil que una mamada a un hombre que me obligaba. Mi pulso se aceleró. Tal vez, podría decirle a uno de los invitados de Q que me mantenía prisionera. Que necesitaba a la policía.

Quería sonreír, pero la combatí. Suzette no debía saber mis esperanzas. Pero entonces mi felicidad se desintegró, repensando la idea. A los hombres probablemente les gustaba Q: putos enfermos.

Me miró durante un momento antes de asentir. **“No es necesario que ayudes con la cena. Lo tenemos cubierto. Necesitas subir arriba y prepararte. Los invitados llegarán en una hora.”**

Miré hacia fuera, medí el tiempo. El sol estaba besando el horizonte, ya que daba brillo a la sombra.

Suzette me empujó hacia las escaleras, murmurando, “**¿Puedo hacerte otra pregunta?**”

Me puse rígida, pero asentí. “**Vale.**”

“**¿No le encuentras atractivo?**”

Me paré en el vestíbulo. “**La atracción no tiene nada que ver con eso, Suzette. Son las circunstancias, la forma en que me trata.**”

Ella entrecerró los ojos. “**Q te trata mejor que todos los dueños que he tenido. Tienes mucha suerte.**” Su tono se volvió hosco. “**Ni siquiera lo sabes.**”

La ira se formó y no podía ni hablar. Lo sentía mucho por ella y por lo que vivió, ¿pero decir que lo que tenía era lo mejor? ¡Já!

Y continuó, “**Sólo piensa en sus demandas como el dinero del alquiler, o los gastos de tu protección. Tú le das lo que quiere, y él se ocupará de ti. Q no causa siempre lesiones graves. No como...**”

Suzette se estremeció y paró. Sus ojos brillaron con secretos enterrados.

“**Dale lo que necesita, entonces podrás probar los límites de tu celda.**”

De la cólera pasé a la curiosidad. Tomé una respiración profunda y pregunté en voz baja, “**¿Qué hombres, Suzette? ¿Cómo llegaste a estar aquí? ¿Te robaron, como a mí?**”

Retorció los dedos, mirando al suelo de mármol. “**El día que me vendieron a Q fue el mejor día...**”

La puerta principal se abrió y el mismo diablo se quedó enmarcado en el crepúsculo. Tenía el pelo un poco más corto, como si le hubiera dado instrucciones a la peluquera para que se viese como la piel de una nutria, elegante, brillante e impenetrable. Llevaba un traje de color plata y una camisa de color turquesa, que le hacía parecer una costosa joya.

Me miró, desnudándose sin barreras normales. En un breve instante, vi los huesos cansados por la soledad, la sorpresa y la protección. Me dolía el corazón al ver tanto anhelo. ¿Qué pasaba si Suzette estaba en lo cierto? Q era más profundo de lo que yo había pensado. Algo acechaba, oscuro y vil, pero era un ser humano, no un monstruo, lo que había en su interior.

Mi cuerpo se debatía entre disipar tal infelicidad y matarle para poner fin a su miseria, y a la mía.

La dureza ocultó sus verdaderos pensamientos, rompiendo el momento. No lo había visto desde que me robó el brazalete de Brax, me estaba evitando como la peste, como si me estuviera dando tiempo para llorar, para superar su robo.

Mis dedos me frotaron la muñeca distraídamente y sus ojos los siguieron. Su rostro se cerró, mostrando sólo una arrogancia dominante. **“Suzette, pensé que habías dicho que ella estaba lista.”**

Suzette se inclinó. **“Sí, maître.”** Me empujó suavemente, y agregó, **“Ponte el vestido que encontrarás en el armario.”**

“Y si lo rompes, el castigo será mucho peor,” murmuró Q. Su tono me envió fuego a la sangre.

Subí corriendo las escaleras.

Me encerré en la celda de mi habitación, abrí el armario y di un grito ahogado.

La única prenda que había era de oro. Larga, filigrana, sólo tenía un tejido más grueso alrededor de la ingle y del pecho. El tejido susurró contra el suelo mientras lo arranqué del armario.

Me quedé sin habla.

Oh, dios mío, ¿esperaba que me pusiera esto? ¿Para la cena? No podía. No lo haría. La puerta se abrió de golpe; cogí el vestido y me lo puse sobre la garganta. El guardia, con los ojos verdes brillantes, me fulminó. Su cuerpo, mucho más amplio que el de Q, me intimidaba. **“El señor Mercer me envió para asegurarse de que te vestías correctamente.”** Su mirada se deslizó sobre mí y resopló. **“Desnúdate. Te ayudaré, si lo necesitas.”**

Retrocedí con horror. Q no dejaría que su guardia me tuviera, ¿verdad? No pensé que lo haría, pero lo sabía. El aire de la habitación había disminuido. Respiré con fuerza.

“Necesito intimidad.”

Negó con la cabeza. **“No hay intimidad.”**

Apretando los dientes, no me moví. Deliberé gritando y embestí contra él, pero siendo realistas, ¿que iba a lograr? Q me estaba demostrando que no tenía ningún poder aquí. Por mucho que esto me matara, no tenía otra opción.

Mis hombros se cayeron en señal de rendición; sus labios se curvaron. Me di la vuelta, mis manos temblaban mientras ponía el vestido sobre la cama y me lo puse por encima de la cabeza. Se arrastró sobre mi piel, sabiendo que el hombre me estaba viendo.

Me quité los vaqueros y los dejé en el suelo. Traté de averiguar cómo ponérmelo cuando una gran mano cayó sobre mi hombro. **“Quítate la ropa interior. No estás autorizada a llevar nada debajo del vestido.”**

Todo mi cuerpo se rebeló, y di un salto, corriendo a la esquina de la habitación. Sus caricias no me infectarían cómo las de Q. No iba a ponerme caliente ni a reaccionar; me apreté y crepité con desgana.

El guardia resopló, levantando los brazos. **“No voy a tocarte, chica. Eso es derecho del maître.”** Miró hacia abajo. **“Sin embargo, los invitados también tendrán un turno esta noche.”**

¿Qué? Me pitaron los oídos. *No. Por favor.* La comprensión de lo que acababa de decir me dobló las rodillas. No habría cena. Yo iba a ser el plato principal. La traición se estableció en el fondo de mi corazón. Odiaba a Q, pero nunca creí que sería capaz de dejar que otras personas me tocaran. No con lo posesivo que era.

El guardia me tendió la mano. **“Dame tu sujetador y tus bragas. Los huéspedes llegarán en cualquier momento, y tienes que estar en tu lugar antes de que lo hagan.”**

Mis manos se cerraron con ganas de golpear su rostro rugoso y hermoso, quería hacerle sangrar. Pero de nuevo, ¿qué conseguiría? Nada. El resultado sería el mismo, y sólo habría más dolor.

Me desabroché el sujetador y lo tiré. Me negué a darle mi ropa interior.

Sonrió. **“No voy a olerla, si es por lo que te estás preocupando. Sin embargo, no me extrañaría que lo hiciera el maestro.”** Se rio en voz alta, demasiado impresionado con su broma.

Mantuve la cabeza alta, arrugué el vestido y me lo puse por la cabeza. Tenía que arrastrarme poco a poco el material pegajoso. Los hilos no ofrecían ninguna protección contra los ojos, y aunque llevaba tiempo encerrada, me sentía atrapada.

Sólo podía caminar con pasos delicados, y mis pechos estaban tensos con los diseños de filigrana estampando patrones en mi piel.

La tela se agrupó alrededor de mis pies, parecía una sirena con la cola de oro, una pobre criatura que no me pertenecía. Me identifiqué completamente.

En cuanto terminé, el guardia me agarró la muñeca tatuada, y me arrastró escaleras abajo.

CAPÍTULO 13

Finch

Me mordí el labio mientras bajábamos las escaleras y entramos en una habitación completamente nueva. Se olía a sexo, dinero y poder. La esencia de Q, el olor de su lujuria y oscuridad impregnaba el aire.

Unas cabinas de color carmesí estaban rodeadas de un pequeño pedestal, redondo y alto, para una estatua o figura. Unas correas de cuero colgaban del techo. Unas pesadas cortinas bloqueaban los grandes ventanales, y la espesa moqueta negra silenciaba cualquier ruido.

La habitación era una tumba decadente.

El guardia me dejó ir, sólo estaba yo para ser atrapada por Q. ¿De dónde diablos había salido este hombre? Nunca me acostumbraría a cómo se movía en silencio.

Mi piel se chamuscaba cuando me tocaba; un hambre bestial se dispersaba por todo mi cuerpo. Q contuvo el aliento. No era la única a la que le afectaba esta loca necesidad. Maldije a mi cuerpo por responder. Necesitaba ayuda. No tendría que ponerme un hombre que me hacía la vida imposible cuando me tocaba. No debería tener una mezcla de odio y necesidad. Debería *odiarle*.

Me tiró contra su pecho. “**Esclave...**” Pasó la nariz por mi mejilla, por mi cuello y por mi clavícula. Su aliento caliente me aceleraba el corazón. Quería correr los dedos por su pelo, presionar las caderas contra él, pero me tragué los impulsos diabólicos.

Realmente eso no era lo que quería hacer. *Quería cortarle el cuello para poder correr a casa con Brax.*

Sus dientes afilados me pellizcaron la garganta, robándome el equilibrio.

Había pasado una semana desde que me había tocado, pero podría haber estado un minuto o un milenio y hubiera estallado igual. Lo odiaba. Se volvió todo en mi contra y me dolió.

Me echó hacia atrás, sus labios estaban en mi cuello y sus manos en mi cintura, nos estabilizó cuando me choqué con el pedestal y tropecé. Cogiendo mi mano, me ayudó a ponerme en la plataforma. Miró hacia arriba, la cara a la altura de mi pecho, la lujuria brillaba en sus ojos verdes.

Inesperadamente, envolvió los brazos alrededor de mí, arrastrando mis pechos contra su rostro. Me mantuvo prisionera, me lamió a través de los orificios del vestido, dejándome un sendero húmedo y abrasador.

“**Para,**” le gemí, maldiciendo mi estómago tembloroso y la fusión de mi núcleo.

Para mi sorpresa, él obedeció y se acercó, subiéndose conmigo. Con una leve sonrisa, me ató las muñecas con las correas de cuero.

No podía apartar la mirada mientras me colocaba el brazo derecho y envolvió el brazalete de cuero alrededor de mi muñeca. Las hebillas se tensaron y contuve el aliento. Esto me recordaba mucho a México, el tatuaje, la inspección, la inyección. El

miedo me consumía y lo aparté. Me dolía el hombro mientras trataba de liberarme. Empujé a Q con pánico, tirando de las correas, mis dedos torpes intentaban deshacer la hebilla.

Q se rio suavemente, frotándose el labio inferior con el pulgar. **“Te contaré un secreto, esclave. También es mi primera vez.”** Dejó caer la mano, ahuecando su erección a través de los pantalones. **“Y eso me pone mucho, porque veo que luchas.”**

Las dos cosas que más quería en el mundo eran: que Q muriera miserablemente, y que me follara. Que me hubiera inmovilizado me recordaba todas mis estúpidas fantasías, no podía detenerlo. La humedad recubría mis muslos internos cuando Q se puso más cerca.

“Joder.”

Joder, me pones caliente. Su voz vibraba, me dolía, lo *anhelaba*.

Mi corazón se rompió un poco más. Era dueño de mi sentido del oído y del olfato. No podía ignorar la voz de barítono sexy o la imperiosa necesidad de obedecer.

Q movió mi brazo izquierdo y me lo agarró. Mis pulmones se quedaron sin aire cuando dio un paso atrás, dejándome esposada con los brazos en el aire. Mi caja torácica subía y bajaba con pánico, haciéndome daño. **“No puedes hacer esto.”**

Ladeó la cabeza. **“Lo acabo de hacer.”**

“Sabes lo que quiero decir.” Me tragué el miedo, y añadí descaradamente, **“Tú no quieres hacer esto. No quieres abusar de mí. Puedo sentirlo.”**

Se quedó inmóvil, tenía las fosas nasales dilatadas. Nos quedamos mirándonos en silencio, antes de cogerme del pelo. **“Tú no sabes nada, esclave. Quiero esto. He querido esto durante mucho tiempo, y tú estás equivocada al decir que esto duele.”** Se inclinó y me besó la oreja. Susurró, "No tengo miedo de hacerte daño. Tengo miedo de lo lejos que estoy dispuesto a ir."

Si no se reprimía, me iba a derrumbar.

“Maître, tus invitados han llegado,” dijo Suzette. Los invitados estaban aquí.

Mis ojos se abrieron frenéticamente hacia ella, pidiéndole ayuda. Ella estaba en la puerta con una mezcla de emociones. La que más destacaba era la necesidad. Sacó la lengua y miró hacia abajo.

Q se movió hacia una esquina de la habitación. **“Tira de la cuerda, Suzette.”**

La necesidad de su rostro desapareció, dejando el shock en su lugar. **“¿Estás seguro, maître?”**

Él gruñó con advertencia y ella obedeció. Envolvió las manos alrededor de una gruesa cuerda roja, y tiró una sola vez.

Grité cuando mis hombros se pusieron en posición vertical y el peso se transfirió desde los pies hasta las muñecas. Estaba de puntillas, pero a duras penas.

Q se bajó y me inspeccionó. Mis pechos sobresalían con orgullo con los brazos por encima de los oídos, el vestido exponía todas mis partes.

“Vete,” le ordenó sin mirar a Suzette.

No podía respirar.

Suzette salió de la habitación rápidamente, y toda esperanza de escapar se fue con ella. Q se quedó abajo, mirando hacia arriba. Lentamente, se metió un dedo en la boca y lo chupó. Sus ojos brillaban con tanta oscuridad que cada vez que se hiciera de noche me acordaría de él. Su lengua lo lamió con una embriagante gracia.

Mis labios se separaron, hipnotizados. De alguna manera, me centré en él para disipar el pánico, un recordatorio de Q podía ser malo, pero definitivamente no era lo peor. Fue casi un alivio cuando me agarró la cadera, sosteniéndome firme. Sus dedos se clavaban en mi piel. Lentamente, me metió un dedo a través de la tela del vestido y encontró la humedad en mi muslo.

Me miró a los ojos. **“Sigues sorprendiéndome. Después de todo no necesitaba lamerme el dedo.”**

Me puse colorada mientras me seguía acariciando. Su dedo se deslizó en mi humedad, y un gruñido retumbó en su pecho. Me acercó más a él, y como un péndulo, fui hacia donde él quería. Al poner su cara en mi pecho, su dedo se metió más, haciendo que se me doblaran las rodillas.

Me soltó la cadera, y me agarró de la espalda baja, asegurándose firmemente. **“Ah, esclave. Sigues mintiendo pero tu cuerpo dice la verdad.”**

Quería maldecir. Yo no tenía el control, pero él era experto y me hacía volver a la vida.

“Q, parece que has empezado sin nosotros,” dijo una voz masculina. Seguida por otra, **“Parece como si no pudiera contenerse. Mira a ese bocado delicioso.”**

El disgusto y la inquietud me invadieron. Había cuatro hombres, mirando con avidez cómo Q me tocaba. Me acarició más rápido y con más fuerza, y traté de apretar las piernas para detenerlo. No me tocaba suavemente, y no podía concentrarme en sus caricias y en los hombres a la vez.

Me tocó el punto G y salté con presión. Oh, Dios. No podía tener un orgasmo. No así. No con los hombres viéndome, escuchándome, deseándome.

Mis músculos internos se apretaron con avidez alrededor de su dedo, Q se alejó, dejándome jadeando y con las mejillas rojas. Me tambaleé y trepé de puntillas para no girarme.

Q retrocedió, y se puso frente a mí. Mientras caminaba, se metió el dedo en la boca y lo chupó. Chupó la humedad que brillaba en su dedo, chupó mi sabor, mi esencia.

Quería llorar.

Mi cuerpo latía, latía, y resistí el impulso de intentar encontrar alivio. Además, me miraba con suficiencia. Sabía que me había dañado, y me dejaría así. *Francés hijo de puta.*

Cuando llegó a donde estaban los hombres, le estrechó las manos. Intercambiaron bromas en inglés, sin apartar los ojos de mí. Me convertí en el centro de atención.

“No sabía que había crecido tu familia empresarial, Q,” dijo un hombre, frotándose el bigote canoso mientras me follaba con la mirada.

Esperaba que Q se riesa, para mezclarse con esos hombres, ya que pensé que serían sus amigos, pero me asusté cuando le aplestó el dedo en el pecho. **“Ni se te ocurra volver a decir eso. Es completamente diferente.”**

El hombre se quedó inmóvil, tuvo lugar una batalla de testosterona entre ellos, antes de que él desviara la mirada, encogiéndose de hombros. **“Lo que tú digas.”**

Había otro hombre, vestido con unos vaqueros caros y una camisa negra, que parecía de la edad de Q. Su rostro me recordaba a una estrella de cine de 1920. El pelo peinado hacia atrás, la piel tan suave que parecía de porcelana. **“Q...”** empezó a decir. Estaba sorprendido mientras me miraba, podía ver el miedo en sus ojos.

¿Miedo? Mi terror se elevó a un nivel superior. ¿Por qué me tenía miedo? Mi mente empezó a imaginarse pesadillas sobre lo que me iba a hacer Q, si me iba a hacer daño, preferiría estar muerta.

Q le miró y lanzó un brazo sobre los hombros del hombre. Se alejaron de los demás, y Q le habló con urgencia al oído. No podía oír ni una palabra, pero Q seguía mirándome mientras el hombre de 1920 asentía como si Q tuviera un argumento válido. Por último, el miedo desapareció de sus ojos, mirándome con gran interés.

Q señaló con la cabeza con reconocimiento mientras el hombre le daba una palmada en la espalda, y volvió a tratar con los otros invitados.

El hombre se alejó de Q, y se empezó a acercar.

Mi respiración se aceleró cuando se detuvo, mirándome con ojos de color zafiro. Con una mano firme, me tocó el muslo, añadiendo presión, por lo que me tambaleé. **“Así que tú eres la que finalmente le ha roto.”**

Dio la vuelta, pasó los dedos por mi culo e hizo un círculo completo sobre mi otro muslo. Cuando se puso en frente de mí de nuevo, tomó un pezón y tiró de él.

Temblé, arremetiendo con pie. Lo levanté precariamente cuando el hombre se echó a reír. Me agarró de la cintura, y me ayudó a mantener el equilibrio sobre los dedos de los pies de nuevo. Fruncí el ceño. ¿Qué demonios estaba pasando?

El hombre de 1920 ladeó la cabeza, asintiendo. **“Puedo ver porqué.”** Con el críptico comentario, se dirigió de nuevo al grupo.

Pasaron diez minutos mientras palabras egoístas llenaban la tumba. Cada sílaba brillaba sobre mi carne, especialmente el tono profundo de Q. Temía el futuro.

¿Cómo podría dejar que mi cuerpo reaccionara a su voz y a su olor? Dos sentidos que le pertenecían... y me dejaba cuatro: vista, tacto, gusto e instinto. Una cosa que me prometí es que nunca iba a poseer mis instintos, no quería que poseyera algo tan poderoso.

Suzette, junto con las otras dos sirvientas con uniforme blanco y negro con volantes, entraron en la habitación y colocaron bandejas de comida para chuparse los dedos en la mesa lateral. La mayoría era comida para picar, galletas con salmón y crema fraiche, aceitunas rellenas, gambas envueltas en jamón, y una fuente de pasta de azúcar con una cascada de chocolate.

Me empezó a dar hambre mientras miraba esos manjares que podían sumergir en el chocolate: piña, fresas, malvaviscos y muchos más. No había tomado nada azucarado desde que llegué a la mansión tortuosa de Q. Suzette no me lo permitía.

El personal comía mal, teniendo en cuenta que estábamos en el corazón de un país que se enorgullecía de quesos, pan y vinos.

Los hombres dejaron de hablar y se sirvieron comida. Cuando estaban los platos llenos, se sentaron en una de las cabinas de color carmesí, a mis pies.

Q se metió en la cabina, desabrochándose la chaqueta de color plata para sentarse cómodamente. Sus labios se abrieron para comerse una aceituna rellena. La mordió, y los movimientos de la mandíbula y los músculos del cuello hicieron que mi estómago se apretara.

Aparté la vista y me puse a inspeccionar a los hombres. Uno tenía una nariz muy grande y el pelo negro parecido a la lana. El traje no le quedaba bien y había una mancha oscura en la solapa.

En comparación con Q, parecía que viniera para una cena gratuita y para ver un espectáculo. ¿Cómo lo conocía Q? Incluso con sus deseos eróticos y oscuros, era muchísimo mejor que estos hombres.

El otro hombre no me quitaba los ojos de encima. Su mirada era como una daga, me perforaba, por lo que me daba miedo. Era grande y ancho, más alto que Q, aproximadamente del tamaño de un jugador de baloncesto profesional. Tenía el pelo rubio y corto, mostrando un cuero cabelludo rosa, y tenía una fea cicatriz detrás de la oreja derecha.

No vestía traje. En cambio, llevaba una sudadera muy fea de color blanco, con el número diecinueve en los hombros y en la espalda. Todo en él no tenía sentido. No encajaba en el mundo de Q. De hecho, el único que lo hacía era el hombre de 1920. Algo los vinculaba a él y a Q: la amistad.

Mientras los hombres comían, mis manos se pusieron heladas cuando la sangre dejó de llegarme a los brazos. Me dolían las muñecas y el tatuaje me picaba mucho. Traté de inclinar la cabeza, ponerme mejor para darle a mis hombros un descanso, pero no pude conseguirlo. Gemí con molestias.

Q no me miró, mantuvo su atención en el señor de la nariz grande y siguió comiendo. Eso me dejó extrañamente a solas con el hombre de la sudadera blanca. Le preguntó a Q en inglés, **“Te gusta nuestro regalo, ¿verdad?”** Él inclinó la cabeza, pasando los ojos sobre todo mi cuerpo.

Mis orejas se abrieron. Su acento era ruso, no francés. Mi mente se puso en marcha para resolverlo todo.

Q dejó de comer, y se limpió la boca con una servilleta. Sus movimientos eran suaves y controlados en comparación con el leñador ruso. Los ojos de Q humeaban con tolerancia apenas contenida.

“Sí. Muy satisfactorio.” Él me lanzó una mirada fugaz, antes de añadir. **“¿Dónde la has comprado?”**

El ruso hinchó el pecho con orgullo. ¿Por qué le importaba eso? Me compró como un soborno para que Q hiciera algo. Pero, ¿qué?

“No voy a compartir el nombre de mi contacto. Pero le pedí una chica blanca. Sé que tiene preferencias.”

Miré a Q, pero su postura no había cambiado. Tomó un sorbo de una copa de vino.

“Bien. Considera nuestro trato completo.”

El ruso frunció el ceño. **“¿Cómo voy a saber que vas a mantener tu promesa?”**

Q se desplazó ligeramente, y mi piel se erizó. Q parecía absorber las sombras de la habitación, la autoridad giraba en torno a él. **“¿Dudas de mi ética de trabajo?”**

El ruso apretó la mandíbula, mirando de Q a mí. **“¿Cuándo vamos a ver los contratos?”**

Q se tomó su tiempo.

“Tres meses. Ese es el tiempo que llevan estas cosas. Pero tienes mi palabra y esa es la ley.”

El leñador ruso bufó, encogiendo los hombros. No parecía contento con el arreglo, pero dudaba de que hubiera algo que pudiera hacer. Claramente Q tenía el control, igual que conmigo.

Quería poner los ojos en blanco. No quería volverme loca, y me sentía así colgada allí. Después de una pausa, el ruso caminó hacia el fondant de chocolate. Q observaba con los ojos entrecerrados, antes de pasar a hablar con el hombre de nariz grande y el hombre del bigote gris. El hombre de 1920 me miró inquisitivamente. Los pensamientos se reflejaban en su mirada, pero su rostro permanecía sin emociones.

Mi corazón se aceleró mientras miraba al ruso. Su postura me asustaba. Le echó una mirada a Q mientras él esperaba a que el chocolate se derramase en una jarra. Sus ojos estaban ensombrecidos por los celos y un hambre voraz por el poder.

Volví a Q. ¿El ruso no era su amigo, sino su enemigo? *¿Qué estás pensando, Tess? No es tu problema. ¿Te importa?*

Por mucho que no quisiera admitirlo, me importaba. No por la seguridad de Q, sino por la mía propia. Si Q se juntaba con hombres como el ruso, mi jaula de oro se convertiría rápidamente en un calabozo blanco.

Mi cuerpo se balanceaba, y apreté los abdominales para quedarme frente al leñador ruso. Se movía lentamente, como si pensara en algo que no fuera coger comida.

Mi piel se puso de gallina mientras mis instintos me daban patadas. Los mismos instintos que me gritaban que no entrara en el café de México. No me gustaba esto. *¿Qué más se puede pedir? Estoy casi desnuda, colgando de un techo mientras cinco hombres comen a mi alrededor.*

Odiaba todo el escenario, pero algo en el hombre de la sudadera blanca no me daba buena espina.

El ruso se movió de repente, acarreando un plato lleno de bombones y una pequeña jarra rebosante de chocolate derretido. Volvió a la mesa, pero en el último segundo cambió de opinión, y me miró.

Traté de retorcer las correas de cuero pero no sirvió de nada. Miré a Q, implorándole que me prestara atención y detuviera esto, pero su cabeza se inclinó en una profunda conversación con el hombre del bigote gris.

El ruso se detuvo en la parte inferior del pedestal, y me sorprendió que se pusiera delante de mí. De cerca vi que su piel estaba llena de acné y brillaba con grasa. Su pelo era grueso y olía demasiado a producto para el pelo. Se movió, sonriendo con unos dientes de oro.

"Privet, krasivaya devushka." Me acarició la rodilla a través del vestido. **"Significa, hola, chica bonita."** Su voz retumbó, enviando miedo a través de todo mi cuerpo.

Cuando me tocó, me quemaba la piel, y si la piel pudiera vomitar, lo haría.

De nuevo miré a Q, no podía creer que hubiera dejado que el hombre me tocara. No parecía darse cuenta, ni se preocupaba. Su cuerpo se retorció, con las manos firmemente sobre la mesa mientras hablaba con el hombre de la nariz grande y asentía.

Me cogió con una calentura desenfrenada. No era la lujuria sensual de Q, era una necesidad salvaje de rutina. Para causar dolor. No tenía ninguna duda de que él disfrutaría de mis gritos.

Con una sonrisa sádica, el ruso alcanzó la jarra de chocolate derretido, y con un brillo en los ojos, echó un poco sobre mi muslo. El chocolate estaba demasiado caliente y siseé entre dientes.

Q se movió, pero no se dio la vuelta para mirar. Quería gritar, pero no sabía si eso me iba a dar más problemas. Tal vez por no mirar, Q le daba permiso al ruso para hacer lo que quisiera.

El ruso sonrió y colocó el plato de malvaviscos en el suelo, pero mantuvo la pequeña jarra de chocolate.

Oh, mierda.

"No. Déjame sola en el infierno," le demandé con voz temblorosa.

Los pálidos ojos verdes de Q se posaron en mí y se me erizó la piel con alivio. Él no dejaría que ese hombre se burlara de mí.

Mi boca se abrió cuando pasó algo caliente entre Q y yo, luego se dio la vuelta.

Mi corazón se paró, la traición me rodeaba.

Las lágrimas empezaron a caer cuando el ruso se rio entre dientes, y con sus dedos gordos capturó mi muslo. Me sostuvo y su gran lengua húmeda lamió el chocolate de mi piel, arrastrando la saliva sobre la carne y el vestido.

Me estremecí de repulsión, tratando de zafarme de él, pero me agarró más fuerte. **“No luches, guapa.”** Echó más chocolate sobre mi pie. Con una bruta sonrisa, lo chupó. Traté de pegarle una patada, pero necesitaba los pies en el suelo para mantenerme estable. No quería girar fuera de control como lo hice con el hombre de 1920. Por lo menos, él había sido amable y me había asegurado. Probablemente este hombre haría que me girara, desorientándome, y poniéndome enferma.

El ruso se puso de pie, y me echó chocolate sobre el estómago. Se escurrió hacia el bajo vientre, peligrosamente bajo, demasiado cerca de mi núcleo.

“No lo suficientemente bajo, ¿eh, perra?” gruñó mientras me capturaba con sus grandes brazos, tirando de mí hacia su boca. Me retorció mientras me lamía el chocolate, dejando un rastro viscoso y frío. Se movió, agachando la cabeza; y su lengua capturó mi clítoris. Todo mi cuerpo quería desintegrarse de la vergüenza y la grosería de ser tocada por una gárgola.

“Eres un maldito bastardo. No vas a salirte con la tuya.” Me vinieron imágenes del ruso sin cabeza, y también que podía arrojarlo al fuego para evitar su contacto. Toda la humedad que Q me transmitía desapareció, dejándome seca, poco dispuesta, completamente enferma del estómago.

Abrí los ojos como platos. Mi cuerpo reaccionaba a Q, pero se apagaba cuando otro me tocaba. Si Q me estuviera lamiendo, me hubiera estremecido con tortura erótica, odiándolo, aunque en el fondo me encantase. Pero rechazaba al gigante ruso. La sola idea de que él estuviera cerca de cualquier parte de mi cuerpo me daba arcadas.

La revelación de que mi cuerpo reaccionaba a Q, a pesar de todo, trajo medidas iguales de tormento y de paz. Mi cuerpo quería a Q, pero al mismo tiempo, no quería a nadie más. ¿Me había entrenado tan bien, sin que me hubiera dado cuenta? ¿O le había dado mi sentido del tacto por propia voluntad? *Por favor, no dejes que también te posea.*

Odiaba al ruso con un fuego que nunca se apagaría, mientras que mi odio por Q hervía a fuego lento, y lo suficientemente caliente como para derretir mi cuerpo. Podría querer matar a Q por arruinar mi vida, pero no lo odiaba lo suficiente como para matarme a mí misma, por lo que nunca me tendría completamente.

Los dedos gordos del ruso se apretaban entre mis muslos y su pesada respiración olía a ajo. Me empujó, perdí el equilibrio y me balanceé. Se subió conmigo, capturó mi cuerpo oscilante cuando me estrellé contra él. Deliberadamente me puso mirando a Q, poniéndose entre nosotros.

Frente a la otra pared, mis ojos se abrieron con el fantástico mural que había pintado en tonos marrones, negros y sombras. Una nube de gorriones decoraba la pared. Casi podía sentir el viento de las alas revoloteando mientras volaban de las garras de una nube negra de tormenta. Sentí libertad al ver un trozo de cielo azul por el techo. La pintura hizo que mi corazón llorara, necesitando la misma libertad. No podía contar cuántos pajaritos había, pero cada uno era único, viniendo a la vida con perfección. La mano del ruso me agarró del pecho, retorciéndolo dolorosamente. Su boca se cerró sobre mi oreja.

Abrí la boca para gritar, para exigir a Q que me reclamara, pero una mano obscena me tapó la boca. También me tapó la nariz y la boca, al igual que hizo el hombre de la chaqueta de cuero.

Mis pulmones y yo luchamos. Se rio entre dientes mientras mis débiles intentos hicieron que una repulsiva y dura erección se pusiera entre mis nalgas. Mis ojos se abrieron hacia los gorriones. Deseé tener alas y volar. Traté de perderme en la pintura, deseando que mi mente se alejara.

Hurgando entre nosotros, se retiró un poco, llevándola hacia mi estómago. Estaba un poco fría. Di un grito ahogado, asustando a mi corazón.

“Putita, silencio. Esto es entre nosotros. Sabes que me has costado mucho dinero. Creo que es justo.” Una mano grasienta me rasgó el vestido y me llenó de oscuro pavor. Puse los ojos en blanco, tratando de ver a continuación. ¿Qué era eso frío que estaba cortando el vestido?

Con otro tirón, el vestido se rompió y la tensión alrededor de mi culo se suavizó, pero me quedé boquiabierta.

Me lamió la oreja, mostrando un cuchillo de caza. Gemí. La hoja estaba manchada de óxido y estaba manchada, pero estaba afilada. **“No te retuerzas, pequeño pececillo. No voy a cortarte.”** La hoja del metal descansaba en su palma callosa y levantó el mango de madera.

Oh, mierda.

Mis instintos gritaban. *¡Me va a violar con el mango de un cuchillo!*

Gemí tan fuerte como pude, utilizando todo el oxígeno que tenía para pedir ayuda.

Estaba a punto de desmayarme cuando Q ordenó con voz controlada y enojada,

“Victor, suelta mi regalo.”

Las palabras sonaron con poder y me fundí con alivio. Q no permitiría que nada malo me sucediera. Lo sabía. Confiaba en él para mantener sus propios placeres retorcidos.

“Es sólo un abrazo, señor M. La dejaré en un momento.” Él miró por encima del hombro, sin duda, sonriéndole a Q. Empujé las caderas hacia atrás, tratando de darle una patada, pero no se movía.

Había tensión, estaba esperando a que Q exigiera que me dejara, que él había tocado suficiente, pero no pasó nada más.

Reinó el silencio; mi corazón murió cuando el ruso se rio silenciosamente en mi oído.

“Calculo que tengo unos treinta segundos antes de tener que parar...”

No tuve tiempo para respirar. Empujó una gran bota contra el rastreador GPS de mi tobillo, forzándome a abrir las piernas. Capturó mi peso por completo, y colocó la culata del mango del cuchillo contra mi entrada.

Luché, luché, pero yo era una mosca en un matamoscas pegajoso... intrascendente.

“Me gustaría que esto fuese mi polla, pero no puedo,” murmuró. Me mordió la garganta y me tapó la boca. Abrí la boca detrás de la palma carnosa y grité. Mis pulmones gritaron pero no salió ningún sonido. Lo metió dentro de mí, ardiendo con astillas y violación. Mi sequedad me condenó a sentir cada arista de la madera, cada roce de la terrible dureza.

Traté de ignorarlo, pero la rabia me corría por la sangre. Luché con todas mis fuerzas. El ruso gruñó cuando me puse salvaje. Giré y me retorcí. Le di una patada. No me importaba si me mataba para liberarme, pero no podía dejar que hiciera esto. Me dolía. ¡Me *dolía*! Q no me salvaba. Dejaba que el bastardo metiera un cuchillo muy dentro de mí.

Sonó un disparo, entonces caí, caí, alguien me había soltado las manos. Colgaba de cabeza, intentando respirar.

El ruso gritó, cayendo del pedestal, sacando el cuchillo. Se agarró un muslo, donde un río de color rojo floreció contra el color blanco de su sudadera.

“¡Joder!” gritó.

Q rabió, tenía la cara blanca de la rabia. **“Vete a la mierda, fuera de mi casa.”** Su brazo estaba extendido, con una pequeña pistola de plata.

La cabeza me daba vueltas. Q tenía un arma, le había disparó.

El resto de los invitados saltó de sus asientos, corriendo hacia la salida. Todo el mundo, excepto el hombre de 1920, que se quedó detrás de Q, con el cuerpo tenso.

Q gritó, **“¡Franco! Escolta a nuestros huéspedes. Se van.”**

Mágicamente apareció el guardia de ojos verdes y empujó fuera a todo el mundo, antes de regresar izó al ruso maldiciendo a sus pies. Una vez que se habían ido, el hombre de 1920 puso una mano sobre el hombro de Q.

Q inmediatamente, saltó y giró, agitando la pistola. **“Put. ¡Para! Sé lo que estoy haciendo, Frederick. Vete.”**

El chico frunció el ceño, claramente no le creía, pero después de un momento, asintió con la cabeza y se dirigió a la puerta.

Se asentó el silencio, que lo rompían las pesadas respiraciones de Q y de mí. Levanté los brazos, las lágrimas me nublaban la visión. No tenía fuerza para moverme. Pero nada de eso estaba cerca del dolor que sentía en mi interior. Parecía que me habían partido en dos, reviviendo la primera embestida, la agonía se hacía añicos, una y otra vez.

¿Cómo podía permitir Q que esto sucediera? Maldita sea, yo era suya, y él no me protegió. Dejó que otro hombre me hiciera daño.

Me astilló, quería meterme de nuevo en el vacío silencioso que me salvó la última vez, pero mi mente no volaría lejos. Mi mente estaba rota.

Debo haber perdido el conocimiento. Mi mejilla flotaba contra un hombro cálido y unos brazos fuertes me arropaban. El aroma de cítricos y madera de sándalo me rodeaba, enviando a mi sangre una mezcla de nostalgia y pánico.

“Lo siento mucho,” susurró una voz torturada. Lo siento mucho. Sentía besos sobre el pelo, sin detenerse nunca. Flotaba por la casa en sus brazos. **“Yo te protegeré. Voy a hacer las cosas bien.”**

Su voz me confundió. Transmitía dolor y pesar, un gran remordimiento, cargada de presión.

¿Por qué lo sentía? Él le permitió hacer lo que quisiera. Sucedió por su culpa y me negué a escuchar sus palabras. Mi propio dolor me mantenía ocupada. Sus disculpas no valían una mierda.

Traté de reunir la energía suficiente para golpearlo, gritarle, decirle que me había hecho mucho más daño que nadie en la vida, y eso era mucho, ya que crecí como una leprosa en mi propia familia.

Pero finalmente mi mente decidió que ya había tenido suficiente y se quedó en blanco.

CAPÍTULO 14

Hummingbird

Me desperté con un terrible dolor en el vientre y una mancha de sangre entre las piernas. Me lavé suavemente en la ducha, y obligué a los recuerdos a quedarse dentro de mi mente. Nunca iba a volver a recordar esa noche. Incluso en mis pesadillas, estaba totalmente prohibido, la había borrado como si nunca hubiera sucedido. Podrían decir que eso no era buena idea, pero me mantenía a salvo y me centré en eso, en lugar de autocompadecerme.

Enterré la cabeza en la arena, pero a cambio gané libertad e inmunidad contra las cosas que me dañaban el alma. Me dolía el cuerpo, pero no más que otras lesiones que me habían hecho. El que más daño me había hecho había sido Q. Me había defraudado.

En la jerarquía de enfermos y de esclavos, mi protección y bienestar debían ser primordiales, sin embargo, hizo la vista gorda.

Después de todo lo que había hecho, anoche podría haberme roto sin remedio, pero sólo me hice más fuerte. Había llegado el momento de irse. Me merecía algo mejor. Me merecía vivir mi vida sin bastardos enfermos que quisieran violarme con objetos, sin los juegos retorcidos de Q. Nada me impedirá que reviente el infierno y vuelva a la humanidad.

Pasaron cuatro días después de la horrible cena, y Suzette se negaba a hacer contacto visual. Q volvió a desaparecer, ponía la música alta, y se escuchaban las letras de las canciones con intención de irse. Lamentos franceses llenos de pesar y odio a sí mismo palpitaban a través de los altavoces:

Mes besoins sont ma défaite. Je suis un monstre dans une peau humaine.

Mis necesidades son mi perdición. Yo soy un monstruo con piel humana.

Odiaba esas canciones. Suaves canciones que hacían parecer a Q humano, convivía con los errores y la angustia, al igual que el resto de de nosotros. Yo prefería las canciones furiosas. Las que tenían ritmo fuerte, que me calentaran la sangre, llenándome de energía para escapar.

Et je vais prendre ce que je veux et payer mon propre désir. Cauchemars de ma solitude. L'obscurité pour un ami.

Y me quedo con lo que quiero y pago mis propios deseos. Las pesadillas de mi soledad. La oscuridad de un amigo.

Cuanto más tiempo pasaba en la casa de Q, más mejoraba mi francés. Eso sucedió sin mi conocimiento. Ya no fruncía el ceño con cada palabra, y la esencia de las oraciones me quedaba clara, ya no andaba a tientas en la oscuridad del idioma.

Aunque echaba de menos a Suzette y su amistad, no me preocupaba el aislamiento. Me había quedado sola, pero me mantenía centrada.

Fingía que limpiaba pero buscaba en la biblioteca y en el salón en busca de armas. Un abrecartas, unas tijeras, algo que me ayudara a quitarme el GPS del tobillo. No podía escapar hasta que me lo quitase. Q me encontraría con demasiada facilidad.

Mi plan de escape no estaba bien pensado. No había visto *Misión Imposible*, pero creía que tenía que tomar rehenes y obligarle a soltarme. Todo lo que tenía eran mis piernas, y algunas manzanas que había podido robar de la cocina. Parecía que vivía en una ilusión de libertad, para ir a donde quisiera, moverme con voluntad, pero buscaba armas, y me daba cuenta de lo falsa que era la libertad.

Los guardias patrullaban en la planta de arriba. Los matones patrullaban fuera, sus respiraciones producían columnas de niebla en el aire a finales de invierno.

Podía entrar en la biblioteca, salón, cocina y dormitorio. Era una jaula pequeña en comparación con la extensión de la casa. Serpenteaba investigando. ¿Dónde dormía Q? ¿Qué tenían las otras habitaciones? ¿Cómo la sala de la última vez, o era peor? Pero no me importaba. Llevaba aquí el tiempo suficiente. No iba a jugar a la damisela en apuros a la espera de que Brax llamara a la policía para rescatarme. Nunca vendrían. Dependía de mí, y estaba lista.

Salí de la biblioteca con un plumero, estaba decepcionada porque una vez más no había encontrado un utensilio afiliado. De repente, me congelé.

Se me aceleró el corazón mientras me asaltó una bocanada de pecado y cítricos. Q estaba cerca.

“He ido demasiado lejos, Suzette.” La voz de Q se torció con oscuridad implacable. Quería meterme en una bola y esconderme. Odiaba escuchar. Cada vez que lo hacía cuando era niña, escuchaba cosas desagradables que me estrechaban el estómago. Cosas de no ser deseada, una molestia, un estorbo.

Incluso mis padres hablaron sobre darme en adopción cuando caí muy enferma con la gripe. No querían cuidar a una niña enferma y vulnerable. Preferían cuidarse a sí mismos que a una niña inocente.

Suzette respondió, su voz venía de detrás de las escaleras de terciopelo azul. Donde estaba la puerta oculta para la sala de juegos. **“No la has roto. Deberías verla, maître. El fuego todavía está en sus ojos.”** El aire se erizó con pasión, hablaban de mí. Todo mi cuerpo se rebeló. Quería moverme, pero si me movía me oirían. ¿Qué haría Q entonces?

Q murmuró algo que no entendí.

“No eres como él. No dejes que esto te detenga. Créeme, ella siente algo más que odio. Una mujer sabe cuando otra quiere a un hombre.”

Q se rio entre dientes. **“¿Tú me quieres, Suzette?”**

Ella se rio oscuramente. **“Sabes que lo hago. Pero también te agradezco tu promesa, y por eso creo que es necesario seguir adelante.”** La triste resignación me hizo sentir lástima por ella.

Q era despiadado; no me importaba de lo que se ocupaba. No le daba derecho a hacer lo que hizo. Así que, ¿por qué me daba celos pensar que estaba acostándose con otra? No sabía nada de él, pero mi cuerpo se consumía, en contra de todos mis deseos.

Si Suzette estaba a mi lado, ¿por qué no me había hablado en los últimos cuatro días? Si ella me hubiera mostrado que todavía quería ser mi amiga, no podría haberme apagado, poner el control remoto y centrarme en la libertad.

Abrí los ojos. *No significa eso, Tess.* ¿Podría quedarme incluso después de lo que había pasado?

Negué con la cabeza, estaba enfadada. De ninguna manera. No me podía quedar. Todo lo que necesitaba era una segunda oportunidad, y me iría. Al igual que los gorriones que había en la pared, me subiría tan alto como ellos y Q nunca podría encontrarme.

“Suficiente. No voy a hablar de esto,” espetó Q, cambiando su tono anterior. La ropa crujió y me lancé hacia la biblioteca, agachándome junto a una estantería. La silueta de Q pasó junto a la puerta, y salió. El rápido destello de la luz del sol me dañó los ojos, quería correr tras él. Para correr al aire fresco y salir de este lugar, horrible y confuso lugar.

Un coche esperaba fuera, pero Q no se subió en el coche ni se fue. En cambio, salió de mi vista.

No me atrevía a moverme y Suzette gritó. **“Voy al pueblo, señora Sucre. Es mi medio día libre, y tengo que hacer unos recados.”**

No oí la respuesta de la señora Sucre. Se me aceleró el corazón. Suzette se iba. *¡Esta era mi oportunidad!* No conseguiría otra. El pueblo significaba gente. Y la gente significaba seguridad.

Suzette refunfuñó y se alejó. Como no quería perder ni un momento, salí corriendo y me lancé hacia el vestíbulo. Busqué la puerta principal con dedos ansiosos, y corrí escaleras abajo hacia el coche. *Por favor, que estén las llaves.*

El sol me hizo daño en los ojos. El sentir que estaba fuera me dio una explosión de felicidad. Me iba a salvar. Tess, la superviviente.

Jadeando con adrenalina, comprobé si estaban las llaves.

Nada.

¡Mierda! No podía irme conduciendo, pero podía esconderme en el coche. Sin desanimarme, intenté abrir la puerta de atrás y casi lloré de alivio cuando la abrí. Me subí y me acurruqué todo lo que pude.

Suzette bajó las escaleras. “**Bonjour, Franco. ¿Me llevas al pueblo?**”

Oh, mierda. Me tapé la boca. ¿Por qué no podía conducir Suzette? ¿No podía ir sin acompañante? Se me aceleró más el corazón. Había tantas cosas que podrían salir mal, Franco me podría coger, Q me castigaría.

“**No hay problema. Necesito cigarrillos, el momento perfecto.**” La voz de Franco sonaba amable, alegre, como cualquier hombre sin preocupaciones. Obviamente, no le importaba lo que hacía su jefe con las mujeres.

Suzette se subió delante, alisando su uniforme. Franco se subió en el asiento del conductor. Mis ganas de correr menguaron.

El coche arrancó, y un fuerte ronroneo vibró en mis dientes. Me acurruqué más cuando Franco puso el vehículo en marcha y rodó suavemente. El crujido de la grava sonaba fuerte y la fuente con los tres caballos desapareció mientras nos alejábamos.

Cuanto más avanzábamos, más me asustaba. Esto podría salir mal, muy mal, pero si funcionaba, jamás volvería a ver a Q. Nunca oiría su voz ni le volvería a oler.

Algo muy dentro de mí me incomodaba. Odiaba que poseyera dos de mis sentidos, posiblemente incluso tres. Era un maestro en coaccionar las necesidades de mi cuerpo, sacrificando a mi mente para el placer erótico. Había tenido suficiente traición en mi propio cuerpo.

Cada avance del coche me ilusionaba y me desilusionaba más. Mi vida me volvería a pertenecer a mí. Mi cuerpo volvería a estar dormido, ocultando sus deseos secretos.

¡Pero quiero esto! Q era un monstruo con piel humana, incluso él lo sabía, a juzgar por las elecciones de las canciones. Si dejaba que un hombre me violara con un mango de un cuchillo, quién sabía lo que haría a continuación.

Mis manos se cerraron con furia. No podía permitirme el lujo de sentir otra cosa por Q que no fuera odio. Suzette estaba equivocada, yo no sentía más que repulsión.

Esperaba que, con el tiempo, mis sentidos me volvieran a pertenecer. Me gustaría olvidarme de esta pesadilla.

La emoción burbujeaba mientras conducíamos en silencio lejos del infierno, hacia la salvación.

Suzette y Franco no hablaban y yo respiraba todo lo tranquila que podía. Era extraño que me fuera sin nada. ¿Hasta dónde conseguiría ir sin dinero, tarjetas de crédito, ni pasaporte?

Mi pasaporte y mi monedero estaban en el hotel de Cancún. Por otra parte, probablemente el hotel nos dio por perdidos cuando nunca regresamos. ¿O acaso Brax volvió? Me dirigía a casa, y me negaba a considerar la idea de que él podría haber

desaparecido. Le necesitaba vivo. El era mi objetivo final. Si no le tenía, ¿para qué me había escapado?

Estás dejando una vida de sentidos abrumadores, Tess.

El pensamiento me sacudió el alma. A pesar de ser una prisionera de Q, nunca me había sentido tan viva. Claro, él era un hijo de puta, y las cosas que hacía no eran legales, pero al mismo tiempo me hizo vivir.

Recordé la pesadilla con pensamientos insanos, pero Q me mostró la vida que no había vivido con Brax, que no era totalmente... completa. Brax me trataba con mucho cuidado, pero nunca me hizo vibrar.

En el suelo de un coche, escapando de mi secuestrador, volví a evaluar toda mi vida. Había vivido la negación durante muchísimo tiempo, era algo natural. Me encantaba Brax, eso no podía negarlo. Pero mi amor era como un amor entre hermanos. Amor de amistad. Un amor que nunca iba a morir, pero que tampoco me consumiría. Me encantaba Brax porque él me cuidaba. Él me quería y yo lo acepté, en lugar de tener las agallas para encontrar a un hombre que hiciera que mi alma cantara.

La culpa me aplastó, presionándome contra el suelo. Me estaba mintiendo a mí misma, le había hecho mucho daño a Brax. Me eché a llorar y luché contra el impulso de sorber con la nariz. Una cosa sabía, que si él todavía vivía, me gustaría hacer las paces con él. Yo sería la princesa que siempre quiso, y cuidaría de él, sin importar que él no me hubiera salvado en México.

Suzette y Franco comenzaron a charlar sin rumbo sobre el tiempo, y me obligué a escuchar, apartando mis débiles pensamientos. No podía permitirme el lujo de pensar en cosas tristes. Tenía que estar lista para correr.

A través de la ventana, vi setos y árboles sombríos, colinas y tierras de cultivo. Como una foto perfecta. Era difícil de creer que Q viviera entre la perfecta inocencia y él siguiera en la oscuridad.

Las curvas me dieron náuseas y cerré los ojos.

No sabía cuánto tiempo llevaba acurrucada, quizá veinte minutos, antes de que el coche frenase. Suzette preguntó, “**¿Puedes tirar hacia arriba en la Rue La Belle? No tardaré.**”

Franco gruñó con reconocimiento, y después de unas cuantas vueltas más, entramos en una localidad bulliciosa. Los sonidos de voces y el tráfico me emocionaron. Estaba muy cerca de ser libre.

Me atreví a abrir los ojos. Los peatones bordeaban el coche, y podía ver bonitos edificios antiguos.

Suzette se bajó. “**Gracias, Franco, nos vemos enseguida.**”

“**Volveré al coche en diez minutos,**” dijo con voz ronca. No podía creer lo que veía cuando Franco cerró la puerta y se alejó, tragué inmediatamente por la bulliciosa multitud.

Me acosté en el suelo, y respiré despacio en el coche vacío. ¡Estaba sola!

Espera antes de salir corriendo.

Mi cuerpo se estremeció con la necesidad de huir, pero espero un minuto agonizante.

Poco a poco, me levanté, y abrí la puerta. Intenté trepar rápidamente, pero me caí delante de una anciana.

Ella frunció el ceño, alzando su bolso. “**Perdona,**” dijo, avanzando lentamente, y continuó su camino.

Me levanté y pude ver que la concurrida calle parecía el epítome de Francia.

Pintorescos letreros colgaban de las tiendas, cestas de flores y fruta fresca. Todo estaba escrito en francés, y sabía que estaría perdida dentro de un momento. ¿Dónde diablos estaba? ¿Estábamos cerca de París?

Parpadeé con asombro. Después de haber estado encerrada durante semanas, la brisa en mi piel parecía extraña; el sol era un viejo y perdido amigo. Mi corazón se alegró y escapé.

No sabía hacia dónde habían ido Suzette o Franco, por lo que mantuve mis ojos fijos en la multitud, corriendo fugitivamente a través de la carretera donde la gente vendía fruta.

“**Buenos días, preciosa,**” me dijo un anciano inclinando la cabeza y pasé de largo. Se me hacía la boca agua con tanta comida. Todo era una explosión de sensaciones y colores, una maravilla para los sentidos.

Estaba en una multitud liberada y en estado de embriaguez. Nunca me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba ser parte de algo. Claro, las inseguridades de no ser querida habían derivado de la falta de amor de mis padres, pero hasta ahora, nunca me había evaluado lo mucho que había prosperado, hasta llegar a la universidad.

Tenía amigos, buenos amigos.

Mis ojos compungidos recordaron a Fiona, Marion y Stacey. Las chicas con las que había estudiado y con quienes había esbozado los mejores edificios que podíamos imaginar. Tres casas. Mansiones bajo el agua. Y, sin embargo, ellas no me conocían.

Nunca les había dicho lo que quería que hiciera Brax. Aunque compartíamos conversaciones íntimas, nunca me había abierto con ellas y había admitido que quería ser una sumisa, sólo por una noche.

Mi corazón se aceleró. ¿Qué dirían si supieran lo que había pasado? ¿Entenderían que el desobediente había sido mi cuerpo? Como la tensión sexual, la ebullición no deseada, me ponía húmeda por un hombre que odiaba.

Estaba tan fuera de la esfera de la normalidad, que probablemente me llevarían directamente a la policía para una evaluación de contracción.

Policía.

Todos mis pensamientos se evaporaron. Aún no era libre.

Elegí el edificio de al lado con un pollo de color rojo en la parte frontal, llamado *Le Coq*. El gallo.

Hice una pausa, odiando la idea de que Q lastimaría a Suzette por dejarme escapar. Suspiré, maldiciendo que me sentía leal a quedarme, obligada por obligación más que por la ropa y el tatuaje del código de barras. Contuve la respiración, el corazón se me encogió con terror.

A pesar de mi temor por Suzette, abrí la puerta de la cafetería. La campanilla tintineó alegremente, recordando que estaba de camino a casa. No podía detenerme por la amistad de una persona que apenas conocía.

La velocidad era mi amiga mientras me acercaba a la chica que estaba en la barra. Una mujer regordeta estaba detrás del mostrador, “***Buenos días, ¿qué puedo hacer por ti?***”

Tenía la boca reseca y parpadeé. Esto era todo, no había vuelta atrás. “**He sido secuestrada. Necesito un teléfono y a la policía.**”

CAPÍTULO 15

Heron

Sus ojos se abrieron como platos, miró a todo el establecimiento como si uno de sus clientes pudiera iluminarla. Sin duda, esta chica australiana y loca no podía estar diciendo.

Mi pecho se movía con pánico. ¿Y si no me creía?

Miré a mi alrededor, mirando por encima del hombro a los clientes. Me miraban boquiabiertos como si fuera un chimpancé escapada del zoo. El pequeño café era acogedor con todo rojo, y sobresaturación de figuritas de gallos y carteles, pero me hacía sentir hostil. Como si en cualquier momento, los gallos se pusieran en movimiento y me picotearan los ojos para interrumpir un almuerzo tranquilo.

Le abrí un corazón a una extraña y lo único que hacía ella era observarme.

“¿Me prestas tu teléfono?” Dije con voz vacilante, y las lágrimas amenazaron con salir. Al estar tan cerca de la libertad me estaba poniendo nerviosa.

Asintió vacilante, sin entenderme muy bien. Me fijé en el teléfono que había detrás del mostrador y lo cogí, inclinándome sobre un plato de panecillos y magdalenas.

Me temblaban las manos, la aprensión me hacía cosquillas en la espalda. Los dedos se cernían sobre los botones de llamada de emergencia, pero no podía marcar.

Necesitaba escuchar otra vez primero.

Apreté el número que me sabía de memoria y las lágrimas brotaron cuando empezó a sonar. Sonó y sonó durante una eternidad. *Por favor, cógelo. Por favor, que esté vivo.*

La mujer frunció el ceño y desapareció en la parte trasera del restaurante, reapareciendo y arrastrando al anciano chef. Ambos llevaban uniformes amarillos con mandiles blancos, y la misma expresión extraña en la mirada.

Daba saltos mientras esperaba a que el teléfono conectase. Mi tiempo se estaba acabando.

Hola, has llamado a Brax Cliffingstone. No puedo coger el teléfono. Deja tus datos y me pondré en contacto contigo. O, si se trata de vida o muerte, por favor ponte en contacto con mi novia, Tess, ella te ayudará. Su número es: 044-873-4937. ¡Gracias!

Beep. Algo se rompió en mi pecho. No había mi nombre en mucho tiempo. Al escuchar la voz de Brax dejé de luchar, y me encogí como la niña dócil que había sido antes de México, antes de Q, antes de que supiera lo que era capaz de hacer.

Me derrumbé, sollozando. La voz de Brax resonó alrededor de mi corazón, vibrando con anhelo. ¿Por qué no lo había cogido? ¿Estaba muerto, o simplemente ocupado? Tantas preguntas para las que no tenía respuesta.

Sorbí las lágrimas, y dije, **“Brax, soy yo. Estoy, estoy viva. Me vendieron a un hombre llamado Q. No estoy herida y voy de camino a casa. Si recibes este**

mensaje, estaré en la Embajada de Australia, espero que resuelvan el problema del pasaporte y esas cosas.”

Respiré profundamente. Quería decirle lo mucho que había cambiado, lo mucho que había vivido, pero nunca sería capaz de decirle lo que me había hecho Q. Él sabría que Q me habría encendido. Quemé ese puente cuando le presenté a Brax mi vibrador, pidiendo más.

Me picaba la urgencia; tenía que colgar el teléfono, el tiempo era distancia. Podría encontrarme a mí misma cuando estuviera de nuevo en casa.

“Brax, si, si no consigo llegar a casa, prométeme que encontrarás a un hombre llamado Q Mercer en una pequeña región de Francia. Tiene una casa grande y criados. Díselo a la policía. Te quiero.”

Las lágrimas volvieron a caer cuando terminé la llamada, y al instante marqué otro número.

El chef, cubierto de manchas de salsa y harina, me quitó el teléfono de las manos.

“¡Ey!” Le dije mirándole.

Sacudió la cabeza con enfado. **“No difundas mentiras. No te creo...”** Sus ojos se fijaron en algo detrás de mí. La puerta se abrió de golpe, la campanilla sonó como una advertencia.

Giré con terror.

Dios mío. Franco estaba en la puerta, con los ojos desorbitados. Se quedó inmóvil durante un segundo antes de lanzarse a la acción. Sacó las manos de la chaqueta y hurgó en el bolsillo interior. ¿Qué estaba buscando? ¿Una pistola?

No era mi intención averiguarlo.

Corrí.

Empujé a un hombre y a una mujer, me metí por la cocina y le di gracias a dios porque hubiese una salida allí. La puerta estaba abierta y la cerré con el hombro.

La calle de atrás era la salvación, y corrí con todas mis fuerzas. Me dolía el tobillo mientras volaba sobre los adoquines irregulares, lanzándome por otro callejón. Fui en zig zag, tratando de perderme, esperando que Franco perdiera el sentido de la orientación.

Un gruñido y un grito borrarón la esperanza y corrí más rápido. No podía volver. No podía. Q me castigaría y no sabía cuánto más podría soportar mi mente. Nunca tendría otra oportunidad para escapar.

Cambié de rumbo, fui a la calle principal, y vi todo el tráfico. La gente se dispersó cuando aparecí corriendo, jadeando y con los ojos desorbitados.

Los coches empezaron a pitar cuando pasé por en medio de la carretera. Trataba de encontrar a alguien, *algo*, para salvarme. No me atrevía a mirar hacia atrás para ver si Franco estaba cerca, todo mi cuerpo se sentía perseguido. En cualquier momento, una bala atravesaría mi cerebro, me tiraría como la fugitiva rabiosa que era.

Luché contra esos pensamientos inútiles, y puse toda mi concentración en la búsqueda de algo que me salvase.

Un coche paró en seco, y no me dio por milímetros. El corazón se me subió a la garganta el guardabarros susurró contra mis rodillas. *Mierda, ¿estaba dispuesta a sacrificarme por sobrevivir?*

“¡Putra de mierda!” ¿Qué demonios? Un hombre joven con el pelo rojizo abrió la puerta del coche, agitando una mano enfadada. **“¡Podría haberte matado!”**

Me aferré a sus ojos, suplicando a mis instintos si era de fiar. ¿Podría salvarme? Corrí hacia el lado del conductor, y me apoderé de la puerta con los dedos blancos. **“Por favor. Lléveme a la policía. Me han secuestrado.”**

Miré detrás de mí, esperando ver a Franco acercándose. Era un objetivo expuesto, de pie en medio de una carretera bloqueada.

El chico me miró de arriba a abajo, tenía las fosas nasales dilatadas, y se pasaba una mano nerviosa por el pelo. Sus ojos marrones brillaban con confusión, y sufrí una punzada de miedo. No me iba a ayudar. Retrocedí, preparando los músculos para echar a correr de nuevo.

Justo cuando me iba, gritó, **“¡Espera! Te llevo. Te llevo.”** Salió del coche y me abrió la puerta del pasajero.

Vacilé, mirando el coche pequeño. ¿Iba a saltar de la sartén al fuego?

¿Quién más iba a salvarte?

“¡Esclave!”

Mi corazón se aterrorizó y me subí en el coche. "Entra. ¡Entra!" No podía respirar mientras Franco se abría pasao a través de los peatones persistentes, mientras sus ojos estaban fijos en mí.

El chico entró en acción y corrió hacia el asiento del conductor. Puso el coche en marcha, y avanzamos con un rugido. Franco golpeó el techo del vehículo.

Observé al chico, a mi salvador. Su boca se había convertido en una línea blanca, y conducía muy rápido. Quería abrazarle, aplastarle en agradecimiento.

Retorciéndome en el asiento, miré por la ventana trasera. Franco saltaba en medio de la calle, tirándose del pelo negro. Gritaba algo y levantaba las manos, antes de correr hacia donde había aparcado.

Respirando con dificultad, me giré para mirar al frente, tratando de calmarme. Lo había hecho. Era libre.

No dijimos ni una palabra en el camino.

El silencio era el tercer pasajero. Miré por la ventana, con la tensión anudada en el estómago. Quería bailar de lo feliz que era, pero aún no era libre. Necesitaba permanecer cautelosa. Fruncí el ceño. Después de tres semanas de tortura, ¿sería tan fácil? El malestar me pinchó y me mordí el labio. Sin duda, no podría ser tan sencillo.

¡El GPS! Con las prisas, me había olvidado del maldito rastreador de Q. ¡*Mierda!* Levanté la pierna y puse el talón en el asiento. Mis dedos subieron el pantalón. Tiré con fuerza, tratando de quitármelo, pero sólo apreté, cortando el suministro de sangre que llegaba a mi pie.

Bufé de rabia. ¿Cómo diablos iba a deshacerme de él?

El chico me miró con las cejas levantadas. “**¿Qué estás haciendo?**” Volvió a mirar a la carretera antes de mirarme de nuevo. “**¿Qué es eso?**”

Hicimos contacto visual. Su rostro parecía lo suficientemente amable, no guapo, pero no feo. Tendría treinta y pico años y tenía unas arrugas prematuras alrededor de los ojos.

Decidí que parecía digno de confianza, y le dije, “**Necesito un cuchillo o unas tijeras. ¿Tienes algo como eso?**” Le dije sin dejar de tirar de la tobillera. Si pudiera levantar la pierna hasta mi boca, podría morderlo. La imagen me dio ganas de reír. Me había escapado sólo para masticar mi propia pierna como una rata hambrienta.

Esperaba que dijera que no. Quiero decir, todo parecía demasiado perfecto. ¿Quién podía decir que un caballero de brillante armadura casi le atropella, y luego le lleva lejos en un Volvo de mierda?

Mi mente se puso a pensar en Franco. ¿Le había llamado Q? ¿Habría formado un grupo de búsqueda para mí? Q no me dejaría escapar tan fácilmente. Me iba cazar, pero no iba a dejar que me capturara.

Con ese pensamiento noté que la sangre me bombeaba más rápido; deseaba que el conductor le pisara más. Quería que condujese como en Fórmula Uno, no como una abuela sedada.

El chico se movió, y su pie presionó el acelerador mientras buscaba en un bolsillo. Frunció el ceño, y movió el culo para coger algo.

Observé con una expresión de incredulidad, tratando de averiguar lo que estaba haciendo. Después de unos momentos difíciles, sonrió, sacando la mano. Con un gesto, me pasó una navaja suiza en miniatura.

Mis ojos se abrieron como platos, y la acepté con manos temblorosas. “**Gracias,**” susurré con asombro. A partir de ahora, me gustaría llevar una navaja suiza, nunca se sabía cuando te podría venir bien. Apuesto a que no se despertó esta mañana esperando que una fugitiva la usaría para quitarse un rastreador de su cuerpo.

La abrí y empecé a cortar el plástico grueso. Me costó una gran cantidad de energía, y mi piel estaba fría y húmeda cuando se rompió y se cayó.

En cuanto cayó al suelo, sentí un gran alivio. La pesadilla estaba terminando, estaba un paso más cerca de Brax.

El chico me observó más de cerca. Su intensa mirada se dirigió al cuchillo cuando se lo devolví. Mantuve mi cara en blanco cuando la cogió y se la volvió a meter en el bolsillo.

¿Tal vez yo la debería haber guardado? *No estás pensando con claridad, Tess. No confíes en nadie.*

Me dio una media sonrisa, y la luz regresó a sus ojos. Los dedos se apretaron en el volante. “**¿Qué ha pasado?**”

Me las arreglé para decir tres palabras. “**Q Mercer pasó.**” Entonces el cansancio sofocado y la idea de revivir eran demasiado. No podía hablar de ello; jamás estaría lista para hablar, y estaba bien para mí. Se convertiría en un momento tácito en el tiempo y se desvanecería en el olvido.

Mi pecho estaba obstruido por la emoción. Tan cerca... tan cerca. La adrenalina me abandonó. “**Sólo tengo que ir a la policía.**”

Él asintió con la cabeza. El sol de la tarde cayó a través del parabrisas, destacando el rojo de su pelo. “**No hay problema.**”

Le di una sonrisa acuosa y me acomodé, mirando hacia el futuro.

El sonido de los neumáticos en la grava me despertó, el pánico se encendió como un viejo enemigo. *Grava, por favor, que no estemos de vuelta en casa de Q.*

Me levanto y parpadeo mirando por la ventana. La adrenalina y la calidez de nerviosismo hizo que me viniera el aliento rápidamente. Me había acostumbrado tanto a desbordarme con terror, que me preguntaba si alguna vez me sentiría segura de nuevo.

Estaba oscuro; sin población, sin localidad, nada en la oscuridad que se avecina. Miré al hombre que supuestamente me había salvado, tratando de averiguar.

Sonríó y frenó hasta detenerse. Miré por la ventana de nuevo, incrédula. ¿Dónde estaban las brillantes luces de una estación de policía? ¿Los sonidos reconfortantes de la gente?

Los frenos chirriaron y él sonrió en las sombras. “**Ven conmigo.**”

“**Pero esto no es una comisaría de policía.**”

El se rio entre dientes. “No. No vamos a la policía. Pero ahora estás en casa, de todas formas.”

Mi mundo se entrelló hasta detenerse, y le miré boquiabierto. *No podía* decirlo en serio. No podía estar pasando. Simplemente no podía. ¿No tenía suficiente con México y con Q?

Todo lo que vi era rojo. No dejaría que esto sucediera. Abrí la puerta y caí del coche.

“**¡Ey, para!**” El hombre se quitó el cinturón de seguridad, pero era demasiado tarde.

Salí corriendo.

Gritó obscenidades, las maldiciones me lamían los tacones, y fui más rápido. Giré la cabeza, buscando la soledad, un lugar para correr. Pero por todas partes, había colinas

y tierras de cultivo. Ni siquiera sabía dónde me había llevado. Podría correr millas y millas, y nunca encontrar ayuda.

Me dolía el corazón, obligaba a mi cuerpo a seguir adelante. Pasé una fila de pinos altísimos y abrí la boca.

Una extensa finca descansaba bajo la luna. *Mal*. La casa olía a maldad.

Me fui a la derecha, y corrí tan lejos de la finca como pude. Llegué a una valla de madera y salté. En cuanto mis pies volvieron a tocar el suelo, me impulsé hacia delante. El dolor de las contusiones y las rodillas eran intrascendentes, correr era primordial.

Me encontré en la oscuridad, la única luz provenía de la luna de color plata. Me tropecé con una fila de patatas. Miré a mi alrededor, hectáreas y hectáreas de patatas, todas descansaban en mantas sucias.

¡Sigue corriendo!

Se escuchaba mi respiración en la noche silenciosa, me quemaban las piernas, pero no dejé de correr. Salté sobre las hileras de patatas como una gacela perseguida por un león.

Un poco más lejos, estaría escondida en la noche. Podría encontrar ayuda en otra parte. Pero mientras corría, mi fe en la humanidad tuvo una muerte ardiente. Toda mi vida había creído en la bondad de la gente.

Pero ahora, los odiaba a todos, sospechaba de todo. Otra parte de mí se rompió: la capacidad de confiar.

Vi una forma borrosa por el rabillo del ojo y grité. Una forma dura se estrelló contra mí, me aplastaba contra el suelo. El olor de la tierra me agredió y estallé de dolor.

La respiración pesada llenaba mi oído mientras luchaba. Rodamos sobre la tierra; traté de morder, pero no había nada para mis dientes.

No era rival para el nuevo bruto. Una roca de la noche, era más del doble de grande que Q.

Me cogió de los pies, y los ojos negros le relucían. **“Hola, tesoro.”**

Le di una patada y gruñó. **“Déjame ir.”**

Eché la cabeza hacia atrás, riendo. Tenía el cabello marrón y un rostro arrugado, tendría unos cincuenta años. Pero el cuerpo estaba fuerte. Sin esfuerzo, me arrastró por el campo como si fuera una pulga. Dejé de luchar; había perdido esta batalla, pero me gustaría guardar la fuerza para luchar de nuevo.

El conductor esperó, encorvado sobre la valla de madera. Me miró de reojo cuando el bruto me cogió, y me ayudó a saltar. El conductor me atrapó, corriendo las manos asquerosamente sobre mi caja torácica, moviéndolas por los lados de mis pechos.

“Gracias por tratar de correr. Siempre nos gusta una persecución.”

Miré hacia abajo, mirando la ropa manchada de tierra. Recé para poder meterme en una nube de indiferencia, pero a medida que me iban arrastrando, mientras luchaba,

inspiré y me di cuenta de que eso no iba a pasar. Mi mente estaba dándole vueltas a lo que iba a pasar después.

El bruto me empujó por la puerta, y salté cuando la cerró de golpe. Tenía la garganta seca, y me percaté de todas las cerraduras que tenía la puerta. Parecía un búnker.

¿Qué diablos me iban a hacer aquí? *No podía responder a eso.*

Traté de no entrar en pánico, pero se me aceleró la respiración.

El bruto se acercó rápido, sus dedos me estaban haciendo hematomas mientras me empujaba a través de la casa. Las habitaciones eran elegantes, pero había telarañas y polvo por todas partes. ¿Qué coño era este lugar?

“¿Por qué haces esto?” Le pregunté mientras abría una habitación y me empujaba. Abrí la boca con asombro.

El salón de baile de la casa en ruinas se había convertido en una sádica y divertida habitación. Rosas y ángeles colgaban del techo, látigos, restricciones y tantos juguetes que podría haber sido un sex shop. Había unos espejos muy grandes en las paredes. De inmediato quité la mirada del espejo. No podía soportar la visión de ser atrapada por dos hombres. ¡Mi vida había caído en las garras del diablo y había esto yo sola! Salí corriendo de Q. Había sido tan estúpida. ¡Tan jodidamente estúpida!

El bruto me agarró la barbilla, haciéndome mirarle a los ojos negros. **“Estoy haciendo esto porque es hora de que el bastardo de Mercer me de un poco de sexo.**

¿Pensó que podría parar de compartir mujeres? Lástima, que cuenta con clientes, y los clientes tienen necesidades.”

Mi mundo se desmoronó. Esto no puede ser verdad. Q era muchas cosas, pero no podía verlo compartiendo las mujeres, comerciando con ellas, alquilándolas. Pero una parte aterrorizada de mí se preguntó si con eso había hecho su fortuna. ¿A dónde iba durante el día? ¿Había otras chicas, escondidas en la casa, siendo utilizadas, abusadas?

Negué con la cabeza. Q se odiaba a sí mismo por lo que me hizo el leñador ruso. Tenía remordimiento. No podía tener esa clase de emociones y ser un traficante. ¡No tenía sentido!

El conductor habló. **“Mercer tiene mucho que responder, y vamos a coger las respuestas de ti.”** Él se lamió los labios. **“En el momento en que dijo que te habías ido corriendo, ¡no podía creer mi puta suerte! Él nos mintió y ahora eres tú la que va a pagar por ello.”**

Gemí cuando el bruto me agarró la parte posterior del cuello, empujándome hacia el colchón que había en el suelo. Me caí y tosí una nube de polvo. Me escocían los ojos, pero me negué a ponerme caliente.

Los hombres se rieron y se pegaron puñetazos en los hombros, como si estuvieran a punto de tener suerte en una cita. El mundo estaba infestado de maldad. Los odiaba. ¡Odiaba, odiaba, odiaba!

Miré hacia arriba. **“No soy un objeto para que te vengues conmigo. Si tienes problemas con Q, ¡págalo con él!”**

El bruto se rio, golpeándose los muslos carnosos. **“Oh, tesoro. Tú eres la venganza perfecta.”** Se quitó la chaqueta marrón y la dejó en el suelo. **“Sin embargo, tengo curiosidad. ¿Cuántas chicas tiene ahora?”**

Mantuve los labios cerrados. Q me había engañado haciéndome creer que era su única esclava, su único juguete. Una vez más, los celos se apoderaron de mi corazón. Q me hizo creer en una mentira. No se preocupaba por mí. No tenía emociones, y su objetivo era tratar con mujeres. Era peor que los hombres que me secuestraron, ellos al menos eran sinceros. Q era un camaleón, muy inteligente ocultando la verdad.

El conductor eligió un látigo. Se me aceleró el corazón mientras se golpeaba con fuerza la mano, poniéndolo a prueba. Cogió un par de paquetes de un cuenco lleno de polvo y le tiró uno al bruto.

El hombre asintió con la cabeza. **“Gracias.”** Sus ojos se posaron en mí y la oscuridad se hizo cargo. Yo no sería capaz de razonar con ningún alma. Sabía con una certeza mortal que me matarían después. Me hubiera gustado que me mataran ahora, antes de que me arruinaran.

El conductor se puso detrás de mí y me hizo girar el cuello, odiaba que estuviera ahí. El aire se espesó y los tres nos congelamos, atrapados en una pequeña ventana de normalidad, entonces mi vida terminó por tercera vez.

El bruto se arrojó sobre el colchón; me aplastó y expulsé el aliento. Grité cuando las manos del conductor me cogieron del pelo, tirando tanto que no tuve más remedio que acostarme sobre el colchón. Siempre me había gustado tener el pelo largo, pero ahora me hubiera gustado estar calva. Mi cuerpo estaba encadenado; no podía liberarme.

“Obedece, puta.”

El bruto no perdió el tiempo trepando en la parte superior, todo su cuerpo me hizo vomitar. Su aliento apestaba a cigarrillos y a acidez, y me cogió las piernas como si fueran cerillas. Parecía un niño gigante, a punto de montarme hasta la muerte.

Mi pecho se levantó y cayó; parpadeé mientras veía manchas negras e hiperventilaba.

“¡Para!”

Los hombres se rieron. **“Sigue así, tesoro. Nos gustas cuando lloras.”**

Oh, dios. Oh, dios. Esto no iba a suceder. No había humanidad en sus ojos. No había nadie para salvarme. Ni Brax, ni Q.

Sólo yo y dos hijos de puta en una casa vacía.

Gemí, apretando los ojos cerrados cuando el bruto me desabrochó los pantalones vaqueros y me los quitó. Hizo lo mismo con las bragas mientras yo le arañaba las muñecas al conductor, tratando de hacer que me soltara el pelo.

El conductor gruñó y quitó una mano para abofetearme. El sonido rebotó por toda la habitación. Me volvió a abofetear, y las lágrimas empezaron a salir. Luego se agachó,

metió una mano dentro de mi camiseta y me pellizcó tan fuerte los pechos que vi las estrellas.

Quería permanecer callada, para no darles el placer. Pero sollocé, **“Por favor. Sólo quiero ir a casa. ¡Se suponía que me iban a ayudar!”**

El conductor se rio entre dientes, retorciéndome más el pelo. **“Oh, nosotros te vamos a ayudar muy bien.”**

Cometí el error de mirar a los ojos. No había nada más que lujuria animal y disfrute en mi dolor. ¿Qué les había hecho Q a estos hombres para que estuvieran felices destruyendo a una mujer? ¿Por qué debía pagar por sus pecados?

El conductor me puso una mano en la garganta y me apretó, ahogándome.

Tess, desaparece. Encuentra ese lugar. ¡Date prisa!

El bruto se escupió en los dedos, y los metió entre mis piernas. Frunció el ceño y murmuró, **“Está seca como una puta cáscara.”**

Mi mente explotó con pensamientos sobre Brax. Siempre estaba seca por Brax. Pero Q... Q siempre me ponía húmeda. Se hizo amigo de mi cuerpo, a pesar de mi odio. Me había roto a mí misma, no necesitaba unos hombres que me torturaran. Lo había hecho todas las noches desde que había llegado a la pubertad.

Estaba aterrorizada cuando el bruto forzó sus dedos. Me raspaba. Mi sequedad me concedió dolor... agonía.

Si alguien me daba a elegir entre una pistola o esto, preferiría la pistola.

¿Cómo pensaba que quería ser dominada? La ingenua fantasía de violación no era divertida. No era ni sexy ni caliente. Este era un caso de violación, y quería hacer algo más que tomar mi cuerpo. Sería lo que finalmente me rompería en pedazos, sería imposible de reparar.

Los dedos del bruto empujaron más fuerte, y sus uñas sucias rasparon el interior de mi núcleo. Eché la cabeza hacia un lado, haciendo caso omiso de la rasgadura del pelo.

El desgarró hizo eco y mi respiración se aceleró; un lamento bajo sonaba en mi pecho.

El conductor me abofeteó. **“Cállate. Te gustará, puta. Entonces es mi turno.”**

Abrí los ojos. Gran error.

El bruto se estaba poniendo un condón. El olor a látex llenó el aire, dándome arcadas.

Traté de cerrar las piernas, para bloquear con las rodillas.

El conductor se rio, y pasó el látigo por encima de mi cabeza hacia él. **“Utiliza este. Haz que esté lista.”**

Los labios del bruto se estiraron con una sonrisa cruel. **“Ah, tesoro. Estás lista.”**

Levantó el brazo y golpeó.

El cuero me golpeó el muslo desnudo, e inmediatamente me empezó a salir sangre. Me mordí el labio, tratando de fingir que estaba muerta.

El bruto me volvió a golpear una y otra vez. Todo se torció en un caldero de emociones sucias, estaba erosionando todas las partes de mí, me había quitado todas mis

esperanzas, mis pensamientos estúpidos de escapar, mi amor por Brax, mi odio por Q. La lucha me enorgullecía, pero se desintegró en pedazos y me marchitó. Cada latido me despojaba más y más, me encontraba perdida. Ya no sabía quién era Tess, no quería saber.

El látigo se detuvo y el bruto me volvió a abrir las piernas. Se escupió en los dedos, y los frotó en mi entrada.

“Por favor...” Gemía. **“No.”**

El bruto se rio, colocándose entre mis piernas. **“¿Eso es una súplica, tesoro? ¿Me quieres?”**

El conductor jadeó fuertemente en mi oído, tirándome del pelo con excitación. **“Creo que te lo está pidiendo. Mejor dale lo que ella quiere.”**

Por favor, olvido llévame. No iba a sobrevivir. Mi mente temblaba como el cristal fracturado.

El bruto cambió, y me empujó con su erección. Mi cuerpo se rebeló, mi estómago gruñó, y las lágrimas ofuscaban mis mejillas. *No, no, no.*

El bruto gruñó, forzando su camino. Mi carne lo rechazó, ardiendo con la violación. Sus caderas empujando, enterrándose profundamente. Dejó caer la cabeza mientras se estremecía, sonriéndole al conductor. **“Está jodidamente apretada. Podrá disfrutar de ella.”**

El conductor gruñó. **“Date prisa.”** Me metió sus horribles dedos en la boca, degusté acidez y metal.

Mientras el conductor me follaba la boca con los dedos, el bruto me empujaba con las caderas con violencia. La respiración pesada encima de mi cara, horrible, rancia.

Traté de cerrar todo lo que fuera. Quería morderle los dedos al conductor, quería pelear. Me habían reducido a un pedazo de carne.

Me pitaban los oídos. Los espejos reflejaban el culo desnudo del bruto mientras el me cogía. Mis ojos estaban encantados, y el conductor tenía una mirada maníaca en su rostro.

Una fuerte explosión se oyó desde algún lugar de la casa; el bruto vaciló. Apreté los ojos cerrados. No quería ver si llegaban más hombres, si iba a estar sometida al purgatorio sin fin. Nunca quise abrir los ojos de nuevos.

Otra explosión, y el aire se quedó vacío. El bruto desapareció y su peso se fue volando. Mi cabello se sacudió y el conductor fue lanzado hacia atrás y gritó.

Los gruñidos y los gritos se amplificaban por la habitación y abrí los ojos.

Tres hombres trajeados golpearon al bruto mientras se acurrucaba como una bola, llevaba los pantalones vaqueros por los tobillos y tenía los brazos sobre la cabeza. Le daban golpe tras golpe, y me estremecí cuando uno le pateó la mandíbula fuertemente, su cabeza cayó hacia atrás, y unos dientes salieron volando.

Mis manos se cerraron, venganza amorosa, el bruto estaba sufriendo el dolor.

Encadenaron al conductor sobre la parrilla de látigos y esposas. Más guardias lo golpearon; su cabeza cayó sobre los hombros, y tenía sangre por el cuerpo.

Mi corazón saltó libre en mi azotado y herido cuerpo cuando Q entró en la habitación.

Se movía con gracia enojada, tenía las manos cerradas y los labios fruncidos. Pero sus ojos, nunca había visto tanta rabia contenida.

“Putos bastardos,” dijo Q, sacó una pistola de la espalda, y se acercó a donde yacía el bruto gimiendo en el suelo. "Has tocado a mi chica, ¿crees que vas a sobrevivir?"

El bruto le miró, sus ojos imploraban misericordia. **“Nosotros sólo tomamos lo que solíamos obtener de tu familia. Nada más.”** La sangre y la saliva volaron de su boca destrozada.

Q cerró los ojos, el cuerpo le temblaba. Cuando miró al bruto, su cara reflejaba muchas cosas. **“Considera este pago por el pasado y por el presente.”** Apretó el gatillo y le mató. La parte posterior de la cabeza le explotó con una niebla roja y me acurruqué en el colchón.

Q se volvió hacia mí con una calma aterradora. **“Ah, esclave.”** Se acercó más y se guardó el arma. **“Esto no tenía que suceder.”**

En ese momento, en mi estado frágil y roto, mis sentimientos por Q cambiaron. Se transformó de monstruo a salvador. Hizo lo que Brax no había hecho en México: me encontró y mató por mí. Me libró del horror y me protegió de los bastardos que me hacían daño.

Q ya no era el diablo.

Era mi dueño y le pertenecía.

CAPÍTULO 16

Paloma

Murmurando en francés, Q me llevó a través de la casa. Encontró una manta y me abrigó, hablando con ternura, como si fuera a escapar en cualquier momento.

Me acariciaba como si fuera una pluma suave cuando me recogió en sus brazos, pero los ojos brillaban con ira ardiente. Su ira petrificada, pero me dejé acoger, ser cuidada y mantenida a salvo.

En sus brazos, me encontré con la comodidad que ansiaba. Sus latidos fuertes calmaban más que las palabras y le acaricié el cuello, ahogándome en cítricos y sándalo. Q vino a por mí. Q me quería.

Sus guardias se quedaron para hacer frente a los cuerpos, y me puse a temblar. Los brazos de Q estaban agrupados bajo mi peso, sosteniéndome cerca.

“Se acabó. No tienes que temer,” susurró. **“Voy a matar a cualquiera que te lastime.”**

En su voz, la verdad resplandeció brillante. Yo le creía, total y absolutamente. Q hizo por mí lo que nadie había hecho: me había protegido.

Luchó más fuerte de lo que mis padres nunca habían hecho, y puso la fuerza de Brax en vergüenza. Q vino a buscarme como si significara el mundo para él, mostrándome lo sola y a la deriva que había estado.

La noche fría refrescó mientras salimos de la casa y Franco saltó con atención. Abrió la puerta trasera del coche. Q se deslizó, conmigo aún en sus brazos.

Nadie dijo una palabra todo el camino de regreso a la mansión. Q no hizo más que sostenerme, y por eso, estaba agradecida. Me dejó empapar su magnífico traje de color grafito con lágrimas saladas mientras revivía lo que había pasado. Él me apretó fuerte cuando mi temblor me hizo que mis dientes castañearan.

Odiaba mi terquedad, mi lucha. Yo hice esto. A causa de mi estupidez, me encontré con una situación que me rompió.

El viaje pareció tanto como una eternidad como un microsegundo. Cuando conducimos el extenso camino de entrada a la impresionante casa de Q, besó mi sien, murmurando: **“Estás a salvo.”**

Esas pequeñas palabras me aceleraron el corazón, cambiándome irrevocablemente. Abrieron las compuertas, y todo lo que sabía, desapareció.

Todo lo que había sido, se convirtió en nada. La Tess que amaba Brax, que luchó para escapar, se desvaneció. No era digna de la protección de Q.

No era digna de ser rescatada por un hombre que había matado por ella.

Q tenía razón: yo estaba a salvo con él. Él lo hizo tan simple. No podía comprender cómo había echado a correr antes. Me alejé de la seguridad de Q, y los monstruos me encontraron en la oscuridad.

Mi corazón lloró por lo que hice, y el miedo se fijó a la idea de haber dejado el nombre de Q en el contestador automático de Brax.

Había estado problemática y salvaje, pero Q me había reclamado de todos modos. Él fue el primero en perseguirme y sentí una felicidad dichosa dentro por tener finalmente a alguien que no me dejaría ir.

Sus razones eran defectuosas y erróneas, pero saber que me encontraba en su mente, me daba la fuerza suficiente para hacer frente a la violación.

Q hizo muchas cosas, pero nunca me rompió.

Ofreció cosas que mi cuerpo quería sin yo saber cuáles eran esas cosas.

Él era mi casa. Mi maestro. Mi nueva vida. Mi pasado no me definía. La horrible violación no me definía. Q me definía y quería que yo fuera su esclava.

¿Por qué no lo había visto tan claro antes? Un enorme peso se levantó de mis hombros; suspiré con completa sumisión.

Q se movió, mirando hacia abajo, pero me acurruque más cerca y no miré hacia arriba. Tuve que hacer las paces con él. Para pedir disculpas, para que nunca me enviara lejos a merced del mundo otra vez.

El coche se detuvo y Franco abrió la puerta. Q me mantuvo apretada en sus brazos, llevándome a la casa.

En el momento en que la puerta se cerró, la alegría se apoderó de mí. Hogar.

Suzette derrapó desde el salón. Me miró en los brazos de Q, agarrándose el pecho con profundo alivio. **“Oh, dios, gracias”**.

Él asintió con la cabeza ligeramente mientras Suzette se acercaba, rozando su mano sobre mi cuerpo revestido con la manta.

“Estoy tan feliz de Q te haya encontrado. Eres parte de esta familia, amiga.. No te vuelvas a ir”.

Mi cuerpo se estremeció. Amiga. Suzette me había llamado amiga. Nuevas lágrimas brotaron por haberla dejado, por ser tan egoísta. Brax no me necesitaba más, pero Q y esta nueva vida sí.

Q hizo un ruido y se dirigió hacia las escaleras. Suzette nos vio partir.

Yo esperaba que Q me llevara a mi habitación, pero en el primer piso desaceleró, y abrió una puerta. Mis ojos se abrieron mientras me cargaba en el espacio más increíble que jamás había visto. En las paredes había plantillas de tamaño natural de un carrusel: un potro encabritado, un carro, un oso bailando, un águila volando. Debería haber sido infantil tener imágenes en blanco y negro de un carrusel pero le daba elegancia a la habitación, una artista extravagante que jugaba bien con el resto del tema blanco y negro. Una cama con dosel con postes blancos y cortinas con barrido plata daban bienvenida, pero Q no se dirigió a la cama. Caminó hacia el cuarto de baño, con azulejos iridiscentes, doble ducha, jacuzzi y baño de invitados.

Q se dirigió directamente a la ducha, antes de dejarme abajo lentamente. Me aferré a sus hombros mientras me soltó. No quería que se fuera. Era lo único que mantenía mi pensamiento centrado en él, y no lo que pasó. Permanecía en negación, rehusándome a pensar en lo ocurrido. Había huido de la memoria, dejando que se infectara, tapando con inseguridad, el dolor, y la pena abrumadora.

Mi vida ya no era perfecta, me arruiné por escapar.

Palpitaba con la necesidad de que Q me perdonara. Para decir que nunca me dejaría escapar de nuevo. Q me miró a los ojos. Sus ojos verdes convertidos en una sopa de guisantes con tristeza brillaban.

Algo silencioso pasó entre nosotros, alcanzándonos.

Se volvió a la ducha. Al instante, el agua caliente llovió desde dos masivas duchas, enviando agujas de calor a través de mi ropa. Incliné mi cabeza hacia ella, dejando que cada gota me calentara, purgando mi piel de suciedad y tragedia.

Q desenvolvió la manta y la lanzó desde la ducha. Tiró el dobladillo de mi suéter, tirando de él por encima de mi cabeza. Su traje inmaculado oscureció cuando la humedad se filtró en la cachemira y la seda. Lo arruinaría si él no lo dejaba. Pero no parecía importarle que su perfección se transformara en arrugado y manchado más allá de su reparación.

Su atención se centró por completo en mí. Movía las manos rápido y seguro, su rostro cerrado y concentrado. Pero sus ojos brillaban con ferocidad, una ferocidad que enviaba espasmos de miedo a través de mí.

Tiró mi suéter al suelo, y los ojos se fijaron en mi pecho. Mi sujetador blanco se volvió transparente y los pezones se endurecieron bajo su mirada.

Apretó la mandíbula mientras dejaba caer su mirada, abajo a mi cuerpo, sobre mi desnudez, a los entrecruzados moretones en los muslos.

El dolor del látigo silbó bajo el agua caliente, y deseé que Q mirara hacia otro lado. Yo estaba dañada, ya no era una esclava bonita. Él podría echarme.

Q pasó un dedo suavemente a lo largo de un moretón. Me estremecí y las lágrimas corrieron como recuerdos de que me llevaron de rehén.

La ducha disolvió la enorme putrefacción de la casa de la Toscana, y las caricias de Q se volvieron brutales y desagradables.

Aspiré una bocanada de aire, tratando de mantenerme en el presente, negándome a dejar que las pesadillas me chuparan en la oscuridad.

El rostro de Q se torció; capturó mi cara entre sus manos calientes.

“¿De quién eres?” Su cara era indescifrable.

La pregunta me ancló y le miré a sus pálidos ojos feroces. Conocía la respuesta que él quería. **“Soy tuya.”**

Él contuvo el aliento en un pesado respiro, sacudiendo el cuerpo.

“Dilo otra vez, pero no en inglés.”

Q me intoxicaba. Mis labios se separaron, y quería quedarme capturada por él, para siempre. Una antigua conexión nos encadenaba juntos. Miré en su alma, se revolví con agonía y demonios, pero él no era un diablo.

Q bajó la mirada a mis labios.

“Je suis à toi.” Algo salvaje calentó sus gestos; él apretó la boca contra la mía en un beso rápido.

“Quiere decir, yo soy tuya.”

Mi aliento tartamudeaba con potentes cortes, profundo y rápido, encendiendo partes rotas con chispas. Su encanto, su poder, todo magnificado a un puño alrededor de mi estómago. En el hueco oscuro de mi cerebro, traduje sus palabras a *“él era mío.”*

El poderoso viaje de las pequeñas palabras era indescriptible.

No es de extrañar que quisiera que yo lo dijera. Estaba emborrachada en ellas. Él era el mío. Mío. ¿Qué vida vivió Q, que necesitaba oír tan fuerte afirmación? ¿Qué fantasmas lo perseguían?

Q apretó sus dedos, mordiendo mi mandíbula. **“Dilo”**. Con su mando, buscaba a tientas en la víctima que era yo, la sobreviviente de violación, la esclava. El breve sentido de pertenencia me dejó despojada.

Q torció mi pezón bajo el material húmedo de mi sujetador. Su crueldad enrojeció mi piel y la lucha se escabulló dentro de la rendición. Me convirtió en necesitada y dañada. Yo había estado tan cerca de hallar la fuerza, pero él se la llevó en un instante.

Nuevas lágrimas se derramaron cuando dije en voz baja, **“Je suis toi”**.

Q suspiró pesadamente, apoyando su frente en la mía. **“¿Vas a correr de nuevo? ¿Vas a dejar al hombre que te quiere por encima de todos los demás? ¿Dejar su protección?”** Su voz vaciló con lamento, resignación, como si esperara que corriera, y de inmediato sufriera la soledad.

Mis ojos se abrieron como platos; negué con la cabeza. **“No, no voy a correr de nuevo.”**

Me miró con ojos entrecerrados. **“¿Cómo puedes estar tan segura? ¿No te asusto? ¿No me repudias?”**

Él nunca me repudió, y el miedo del que Q estaba preocupado era un afrodisíaco. Pero no podía decírselo. **“Nunca voy a escapar. Je suis à toi”**.

Con un movimiento de cabeza agudo, me desenganchó el sujetador. Las gotas pegadas a sus pestañas mientras fruncía el ceño, arrojando la ropa interior endeble desde la ducha.

La dinámica de él completamente vestido en un empapado traje y yo desnuda y golpeada, me recordó una vez más, no estaba en igualdad. No era un hombre cuidando de mí porque me amaba o me quería, él era mi dueño, la fijación de una posesión.

Q me empujó contra las baldosas, y mi cuerpo se agitó con dolor. Envolvió dedos fuertes alrededor de mi garganta y el pánico se disparó. Q saltó la barrera, desatando su ira. **“¡Te fuiste, perra! ¿Sabes cuan duro estoy tratando de hacerte feliz? Para disfrutarte mientras trato de no romperte? ¿Te he lastimado seriamente? ¿Te he violado? ¿Te he hecho daño incalculable?”**

Se apartó, como si estuviera horrorizado con lo que había hecho. Observó con amplios e incrédulos ojos mientras yo tosía y frotaba mi cuello. Dedos fantasmas permanecieron alrededor de mi carne. Yo temblaba, observando, esperando otro estallido, esperando que él me golpeará. Después de todo, me lo merecía.

Q gruñó, corriendo las manos sobre su elegante cabello. **“Respóndeme, esclave. ¿Es realmente tan malo ser mi propiedad?”**

Bajé la cabeza. Yo estaba tan jodida cuando llegue a Q. No me había violado, pero me puso en situaciones que violaron a mi mente, cambiándome por dentro, y me hizo enfrentarme a oscuros deseos a pesar de estar aferrándome a la idea de amar a un hombre como Brax.

Él me torturó con juegos, y dejo que un hombre me metiera la empuñadura de la daga en mi interior. Hizo muchas cosas, pero ninguna tan mala como el bruto y el conductor. *“No sé por qué, pero necesito que me quieras”.*

Me derrumbé sobre mis rodillas, gritando mientras las ronchas en mis piernas quemaban y los azulejos golpeaban contra mis rótulas. Me incliné a sus pies, no era capaz de hacer algo más. Él me odiaba. Él me tiraría, entonces, ¿dónde podría ir? ¿Quién me querría después de esto?

“¡Lo siento!” Grité, cogiendo aire largamente, tragando respiraciones como algo fracturado. Lancé así como la tristeza, la autocompasión, y la perdición me asfixiara:

“Me lastimas, me atormentas...” Los sollozos detenían mis palabras; Me envolví los brazos alrededor de mí misma. **“Pero, ¡te necesito! No podría hacer esto. ¡No puedo!”**

Q no ofreció consuelo; él no me dio lo que yo necesitaba, se quedó allí con su aura de poder y crueldad, viéndome disolver.

¿Donde se había ido el hombre que me cargó por las escaleras? Ese era el hombre que necesitaba. No este bastardo. Este dueño.

Q se agachó, tratando de desenganchar los brazos de alrededor de mi caja torácica, pero peleé y me acurruqué en la esquina. Pelo rubio enmarañado a mi alrededor, ofreciendo la protección de su mirada lívida.

“Soy un bastardo,” murmuró, tirando de mí a su regazo. Su traje goteaba líquido cuando él se apoyó contra la pared, balanceándome. Quería estar de acuerdo, él era un hijo de puta, pero el dolor en su voz me dolió profundamente. Él realmente lo creía, en un nivel mucho más profundo.

Tantas cosas pasaron por mi cuerpo al ser sostenida. Quería acurrucarme, dejar que me susurrara y me calmara; otra parte quería correr porque su compasión era falsa y me lastimaba aún más. Pero no podía hacer nada. Estaba débil, y las lágrimas me tenían de rehén.

Q me frotó la espalda, las piernas extendidas en el piso de la ducha. Entre lágrimas vidriosas, me di cuenta de que él todavía llevaba zapatos. ¿No le importaba nada de lo que poseía? ¿Éramos todos desechables?

Lloré más duro. Q me agarró con más fuerza, murmurando:

“Eres mía, esclave. Mía para cuidarte. Mía para arreglarte. Voy a permitirte llorar mientras te limpio, pero en el momento en que estés limpia, pararás. ¿Entiendes?”

Parpadeé a través de las lágrimas, temblando tanto que no podía responder.

“Todo lo que ha pasado esta noche lo olvidarás, y tú sólo tienes que recordar lo que hago para ti. ¿Está claro?” Él me sacudió. **“Respóndeme, esclave”.**

Asentí con la cabeza. Sentí alivio cuando me ordenó que olvidara y que debía obedecer. Después de todo, Q poseía mi sentido del oído, no podía rechazarlo.

“Entiendo.” Asintió con la cabeza bruscamente, llegó arriba, a un estante de cristal, donde descansaban una serie de botellas de cristal. Cogió una, echó un puñado de champú perfumado y me puso las palmas en la cabeza.

En el momento en que sus manos masajearan, me fracturé de nuevo. Sollozos destruidos explotaron de mi pecho y me doblé con dolor. No por la violación, o por la ira de Q, era debido a su contacto. Nadie me había tocado con tanta ternura. Mis padres nunca me habían abrazado o ofrecido comodidad en sus brazos. Crecí sin saber cómo abrazar, besar o amar. Brax llegó, y con su dulzura, me ayudó a sanar. Incluso con su oferta despreocupada, nunca me sostuvo, nunca vio el verdadero yo, me lavó o me atendió.

Había llegado a ser secuestrada y vendida a un hombre que no me quería, para mostrar lo mucho que mi existencia estaba carente. Q destruyó mis paredes con sus formas incorrectas. ¿Cómo iba a volver a una vida donde mis sentidos vivieron en el limbo? ¿Donde nadie se preocupaba lo suficiente como para matar por mí?

Q paró de lavarme el pelo, recogiéndome más fuerte hacia él. Choqué contra su húmedo, y apto pecho, inhalando su aroma único.

Él me dejó llorar y no me reprendió o controló. Me ofreció comodidad en silencio. Sus labios presionaron mi frente, susurrando, **“Je suis ici”** una y otra. Estoy aquí. Estoy aquí.

En su bondad, me convirtió en la perfecta esclava. No necesitaba su ira para convertirme en devota. Necesitaba sus suaves momentos, su amor gentil era mi perdición, ni exigencias ni amenazas. Era lamentable la forma en que yo necesitaba la compasión, el compañerismo.

Las lágrimas cambiaron de la depresión a la liberación. Después de veinte años de lucha, finalmente pertenecía.

El agua caía en cascada a nuestro alrededor, pero Q nunca dejó de mecarme, nunca dejé de importarle.

Todo lo que sabía de él era incorrecto. ¿Quién era este hombre que me dejaba romperme en su brazos? ¿Quién era este hombre que se preocupaba tanto por mí?

Eventualmente, lloré hasta secarme, y Q seguía lavando mi pelo. Me quedé acurrucada en su regazo mientras con dedos firmes me masajeó el cuello, los hombros y la espalda, trabajando en los calambres de mi cuerpo. Sus manos mostraron un nivel de bendición que nunca había experimentado. En el suelo de la ducha, era su mascota. Suya, hasta la médula.

Después de lavar mi pelo, dejó caer sus manos con jabón a mis pechos. Su toque se mantuvo platónico en el lugar, lleno de lujuria y demanda. Una vez que mis pechos se lavaron, me enjabonó los brazos, la garganta y el vientre.

Me llevo a la satisfacción, cubriéndome de nueva felicidad. Me quedé helada cuando su aliento se detuvo, con las manos rodeando mi bajo vientre.

El vapor de la ducha mezclada con tensión, y sabía que sus pensamientos se transformaron de cuidar a necesitar.

Presionando su frente contra mi mejilla, con su pelo húmedo mezclado con el mío.

“Déjame hacerte olvidar. Déjame darte una nueva memoria, esclave”.

Su ronroneo enganchó mi respiración, y la felicidad se agudizó con necesidad. Mi cuerpo lo quería, sustituir la agonía del bruto. Q no me haría daño. No como esos hombres.

Asentí infinitesimalmente. La respiración de Q se volvió dura, bajando la mano con angustiosa lentitud, tocó mi pierna, evitando las marcas, acariciando con reverencia.

Centímetro a centímetro, hizo su camino hasta mi muslo interno, hasta que los dedos exploradores encontraron mi calor.

Me sacudí mientras rodeaba mi entrada. Más lágrimas estallaron, pero él las besó, añadiendo presión a su presa, manteniéndome.

“Écarté pour moi”. (Ábrete para mí.)

Su voz ordenó y yo obedecí, relajando los músculos tensos, las rodillas se abrieron ligeramente. Q se aprovechó, inserto un dedo, siempre tan gradualmente en el interior. Él me hizo el amor con su dedo, pero yo me estremecía por el dolor de las abrasiones del bruto.

Q dejó caer la cabeza, mordiendo mi clavícula, haciendo un silbido entre los dientes.

“Sólo piensa en mí y en lo que estoy haciendo. Hay intimidad en el dolor, esclave. Permíteme hacer de tu dolor mi placer.”

Me resistí mientras su dedo entró con fuerza, presionando contra contusiones profundas, reclamándome para sí mismo. Fruncí el ceño, centrándome exclusivamente

en sus brazos a mi alrededor, su toque dentro. Estaba en lo cierto: había intimidad en el dolor. Nunca me había sentido tan despojada, tan encantada por alguien como lo hacía en ese momento.

Q sacudió su mano contra mi clítoris, con su dedo calando dentro de mí. Me mojé para él, arqueándome en sus brazos. Este era el hombre que me llamaba.

Mi maestro.

Él contuvo el aliento, presionando su cara en mi escote. Lamiendo el valle de mis pechos, insertó otro dedo, presionando profundo. Mi boca se abrió, y traté de apartar los pensamientos de mi mente.

“Me cautivas cuando te dejas ir, esclave. Déjalo ir.”

Y al igual que la esclava obediente, obedecí. Maullé y lloré, meciendo las caderas para encontrarme con el empuje de sus yemas. Gemí mientras mi vientre se apretaba, calentando, amando la intrusión de su toque.

Me mordió la oreja, gruñendo mientras dejé que mis piernas se abrieran en su regazo, entregándome por completo. Él respiró con fuerza, su aliento nublaba mi alrededor con menta y especias.

Sin previo aviso, se retiró y untó mi humedad alrededor de mi clítoris, pellizcando y frotando. Las chispas de la necesidad burbujeando y apareciendo, haciendo su camino por mis piernas.

Él gimió mientras me retorció en su regazo. Su propia necesidad le hacía estragos, haciéndole temblar mientras presionaba su polla dura contra mi cadera.

Me quedé sin aliento y presioné hacia atrás, amando el regalo que me dio: el don del poder sensual. Dejarme ir lo encendió. Él me necesitaba tanto como yo lo necesitaba. El conocimiento magnificaba mi lujuria mil veces. Con audacia nunca supe lo que tenía, capturé su muñeca, deteniéndolo a jugar con mi clítoris. Sus ojos se dispararon a los míos, los labios entreabiertos y relucientes. Nunca mirando lejos, guíé sus dedos hacia dentro, haciendo una reverencia en sus brazos mientras yo presionaba profundo. Mi carne dio la bienvenida y me cabalgó con su mano como siempre quise.

Era el turno de Q de romperse. Me folló con los dedos, y me empujó fuera de su regazo y me puso en el suelo frío de los azulejos. Mi columna se quejó, y me resultaba difícil respirar con agua caliente cayendo en mi cara, pero nada de eso importaba.

No importaba porque Q arrancaba sus dedos de mí, si buscaba a tientas deshacer la hebilla de su cinturón. Había llegado a su punto de ruptura.

Llegué a la bragueta, ayudando a liberar su dura polla de las ropas empapadas. Jadeamos y maldecimos, ambos consumidos con la necesidad de follar, de conectar, de disfrutar.

Q empujó sus pantalones fuera de sus caderas, seguido por bóxers negros. Su magnífica polla sobresalía con orgullo, y sentí un momento de miedo. Tragué saliva

mientras Q me miraba con sus ardientes ojos verdes pálido. **“Te voy a dar lo que necesitas. No me temas.”** Su voz venía desde lo más profundo.

Asentí con la cabeza. Me agarró las caderas, resbalándome debajo de él, situándose entre mis piernas en un rápido movimiento posesivo. Yo jadeaba, mirando hacia arriba. Mi cuerpo estaba demasiado caliente, mi corazón latía demasiado rápido, y se sentía como si fuera mi primera vez. La primera vez que un hombre había logrado introducir todas mis fantasías en una sola conexión, la posesión, la lujuria, la pasión.

Q aplastó su boca con la mía, su sabor me llenó. Su dulce menta oscura exterminó la acidez metálica del conductor poniendo su dedo en mi boca. Gemí, arrastrándolo más cerca. De buen grado di a Q mi sentido del gusto.

Me ahogué en su olor, el tacto, el gusto, y el sonido. Mi corazón se mantuvo a flote mientras su gemido vibró a través de mí. Su lengua jodió mi boca y mi visión.

Se alejó y me mareé. Saliva mezclada con el agua de la ducha y nos bebimos uno a otro. Q espoleó, empujando su polla dentro sólo un poco.

Se congeló y se detuvo de besarme. **“¿Estás en control de la natalidad?”**

Wow, ¿cuán irresponsable podría ser? Yo siquiera había pensado en la protección. Empujé mi pelo lejos, con la esperanza de que Q no tuviera ninguna enfermedad. Bajé mis ojos. **“Estoy con la inyección.”**

“¿Y con cuántos hombres has estado?” preguntó, con lujuria ardiente.

Quería decir que nadie porque la respuesta era un arma de doble filo. Brax había sido el primero y el único... hasta esta noche. Q debió haber visto la respuesta en mi cara mientras asintió con la cabeza. **“No tienes que contestar. Y no tienes que preocuparte por mí.”**

Era extraño hacer una pausa y hablar sobre protección, cuando nos balanceábamos en el borde fino del sexo errático, pero ofreció la paz. Me permitió deshacer las auto-restricciones y abrazar mis calientes deseos. Era mi verdadera primera vez en mi vida. **“Te quiero dentro de mí. Te necesito,”** susurré.

La respuesta de Q fue besar tan fuerte, que lastimó mis labios. Con un empuje duro, se empaló a sí mismo en el interior. Mi humedad lo aceptó en un suave y sensual deslizamiento, sin dolor ni agonía, sólo placer y éxtasis. Su traje se frotó contra mi piel húmeda; mi espalda gritó desde los azulejos implacables, pero no me importaba.

Q gruñó, llenándome por completo, cavando su yemas de los dedos en mi cintura, manteniéndome inmovilizada.

“He querido follar contigo desde que llegaste,” él jadeó, balanceándose, construyendo un fuego ardiente.

Yo no podía hablar, sólo podía centrarme en Q y su calor en el interior. Él cogió con arrogancia y poder. Cada empuje me recordaba que le pertenecía. Un orgasmo profundo se construyó, y gemí con intensidad.

Q sacudió con más fuerza, presionándome contra el suelo mientras nos deslizábamos por todo el lugar. **“Eso es todo, dame algo tuyo. Me debes eso.”**

Dejó caer la restricción, y se dejó ir dentro de mí maldiciendo en francés, con los ojos brillando con tantas cosas, y me sentí impresionada por lo que me dejó ver.

Mi cuerpo respondió: apretando, construyendo, olvidando el abuso del bruto.

Q me mordió la oreja, presionando su proporcionado pecho contra el mío, su polla engrosándose en mi interior, calentando, abrasando. El borde fino del placer y la violencia me desenredó. **“Ven a mí, esclave.”**

Sus palabras mágicas me doblaron a su voluntad, y mi cuerpo ya no me obedeció. Obedecía a su nuevo propietario.

Grité mientras un orgasmo me recorrió de los pies, hasta las pantorrillas, en los muslos, y finalmente detonó, dentro de mi núcleo. Me agité a su alrededor, estirándome fuerte, ordeñando con cada ola de liberación.

Los fuegos artificiales no fueron suficientes, yo subí mas arriba, empujado en los empujes de Q y el olor y el gusto y el éxtasis desenfrenado.

Fuegos artificiales se impulsaron a los cometas y los cometas tronaron en las galaxias mientras Q bombeaba con más fuerza.

Él gritó, **“Bésame.”**

Irguió su espalda, sus brazos cerrados mientras se metía dentro mío, más duro que lo que alguna vez había sido tomada.

Bolas lisas abofetearon contra mi culo; Quemé, ardí, prendiendo su demanda. **“Toma una parte de mí...”** gruñó.

En el fondo, lo sentí chorrear, empapándome en calidez, marcándome, mientras que al mismo tiempo renunciaba a una parte de sí mismo.

Temblando, lo último de su clímax le escurrió seco. Se desplomó en la parte superior, sin preocuparse acerca de la ducha llena de vapor, o su traje arruinado. Los zumbidos de su corazón igualaron a los míos mientras nos hundimos en el suelo, incapaz de movernos.

Por primera vez en mi vida, sentí un enlace. La conexión profunda, una parte intrínseca de mí perteneciendo a él. No sólo dueño y esclava, también hombre y mujer.

¿Era el hombre para hacer cantar a mi corazón? ¿Este dominador prepotente que me quería entregar un momento y luego me envolvía en algodón al siguiente?

No podía negar que me dio un regalo egoísta. Mi cuerpo ya no se estremecía por lo que había pasado. Él me dio una nueva memoria llena de desgarradora brutalidad. Palpitaba con un residual orgasmo, inquietantemente vacante gracias al llanto de mi alma quebrada.

Q encontró mis ojos, y su ira a fuego lento me hizo tragar. **“¿Estoy en problemas?”** Él parecía como si quisiera ponerme encima de su rodilla y pegarme.

Sus labios temblaron y golpeó un lado de mi culo. **“Ah, esclave, estás en serios problemas. Nunca seré capaz de dejarte en paz a partir de ahora.”**

CAPÍTULO 17

Codorniz

Esperaba que Q se levantara y saliera de la ducha, habían pasado demasiadas cosas entre nosotros, y yo estaba en carne viva. Q evitó mirarme mientras se levantaba, pero no se movió para salir.

Se inclinó hacia abajo, tiró de mí hacia el suelo, antes de quitarse los pantalones y la chaqueta, y tirarlos al baño. Se quitó la camisa, que no cubrió suficiente las caderas, pero no el grosor y la enorme erección que tenía entre las piernas. Tenía pelo ahí abajo al igual que en la cabeza. La sombra sutil de la masculinidad sin ninguna naturaleza salvaje.

Mi cuerpo se estremeció. Le gritaba al hombre y al dinamismo. Yo era una chica con un pasado incesante, de ninguna manera suficiente para él, pero decidida a intentarlo.

Él me cogió esta noche con una mezcla de compasión e ira, pero quería más. Quería lo que me prometió cuando llegué por primera vez. El acto de hacérmelo, aunque mi cuerpo estaría dispuesto a renunciar a todas sus partes.

Me mordí el labio, recordando cuando Q me puso sobre la mesa de billar. En ese momento estaba más caliente de lo que podría haber imaginado. El odio hacia él añadía otra dimensión a una experiencia ya abrumadora. Ahora, no lo odiaba, pero todavía tenía ganas de luchar.

Necesitaba que me lo hiciese una y otra vez. Lo necesitaba para no temer el sexo. Pertenecía a Q, sin embargo, nunca se pasó de la raya de torturador a violador.

Me acurruqué en la toalla, muy confundida.

Q salió del baño, dejando huellas mojadas. El frío abrazo del rechazo me hizo temblar. ¿Era así? Consiguió lo que quería, y ya me dejaba valerme por mí misma. ¿Qué pasó con la promesa de que nunca me iba a dejar sola?

No podía dejar que Q me echara fuera. Sin él, no pertenecía a nadie. No tenía padres, no tenía a Brax. Mi antigua vida había terminado.

Q me había arruinado a una existencia gris y monótona, eclipsada con el color techno.

El cuarto de baño se cernió sobre mí, chorreando negrura y recuerdos llenos de terror. Sin Q, mi piel me picaba con el terror de que los demonios y los monstruos se deslizaran desde las sombras.

Sabía que tenía que lidiar con mis problemas, para encontrar mi fuerza. No podía usar a Q como un vendaje para olvidar, pero todavía no era lo suficientemente fuerte.

Escuché sonidos de cajones, y Q entró con los brazos llenos de ropa. Los colocó en un sitio seco y me quitó la toalla. Me puse de pie, desnuda, emocionada cuando se cuerpo se tensó, con los ojos pegados a mi figura expuesta.

“Levanta los brazos,” ordenó con una gran camiseta blanca en sus manos. Obedecí y deslizó la camiseta por encima de mi cabeza. Su barba me raspó la mejilla mientras se inclinaba para bajarme la camiseta.

“Levanta.” Se arrodilló con unas bragas blancas, levantando una ceja. Agarré su hombro húmedo para mantener el equilibrio, dejándolo deslizar las bragas por mis piernas. La diapositiva sensual, sus dedos besando mi piel, eso hizo que mis ojos se cerraran automáticamente.

Me ajustó el elástico alrededor de mis caderas con una pequeña sonrisa.

Este hombre había matado por mí, me había follado, le *pertenecía*, y me estaba vistiendo. No tenía sentido.

Q se inclinó hacia delante y enganchó los dedos en mis pesadas trenzas, tirando los rizos húmedos debajo de mi camiseta. Sus dedos me causaban un remolino de lujuria. Yo era insaciable.

Sus fosas nasales se movieron. El baño era humeante y provocador. Se puso rígido y distante; su rostro oculto tras una máscara de inagotable control.

“Hola, tesoro.”

La voz del bruto me recorrió el cerebro. Mi garganta se secó con pánico cuando la violación me recorrió rápidamente. Mi alma se heló, reviviendo lo que había pasado. Empecé a temblar.

Q arremetió, agarrándome la barbilla. **“¿Qué estás haciendo? Te dije que lo olvidarás. Sólo me tienes que recordar a mí esta noche.”**

Miré al suelo, asintiendo con la cabeza rápidamente, deseando poder obedecer, pero mis pensamientos se deslizaron al borde de la conciencia: el bruto con su horrible aliento y dedos; el conductor con sus mentiras y tirones de pelo.

Con Q aquí, él me ayudó a olvidar, pero en cuanto se iba, volvía a ser un dueño frío, en lugar del amante, yo había fracasado.

Sus ojos me miraron y abrió un cajón. **“Siéntate,”** ordenó, señalando un banco mullido que había detrás de la puerta. Me senté, jadeando cuando Q se arrodilló delante de mí. **“Esto te ayudará.”**

Con dedos suaves, me masajeó el ungüento en las marcas de latigazos en mis muslos. La presión era a la vez dolorosa y deliciosa. Ecos de memorias, pero las caricias de Q no detuvieron mis pesadillas. No mientras descansaba entre mis piernas, me acariciaba. Su aroma de cítricos me mantuvo conectado a la tierra, recordando que podría tener defectos, pero se preocupaba por sus posesiones. Él cuidaría de mí todo el tiempo que él quisiera.

“¿Qué quisiste decir cuando dijiste que estabas asustado sobre lo lejos que podías llegar, cuando yo estaba encadenada?” Las palabras cayeron, me puso una mano sobre mi boca horrorizada. Oh, dios mío, ¿qué me dijo decir una cosa así?

Q se congeló y su retroceso emocional repentino me congeló a mí también. **“No estoy de humor para contestar preguntas, esclave.”**

Evidente, y volvió a frotar el bálsamo curativo, para cercenar cualquier conversación. Pero un núcleo de fuerza me llenaba y tenía que saber. Necesitaba saber más sobre este hombre enigmático. ¿Quién era?

“¿Qué hicieron esos hombres esta noche? ¿Sólo cogiendo lo que habían cogido en el pasado? ¿Traficas con mujeres, Q? ¿Es por eso que tienes tanto miedo a hacer conmigo lo que has hecho con las demás?”

Yo nunca pensé que vería a Q aterrorizado. Se dio la vuelta.

Q enseñó los dientes, deslizando las manos despiadadas por su rostro. **“No me hables de eso. No es asunto de tu maldito negocio. Mierda, no me preguntes de nuevo.”**

Me estremecí, zarandeada por su ira.

Me agarró y me arrastró. Trepé por sus manos, tratando de liberarme.

Q me miró a los ojos y toda la conexión que se habíamos construido desapareció. Me mostró la molestia, frustración y odio. **“¿Cuál es tu nombre?”** Su voz me raspó la piel, evocando calor y anhelo.

La antigua Tess podía estar muerta, pero la nueva Tess no quería compartir el secreto tampoco. No podía recordar exactamente por qué, pero era fundamental mantenerlo.

“Ami,” susurré. Si Suzette quería llamarme amiga, ¿quién era yo para discutir? Podría acostumbrarme. Tess sería olvidada. Ese pensamiento me entristeció, pero no podía darle mi nombre a Q. Le había dado todo lo demás... esa pequeña parte era mía.

Q gruñó, caminando hacia delante. **“Incluso ahora, no te rompas. Después de todo, eres lo suficientemente fuerte como para desafiarme.”** Se detuvo bruscamente, en plena ebullición, **“¡Dime! Dámelo, esclave. ¡Dame tu nombre!”** Su pecho se hinchó de rabia cuando los ojos me miraron con sumisión.

Bajé la cabeza. Le daría cualquier cosa por salvarme, pero no eso. Mi nombre pertenecía a mi pasado. Mi pasado le pertenecía a Brax. Q era algo completamente distinto. Él era mi nuevo todo.

“Ami,” repetí.

“Tú no eres mi amiga,” espetó. **“Deja de mentir.”**

Negué con la cabeza. Lo sabía. No quería ser su amiga. Yo quería ser todo, también. Quería lo que ofrecían sus caricias, en el transcurso de necesidad. Quería que fuera honesto, al igual que nuestros cuerpos fueran honestos. Yo no era la única que mentía.

Q entró en mi contra, crepitando el olor de los cítricos y la lujuria.

“Una última vez, esclave. ¿Cuál es tu nombre?”

Me dolía el estómago para mentir bajo la fuerza de sus demandas, pero no me atreví a decir la verdad. **“Katrina.”**

“Mentira.”

“Sophie.”

“Mentira.”

“Crystal.”

“¡Maldita sea, para!” Explotó Q. Una mano arremetió, y me cogió el pelo con los dedos, estirándome el cuello hacia atrás. Me perdí en su mirada de color verde. **“¿Cuál es tu nombre?”**

“Esclave.”

Sus ojos cerraron de golpe, impidiéndome ver las emociones conflictivas como dardos en sus profundidades: la ira, remordimiento, necesidad tangible.

Cuando los abrió, no había más que oscuridad. Él asintió con la cabeza. **“Algún día sabré quién eres. Es una promesa. Y mis promesas son la ley.”**

Por alguna razón, mi corazón se agitó. Él me hizo una promesa de que iba a seguir intentándolo, y tendría que llegar a conocerme. Tal vez podría hacer que me viera como una persona, una mujer que había atrapado sólo para él, y que no me viera como un objeto o una posesión. Cada pequeña cosa loca por él tejía una jaula más irrompible de su mansión y guardias. ¿Qué haría si supiera eso? ¿Me echaría porque había empezado el viaje de darle a Q el mayor sentido a todo, o iba a ponerse de rodillas y aplastarse en agradecimiento por haberle dado algo tan precioso?

Yo no lo sabía y quería saberlo.
Todo.

“¡No! No puede ser cierto. ¡No puedo!”

Brax pateó en la cama, envuelto en una pesadilla. Pesadilla número cuatro, sólo esta semana, y yo estaba cansada. Tan cansada.

“Brax, despierta.” Le agarré el hombro sudoroso, sacudiéndolo.

Él no respondió, tenía el rostro retorcido por el dolor. Sabía lo que sufría, me contaba los sueños, y en todos ellos aparecía el accidente de coche que mató a sus padres.

Todas las noches le sostenía, le daba consuelo, y cada mañana me despertaba cansada y agotada. Pero le tranquilizaba porque me necesitaba, y porque tenía que estar allí para él, sentí que le pertenecía.

Le di un golpe en la mandíbula. “Oh, joder, Brax. ¡Despierta!” Le pellizqué la nariz, cortándole el oxígeno para que despertara, pero las sombras en la parte inferior de la cama se hacían más oscuras, cambiaban, y eran cada vez más grandes.

Mi corazón se paró cuando el bruto y el conductor me miraron de reojo por encima, lamiéndose los labios, sus erecciones sobresaliendo del pantalón.

Habían llegado a terminar lo que empezaron. Me iban a matar.

“¡Brax! ¡Ayuda!” Le di una bofetada, pero nunca despertó.

El bruto se rio. “Él no es lo suficientemente fuerte para ti, tesoro. Te voy a follar muy duro, tanto que te gustaría estar muerta.” Se movió rápido, agarrándome los tobillos debajo de las sábanas, arrastrándome hasta el final de la cama.

Grité.

No, esto no podía estar sucediendo. “¡Brax!”

Se quedó allí, envuelto en su propia miseria, sin darse cuenta de la mía. El conductor se rio, arrancándome los pantalones de pijama, arrojándolos a un lado.

Mi cuerpo se sentía agobiado, moviéndose como si estuviera drogado. “Para. ¡Para de follarme!”

Sólo se rieron.

Me hubiera gustado estar muerta, las lágrimas caían. Otra sombra se cristalizó detrás del bruto y del conductor, reuniéndose con ellos. Pero en lugar de infundir miedo, la esperanza estelar llegó a través de mí.

Maestro.

Q estaba de pie, mirándome con rabia desenfrenada y poder trascendente. El tiempo se detuvo mientras sacaba una pistola de plata y disparaba al bruto, y luego al conductor con delicadeza afilada. Una lluvia roja me salpicó, pero no me importaba. Me arrastré hasta el sombrío Q, subiendo sobre cadáveres, centrada sólo en mi dueño.

“Me has salvado.”

Su sonrisa me envió una melodía de sentimientos a través de mí. “Eres mía. Es un honor protegerte.” Me cogió y empezó a darme besos helados. **“Siempre vendré a por ti...”**

Me desperté en una habitación de lujo. El colchón me acunaba como nubes esponjosas, y las plantillas de carruseles me hacían sentir joven y fantasiosa. No como una esclava que había sido follada por dos hombres diferentes anoche, a continuación, me puso en la cama como una niña traviesa, porque no le diría a Q mi nombre.

Escuché un golpe y me revolví, haciendo una mueca ante los latigazos de las piernas. Comprobé anoche lo desgarrada y magullada que estaba, pero Q y su atención me distrajerón de las lesiones. Se veían diez veces mejor, pero no podía esperar a que se fueran. Cada roncha me recordaba al bruto y al conductor, Q asesinándoles, quería huir de cada pequeña cosa desagradable.

Sin embargo, Q estaba en lo cierto. Al haberme follado, había eclipsado completamente al bruto. El miedo y los recuerdos atroces estaban allí, pero cada vez que venían los recuerdos a mí, Q estaba allí. Me tocaba, me besaba y me ordenaba que sólo pensara en él. Él paró mi tristeza y dolor, tiñéndolo de lujuria y aceptación.

Q robó su poder, liberándome para follarme.

Escuché de nuevo el golpe y la puerta se abrió, sin esperar mi respuesta.

Suzette venía con una bandeja de desayuno llena de croissants calientes y mermelada casera. Ella sonrió y la colocó en mi regazo. **“Buenos días, Ami.”**

Me asombré de que ella estuviera feliz. Sus ojos brillaban y la piel oscura brillaba positivamente.

Entrecerré los ojos, la intuición femenina me dijo por qué no podía dejar de sonreír. **“Sabes lo que pasó anoche, ¿no?”** Era extraño estar tan unidas, pero ella no podía ocultarlo. Ella había estado esperando este día durante más tiempo de lo que quería contemplar.

Ella asintió con la cabeza, encaramada en el extremo de la cama. **“Sí, pero sobre todo me alegro de verte de una sola pieza.”** Miró al suelo, arrancándose el delantal. **“Huir fue tan estúpido. Yo podría haberte advertido sobre algunos de los lugareños de por aquí. Franco no es un guardia para mantenerte aquí. Es un guardia para protegernos de ellos.”**

Me detuve antes de morder un croissant. **“¿Qué quieres decir?”**

Ella suspiró y miró hacia la puerta, como si esperara que Q llegara de un momento a otro.

Antes de que pudiera hablar, le pregunté, **“¿Eres esclava de Q, también, Suzette?”**

Se quedó paralizada.

No esperaba que me respondiera. Mis ojos se abrieron como platos cuando me dijo, **“Q me puso en libertad cuando me vendieron a él. Siempre le querré por eso.”**

Se mordió el labio, antes de añadir, **“Q nunca me tomó, no por mi falta de intentos. Cuando llegué, estaba rota irreparablemente. Yo tenía las cosas que ni siquiera podía imaginar, y mucho menos hablar, pero Q... Q me devolvió a la vida.”**

Empujé la bandeja lejos de mí, olvidé el desayuno. ¿Por fin podía aprender algo acerca de mi misterioso propietario? **“¿Cómo hizo Q para traerte de vuelta a la vida?”**

Miró hacia arriba, con los ojos brillando por las lágrimas y los recuerdos. **“Me dio la libertad. Me dio todo lo que necesitaba para ponerme bien de nuevo. Durante un año, se inclinó y se arrastró conmigo, hasta que finalmente logró que me pusiera de pie. Pero tardé más de un año, para hablar cuando quería, no sólo cuando me hicieran una pregunta. Lentamente rompió mi quebrantamiento.”**

Me agarró la mano, apretándome los dedos con fuerza. **“Es el mejor hombre que conozco. Después de nosotras, él es que está en ruinas. Nunca he sido capaz de ayudarlo. Durante cinco años, he trabajado para él, nunca me fui de su lado, pero nada de lo que he hecho ha funcionado.”**

Mi corazón se aceleró. Suzette confirmó mis pensamientos de la noche anterior. Q podría ser un dominante, pero sufría más que nadie. ¿Con qué? Tal vez estaba terriblemente desfigurado. ¿Por eso se negaba a quitarse la camisa? Nunca lo había visto desnudo o había tocado su piel. **“Dime, Suzette. Dime por qué está más roto que tú o que yo.”**

Ella bajó la cabeza. **“No puedo contar esa historia, Ami. Vas a tener que ganarte su confianza y mostrar que te preocupas de aprender sobre él.”**

“¿Y si no quiero aprender?”

Suzette se puso de pie, intentando superar la tristeza infinita. **“Entonces no le mereces.”**

Esa noche, Q vino a por mí.

Me pasé el día entero con Suzette y la señora Sucre, luchando contra dos emociones diferentes. En un momento, mi cuerpo se calentaba y licuaba, recordando la fuerza de Q, su lujuria en la ducha. Al siguiente, me congelaba y me tragaba las náuseas mientras recordaba al bruto aplastado.

Los dos extremos nunca terminaban, y para cuando terminamos la cena en la cocina, mis ojos estaban cargados y mi cuerpo aletargado. Necesitaba el sueño y la esperanza de que no sería perseguida por las pesadillas.

Me acosté en la cama, mirando el dosel de plata que había arriba. No había hablado con nadie, pero Franco me había visto y me había dado una ligera inclinación de cabeza. Esperaba que me hubiera dado el visto bueno y eso significaba que podía permanecer ahí, y no desterrarme a la celda de una habitación de servicio.

La puerta crujió, y eso me aceleró el corazón. No necesita preguntar quién era. Todo mi cuerpo sabía la respuesta, mi dueño.

Q estaba ahí, su silueta orgullosa y sigilosa. Me retorcí bajo las sábanas. ¿Qué estaba haciendo allí a las dos de la mañana un día de semana? Sabía que trabajaba muy duro. Esperaba que estuviera en la cama. En cuanto pensé que Q se iba a meter en la cama se me secó la boca. ¿Dónde dormía? ¿Cómo era su habitación?

Por otra parte, asumí que Q trabajaba duro. No sabía nada de él, y después de los comentarios del bruto sobre la familia de Q, no quería saberlo. Si me enteraba de la verdad, y era desastrosamente horrible, tendría que irme de nuevo.

Y no quería irme. El mundo era peligroso; prefería vivir con el diablo que conocía.

Contuve la respiración cuando Q se fue acercando. Una imagen de Q desnudo y dormido en la cama me agredió. Mi boca se hizo agua al pensar en verlo tan vulnerable.

Se detuvo a un lado de la cama. No pude ver sus facciones en la oscuridad, pero su respiración era fuerte.

Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca desaliñada. Nunca lo había visto tan... ordinario. Vestía trajes como un uniforme para la sumisión. Funcionaba. Eso lo convirtió en un arma afilada, sin piedad; la hembra que había en mí se lamió los labios en un borde

peligroso. Pero Q con vaqueros y camiseta mostraba otro lado. Una pista del hombre que había detrás de los trajes, un hombre con demasiados pensamientos y nadie con quien hablar.

No dijo una palabra, pero simplemente colocó dos artículos en los pies de la cama. Hizo una pausa, acechando en la oscuridad.

Me quedé inmóvil, esperando a ver lo que iba a hacer. No le iba a dejar salir por la puerta sin conseguir lo que quería. Quería hablar con él, desentrañar sus secretos. Necesitaba saber si él me necesitaba tanto, vino a despertarme en medio de la noche. Esperando en la oscuridad, era una orden que tenía que servir.

Me lamí los labios cuando se pasó una mano por la cabeza, deliberando.

Finalmente, dio un paso hacia la puerta, se detuvo y se volvió.

Respirando, ordenó, **“Despierta, esclave.”**

Su voz me acarició la piel; me avergoncé a mí misma. No pude evitarlo, mi sentido del oído le pertenecía.

Él se rio entre dientes. **“A menos que estés despierta ya.”**

Maldita sea.

Se acercó un poco más, se inclinó y encendió la luz, echando un resplandor suave, un oasis de iluminación. **“Buenas noches.”** Sus labios temblaron un poco mientras me miraba desde arriba. Me puse muy caliente bajo las sábanas. Yo llevaba una gran camiseta y unos pantalones cortos, pero de alguna manera eran insustanciales cuando Q me miró. Como si yo fuera un pastelito relleno de chocolate, y él necesitaba desesperadamente una solución de azúcar.

“Hola,” murmuré, amando la emoción de la lujuria y el miedo. El conocimiento que le daría lo que quería y ya no iba a sufrir con culpa. Yo era libre de mis sentimientos de Brax, lo dejé ir. Dolía si me acordaba de sus peculiaridades y amabilidad, pero no había ningún punto de torturarme. Q me pertenecía, eso era todo lo que necesitaba saber para recordar.

“Tengo regalos para ti.” Q se sentó en el borde de la cama. Su peso caliente presionó con fuerza contra mi muslo debajo de las sábanas. Me estremecí.

Agarró las sábanas, buscando a tientas debajo de la colcha. Grité cuando su mano encontró mi tobillo, tirando de mi pierna.

No podía hablar mientras descansaba mi pierna sobre mis muslos. **“Algo falta.”**

Sus caricias resonaron directamente entre mis piernas. Yo temblaba cuando se inclinó y me dio un beso posesivo en la espinilla. Sacó un brazalete negro.

Tragué saliva. Otro rastreador GPS.

“Esto te ha salvado la vida, esclave, sin embargo, te lo cortaste para escapar. Si lo hubieras tirado por la ventana mientras ibas en el coche, en lugar de dejarlo en el coche, nunca te habría encontrado a tiempo.” Su voz era amenazante, con un tiro de terror en mi corazón.

Oh, dios mío, tenía razón. Si yo no hubiera pensado en que estaría libre y bajo custodia policial, ahora mismo estaría enterrada debajo de unas patatas... o deseando estarlo.

Con un movimiento rápido, me senté en posición vertical, le quité el rastreador, y la aseguré alrededor de mi tobillo. El chasquido del plástico se hizo eco en todo el espacio silencioso; mi corazón me dio un vuelco. Me lo había puesto yo misma. De buen grado admitía que no volvería a irme de nuevo.

Q contuvo el aliento, capturando mi muñeca cuando iba a alejarme. Trazó el código de barras que tenía tatuado en mi piel. Su rostro brilló con el odio y la ira, pero su ira no estaba dirigida a mí. Mi corazón se calentó, sabiendo que mató a las personas que me robó.

Sus dedos se volvieron duros, sus ojos capturaron los míos. “**¿Qué tan malo fue cuando te llevaron?**”

Esperé a que la ira y el terror aparecieran, pero no sentí nada. No sé si me bloqueé, o si la violación había embotado mi sentido.

Me encogí de hombros, tratando de tirar mi brazo hacia atrás. “**Fue la peor semana de mi vida, hasta ayer por la noche.**”

“**¿Peor que yo?**” murmuró. Su voz tenía filo, casi como si su pregunta significara mucho más de lo que preguntaba.

Quería darle algo, después de todo lo que hizo por mí anoche, asentí. “**Mucho peor.**”

Sacudí la cabeza con los ojos desenfocados.

Los recuerdos se arremolinaron en nuestras profundidades y yo quería perseguirlo a donde quiera que fuera. Quería *conocerlo*. ¿Alguna vez me dejaría acercarme? ¿Estaría permitido que un esclavo ayudara a un propietario, mientras usaba su cuerpo? No conocía las reglas. Q finalmente me soltó, presentando otro paquete. “**Esto es para ti.**” Su mandíbula estaba apretada mientras quitó las manos, aceptando los dibujos y los lápices. Lo abrí y dejé de respirar. En el interior había un papel gráfico arquitectónico, el tipo exacto que usaba en mi curso universitario, brillaba fresco y nuevo.

Mis ojos se abrieron como platos. “**Recuerdas lo que te dije... el primer desayuno cuando me besaste.**”

Él se enderezó, la tensión onduló su cuerpo. “**Me acuerdo de todo, esclave. Recuerdo cómo hueles, cómo sabes. Recuerdo cómo te sientes por dentro y lo aterrada que estabas cuando te encontré en la residencia de Lefebvre. También sé las cosas que no me has dicho. Sé la oscuridad que hay en tus ojos. Me alimenta, me llama.**”

Me levanto la ropa, exponiendo mi cuerpo.

“**¿Por qué crees que no puedo dejarte sola?**”

No podía apartar la mirada de sus ojos; su intensidad me atrapaba, ardiendo de deseo y necesidad. Cuando no respondí, me ordenó, “**Fuera de la cama.**”

Por un momento, quería desobedecer, para ver lo que iba a hacer, pero una parte pequeña tenía mucho miedo de él. Me apresuré a salir del nido cálido. Balanceé mis piernas sobre el borde y me levanté.

Inmediatamente, me agarró las caderas, y me posicionó frente a él. La respiración se volvió áspera mientras corría su mirada sobre conjunto no sexy.

Frunció el ceño, los pensamientos corrían por su cara. Se apartó, acechando la cómoda. Abrió un cajón y tragué saliva cuando regresó, balanceando unas bragas en su dedo medio.

“**Ponte sobre el poste de la cama.**” Su voz era baja, gritando intenciones en cada sílaba.

No me moví, luchando para ordenar a mis piernas para trabajar.

Immediately, he grabbed my hips, positioning me in front of him.

Apretando los dientes, me agarró el brazo y tiró de mí hacia abajo de la cama para ponerse delante de un lacado y blanco poste de la cama. “**Pon tus brazos sobre la cabeza.**”

Él estaba tan cerca; una pesada nube de sándalo y especias me abofeteó, y mis rodillas se convirtieron en agua. Me estiré, arqueando la espalda contra la columna, lo que obligó deliberadamente a mis pechos para tocar su pecho. Se sobresaltó, levantando una ceja, antes de alcanzar y asegurar mis muñecas con el tanga. El poco material de encaje en mi piel, no era tan malo como estar encadenada en la otra sala. Al menos tenía los pies en la alfombra, y los huéspedes no vieron mi sufrimiento.

Q inclinó la cabeza, apoyando su longitud contra la mía. Sus caderas estaban en apuros, dominando.

Incliné mi barbilla, posicionando los labios para que me besara. Él nunca cerró los ojos y el iris de color verde pálido me hizo sentir como si hubiera entrado en una madera cañada donde los hombres de hadas traviesas se aprovechaban de hermosas doncellas.

Tragué saliva cuando entró en una fracción de besarme. Pero, con una sonrisa torcida, se retiró. **“¿Quieres que te bese, esclave? No es así como funciona esto.”**

Metió la mano en su bolsillo trasero, sacó unas tijeras de plata. El miedo amplió mis ojos. ¿Qué demonios?

“Tú no eliges lo que te hago. Como quieres que bese, no lo haré.”

Gemí, entonces estremecí, deseando poder dar una palmada sobre mi boca traidora. *Dios, Tess, una manera de sonar desesperada.* No quería estar atada y maltratada. *Entonces, ¿por qué te duele?* Mierda, yo estaba enferma. Él me hizo una puta peligrosa, pero eso era una mentira. Lo único que ocurrió fue Q. Él controlaba mi cuerpo como un titiritero, yo no tenía la voluntad de desobedecer, *no podía* desobedecer.

Tal vez debería tratar de encontrar el centro de calma desde el día en que conocí a Q. La zona segura podría protegerme de los pensamientos más perturbadores. Salvar mi cordura, me impidió saltar voluntariamente en un reino de esclavitud.

Cerré los ojos, tratando de aprovechar la blanca seguridad. El miedo me hinchó. Si no detuviera mis deseos ahora, podría deslizarme por una pendiente resbaladiza, sin encontrar el camino de vuelta a la normalidad.

Tú nunca fuiste normal. Apreté los labios, sintiéndome perdida y confundida. ¿Cómo iba a querer dos cosas al mismo tiempo? Violencia, libertad... se burlaba con tentación agonizante. Q me cogió la barbilla con el pulgar y el índice, hipnotizándome con su mirada. **“No. Quédate conmigo.”**

¿Cómo se sentía? Negué con la cabeza, quitando los dedos. **“¿Lo que me quitaste?”**

Q puso los hombros como si quisiera reinarse a sí mismo, con su energía hasta el talón. **“Te lo dije, lo siento.”** Los músculos tonificados destacaban debajo de su camiseta blanca; no podía apartar la mirada de la protuberancia de sus pantalones vaqueros.

“Ahora, quédate quieta.” Su rostro permaneció estoico y frío a medida que avanzaba con las tijeras, corriendo el beso frío de metal a lo largo de mi cuello, sumergiéndolo por mi garganta. Su respiración se aceleró cuando la hoja mellada estaba sobre mi cuello.

Con un cuidado perfecto, me cortó la camiseta por el centro. Cada tijeretazo me desabrochó, hilo por hilo, hasta que estuve segura de que él me abrió el pecho, revelando un corazón muy rápido y todos mis secretos.

Todo lo que él hacía simbolizaba tanto. Q disfrutó jugando conmigo con las palabras no dichas, todo en él era un misterio.

Él no iba a ser tan arrogante cuando yo descubriera quién era. Haría uso de esos secretos para jugar con él al mismo juego, un círculo enfermo de la mente con viajes y luchas de poder. Mi núcleo se encogió ante la idea de ir de cabeza con Q en una batalla de voluntades. No pensé que iba a ganar, pero no me importaba. Quería que él ganara. Podía permitir que me diera órdenes, como yo quería que lo hiciera.

Tragó saliva cuando me cortó el borde, extendiendo de par en par, mostrando los pechos desnudos y el estómago al respirar rápidamente. Con un control perfecto, corrió el puntito de la hoja por mi labio inferior, por mi cuello, entre mi escote, de la parte superior de mis pantalones cortos de algodón.

Se me puso la piel de gallina mientras él me presionaba muy suavemente. La hoja frunció mi piel, pero no me perforó. El delicado equilibrio de confianza y temí que mi corazón estuviera fuera de control.

Q parecía perdido en la contemplación, torciendo las tijeras en un círculo alrededor de mi ombligo. Él me dijo que no me fuera, para permanecer en lugar de desaparecer en mi mente, pero él se fue. Su rostro se ensombreció con pensamientos y recuerdos. Las cosas que no eran agradables, cosas que hicieron que su cuerpo temblara. Daría cualquier cosa por seguirle, para ver si vivía en la oscuridad o en la luz.

Yo había probado los límites de las restricciones. Él me había atado las bragas muy bien. Yo me retorció debajo de la hoja; sus ojos golpearon los míos. Él parpadeó y proyectó sombras. Se inclinó más cerca y envolvió los dedos alrededor de mis muñecas cuando el botón de sus vaqueros me mordió el vientre. Su pecho con ropa bromeó con mis pezones, haciendo que se endureciera una protuberancia dolorosa. **“No tienes ni idea de lo mucho que quiero follarte.”**

Oh, dios. Su voz activaba cada parte de mí. Yo jadeaba sin aliento. **“¿Entonces por qué no? ¿O disfrutas torturándome primero?”**

Él se echó hacia atrás, con la mandíbula apretada. **“¿Crees que esto es una tortura? Yo podría hacerte algo mucho peor, esclave.”** Él frotó la ingle contra la mía, presionando mi culo con fuerza contra el poste de la cama con su erección. Quería algo más.

Su acento se espesó y murmuró, **“Quiero hacerte gritar.”** Él no lo dijo de una manera perversa, juguetona; lo dijo con pasión, no podía ver nada, pero veía látigos, dolor y sangre. Eso es todo.

Mi lujuria cambió al miedo y gemí de nuevo, pero esta vez, era una súplica. **“Por favor... no tienes que hacerme gritar. Puedes llevarme. Soy tuya.”**

Se rio oscuramente. **“Tu permiso me apaga. Te necesito para sentir algo. Si piensas que no soy como esos hombres que te violaron, te equivocas. Hay algo roto en mí, y necesito tu dolor.”** Me retorció un pezón con dedos furiosos. Grité.

El dolor pasó al placer, el calentamiento, y me puse caliente. Si Q necesitaba mi dolor para disfrutar del sexo, yo también podía haber pasado toda mi vida, sin saber que la clave del placer era el dolor.

Q, en su brutalidad, me mostró algo tabú... me mostró que me gustaba ser dominada, y no sólo el juego de roles. No, necesitaba una cosa real.

La luz brilló a través de mi cerebro. *Yo no soy una chica dulce e inocente que quiere algodón de azúcar y sonetos. Soy un luchadora, una puta, una mujer que necesitaba aprender sobre su propio cuerpo.*

Mientras permanecía atada a una cama con el dueño mirando de reojo con el pecado en sus ojos y la promesa de dolor en los labios, yo había cambiado de nuevo. Me habían agrietado. El fuego me ardía en el vientre, le mostré los dientes, gruñendo. **“No voy a dejar que me folles.”**

Todo se estrelló.

Q. Yo. Tiempo.

El mundo se tambaleó mientras Q trataba de leerme. Nos mirábamos, el reconocimiento del uno al otro. El vínculo entre nosotros estalló, alcanzando unos grilletes brillantes que nos unían. Disfruté de las ataduras, aceptando la verdadera identidad antes de que Q se diera cuenta de lo que le ofrecí.

Poco a poco, Q se movía; todo su cuerpo depredador, suave. **“¿No vas a dejar que te folle, esclave?”** El placer brillaba en su mirada, grabado con la lujuria ardiente. **“Ya te he follado. ¿Qué te hace pensar que quiero de nuevo?”**

Empujé las caderas hacia delante, chocando con un núcleo sobrecalentado contra su tensa erección. Q rabió con dureza. Su erección era dura e inflexible.

“No me importa si lo haces o no. Tú no lo haces porque yo te dije que no...”

Él me asfixió con su cuerpo; su boca capturó la mía. Una lengua se clavó entre mis labios.

Gemí, me derretí, con ganas de devolverle el beso. Pero eso no estaba permitido en el papel en el que jugaba. El papel que tenía que desempeñar.

Sus labios marcados, salió otro gemido de mí, en lugar de una maldición. Su lengua poseía mi sentido, obligándome a batirme en duelo, para parar, para degustar y saborear. ¿Le estaba devolviendo el beso? No, no. Yo estaba luchando por respirar, en todos los sentidos.

Me resistí, rompí el beso, respirando entrecortadamente.

Me volvió a poner las tijeras, las manos mortalmente quietas mientras me cortaba un poco de los pantalones cortos. Él murmuró, **“¿Quieres que pare?”**

Dios, no. Nunca.

“Sí, hijo de puta. No voy a dejar que hagas esto. Estás enfermo. Mal. Déjame ir.”

Su cuerpo temblaba con una emoción indescifrable; manteniendo el contacto visual, me cortó de nuevo.

Me retorcí cuando el metal siguió más y más, rozando mi núcleo. **“No tienes permiso. Para.”**

Los ojos afilándose con desafío, y él deliberadamente cortaba más lentamente, arrastrando el suspense, seguía cortando, un clip a la vez.

Me cortó el pantalón corto y los tiró al suelo. Si Q me tocara, explotaría. Mis bragas húmedas se aferraban a cada parte de mí. Pretendía luchar contra el estímulo de lujuria de un incendio forestal.

Ningún misionero lo hizo por mí. Necesitaba tijeras y amenazas para emborracharse con la realidad.

Q envolvió los brazos fuertes alrededor de mis muslos, sacudiéndome hacia él. Grité mientras su boca se conectaba a través de mi ropa interior, su aliento caliente irradiaba una bomba entre

mis piernas. Me mordisqueó el clítoris hinchado a través del material, arrastrando respiraciones erráticas por mis pulmones.

Quería abrir las piernas, para engancharlas encima del hombro de Q y montar su boca, pero no era el carácter de esclavos dispuestos. En cambio, me retorcí, tratando de huir de su lengua.

Él retumbó en su pecho; vibraba contra mis piernas. Con una mano me agarró el tobillo, y posé la atención sobre la tobillera GPS. Sus caricias silenciosas lo decían todo. *Eres mía. Te puedo seguir. No puedes escapar.*

Era una bandera roja para mi cerebro, sabiendo que yo podía ser salvaje y sin sentido porque él quería. Yo podía gritar y retorcerme, y sólo le excitaba. Brax correría si alguna vez le gritaba en la cama.

Q me lamió, presionando con una punta afilada, lamiendo el húmedo algodón. Mi aliento giraba suave, plumoso y necesario.

“¿No quieres esto?” Q murmuró de nuevo, de pie lentamente, arrastrando un dedo en mi cara interna del muslo, justo a mi boca. Con un toque de sus labios, él forzó un dedo en mi boca.

El instinto primario me consumía, pero me obligué a ir en contra de mi instinto y en su lugar, mordí.

Fue alejando poco a poco su dedo.

Sonreí oscuramente. **“Si vuelves a ponerme algo en la boca, te juro por dios que te voy a morder.”** Mi boca se llenó de saliva, la anticipación me dio hambre.

Desde que pertenecía a Q, descubrí cosas que nunca había sido lo suficientemente fuerte para darme cuenta. Esta nueva y oscura parte quería probar su sangre.

Q se acercó más, sus vaqueros me raspaban la piel sensible. Una banda de liberación provocó el contacto. *Estaba tan cerca. Nunca había estado tan cerca. Dios, Tess, él apenas te ha tocado.*

Eran los juegos de la mente, mi cerebro era maravilloso.

Sus ojos vidriosos por la necesidad y se mordió el labio inferior, arrastrando la suave carne entre los dientes: una advertencia que había que morder de nuevo.

Me estremecí cuando me dejó ir. Yo esperaba que me cortara las bragas, pero hizo una pausa, quitando las tijeras.

Arqueando su cuello, se cortó la camiseta, igual que la mía. Se encogió de hombros y su camiseta se unió a mi ropa en el suelo.

Mi mundo giró y lo único que podía pensar era en gorriones.

Q me miró, desafiándome a juzgarle. Todo su torso y el lado derecho estaba cubierto de pájaros revoloteando. El pánico en los ojos de un gorrión se cerró sobre mi garganta mientras volaban frenéticamente hacia las nubes de tormenta. Las nubes se enturbiaban, tragándose a las aves de la mala suerte, sofocando a la muerte.

A mi corazón le dolía ver el intrincado tatuaje de Q. Acechaba una maldad, una tristeza, recordándome el mural en la pared de la sala del pedestal. Quería correr los dedos a lo largo de las plumas perfectamente llenas de tinta. Quería lamer sus pezones donde un pájaro volaba libre, la alegría en sus ojos denotaba esperanza.

Tal y como estaba diseñado, no lo entendía. Lo miré a los ojos. Mantuve el contacto durante un momento, antes de mirar por encima de la cabeza. Sus manos se cerraron y él contuvo el aliento, destacando los músculos del estómago perfectamente cortados.

Él vibró con la tensión. Mi corazón se agitó como pequeñas alas de gorrión y le di mi último sentido a Q. Mi sentido de la vista. De pie tan erguido, distante, llenó mi visión con todo lo que siempre quise. Él era dueño de todo, de mis instintos y de mi corazón.

“Dime. Cuéntame la historia de los pájaros.”

Apretó la mandíbula. **“No es una historia que necesites saber.”**

“Pero significa mucho para ti. Veo el tema recurrente, Q... Quiero entenderlo.”

Su rostro se ensombreció. **“No tienes derecho a llamarme Q cuando estás atada a la cama. Soy tu *maître* y me llamarás como tal.”**

La ira por haber sido negada me hizo argumentativa. **“Voy a pelear contra ti. Tendrás que envolverte en las zarzas, igual que los gorriones de tu pecho, si quieres follar conmigo, *maître*.”**

Mi burla trabajó; me agarró la barbilla con sus fuertes dedos. **“Te crees que eres feroz con tus amenazas. Mi trabajo no es envolverte con grilletes, esclave. Mi trabajo consiste en desencadenarte. Y por mucho que lo niegues, estoy haciendo muy bien mi trabajo.”**

Pasó su nariz contra la mía y murmuró, **“Así que cállate, deja de mirarme como si fuera un código agrietado, y déjame follarte como quiero.”**

Dando un paso atrás, atacó sus vaqueros. En lugar de quitárselos, se los cortó. Se los aserró a través de la banda de la cintura, cortando hacia abajo. Cada tijeretazo revelaba unos muslos duros con pequeños rizos, unos músculos firmes y unos pies descalzos y perfectos. **“Voy a ver cómo me atengo a tus amenazas cuando tomo tu cuerpo.”**

Oh, dios. Mis entrañas eran líquido caliente. La vergüenza por estar caliente pintó mis mejillas de rojo. No podía controlar mi reacción. Q era mi maestro en todos los sentidos.

Q salió de los pantalones vaqueros en ruinas, cerrando la pequeña distancia entre nosotros. No podía apartar la mirada de su tatuaje. Me identifiqué con él y en cierto modo, sabía lo que representaba, pero la conclusión seguía lejos de mí.

Rodó mis caderas con las mías, con sólo los calzoncillos, murmuró, **“Dime otra vez que no quieres esto, esclave.”**

¿Cómo iba a mentirle cuando mi cuerpo gritaba la verdad? Mi mente estaba llena de lujuria, nebulosa, pero tenía un papel que desempeñar. Q quería que luchara... había luchado.

Me incliné hacia delante, sacando los dientes. **“Vete al infierno.”**

Su erección saltó de sus calzoncillos, hirviéndome. De la nada, su palma conectó con mi mejilla, enviándome calor.

Me quedé sin aliento, mirando con los ojos llorosos. **“¿Golpeas a una mujer cuando te dice que no? Eres perverso.”**

Él frunció los labios. **“Dime algo que no sé.”**

Tomando su oferta, le susurré, **“Piensas que eres un monstruo. No lo eres.”**

Me agarró del pelo, torciéndome del cuello. Estalló la agonía y gemí con miedo real. **“¿Un hombre amable hace esto?”**

Cuando no respondí, me torció aún más hasta que grité. **“¡No! Sólo un monstruo hace esto.”** Intranquilo, cogió las tiquelas, cortando rápidamente mi ropa interior y sus calzoncillos. Todo eso cayó al suelo en pedazos. A Q le pesaban las tijeras en la mano, antes de trazar mi estómago desnudo con la cuchilla. **“¿Un hombre amable hace esto?”** Con un movimiento de

su muñeca, me rozó. La sangre brotó con el pequeño corte. Me estremecí, con ganas de poner la mano sobre la herida, para ocultarla, curarla.

Empezaron a caerme lágrimas reales. Era una idiota al pensar que había algo que rescatar en este hombre.

“No, sólo un monstruo haría esto.” Mi voz apenas era audible.

Q se burló. **“Ahora ya sabes la verdad.”** Se inclinó y lamió la sangre de mi estómago. Al lamerme, mi núcleo se apretó, reaccionando a la sensibilidad después de infligir dolor. Su saliva me cortó el sangrado y se enderezó, lamiéndose los labios.

Toda apretada, mi boca se abrió, desesperada por probar su sangre. Saborearla era lo justo. Él me interrumpió, una deuda debía ser pagada.

Q entrecerró los ojos, nuestras almas gritaban la una a la otra, sin obstáculos por las palabras humanas.

Quiero hacerte daño.

Quiero ser tu dueño.

Quiero devorarte.

Quiero hacerte mía.

Yo ya soy tuya.

¿Quién había pensado eso? ¿Él o yo? ¿Sus ojos decían la verdad antes de que reconozcamos nuestras mentes?

Con un movimiento rápido, cortó por debajo de su pezón donde volaba el gorrión libremente.

Una gota de color carmesí cayó. Observé con necesidad agobiante.

Saborear. Tenía que saborear.

Era más alto, así que colocó su pecho contra mi boca. Robé con avidez la gotita, gemí cuando el sabor metálico empañó todo mi ser. Una vez que lo limpié, se alejó murmurando, **“Los monstruos se encuentran unos a otros en la oscuridad.”**

No podía leer su tono, y no me gustaba la implicación. ¿*Yo era un monstruo*? En comparación con Brax definitivamente, pero Q... había límites que él había cruzado que yo nunca podría.

¿Nos habíamos encontrado el uno al otro en la oscuridad? Puede que yo tuviera deseos oscuros, pero también me encantaba la luz. Necesitaba ternura, dolor y degradación. ¿Eso era una opción?

Q envolvió una mano alrededor de su erección, acariciándolo, mirándome fijamente a los ojos.

Por otra parte, se encontró con mi centro, metiendo un dedo profundamente en mi interior.

Aunque mi cuerpo se onduló, nunca dejé de ser un personaje. Q no podía saber lo mucho que quería esto. Tenía que luchar, *quería* pelear.

De alguna manera me salió el papel de una actriz, y cayó una lágrima. **“No quiero esto.”**

Quitando los dedos de su erección, capturó una lágrima con la punta del dedo. La miró y la indecisión abrasó en su mirada. La noche le reclamó. Lamió la lágrima salada. **“Vas a llorar más antes de que haya terminado contigo.”**

Las lágrimas eran una cosa, la lucha otra. ¿Cuál era su última perdición? No podía parar hasta que me enterara.

Seguí derramando lágrimas, lo que me obligó a mí misma a odiarlo, al igual que cuando llegué.

Antes de que él me salvara, antes de matar por mí. Q no quería una esclava sumisa. Amaba que no estuviera rota.

Otro enigma se puso en su lugar. ¿Era eso lo que quería decir Suzette cuando dijo que Q no la tocó porque estaba arruinada? Él me había tocado, porque había luchado, porque era fuerte. No podía follar a una herida... pero él quería... ¿qué quería? ¿Domarme? ¿Para defenderme? Algo en él quería ser acusado de ser un violador, de estar enfermo y ser retorcido, porque así es cómo él se veía a sí mismo honestamente.

Q lanzó la lengua sobre mi mejilla, capturando las lágrimas. Di un grito ahogado y se retorció, mordéndome los labios cuando nuestros cuerpos desnudos se deslizaron uno contra el otro. Mis pezones se pusieron duros, en ciernes de la emoción.

Su cabeza se inclinó, frente a frente. Le olí, pegado a mí, asegurándose de que ninguna parte le alcanzaba. Eso arruinaría el juego. No podía olvidar, no quería esto.

“Ah, esclave. Me excitas más de lo que crees.”

Sus dedos se dispararon entre mis piernas, hundiéndose profundamente. Mis rodillas temblaban cuando su mano me sacudía con fuerza.

Gemí, mi cuerpo hinchado reaccionó, fusionándose, *necesitándole*. Estaba hambrienta por lo que Q me daba. Lo necesitaba tanto, pero de todas formas, quería pelear. El acto de decir que no hicieron cosas extrañas por mí, me convirtió en sexualmente mediocre. Me convertí en una mujer muy sexual impulsada por el hambre; Q sólo podía rascarme el picor erótico.

Q murmuró en francés, dialectos tragados por la noche, en una silenciosa habitación. Yo jadeaba, pero sonaba silenciosa, como un sueño.

Su dedo fue la última propiedad. Mi núcleo palpitante, y contuve el aliente, necesitando más. No pude evitarlo. Gemí.

Apretó su erección contra mi cadera, manchándome del pre-semen reluciente. Su erección estaba caliente, dura y tentadora. Su respiración se igualó con la mía en rugosidad. **“No me puedes mentir. Ahora no. No cuando tu cuerpo resuena con la verdad.”** Movié los dedos, acariciando partes internas de mí, palpitando con la necesidad de liberar.

Tenía razón, no podía mentir y grité con más fuerza.

Quería gritar: fóllame, soy tuya. En su lugar, le dije, **“Saca tus dedos de mí.”**

“Shh, mi bella. Quieres esto.” Su voz me recorrió con sensualidad.

Me pregunté también lo que él actuaba. ¿Se había domado a sí mismo? ¿Sería mucho más oscuro?

Q me acarició con más fuerza, retiró la humedad de entre mis piernas. Me dolían los pechos, la boca vacía, necesitando besos, pero mi corazón ardía, pensé que podría desintegrarme en fragmentos ardientes.

Q se detuvo de repente, retirándose. **“Soy el único que puede darte lo que realmente deseas.”** Sus dedos se clavaron en mi mejilla, extendiendo mi olor. **“Pero me niego a aceptarlo.”** Se colocó entre mis piernas, colocando su erección donde más le quería. Me frotó con la punta, y se ganó un grito.

Me sacudí, implorándole que me follara. Temblaba con la necesidad tan extrema, que establece los dientes en el borde.

“Dámelo, o te convertirás en nada.”

Mis ojos se estrecharon. **“Te voy a dar todo lo que me pidas. No me queda nada por dar.”**

Tirando hacia atrás, me miró fijamente, sin restricciones, con los ojos ardiendo con lujuria. Se alejó, arrastrando una mano por su pelo corto.

Mis caderas se movieron hacia él por voluntad propia, buscándole con ganas. Avergonzada, me presioné en el poste, con la esperanza de que no me hubiera visto.

Pero lo hizo y sus labios se arquearon. **“Siempre mintiendo.”**

No dije nada.

Q marcó el ritmo. **“Te voy a follar todo lo que deseas, si me das lo que quiero.”**

La anticipación deliciosa me llenó, pero fruncí el ceño. **“¿Qué deseas?”**

“Quiero ser dueño de todo de ti, esclavo. Incluyendo tu nombre.”

Mi corazón se aceleró. La verdad resonó en sus palabras. Negaba de todos los nombres anteriores porque quería saber mi nombre verdadero. No tenía que fingir la respuesta:

“Estarás muerto antes de que eso suceda.” Estaba furiosa con él.

Él se rio entre dientes, sonaba positivamente ligero, comparado con toda la tensión que había a nuestro alrededor. **“Nadie va a estar muerto, pero yo podría morir de placer por tenerte.”**

No hice caso de la emoción, y permanecí con carácter. **“Bastardo.”**

Su estado de ánimo cambió a dominación. **“No tienes ni idea.”**

Se rio, pero con dolor.

Mi respiración se cortó. Intenté hablar en francés. **“Je ne suis pas à toi.”** (Yo no soy tuya).

Apretando los dientes, se estiró, deshaciendo las restricciones. Puso mi cuerpo más o menos lejos de la pata de la cama, y me tiró al colchón. **“Atrévete a decirlo de nuevo, esclavo.”** Se plegó sobre mí como una capa viviente, presionando hacia abajo, casi asfixiándose. Mi estómago se retorció y se me escapó un pequeño maullido. La acción prepotente de la mentira sobre mí, emocionada y aterrorizada.

Sus labios hicieron un sendero de besos a lo largo de la parte posterior de mi cuello, todos sus dedos me hacían cosquillas en el interior del muslo, moviéndose más alto, más alto.

Cada milímetro me hervía la sangre. No entendía como una sola caricia me hacía temblar de deseo. ¿Era la dominación de Q? ¿El saber que no podía detenerlo? No podía ser. La violación me curó de esa ridícula fantasía.

En algún lugar de mi mente, sabía que Q no significaba ningún daño. Él quería que yo fuera suya; y no había nada malo con él, de todos modos, él me eligió.

“Abre las piernas,” me exigió.

Al instante, lo permití. Sus dedos encontraron mi entrada, acariciándose. El aliento de Q se aceleró mientras me metía dos dedos, extendiéndose, pero no era suficiente. Necesitaba más. Se acercaba un orgasmo, al borde de la liberación. Tan cerca, tan rápido. Lo quería desesperadamente.

Q pareció sentir mi urgencia y paró. Arrodillado detrás, las manos se cerraron alrededor de mis tobillos posesivamente, extendiendo mi postura aún más.

Grité cuando su lengua me lamió la pierna, moviéndose con deliciosa y húmeda presión, en dirección al único lugar que me dolía.

Cuando su lengua me encontró, chupando mi clítoris con delicadeza como un amante experimentado, mis caderas se resistieron a su boca. Nunca había estado tan necesitada, tan poseída con anhelo. Nunca quise volver a pensar. Esta era la verdadera libertad, aquí, con mi maestro de rodillas entre mis piernas.

Metió un largo dedo, empujándolo profundamente mientras su lengua me lamía, conjurando espasmos brillantes, disparando en mi vientre. Busqué su dedo, en busca de fricción.

Lo necesitaba dentro de mí. Lo necesitaba para asegurarme.

Se puso de pie, agarrándose el cuello, arquéndolo para besarlo. Su barbilla brillaba con mi humedad, llenándose con mi sabor.

Se mordió el labio, colocándose detrás de mí. **“Soy dueño de todo de ti, esclave.”**

No estaba preparada para la repentina, impactante y fuerte invasión de su enorme erección.

Lloré mientras se estiraba, sin darme tiempo a adaptarme. Mi nudo en el estómago parecía un complejo cosmos, reuniéndose para poder liberarme.

Gemí mientras él empujaba con fuerza, tomándose por detrás, se extendió sobre la cama. Yo temblaba con éxtasis como nunca había sentido antes.

Q me mordió el hombro, me clavaba los dedos en las caderas, dándome sacudidas hacia atrás, empujando.

Cada retiro y penetración, me empapaba más, gimiendo, gimiendo, gritando más de lo que había gritado en mi vida.

“Putade mierda,” gruñó, follándose duro, mis rodillas golpeaban contra el suave edredón.

Su voz era todo lo que necesitaba para liberar la galaxia que había en mi interior. Grité, literalmente grité, y me vine más fuerte de lo que me había venido antes.

Los juegos de la mente de Q, la conexión que sentí después de toda una vida a la deriva, todo estalló, mi cuerpo giró en un manojo de nervios hipersensible.

La dominación sexual de Q me iluminó. Mi barrera de niña buena se eliminó permanentemente, y me deleitó con las bofetadas de Q contra mí, la búsqueda de su propio placer.

El fuerte picor de sus bolas abofeteando mi clítoris mientras él me follaba con más fuerza. Mis manos agarrando las sábanas.

Q me cogió del pelo, arqueándose la espalda, al mismo tiempo, me dio una palmada en el culo. **“Joder, quiero hacerte sangrar.”** Me golpeó otra vez y otra vez. Cada huella de la mano caliente, se mezclaba con placer, dolor y tortura erótica.

La agonía añadió otro umbral de las terminaciones nerviosas maltratadas. "Oh, dios," gemí, estremeciéndome con la feroz presión, corriendo por mis piernas, en mi centro.

Otra vez no. Seguro. Nunca había tenido orgasmos múltiples.

Q maldijo, y me golpeó más fuerte, llovieron lágrimas mientras jadeaba. *Duele. Se siente muy bien. Para. Golpea más fuerte. No. Más.*

Me rompí en millones de pedazos.

“Joder,” gimió con fuerza salvaje, me sacudió el alma. Me dio una palmada en el culo tan fuerte, me mordí el labio y salió sangre.

Un dolor punzante dentro de mí mientras Q explotaba dentro de mí. Sentía todo, disfrutaba de la posesión de una parte de él. Se entregó a mí.

Era mío, al igual que yo era suya.

Mi culo me picaba y mi cuerpo estaba tan flojo como un muñeco de trapo.

Q se quitó, respirando con dificultad. Rodó dolorosamente sobre mi espalda, acechando el baño. Él regresó, y envolvió una toalla alrededor de sus caderas.

Me senté, estremeciéndome con su abuso, tanto externos como internos. Mi cuerpo languideció con la dicha saciada.

Su comportamiento desapareció, y apareció el enfado. Él ni siquiera me miraba a los ojos.

¿Había sido tan terrible? Yo no tenía experiencia, pero Brax siempre parecía disfrutar el sexo conmigo. El rechazo me apuñaló como una daga; esperé una señal suya para mostrarme que estaba satisfecho, pero nunca me miraba.

Su semen corría por mi muslo, había una mancha en las sábanas. Las lágrimas me pinchaban. Debía de haber hecho algo mal, muy mal. Tenía que arregarlo. Si no satisfacía a Q, él me mandaría de nuevo con hombres como el bruto y el conductor. Se había retirado la protección. Su consuelo.

No sabía qué hacer.

Me deslicé fuera de la cama, y me arrastré hasta Q. Tal vez en secreto me necesitaba.

Agarré la toalla, mirándole a los torturados ojos color verde pálido. No se veía como un hombre que había tenido sexo explosivo. Parecía que quería suicidarse, o frotar su pene con jabón abrasivo. Un hombre que pesaba diez toneladas.

Dije con necesidad y fracaso. **“Lo siento. Puedo hacerlo mejor. Lo prometo. Por favor, dame otra oportunidad.”**

La vieja Tess se sentó con horror. Estaba rogándole a un hombre que ni siquiera me quería, un hombre que me mantenía como unos calcetines no deseados, para follarme de nuevo.

Le rogué como si pudiera terminar mi vida.

Porque podría terminar con ella. Yo ya no confiaba en el mundo. Confiaba en Q. Era todo lo que tenía. No podría hacer frente si me despreciaba por algo que hice mal.

Q dio un paso atrás, sus músculos hacían parecer que los gorriones se movían y se agitaban.

“Esclave, para. Ve a limpiarte y acuéstate.”

Sus órdenes me abofetearon en la cara. ¿Quería que me limpiara y que no permaneciera con él?

¿Cómo iba a preguntarle eso? Estábamos unidos. Si me duchaba, nuestro vínculo se iría. No sería nada nuevo.

Oh, dios, estaba jodida. En ruinas. Rota.

Q miró hacia abajo, la barbilla con la barba de cinco días. **“No voy a volver a tocarte hasta que me digas tu nombre.”**

Luego se fue. Igual que siempre.

CAPÍTULO 18

Cisne

Mi nueva vida comenzó. Durante dos semanas, sólo vi a Q cuando regresaba a casa del trabajo, e incluso entonces, era sólo brevemente.

Con una ardiente e indescifrable expresión, Q me informó antes de desaparecer de las áreas de la casa que no se me permitía ir.

Momentos después, la música hizo erupción por los altavoces. Canciones con lamentos o maldiciones, letras llenas de rabia y amenazas, sacudían las ventanas.

Q tenía un gusto ecléctico en la música. Heavy metal gritado por los altavoces una noche y una letra que me abofeteaba con una necesidad debilitante.

Se despierta y se niega a volver a la oscuridad en cada momento, cada segundo, cada latido del corazón. Lucho contra el impulso de lastimar. Mi determinación se está debilitando, mi culpa disminuyendo, mi necesidad me abruma.

Yo no soy responsable de lo que te pasa, me provocaste, me despertaste, me excitaba que mi lengua sufriera por tu sangre, mi corazón late para el dolor. El miedo es mi tarjeta de visita y me refiero a ganar tu terror.

Q puso la canción dos veces, como si quisiera introducir el mensaje en mí: lo que sea que él hubiera hecho era manso en comparación con lo que quería, y cuanto más tiempo no le decía mi nombre, más necesitaba herirme.

La retención de mi nombre era mi única arma contra Q. Lo volvía loco, y me encantaba. Yo amaba el poder de arrastrar emociones de él.

Me acosté en la cama por la noche, jadeando, lista para que mi puerta se abriera de golpe y un Q iracundo me reclamara. Pero la terquedad era mi amiga, y yo no iba a derramar mi último secreto. O yo estaba loca por provocar a mi maestro, o me había vuelto loca con el cautiverio. De cualquier manera no importaba, ya que me sentí viva cuando escuché las fuertes canciones. Estaba obsesionada con la forma en que mi cuerpo se estremecía y se tensaba, consumido por las alas agitadas de anticipación -completamente hechizada por Q. Así que jugamos nuestro juego, esperando a ver quien se rompería primero. Noches pasaron con implacable necesidad, días pasaban lentos y con insoportable impaciencia.

Durante catorce días, Q se mantuvo fiel a su promesa y nunca vino.

El invierno se descongeló, y la primavera salpicó el campo con tulipanes y narcisos.

Lo acepté, yo nunca sabría donde vivía. Suzette no lo decía cuando le preguntaba, y yo dudaba que Q lo hiciera. Nadie podría encontrar a Tess Snow otra vez. Ella ya no existía. Soy Ami Esclavo.

Durante el día, trabajaba francés con Suzette, por la noche esperaba a Q. Estaba mojada todo el tiempo, y cuando él no aparecía, los sueños me consumían.

Pesadillas de que Q me tiraba lejos porque él no me podía soportar más tiempo. Recurrentes sueños del conductor y del bruto, violándome, a punto de matarme, pero en vez de que Q me salvara, el de chaqueta de cuero me robaba de nuevo en México. Y cuando el hirió, rompió, y, finalmente, me vendió a otro. Brax jugaba en el centro de mis sueños, pero nunca me rescataba.

Él incluso podía dormir en toda mi tortura, o simplemente miraba con desesperación.

Mi corazón punzaba. Mi subconsciente culpaba a Brax por todo lo que pasó, pero al mismo tiempo, fue mi culpa por no insistir en dejar el café. Yo no podía esperar que Brax luchara y matara; no estaba en su naturaleza. Echaba de menos su gentileza, pero al mismo momento, me molestaba.

Yo siempre llevaba los pantalones en la relación, pero permanecía quejumbrosa, necesitada, y mansa porque no me daba el poder.

Q me golpeó, me cogió y me convirtió en una posesión, aunque de alguna manera desbloqueaba poder dentro de mí que yo ni siquiera sabía que estaba allí.

Q tomó todo de mí, pero no lo hizo así tanto como robar, yo se lo di por voluntad propia.

Permitiéndole gobernar, me daba algo tangible. Él me permitió ser yo. Ser real.

Yo ya no era ingenua y tímida. Crecí de niña a mujer. Una mujer que quería un lugar al lado del complejo, acribillado y problemático hombre.

La mujer que no iba a parar hasta saber la verdad.

“Ami, ¿puedes hacer el soufflé de queso para la cena?” Me preguntó Suzette, chocando mi cadera con la de ella mientras pasaba. Estábamos en la cocina, envueltas con aromas de pan fresco y hornos.

Las puertas correderas estaban abiertas y entraba una fresca brisa, dando la bienvenida a los sonidos de los pájaros y la primavera. Francia me había cambiado. Me había perdido el brillante sol australiano, pero me encantaba el francés fresco, sobria elegancia.

¿Acaso Q necesitaba algo, o no quería nada?

Tenía todo: miles de millones de acres, guardias, personal, una casa llena de cosas que nunca miraba, pero yo nunca lo veía feliz.

Sonreí, asintiendo con la cabeza. **“Puedo hacerlo. Ya no tienes nada más que hacer.”**

Suzette rio. **“Siempre puedes ir a ponerte algo provocativo para sorprender a Q cuando llegue a casa. He estado esperando oírte de nuevo, pequeña blasfema. ¿Por qué no ha ido a verte?”**

Suzette se estaba interesando mucho en mi vida amorosa; todos los días teníamos la misma conversación. El hecho de que maldijera un par de veces cuando Q me lo hacía significaba que tenía un nuevo apodo para mí: pequeña blasfema. Odiaba que nos escuchara.

La Sra. Sucre le dio un manotazo con un paño de cocina. **“Suzette, deja de ser tan entrometida.”** Ella añadió para mí: **“Ella no ha dejado de sonreír desde que dejaste al maestro en tu cama.”**

Me giré para mirar la grande cintura de la señora Sucre custodiando la olla de langosta que revolvía. Soplé el pelo de mis ojos. **“¿Dejarlo en mi cama? Como si tuviera otra elección.”**

Volviéndome a Suzette, le dije: **“Es Q quien no viene a mí, Suzette. Él no lo hará hasta que le diga a mi nombre.”**

Ella resopló. **“Q sigue siendo su maestro y tu sigues siendo su esclava. Dile lo que quiere saber. No debes tener secretos.”**

Me sonrojé, mirando a la suave masa amasada. **“Él puede ser capaz de darme órdenes, pero no tengo que compartir todos los detalles. Además, yo ya no soy esa persona. Soy Ami.”** Le lancé una sonrisa, dejando caer mi voz. **“Tú no sabes nada acerca de su tatuaje de gorriones, o ¿sí?”**

No podía dejar de pensar en eso. Quería rastrearlo como un mapa, besar cada pluma, entender todas las razones.

Suzette se mordió el labio. **“Um...”** La Sra. Sucre se dio la vuelta, secándose las manos en el delantal. **“Suzette, no te atrevas. No es tu secreto para contarlo.”**

La miré, deseando poder torturarlas para obtener respuestas. No estar con Q durante tanto tiempo me estaba desesperando.

Suzette se encogió de hombros y desapareció en la gran despensa.

Bufé y volví a amasar.

* * * * *

Esa noche, después de cenar, Q regresó a casa tarde y volvió a poner la música francesa. Las letras temblaban alrededor de la mansión, haciendo eco en mi sangre. La melodía triste dejó hilos enredados en todas partes, guiándome a través de la casa.

Yo no sabía qué hora era, pero el personal se había retirado. Estaba demasiado nerviosa para dormir. Mi cuerpo estaba inquieto, necesitando algo que sólo Q me podría dar.

Un destello de vivos ojos verdes me sobresaltó mientras flotaba por un pasillo que nunca había estado antes. Franco frunció el ceño, pero no me detuvo. Desde la noche horrible en donde Q se convirtió en asesino, Franco me daba más libertad.

Sus ojos seguían a donde fuera, pero no me detenía. Quizás Q le había dicho que me dejara vagar, o tal vez sentía que no iba a correr de nuevo. Estaba agradecida de que mi jaula se hubiera expandido.

Continué pasando a Franco, moviéndome más profundamente en el ala oeste. Donde a menudo vi desaparecer a Q, ya era hora de averiguar por qué.

Abriendo las puertas dobles al final del corredor, llegué a una larga habitación con alfombra persa, mirando los masivos lienzos de fotografías. No de la vida silvestre o los seres humanos, sino paisajes urbanos y edificios de gran altura. La dureza del concreto y metal parecían fuera de lugar, hasta que vi las fechas debajo de cada foto, una línea del tiempo de la compra y ubicación.

Estas no eran fotos de placer, eran documentación de propiedad. Santo infierno, ¿era Q dueño de todos ellos? Mientras daba vueltas, vi innumerables instantáneas de impresionante arquitectura y extensos hoteles, complejos de apartamentos... tantos tipos de propiedades salpicando las paredes. Era dueño de un pequeño país.

Necesitaba saber más, seguí adelante. Todo sobre la casa hablaba de dinero, antigüedad y encanto, sin embargo, aún no podía ver a Q en los artefactos, estatuas, ni tampoco en las plantas exóticas alrededor de las habitaciones.

Q las mantenía cerradas. Esperaba explorar, quería encontrar respuestas, pero sólo encontré confusión.

La canción francesa me perseguía a cada paso, gemidos conmovedores y sonetos esperanzadores.

*¿No puedes ver mi situación, cuando lo único que quiero hacer es luchar?,
Me pintas en una luz que nunca puedo ser. Vengo encadenado con sombra, consumido de ira y fuego. Estoy a punto de romperme, el impulso está temblando, violando. Yo soy el diablo, y no hay esperanza.*

La canción se redujo a silencio, dejándome con el corazón acelerado. Por instinto, abrí una puerta enorme y entré en el paraíso. Un invernadero, del tamaño de una casa de cuatro dormitorios, me daba la bienvenida con cristal abovedado y árboles como rascacielos de palmeras.

Sonidos de un río gorgoteando y una cascada pequeña detrás del follaje exuberante. Estrellas brillaba a través del techo de cristal interminable - sin luna esta noche.

Mi cabeza ladeada, escuchando. ¿Qué es eso? Píos, sonidos, chirridos y silbidos.

Batallé con las hojas hasta que me encontré cara a cara con un aviario de dos pisos.

Aves brillantes revoloteaban y cantaban, felices en su jaula. Muchos de ellos listos para la noche, cabezas metidas bajo las alas, sus pequeños pechos como torbellinos.

Miré más de cerca. Esperaba ver loros y periquitos, vi nubes de gorriones, codornices, reyezuelos, y mirlos, cubrían el aviario. Criaturas aladas comunes, pero igual de complejas y perfectas.

Tenía que saber lo que significaban los pájaros. Mi mente se lanzó de nuevo a la pintura del mural y los gorriones en el pecho de Q. El tatuaje más increíble que jamás había visto. Se habrían necesitado incontables horas para hacer esa pieza, a diferencia de la mía que sólo tardó diez minutos.

Frotando mi código de barras, me preguntaba si podría cambiarlo. No quería que me recordaran lo que pasó... era el pasado, y la esclavitud con Q no se podía comparar.

Una ola de culpabilidad burbujeaba mientras corría un pulgar sobre las líneas negras. No podía dejar de pensar en las otras mujeres, donde terminaron, a quienes pertenecían ahora; dolía demasiado.

Un gorrión cantó una nota, aterrizando en una rama cerca. Sus ojos negros e inteligentes me evaluaron, su pequeña cabeza ladeada.

¿Qué estás pensando pajarito? ¿Tu si conoces a tu amor? ¿Me puede decir quién es?

Se balanceaba en la rama, y luego se fue volando, dejando una ráfaga de plumas.

Los altavoces crujían mientras comenzaba una nueva canción.

Un profundo ritmo erótico, vibrando en el aire.

El bajo tan pesado, dejando estremecimiento con el sonido. Me dolía el cuerpo, necesitaba alivio. Mi sentido del oído le pertenecía a Q. ¿Sabía que la canción me frustraba como el infierno, necesitándolo, queriéndolo?

Me negué a llevarme a mí misma a un orgasmo, pero si no venía pronto, me gustaría cazar su culo hacia abajo y hacerlo romper con su estúpida promesa. Me gustaría ganar la competencia, sin revelar mi nombre.

Observando las aves, mis dedos se arrastraron hacia abajo a donde Q me había cortado con las tijeras. El corte se había ido, pero quería otro. Quería áspero y salvaje. Quería contusiones y cortes, amplificando la emoción de placer.

Quería que él me diera palmadas de nuevo.

“Esclave. Que fait tu ici?”(¿Qué estás haciendo aquí?)

La voz de Q vibró. Toda inmediatamente apretada, licuada, en respuesta. No podía ver a través del follaje espeso, y gire en un lento círculo, buscando.

“¿Cómo sabías dónde estaba?” Me asomé en la bruma de color verde oscuro, tratando de ver más allá.

Él se rio entre dientes; era baja, ronca. **“Toda esta casa tiene cámaras. Nada sucede sin que yo lo sepa.”**

Debería haberlo sabido. Sr Control Freak Mercer mantiene el control sobre su imperio. ¿Mi habitación tenía cámaras? Quería preguntar si él veía mis pesadillas, si él contaba las horas que me quedaba levantaba para él, sólo que él nunca aparecía.

Q apareció, emergiendo desde detrás de una palmera. Llevaba un traje de lino blanco, sin arrugas estropeando su perfección. La camisa gris parecía como un día de frío invierno, destacando sus ojos claros.

Él llevaba una carpeta de cuero negro en la mano, presionándola contra un muslo.

Mi culo picó con una fantasía de ser golpeada con el archivo cargado como un reguero de pólvora.

Suspiré, sonriendo ligeramente. Todo era exactamente como debía ser. Mi lugar en el mundo estaba al lado de Q. Lo acepté. Había pasado demasiado tiempo. Mi cuerpo se calentaba, fundiéndose, recordando sus demandas, la forma en que me golpeaba mientras se venía.

Él dijo que quería hacerme gritar. Después de dos semanas de soledad, lo dejaría con mucho gusto.

Q se acercó, con los hombros rígidos, los ojos tensos. Fruncí el ceño por las líneas de tensión en su frente y su boca. Su mirada se encontró con la mía, pero en lugar del suave jade de costumbre, estaban descoloridas, aguados como cal, palpitantes de dolor. Hice una pausa. Yo conocía esa mirada, la sufrí yo misma.

Q tenía migraña. **“No deberías estar aquí.”** Él suspiró, arrastrando una mano por el pelo corto, su cara tensa y cansada.

Mi corazón se aceleró. Se veía humano. Náufrago. El cruel, y confuso amo estaba escondido debajo de un exceso de trabajo, hombre herido.

La ternura se levantó; quería cuidar de él, desaparecer su estrés. Estaría enojado dominando esta noche pero no me importaba. Al ver a Q de esta manera me dio otra pieza del rompecabezas. Mostró lo profundo de mis propios sentimientos. Todas las emociones normales en lo que concernía a Q se habían ido: el miedo, la conciencia, el dolor... todo oculto bajo la necesidad de calmar.

Dejando a los pájaros ruidosos en la pajarera, me acerqué y le di un beso muy suavemente en la esquina de su boca. **“No estás bien.”**

Sus fosas nasales se abrieron y él se echó hacia atrás. **“Mi bienestar no es de tu incumbencia.”**

Fruncí el ceño, cruzando los brazos. **“Tu bienestar es mi preocupación. Y te voy a decir por qué. Si te enfermas, ¿qué me pasará? ¿Dónde voy a ir? ¿Con quién debo terminar?”** Q se movió, sus ojos se dirigieron a la jaula de los pájaros. Sombras alrededor de él, y yo tratando

de leer sus secretos. ¿Por qué no podía dejarme ver todos los lados de él? ¿Qué demonios estaba escondiendo?

“Estoy bien. Nada me va a pasar, ni a ti tampoco.” La ira ardía en sus ojos. Le ofrecí comodidad, y él no la quiso. Excedí el límite de esclava temerosa a un igual, y me molestó que no me dejara.

Me di la vuelta, caminando por la puerta. Maldito bastardo. Si quería mentir y revolcarse en el dolor, bien por mí. No significaba que tenía que quedarme alrededor y preocuparme. Si quería que me quedara en mi cajita de posesión y no quería a una mujer que podría ayudarle. Lo haría.

“¡Espera!” Hizo una mueca, dejando caer la carpeta. Eché un vistazo a la salida. Debería irme. Yo ya no quería inmiscuirme en el espacio de Q, viendo que él no me quería. Q gimió ligeramente, frotándose las sienes.

“No quise hacerte daño, no estoy acostumbrado a que las esclavas vaguen alrededor, hurgando en mis cosas.” Él sonrió ligeramente. **“Eres inquisitiva, voy a darte eso.”**

Fui insultada y feliz al mismo tiempo. Mis pies se volvieron, y fui a pararme frente a él. Tratando de parecer fría y no afectada por su dolor, me agaché para recoger el archivo, pasando de él. Él lo aceptó con una pequeña inclinación de cabeza.

“¿Tomaste algunos analgésicos? ¿Debo encontrar algunos para ti?” Pregunté a Suzette donde tenía las aspirinas. No es que eso ayudara, al menos, no para mí. La única cosa para romper una migraña era un masaje de cabeza con mentol y una siesta para disipar el dolor. Q hizo un gesto para que yo caminara al frente. Obedecí, caminando a través del crecido conservatorio hasta que nos detuvimos en una pequeña zona al lado de un gran estanque, con una suave cascada.

Q gimió y se encorvo en un sillón, suspirando profundamente. Lanzó la carpeta a la mesa de café a juego, colocando sus piernas en la parte superior. Con otro suspiro, extendió su largo cuerpo, como si sacando los problemas ayudara a quitar su dolor de cabeza.

Yo no sabía lo que quería, si debía salir o quedarme, pero una idea emprendedora apareció en mi cabeza. Q no estaba tan cerrado como normalmente era. Si me quedaba y le ofrecía ayuda, él podría derramar algo.

Sentándome en la silla al lado de la suya, vi cómo su frente se arrugaba con los ojos cerrados. Nos quedamos en silencio, escuchando los suaves ruidos del agua. Q cambió, frotándose el cuello con dedos fuertes.

Me puse de pie, moviéndome detrás de su silla. No pensé cómo reaccionaría al tocarle sin permiso. No dejé que mi mente vagara en retribución, sólo con la necesidad de ayudar. ¿De verdad quieres hacer esto? Si me importaba, abrir mi corazón para otro lado de Q, no podría escapar de los nuevos sentimientos por él. Si lo tocaba, era porque yo quería, no porque tenía que obedecer.

La dinámica de nuestra relación retorcida debía cambiar las cosas a más suaves.

Sin su conocimiento, Q me daría lo que precisamente necesitaba para permitirle herir y abusar de mí con el sexo. Si él me daba suave, podría darle duro. Su inclinación en mí me dio la luz que necesitaba para mitigar la oscuridad que abrazaba.

Cada pensamiento trepó por el espacio, y yo pausadamente trataba de averiguarlo.

Q contuvo el aliento ásperamente, encorvándose más en la silla. Tomé mi decisión. Si me importaba, él podría abrirse. Me podría ver menos como una esclava y más como... Tess. Dios mío. Quería decirle a Q mi nombre. Quería oírlo susurrar con amor. Oírle ordenarme en su sexy voz de control. A gritar mi nombre cuando él me cogía bruscamente. Yo ya no quería ser sin identificación ¿Qué me está pasando? Mis manos bajaron a la cabeza de Q, los dedos escabulléndose por el casi cabello-piel. Gemí con lo suave que era. Me tambaleé, queriendo oler, drogándome con sus cítricos y aroma de sándalo.

Se quedó inmóvil, con las manos cubriendo las mías. **“¿Que estás haciendo, esclave?”**

Tess. Mi nombre es Tess.

Añadí presión, masajeando el cuero cabelludo con movimientos firmes. Se estremeció bajo mi tacto.

“Ayudo a liberar tu dolor de cabeza.” Deslizando mis dedos más abajo, ahuecando la base del cráneo, me incliné hacia delante y le rocé la oreja con los labios. **“Si me dejas”**

Q contuvo el aliento, el pecho luchando contra su traje. Mis rodillas bloqueadas mientras la lujuria se encendió caliente y retorcida en mi vientre.

Apreté mis manos, bordeando sobre el dolor, antes de caer lejos, concediendo permisos. La emoción por haberme permitido hacerlo me hizo marear. Apreté con más fuerza, haciendo remolinos con las yemas de mis dedos, añadiendo un toque de clavo.

Q gimió, con los ojos cerrados a la deriva mientras corría mis dedos hacia abajo a la parte superior del cuello todo el tiempo presionando, persuadiendo, robando el dolor a través del tacto.

Corrí mis manos de la base del cráneo, a todo el camino hacia la parte delantera de su frente.

“Ouf, une sensation incroyable.” (Ouf, es una sensación increíble)

Él gimió más fuerte a medida que rodeaba en sus oídos, presionando los dedos contra sus sienes. Las mariposas revoloteaban en mi estómago. Me preocupaba de mi amo, y le gustaba. ¿Me recompensará?

Sonreí suavemente. Q había ganado. Ganó la batalla de voluntades mediante la concesión de su vulnerabilidad. Le daría mi nombre, la próxima vez que lo pidiera, no porque me lo exigiera, sino porque quería

Mi espalda me dolía mientras le masajeaba, presionando, amasando. Seguí adelante.. Al final, él cubrió mis manos otra vez, ordenando en voz baja, **“Puedes sentarte ahora. El dolor se fue un poco. Merci.”**

No quería parar; estar sobre él me daba un sentido de propiedad. Con una última caricia, obedecí y me senté en una silla.

Observó con entrecerrados ojos. Las líneas en la frente disminuyeron, y la tensión alrededor de su boca era menos prominente ahora. Los ojos todavía estaban magullados, pero no eran de cristal.

Nos miramos, la lujuria hizo chispas, ambos incapaces de mirar al otro lado. Q era el nubarrón negro, chupándome hacia él como si fuera un gorrión volando rápidamente.

La diferencia entre su tatuaje, y ahora, era que yo quería dejar de volar y dejar que la nube me capturara.

“Gracias, esclave.” Él bajó los ojos, sentado recto en la silla.

Un escalofrío bailó en mi piel, y alcancé la carpa, dándome algo que hacer.

Q observó con ojos ilegibles. Infiltré miradas mientras yo jugueteaba con el archivo. Yo cambié nuestra relación por tendencia. Era su esclava, no debería tener nada que ver con él, y mucho menos ser su enfermera. Pero el saber que mi maestro, mi enojado, loco y lujurioso amo me dejara cuidarlo, me puso húmeda y con hormigueos.

Mi mente, trataba de averiguar mis sentimientos. *¿Por qué cuidar de Q me hacía poderosa y contenida y perdida, todo al mismo tiempo?*

Q no dijo una palabra mientras abría la carpeta, mirando dentro.

Fruncí el ceño ante el texto francés garabateado. Podía entender el francés hablado con facilidad, pero no era muy buena en la lectura.

Q avanzó poco a poco, conectando las manos entre mis muslos abiertos. Al igual que lo hizo cuando llegué por primera vez y él aseguró la tobillera de seguimiento en mí. Mi tobillo picaba, pensando en el dispositivo, divertida cómo me había acostumbrado a él. Era mi manta de seguridad, saber que Q siempre vendría por mí, al igual que me decía en mis sueños.

Señaló en la parte superior de la página un logo destacado: una silueta de aves en vuelo con un fondo de rascacielos **“Moineau Holdings,”** dijo Q.

Mi ritmo cardíaco se aceleró. Le miré a los ojos. **“Propiedades Gorrión”**

Él asintió con la cabeza, abriendo la boca para responder, luego se detuvo. Se aclaró la garganta. **“Dijiste que sabías acerca de propiedades. Este es mi legado. Poseo más de quinientas adquisiciones en menos de doce años.”** Sus ojos vidriosos. **“Tomé más cuando tenía dieciséis años. Gobierna mi vida, pero estoy agradecido por lo que me da a cambio. Soy capaz de hacerlo por el dinero.”**

Nunca había hablado así. No me podía mover, en caso de que rompiera el hechizo y se callara. El orgullo llenó su mirada; por una vez, el aura de ira y auto desprecio se fue, asfixiado bajo un poder que gobernaba un imperio.

“Solía ser llamado Mercer Conglomerados cuando mi padre era dueño de ella.” El odio engrosado en su voz, curvó sus manos. **“En cuanto murió, lo cambie. No sólo el nombre, sino la totalidad de la estructura de la empresa.”**

Se hizo el silencio, y yo no quería hablar, moverme, o traer cualquier atención a mí misma. Q me hablaba como si fuera algo más que un juguete sexual o pertenencia. Él me permitió ver la pasión en su corazón por una empresa de la que no sabía nada.

Él hizo alusión a una riqueza que no podía comprender, y una vida de servidumbre a una empresa donde estuvo desde un adolescente.

Q erizado de cólera, mencionaba a su padre. La curiosidad me quemó, y me hubiera gustado saber lo que había sucedido. ¿Su padre le pegaba?

Parpadeando recuerdos, él hizo un gesto con la mano en la carpeta. **“Léelo. Me gustaría saber tus pensamientos sobre esta adquisición en particular.”**

“¿Qué?” Dije con tono incrédulo. Me quedé mirando la carpeta como si me robara el título de esclava y me arrojara a un empleado. Yo no quería ser empleada de Q, pero lo quería igualmente. Entonces respóndele... te lo está pidiendo como mujer, te está observando.

Con el corazón acelerado, miré la página, siguiendo el logo de gorrión con un dedo tembloroso.

Q respiró con fuerza, frotándose la sien. **“Te estoy preguntando lo que piensas, esclave. Estudiaste factibilidades de propiedad en la universidad, ¿no? A menos que mintieras sobre eso, también.”**

Su indirecta de mentir sobre mi nombre me irritó. Estoy lista para decírtelo. Sólo pregunta. El mal genio me llenó, golpeando lejos mis nervios. Q quería mi opinión, sin embargo, no estaba dispuesto a darme derechos como humano. Mis ojos brillaron.

“¿Me lo estás pidiendo? Al esclavo que nunca dejarás salir de la casa, o usar un teléfono, o usar internet. La chica que aceptaste como un soborno.”

Horror estrangulado y finalmente sabía que había sido un soborno.

Mis labios se curvaron mientras miraba de nuevo a la carpeta.

“Yo era un soborno para un contrato de construcción, ¿no es así?” Frenéticamente hojeaba las páginas, esperando respuestas. **“El ruso me regaló por algo ilegal.”** Mi tono ardiendo, medio santurrón. **“¿Qué estuviste de acuerdo en hacer?”**

No podía pensar con claridad; no era nada más que una transacción comercial, sin embargo, Q disparó al ruso por hacerme daño. ¿Donde están sus lealtades? ¿Conmigo, su esclavo, o con las personas que él había hecho una fortuna?

Q se enderezó, retirando la conexión entre nosotros.

“Eso no es de tu incumbencia. Te estoy preguntando sobre esta fusión. No otra.”

Negué con la cabeza, incapaz de dejarlo ir. Finalmente tenía una respuesta, y el resto comenzó a caer en su lugar. **“¿Es por eso que tienes otras chicas? ¿Aceptas a las mujeres como sobornos para permitir que los edificios y cosas que no deberías meterte por una aprobación de ganancia?”** Soplé con fuerza; todo tenía sentido. **“¿Qué pasó con las otras chicas?”** Mis ojos volaron al aviario, escondido detrás de follaje. **“¿Por qué estoy sólo yo en esta casa? ¿Me echaras cuando te canses de mí? ¿O esperarás a que llegue una mejor sustituta?”** Q miró hacia un lado, lo que desató la ira. Mis manos se cerraron, queriendo darle una bofetada.

“¡Dime la verdad! ¿Qué será de mí?”

El miedo al futuro, convirtió a mis pulmones en silbidos inútiles. Pensé que si Q vino a cuidar de mí, me mantendría, y que nunca tendría que volver a entrar en el mundo. Pero, una vez más, el tejó una mentira. Yo nunca sería capaz de permanecer aquí permanentemente, a medida que llegaran más chicas. Más contratos se firmaron.

Alguna otra esclava debería abrir las piernas para Q, para golpear y follar.

La oscuridad tiñó mi visión como pánico apresurado. Si usara mi bienvenida, estaría ya fuera, o asesinada o vendida a otro.

Q sentado, mortalmente quieto, mirándome romper. Se pellizcó la parte de arriba de la nariz, tratando de encontrar alivio del dolor de cabeza. **“Piensas mal, esclavo, y no estoy de humor para enderezarte.”**

Dios mío, estaba tan feliz de no haberle dicho mi nombre. Sería inútil para él. A él no le importaba. Apuesto a que él llamaba a todos sus sobornos esclavo, porque no las mantenía un largo tiempo suficiente para conocer sus verdaderas personalidades.

Mi corazón se rompió. Me puse de pie, sosteniendo mi mano. **“Quiero que me devuelvas mi pulsera. Quiero que me dejes ir.”**

Q se rio entre dientes, haciendo una mueca. **“El brazalete es mío. Al igual que tú eres mía. Pensé que lo habías aceptado.”**

“Nunca. Mientes. Todo sobre ti son mentiras. No quiero un maestro que no es sincero. Me merezco algo mejor.” El impulso de herir me hizo gritar. **“¡Quiero un maestro que me compre! No que me acepte porque no tiene otra opción.”**

Sus ojos brillaron peligrosamente; gruñó.

“Retráctate o voy a hacer tu cautiverio largo y lleno de dificultades.”

Me entraron ganas de reír, o llorar, o ambas cosas. De alguna manera, la amenaza sonaba como una mentira. Si lo decía en serio, seguramente lo habría hecho terriblemente indecible ahora ya. Durante dos semanas, no me había tocado, mientras le rogaba en mis sueños que me atara. Las canciones que él ponía sobre vivir con los demonios e impulsos incontrolables eran una mierda.

Era un hombre de corazón frío que bromeaba y engatusaba, mostrando destellos de la mujer que podía convertirme, antes de abofetearme hasta la nada.

Yo estaba harta. Q tensó la mandíbula, y se puso de pie en un movimiento fluido.

Él me golpeó tan fuerte, que mi cuello crujió dando la vuelta.

Las lágrimas brotaron mientras ahuecaba mi ardiente mejilla. El miedo ahuyentó mi pelea y me encogí. El rostro de Q rabió con angustia e innegable hambre. Se frotó la palma de la mano, sonriendo sombríamente.

“No puedes hablar de esa manera y no ser castigada, esclave.” Agarrando la parte de atrás de mi cuello, me tiró hacia adelante. Su lengua capturó una salada lágrima. **“La primera cosa sensata que te he visto hacer.”**

Su acento era bajo, exótico, convirtiendo su alabanza en oscura y sensual.

A pesar de mi dolor y rabia, su voz se envolvió alrededor de mi corazón. Luché contra las visiones de luchar contra el más duro, empujándolo al suelo, sentarme a horcajadas, rogándole cumplir la pecaminosa promesa que daba a entender.

Pero mi miedo al abandono gobernó más fuerte. Incliné la cabeza. **“¿Qué es?”**

Q me dejó ir. **“Reconóceme. Mírame. Yo soy tu maestro.”**

Mi garganta se cerró, luchando contra la injusticia. Él era mi maestro, pero ¿por cuánto tiempo? Nunca lo haría. Nunca podría. Él nunca me vería como Tess. Como una niña. La mujer que se negó a inclinarse ante nadie. La mujer que era algo más que un maldito soborno.

Lo miré. **“Mírame. Yo no soy tuya para que me atormentes”.**

Nuestros ojos se encontraron, mirando con una batalla de voluntades. ¿Cuántas de estas peleas verbales debíamos tener? Mi respiración era dura mientras Q ardía con negro deseo. El aire crujió con impulsos monstruosos; hasta los pájaros callaban.

Mi cuerpo se calentaba, calentaba, se derritió. No, no voy a revelarme. No podía dejar la seducción construirse entre mis piernas, o fantasías lanzándose en mi mente retorcida.

Había pasado mucho tiempo desde mi último orgasmo. Yo misma me había salvado de Q, ahora no quería que me visitara de nuevo.

El remordimiento y la culpa me chuparon dentro de un pozo. ¿Cómo podía creer que Q podría ser el único para mí? Él no hacía que mi alma cantara. La hacía llorar, y gritar, y destruirse en pedazos.

“Te odio.”

“No, no lo haces. Sólo que no quieres verlo.”

“¿Ver qué?” Le espeté.

Agarrando mi muñeca tatuada, me tiró contra él. Su cuerpo estaba lleno de calor infernal.

“Tu eres mía. Puedo hacer lo que quiera contigo. Puedo vestirte. Follarte. Enviarte lejos. Prestarte a los demás. Me perteneces. Y por fin te has dado cuenta de que no es romántico, ni es sexy, o divertido. Es algo que nadie debería querer o desear. Eres una prisionera.” Me sacudió, el dolor de cabeza grabado en sus ojos con dolor. **“Mi papel como tu maestro es corromperte hasta el punto de no tener sentimientos, ninguna emoción, sin esperanzas o sueños. Yo te digo que folles a otro hombre, y tú preguntas por cuánto tiempo. Te digo que uses algo, y tú me cortas con desafío. Aprecias lo que te doy. Eres mía, esclave. Y no es un puto feliz para siempre.”**

Me soltó, empujándome hasta que tropecé. **“¿Cómo se siente enfrentarse a la verdad?”**

No podía respirar. Frente a la verdad estaba aterrada, más que nada. En ese momento, me creí todo lo que me había dicho. Él podría ultrajarme hasta el punto de estar vacía. Tratándome felizmente como un zapato o una maleta.

Yo no era nada. Q avanzó, haciendo una mueca de dolor. **“De rodillas, esclave.”** Apretó la dura mano en mi hombro. Yo estaba demasiada aturdida para patear o correr. Tantas emociones en un corto periodo de tiempo. ¿Qué demonios había pasado? Antes, quería oírle llamarme Tess, al siguiente, quería que estuviera muerto. No podía mantener el ritmo.

Q me obligó a ponerme de rodillas. **“Desabróchame los pantalones.”**

Creía que nunca iba a encontrar entumecimiento de nuevo, pero mientras titubeaba con el cinturón de Q, la nube de indiferencia me arrastró. Mi corazón se aceleró cuando abrí la cremallera, tirando de su dura polla, pero mi mente se quedó en blanco.

Q se balanceó sobre sus pies, empuñando mi pelo para mantener el equilibrio. **“Chúpame. Haz que mi dolor de cabeza desaparezca por otros medios.”**

Miré hacia arriba, rodeando los dedos alrededor de su caliente circunferencia. Un pensamiento no interesante brilló en la inexpresividad. O era muy valiente, gritándome y esperando que yo le chupara y no le mordiera, o simplemente era increíblemente estúpido. No me importaba, de todas formas, obedecí

Bombeé una vez, arrastrando las rodillas hacia adelante para traer su punta a mis labios. Q exhaló pesadamente, empujando las caderas hacia delante.

Lamí su hendidura, degustando su salinidad. El sentido tratando de dispararme de nuevo a la realidad. Podía mantenerlo contenido mientras chupaba. Yo podría morder y causar un dolor inconmensurable. Podía hacer un trueque por mi libertad.

Abriendo la boca lo metí profundo hasta mi garganta. Él gimió, tirando de mi pelo mientras apretaba su culo. Yo podría morder, pero no quería. Incluso ahora, mi cuerpo me traicionaba. Yo temblaba con lujuria, tiñendo una vacante de deseo.

Me retiré, lo tomé, lamiendo.

“¡Oh, mierda!”

Me quedé inmóvil; Q se echó hacia atrás, sosteniendo su húmeda polla.

Suzette se quedó parada, con la boca abierta.

“Lo siento! Yo eh...” Girando, murmuró, **“No quise interrumpir.”**

Me sacudí sobre mis talones, manteniendo mi cabeza hacia abajo. Q estaba lívido, mientras se subía los pantalones. Hizo una mueca cuando llegó la cremallera excesivamente cerca de la piel sensible.

“¿Qué carajo?”

Ella se recuperó, mirando al techo, con los dedos revoloteando a los costados.

“Lo siento, pero hay algunos hombres que quieren verte, maître.”

Q respiró con fuerza, alisando su cabello y traje, mirándome tan intensamente que se sentía como otra bofetada. Mi mejilla escocía en respuesta. **“Échalos. No estoy dispuesto a aceptar huéspedes, tan tarde.”**

Suzette miró sobre su hombro, el alivio en su rostro. Girando en todos los sentidos, ella me miró con su alma desnuda.

Los latidos del corazón galopaban fuera de control. Los instintos gritando dentro y quería bloquear mis oídos. Las amenazantes palmeras parecían unas pulgadas más cerca, ramificándose con fatalidad.

“No se van a ir, Q. Tienen una autorización.” Se dio la vuelta para mirarla.

“¿Autorización?” Golpeé una mano sobre mi boca. Mi mundo explotado. La policía. Brax. Él escucho mi mensaje. ¡Estaba vivo! ¡Brax estaba vivo y había enviado a alguien para rescatarme!

Mi corazón se resistió; No podía pensar. No podía respirar. No podía hacer otra cosa que arrodillarme. La desesperanza me apretó cuando Q se volvió hacia mí lentamente. Me marchité. Las consecuencias de haber huido, una vez más me arruinaron la vida.

La policía había ido a por Q. Arruiné su vida, así como él arruinó la mía.

Eso no es cierto, y lo sabes. Él te hizo retroceder en tu vida. Él te presentó a una nueva vida. Una vida mejor. Obligué a mi cerebro a estar tranquilo, arriesgando un vistazo a Suzette. Sus ojos se llenaron de decepción y tristeza abrumadora. Me doblé más cerca del piso, odiando traicionarla. Ella rompió el contacto visual, mirando a Q.

“La policía cree que usted ha secuestrado a una chica llamada Tess Snow,” susurró Suzette, con voz quebrada. Ella dio dos pasos airados hacia mí, pero Q levantó su brazo.

“¿Cómo pudiste? Tú, tú...” Se interrumpió, torciendo la boca con pena. **“Todos confiamos en ti.”**

Mi vida estaba destrozada por cuarta y última vez.

Q se quedó inmóvil, todo rastro de dolor y emoción se había ido. **“¿Ese es tu nombre?**

¿Tess?”

Mi cuerpo se fisuró con anhelo. Él dijo mi nombre. Finalmente, después de casi dos meses de esclava. Salió de su lengua con un hermoso toque francés; quería su lengua en mi. Quería olvidarlo todo, fingir que nunca dijo ese tipo de cosas horribles o que yo llevé a su vida y a su negocio a la ruina. Quería darle mi corazón y olvidar.

“Tess...” susurró Q, antes de mostrar los dientes. Las sombras lo encubrieron y el aspecto de la traición me golpeó más que cualquier látigo. **“¿Llamaste a la policía?”** Sus hombros se hundieron, y el dolor que escondió me agobió nuevamente.

Suzette se apoyó en él; él le dio la bienvenida, tirándola hacia sí.

Mi cuerpo se rebeló mientras los celos brillaban fuertes. ¿Cómo se atrevía a encontrar consuelo en su criada? Yo era su esclava. Quería que encontrara consuelo conmigo, incluso aunque yo fuera el porqué de su ruina.

Él asintió con la cabeza. **“Que así sea.”**

CAPÍTULO 19

Jilguero

Q y Suzette se fueron.

Sin ninguna mirada y sin ninguna palabra, Q me dio la espalda y salió de mi vida.

Me dolían las piernas, pero no era nada comparado con la angustia paralizante.

Yo sería feliz. ¡Brax estaba vivo! Pero yo estaba muerta para mi maestro y no sabía lo que él futuro me deparaba. La policía le arrestaría. Me llevarían de vuelta a Australia, y me devolverían a una vida falsa, una vida que ya no quería.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero había un charco de lágrimas en el suelo de mármol debajo de mí.

Tú has hecho esto. Tú corriste porque sabías que no era correcto. Q no estaba bien. Traté de convencerme a mí misma, para abrazar mi libertad, y dejar esta casa donde sucedieron tantas cosas malas, pero no podía reunir la energía.

Tropezando con mis pies, me estremecí. Las aves estaban en silencio y el mundo de las plantas estaba en silencio haciendo que pareciera que era la única viva ahí. Nadie me quería. Mis problemas crecieron, inundándome con miseria.

Aturdida, caminé desde el jardín, a través de la sala de fotografía, y por el largo pasillo. Cada paso se sentía como si me dirigía a la soga del verdugo. No quería volver a ver a Suzette de nuevo, no podía enfrentar su furia y sus lágrimas. Ella amaba a Q y yo lo había condenado a la cárcel. No me volvería a llamar *Ami* de nuevo.

No quería que Q fuera a la cárcel. Él era muchas cosas, pero no se merecía lo que le hice. Podía haberme roto, podía haberme violado como el bruto, pero nunca lo hizo. Luchó contra sus deseos para garantizar que permaneciera entera y fuerte. Él sacrificó todo por una humilde esclava.

Mi estómago se encogió y me doblé por la mitad. ¿Qué he hecho? Me había desalojado a mí misma de una casa que quería, a un mundo que no me quería. Volver a ver a un hombre que nunca podría darme lo que necesitaba. Volver a una media existencia.

Las lágrimas se deslizaron por mi cara. Huir había sido un desastre. La ira estalló hacia Franco. Esto era todo culpa suya. Si me hubiera vigilado mejor, nunca habría podido irme. Él debería haberme sorprendido, antes de haber arruinado tantas vidas.

Mis pensamientos fueron hacia Brax. La culpa me envolvió. ¿Cómo habían sido los últimos meses para él? Debería odiarme por romper mi promesa, le dije que nunca me iba a ir, pero lo hice. La primera vez no fue por propia voluntad, pero la segunda sí.

Las imágenes de Brax, me angustiaron y me rompieron el corazón. Mi cerebro se negaba a cortocircuitarse pensando en él.

Q se consumió una vez más, me deslicé por la pared, y envolví los brazos alrededor de las rodillas. ¿Qué pasaba si la policía se lo llevaba ya bajo custodia? Nunca le volvería a ver. Oh, dios. ¿Me llevarían a declarar? No podía. Yo no.

Sin duda, me odiaría por toda la eternidad, y él desearía que el bruto me hubiera matado y enterrado debajo de las patatas.

Mi corazón murió.

Quería todo de él. Quería la dominación. El enfado. Pero también quería amor. Necesitaba la conexión que me ofrecía hace apenas media hora. Un breve vistazo a su lado más suave, un lado que quería desesperadamente conocer. *Soy una chica estúpida, muy estúpida.*

“Esclavo. ¿Qué haces en el suelo?” Franco apareció con su brillante traje negro, y se puso en cuclillas delante de mí.

No podía mirarlo a los ojos. Él también estaría implicado. ¿Por qué la policía no los había reunido a todos? No había escuchado ni sirenas ni gritos. Suzette me dijo que sólo una orden había servido... tal vez... tal vez, ¿no hicieron nada?

Franco me dio unas palmaditas en el hombro, sus ojos de color esmeralda estaban tristes. **“Te arrepientes de haberte ido, ¿no?”**

Aspiré un sollozo, envolviendo los brazos con más fuerza. Franco había sido más que agradable conmigo. Fue estricto cuando llegué por primera vez, pero agradable de todos modos. Su fachada dura escondía un hombre que quería a su jefe por razones que estaba empenzando a entender.

Suspiró, y me quitó los rizos húmedos de las lágrimas de la mejilla. **“Está bien. No es el fin del mundo.”**

Negué con la cabeza. **“Es el fin del mundo. Mi mundo. El mundo de mi maestro. Tu mundo. Todo está roto.”**

“¿Es eso lo que estabas haciendo? ¿Cuando me enteré de que estabas en el café? ¿Estabas llamando a la policía?” Me preguntó, sin atisbo de ira, sólo curiosidad.

Respiré con fuerza. **“No. Llamé a mi novio. Yo iba a llamar a la policía, pero tú me encontraste.”**

Se puso tenso. **“Por lo tanto, ¿tú no has llamado directamente?”** La luz brillaba en su mirada. La culpa me presionaba cada vez más. Él quería creer que yo no había traicionado a Q, que no los había traicionado a ellos.

Susurré, **“Le dejé un mensaje al contestador de mi novio con el nombre de Q.”** Le miré a los ojos con dificultad. **“Yo iba a llamar a la policía, Franco. No dudaba de mi desesperación para correr.”** Pero incluso en mi desesperación, estaba en conflicto. Me acurruqué en una pequeña bola, metiendo la cabeza en mis brazos.

Franco se levantó, tirándome del codo, así que no tuve más remedio que levantarme. **“Puedes solucionar este problema.”** Me dijo mientras me tiraba por el pasillo. **“No es tu culpa, esclavo. Hiciste lo que tenías que hacer. Y, ahora... Creo que no lo harías de nuevo, y te perdono.”**

Miré hacia arriba, sorbiendo la nariz. ¿Había enviado a su amo a una vida de reclusión y me perdonó?

Me sonrió amablemente, los ojos verdes le vibraban en comparación con los humeantes ojos jade pálido de Q. **“Habla con la policía. Diles que fue un error. Que puedes reparar el daño que has causado.”**

La idea ardió con esperanza al rojo vivo; me lancé sobre él, agarrándole en un abrazo. **“¿Por qué no había pensado en eso?”**

Franco se rio entre dientes, alejándose, incómodo. **“Estás tratando con mucho, pero ahora...”**

No dejé que Franco terminara. Yo era la clave para salvar la vida de Q, su negocio. Había perdido mucho tiempo ya.

Volé.

Las pinturas estaban borrosas mientras corría por toda la casa. No iba a robar el sustento de Q. Mi lugar estaba a su lado. Lo había aceptado. Tenía que hacer que me perdonara y encontrar una manera de quedarme. Había metido la pata, él estaba en mal estado. Juntos, podríamos arreglarlo.

Me lancé a la sala. Estaba vacía.

Jadeante, hice una pirueta y corrí por el vestíbulo hasta la biblioteca. El vidrio ya no estaba claro, sino ocultando las personas que había dentro. No me importaba; pasé a través de las puertas.

Q levantó la mirada, sus ojos estaban nublados con el dolor. Dos detectives con ropa de civil estaban sentados frente al sofá de cuero.

Estando de pie, me sentía como una idiota, tratando de conciliar la imagen en mi cabeza de una horda de policías y Q esposado.

Las pequeñas bocanadas de humo de los cigarros languidecían el aire, mientras que el olor de brandy y licor me atormentaban. Yo no podía entender a los dos hombres mayores con bigotes, sentados, relajados y contentos, fumando como si estuvieran allí para una charla después de la cena, en lugar de un cargo de secuestro.

Q tenía una copa de cristal con un líquido ambarino chapoteando por los lados. Me observaba con los ojos entornados. Esperé a ver odio, una paralizante mirada de traición, pero no vi nada. Estaba remotamente distante, el perfecto e ilegible maestro.

Los hombres levantaron una ceja, mirándome de arriba a abajo. Se notaba que no tenían prisa; no paraban de beber y de fumar.

¿Qué diablos estaba pasando? Tenía que salvar el día, esperaba que Q estuviera golpeado y retenido, y me miraban como si yo fuera una intrusa.

Abrí la boca y rápidamente volví a cerrarla. Quería preguntarle qué estaba pasando, pero ¿qué podía decir?

Mierda, yo debería haberme inventado una historia. Estaba tan concentrada en salvar el día, como un dragón, luchando contra la princesa para salvar a mi caballero torturado, que no había considerado cómo.

El oficial que tenía un bigote fino y pesadas arrugas miró a Q, murmurando en francés, **“¿Esta es la chica?”**

Q apretó la mandíbula, mirándome con una mirada penetrante. Él asintió con la cabeza ligeramente. **“Esta es Tess Snow, si la estás buscando.”**

Mi útero se tensó al escuchar mi nombre en sus labios. Temblaba al escucharlo de nuevo. Di un paso adelante.

Q se levantó con un movimiento fluido, haciendo una mueca cuando la migraña se grabó en sus ojos. En realidad, no debería beber estando así. **“Vete, señorita Snow. No eres bienvenida.”**

La orden vertió sal sobre mis heridas ya doloridas. *No era bienvenida.*

Parpadeé mirando al otro policía. Parecía un padre tierno, y un marido cariñoso. ¿Cómo había reaccionado cuando se enteró de Q me tenía cautiva?

El hombre tormó un sorbo de licor, observando, como si Q y yo fuéramos una telenovela.

Esto no iba como yo esperaba. **“Quería aclarar algunas cosas, para que quede constancia. En caso de que tengan una idea equivocada,”** murmuré, haciendo caso omiso de cómo me miraba Q.

Los policías se miraron, y luego se encogieron de hombros. El del bigote gordo se deslizó hacia delante, el cuero crujió bajo su peso. Dejó el vaso y el cigarro en un cenicero de cristal, y dijo, **“¿Qué te gustaría aclarar, señorita Snow?”**

Luché contra la tentación de mirar a Q. Levanté la cabeza y dije, **“Si me puedes informar de por qué estáis aquí, puedo haceros saber la verdad.”** De ninguna manera iba a decirle cosas que ellos no sabían.

El del bigote gordo asintió con una sonrisa irónica. **“Muy bien.”** Cogió una libreta del bolsillo del pecho y la abrió. **“Estamos aquí porque la policía federal australiana se ha puesto en contacto con nosotros acerca de una mujer desaparecida que se parece a su descripción. A ellos les avisó Braxton Clifflingstone de su secuestro en México.”**

El oficial del bigote fino habló. **“Él dio pruebas detalladas de cómo le golpearon y cuando volvió en sí, te habías ido. Él también nos enseñó el mensaje que le dejaste, lo que implicaba al señor Mercer en tu desaparición. Como te puedes imaginar, hasta ese punto, el señor Clifflingstone estaba increíblemente molesto, pensaba que estabas muerta.”**

El del bigote gordo saltó. **“Estará aliviado al saber que estarás viva y bien.”**

Los dedos de Q se apretaron alrededor del vaso. No apartaba los ojos de mí, estremeciéndose con el nombre de Brax.

La policía dejó de existir, la biblioteca parecía más pequeña, atrapándome sólo Q y yo en nuestro propio mundo privado. Su poder me alcanzaba, con el rostro duro y severo, sus ojos estaban furiosos por la emoción. Me observó, no con traición ni odio, sino con soledad y comprensión.

Mis manos se cerraron, luchando contra el impulso de arrojarme a sus pies. Incluso sufría dolor de cabeza, Q vibraba con autoridad y sentimiento. Vislumbré lo mucho que yo significaba para él.

Su cuerpo llamaba al mío y como la esclava obediente que era, fui. Q se sacudió cuando le toqué los dedos, envolviéndolos con los suyos. Se abrieron sus fosas nasales, mirando por encima del hombro a los dos policías que estaban observándonos con duda.

Pero no me importaba. Tenían que ver lo que existía entre Q y yo. Ellos no podían entenderlo, mierda, yo tampoco lo entendía, pero vibraba en el espacio.

Los dedos de Q se elevaron desde el cristal, capturando los míos en un movimiento brusco. Me quemaba la piel; me quedé sin aliento, mirándole profundamente a los ojos claros.

Se enderezó y se puso junto a la chimenea. Mi corazón se aceleró, odiando su retirada. La desesperación reemplazó mi deseo y asentí con la cabeza. Me había dejado ir.

Odiaba a la policía por haber arruinado mi nueva existencia. Odiaba a Brax por finalmente encontrarme. Me odiaba a mí misma por ser demasiado débil.

Hablé en voz alta y verdadera. **“Soy Tess Snow, y me secuestraron en México. Pero este hombre...”** señalé a Q, **“Q Mercer y su ama de llaves me rescataron y me mantuvieron a salvo. Me alojé aquí por voluntad propia. El mensaje que dejé al señor Clifflingstone fue un error. Él lo entendió mal.”**

Me sentí mal al mentir sobre Brax, pero yo estaba concentrada sólo en Q, centrándome en reparar lo irreparable.

El del bigote gordo se puso de pie, asintiendo con la cabeza. **“Gracias por la aclaración, señorita Snow. Pero ahora, tenemos que hablar sólo con Quincy.”**

Quincy.

Quincy.

Mis ojos fueron hacia Q. Yo sabía su nombre.

Lo miré con tanto anhelo... sus labios estaban entreabiertos.

Algo se arqueó, se desató y se rompió entre nosotros. No podía respirar. Acepté todo lo que me dijo antes sobre poseerme.

Quería que me poseyera. *Quincy* quería compartir partes de su vida conmigo. Era Quincy quien habló sobre su negocio, fue Q quien me ordenó que se la chupara.

Lo quería tanto. Oh, dios, cómo lo quería tanto.

Las imágenes de Q tras las rejas, con nadie para alimentar su pajarera de aves, se estrelló contra mí. Casi me desmayé de rodillas para pedir perdón.

Cada emoción me ponía en carne viva; empezaron a caer las lágrimas. **“Por favor, no arresten a Q... Quincy. Él no hizo nada malo.”**

Entonces, huí.

CAPÍTULO 20

Tern

Di vueltas en la cama, aterrorizada de lo que traería la mañana siguiente. Después de correr como una cobarde, traté de espiar, pero las voces no llegaban hasta la escalera. Lo desconocido me perseguía y no podía quitar la imagen de mi mente de Q en una celda. Miré el reloj; mi corazón tartamudeó como un objeto defectuoso. 02:14 a.m. Nadie había venido a por mí. No había ruido de alguna señal de que Q había sido retirado por la fuerza de su casa. ¿Iba a sobornarlos para que cambiaran de opinión? Esperaba más allá de la esperanza que todo esto volara lejos, y que la vida continuara. Si no fuera así, me aferraría a la pata de la cama y me negaría a irme. Yo no quería volver a ver a Brax o a unos padres a quienes no le importaba. No sabía cómo funcionaba. ¿No exploraban la casa? ¿Cómo es que nadie exploró? No tenía sentido. Todavía estaba en la casa del hombre, al que Brax acusó de que me mantenía prisionera. De alguna manera, Q no podía ser arrestado. Él era más poderoso de lo que pensaba. Era una cosa desconocida.

A las dos y media, me di por vencida, no podía dormir. Cogí el bloc de dibujo, que me había dado Q, de la mesita de noche, y encendí la lámpara. Con un apretón doloroso en mi pecho, abrí páginas frescas y cogí un carboncillo. Mis dedos giraron el lápiz como un viejo amigo, pero me senté mirando el papel, perdida. Había tantas cosas que luchaban por conseguir espacio en mi interior. Quería correr, pelear o gritar. Quería pedirle disculpas a Q, y luego gritarle por hacerme sentir tantas cosas. Dibujar era mi salida, y quería plasmarlo todo en la página.

Poco a poco, mi mano emplumó trazos rápidos, seguido de toques más pesados, aquí y allá. Mientras trabajaba, recordé la liberación que me daba dibujar. Estaba calmada y relajada, ayudaba a calmar mi mente sobrecargada. Siguiendo las líneas y contornos de edificios de memoria, desaparecí en el terreno de la propiedad y de la arquitectura, encontrando un bendecido silencio entre la preocupación y la lujuria.

Fruncí el ceño mientras cometí un error, pero seguí adelante. Prefería bosquejar una fotografía o directamente en frente de un edificio, el sol en mi cara y el mundo zumbando alrededor. Sentada en la cama, esperando oír mi destino, hice un boceto de la mansión de Q. Dibujé su casa en el bloc que me regaló. Su gesto me agarraba el corazón; palpitaba por él. *Por favor, no lo detengáis.* Mi incierto futuro trataba de robar el oasis de calma y suspiré. ¿Suzette se había ido? No la había visto desde que entró de repente. Me estremecí al pensar que me habría pegado si Q no la hubiera detenido.

La noche se convirtió en mañana, sin embargo, no apagué la luz. Me acurruqué, dibujando como si el mundo se fuera a desmoronar si no lo hacía. La mansión pastel de Q cobró vida. Añadí apliques y yesería debajo de las amplias ventanas, capturando las rojas mejillas de querubines y compleja arquitectura. Normalmente, mi pasión radicaba en líneas nítidas de hormigón y acero, no de una mansión histórica, pero el dibujo sería uno de los mejores. Deseé poder dibujar seres humanos. Capturar la cara de Q en la página, su dureza, su postura. Pero nada, ni siquiera una fotografía perfecta capturaría la esencia de Q. Q era vibrante. Q era único. Q irradiaba... cuando Quincy se volvía humano. Yo no quería un humano. Quería a mi maestro. Un amante que me dominara.

El agotamiento peleaba con la tristeza, y me hundí más profundamente en las almohadas. Me quedé dormida con la almohadilla en mi regazo, y las manos manchadas de carbón ahuecando una mejilla.

* * * * *

“Esclave. Quiero decir... Tess.” Mi corazón se catapultó, bombeando sangre. Bruto. Conductor. Manos. Polla. Dolor. Pesadillas destrozadas, dejándome sin aliento, robando mi miedo. Una mano se posó en mi hombro, caliente y pesada. Me quebré. Gritando, golpeé, conectando con algo sólido. El dolor ardía en mi muñeca y me tiraba verticalmente, aullando. **“¿Qué carajo?”** La expresión de un hombre llenó la noche, el silencio. El olor a cítricos me golpeó, con el hedor de bourbon y brandy. Q se tambaleó hacia atrás. **“Merde. No tienes qque jodidamente maldecirme,”** dijo Q arrastrando las palabras, frotándose el pecho, subiendo borracho a la cama. Dios mío. Q.

Mi cuerpo se calentaba, incluso cuando mi mente me decía que tuviera cuidado. Él gruñó, balanceándose hacia el colchón otra vez, casi cayendo encima. Diablos, mi amo estaba ebrio. Yo sabía que él no debía beber con su migraña. Sus hombros estaban caídos, en lugar de rectos y orgullosos, sus ojos acristalados y acuosos. ¿No me digas que él ha estado bebiendo con la policía todo este tiempo? Me senté, empujando las sábanas y saliendo de la cama. Q parpadeó, sacudiendo la cabeza. Tropezó, agarrando un poste de la cama. Me acerqué a él con cautela, con las manos en señal de rendición y el corazón enrollándose.

“Q... métete en la cama, antes de que te caigas.”

Él se rio. Literalmente se rio como un niño pequeño. **“Tratas de aprovecharte de mi estado de intoxicación, esclave?”** Su acento francés se engrosaba, arrastrando las palabras. Tuve problemas para entenderle.

Me acerqué, y mi paladar atrapó el olor a alcohol. Se deslizó hacia atrás y se balanceó como una torre humana. Por el amor de Dios, ¿cuánto había bebido? Me lancé hacia delante y lo cogí, apoyándole con un hombro. El olor alcohólico hormigueó mis sentidos. Juro que estaba bien con eso. ¿O era su cuerpo caliente, duro, pecaminoso, presionado contra el mío? ¿O el olor almizclado de profundo After shave y sándalo?

Mi estómago se retorció mientras Q se apoyaba pesadamente, volviendo la cabeza para oler mi pelo. Suspiró. **“Huele tan bien. Tan jodidamente bien. Como la lluvia... no, no, como la nieve. Intensa, fresca, helada, fría y... y dolorosa.”** Cerró los ojos, voz se convirtió en un susurro. **“Amas causando dolor.”**

Mi corazón se detuvo. ¿Le hice daño? Era completamente al revés. Nunca sufrí tanto desde que me poseía. Ojos brillaron a los míos, arremolinándose de licor y persistente dolor de

cabeza. **“Eso es lo que eres. Dolorosa.”** Él se golpeó el pecho. **“Dolorosa para mí.”** Cerrando los ojos otra vez, frunció el ceño y tragó. Era Incapaz de hacer frente al remolino de sentimientos que tenía dentro, lo empujé hacia la cama. **“Siéntate antes de que te caigas,”** Respirando con dificultad, ayudé a bajarlo hasta que se acostó.

Él gimió, agarrando mi antebrazo cuando me aparté. Su agarre era una trampa mortal, y yo no tuve más remedio que sentarme a su lado, dejándole que me envolviera, sus calientes dedos fuertes alrededor del código de barras de mi muñeca. Estando cerca, con vacilación, corrí mis dedos a través de su pelo corto, disfrutando una vez más de ser capaz de tocarlo. Pensé que no volvería a verlo otra vez, estar a solas con él de nuevo. El hecho de que él no recordara visitarme en la mañana no importaba. Él estaba aquí. Ahora. En este espacio de tiempo, antes de que saliera el sol, era todo mío.

Él se calmó, ronroneando debajo de mi tacto suave. Desapareció la tristeza mientras me daba cuenta de que estaba a punto de dormirse. Tanto para tenerlo para mí. Él vino a gobernar mi cama y me dejó fuera en el frío. Su respiración se estableció, incluso bajó; me alejé distancia. Estaba dormido. En el momento en que me movía, sus dedos se apretaban en mi muñeca. **“Snow. Snow. Tu nombre después del invierno... mi temporada favorita.”** Me quedé helada. Habló sin tapujos. Voz más clara, pero todavía perdido en el alcohol.

“¿Por qué te gusta el invierno?” le susurré, con tanto miedo de que él pudiera caer en coma antes de contestar.

“La temporada donde todo muere, pero renace mejor que nunca.” Sus ojos se dilataron, alzándose a sí mismo en el codo, haciendo una mueca. **“Eso es lo que yo hago, lo sabes. Soy un invierno.”** No tenía ni idea de lo que quería decir, pero me quedé lo más silenciosa posible. *Por favor, sigue hablando.* Una extraña luz llenó sus ojos claros. **“cincuenta y siete,”** murmuró.

Los latidos del corazón se me aceleraron. De alguna manera, sabía que Q estaba a punto de abrirse. Él había bajado la guardia, lo que me permitía vislumbrar en su interior. Me lancé a modo de interrogación. Tratando de no mirar demasiado interesada, uní mis dedos con los suyos, acariciándolos muy suavemente. **“¿Cincuenta y siete qué, maestro?”** Sus ojos se cerraron y gimió, balanceándose hacia mi toque. Entonces sus labios temblaron y él se apartó. **“Maestro mo. Odio jodidamente esa palabra.”** Apretando la mandíbula, libró una guerra en su interior. Sus ardientes ojos jades me atraparon y no podía moverme. Su mirada borracha lo robó otra vez; suspiró con el peso del mundo. **“No es cierto. Amo esa palabra cuando yo soy tu maestro. Me encanta lastimarte, follarte, jugar juegos de la mente contigo. Me hace como él.”** Q apretó su puño, y grité cuando él se dio puñetazos fuertes en el pecho. **“Estoy enfermo. Nada más que malas vidas dentro.”** Él me agarró, arrastrándome cerca, casi presionando su nariz contra la mía. **“Pero tú viniste, y me hiciste aceptar la oscuridad.”**

No sabía lo que quería decir. No me gustaba la rabia y ese extraño brillo en sus ojos. Me sentí perdida y rompible. Tragando, cambié de tema. **“¿Por qué cincuenta y siete? ¿Qué representa ese número?”** Q se rio oscuramente. **“Chicas, por supuesto. Cincuenta y siete pequeños pajaritos congelé en mis heladas de invierno y deshíelo.”**

¿Chicas? ¿Era dueño y vivió con cincuenta y siete chicas antes de mí? Me puse celosa, y me congele. ¿Qué coño significaba eso? Mi cerebro se hirió. Las metáforas de Q borracho no tenían sentido. Nadie podía tener cincuenta y siete mujeres. Era monstruoso. Quería darle una

bofetada. **“¿Has sido propietario de cincuenta y siete mujeres?”** Él asintió con la cabeza, como si tuviera mucho sentido. **“Cincuenta y siete.”**

Un dedo conectó con mis pechos, grabando, dejando marca. **“Eres la cincuenta y ocho.”** Sus ojos me miraron el pecho y ahuecó mi carne con fiereza. **“La número cincuenta y ocho, que arruinó mi vida.”** Golpeé su mano lejos.

“¿Yo he arruinado tu vida?” Me consumió la rabia feroz, mezclado con celos, ahogándose en la angustia nerviosa. Mi corazón se negó a dejar de golpear a un billón de pulsaciones por minuto.

“¿Has dormido con cincuenta y siete esclavas y tienes la audacia de cuestionar con cuántos hombres he estado yo? Eres un puto hipócrita.” Me quité de la cama, enredando los dedos en mi pelo, infligiendo dolor para detener la agonía aplastante de la verdad. **“No tienes idea de lo jodido que me has hecho.”**

Q arrojó sus largas piernas de la cama, poniéndose de pie. Él rápidamente se dejó caer, sosteniendo su cabeza. **“Deja de chillar, esclave. Ven aquí.”** Siguió con la cabeza inclinada, pero una mano tendida, esperando que obedeciera. No esta vez. Había llegado a mi límite. Aceché y le golpeé. **“Tenía razón al llamar a la policía. Eres un hijo de puta.”** El oxígeno se quebró con la tensión mientras Q miraba a través de los párpados pesados. Sus dientes apretados y el borracho descuidado se transformó en borracho enojado. En un flash, Q se puso de pie, me recogió y me tiró en la cama. Grité mientras se desplomaba encima, sujetándome al colchón.

Él gruñó, **“¿Soy un hijo de puta? ¿No es eso un requisito para ser un maestro? ¿Ser cruel y inaccesible?”** Él trazó mi oído con su lengua, amarrándome en brandy. **“Me encanta tratarte sucio. Me pone jodidamente duro.”** Q arrastró su furiosa polla caliente contra mis pantalones cortos de noche. **“¿Puedes sentir eso, esclave? ¿Ves lo que me haces al pelear, al desafiarme? Estoy caminando duro necesitando castigarte, follarte, recordarte que tu lugar está debajo de mí para tomar mi corrida y darle la bienvenida a la palma de mi mano.”** Me empujó de nuevo, una sombra salvaje en el rostro. **“Cada momento contigo en mi casa es deliciosa y jodida tortura. Cada vez que te veo, deseo hacer que tu piel arda con dolor, tu respiración entrecortada de placer. Quiero hacer todo lo que yo no debería querer hacer. ¿Lo entiendes? Causas dolor inconmensurable mientras avivas la enfermedad en mí.”**

Mi mente se arremolinó con cada palabra; intenté empujarlo. Mis brazos eran débiles y temblorosos, mi cuerpo estaba mojado y necesitado. La negrura en su tono caliente, emocionado, rechazado, aterrorizado. No tenía ningún sentido, pero todo, saltó a una hiper-conciencia. Quería arañar sus ojos para arrastrar más ira de él por alguna razón absurda. Mi núcleo ondulado, necesitando ser tomado con violencia, así como mi mente se rebelaba contra el pensamiento de él estando con tantas otras.

“Quítate de encima.” Su respuesta fue besarme. Su lengua se lanzó más allá de mis labios, empujando, alegando con cada golpe enojado. Me revolví, pero no sirvió de nada. Mientras él me sofocaba con gusto, pinchó mis muñecas por encima de mi cabeza, respirando duro. Mordiendo mi labio inferior, se apartó. **“¿Por qué no quieres que sepa tu nombre?”** El cambio repentino de la ira a la inquisición me dejó tambaleando. Apreté los labios, deslumbrante.

El mal genio brillaba en su rostro, y me dio un beso tan duro, que grité de dolor. Q tomó ventaja de mi boca abierta, hundiendo su lengua profundamente, casi ahogándome con ferocidad. Cuando por fin me dejó respirar, me mordió el cuello y negó con la cabeza como un león con la presa. Mi piel picó y grité cuando los dientes perforaron mi piel.

“¡Maldición!” Me resistí; él se rio. Su lengua me lamió la herida, me escocía la saliva con licor. Apreté los ojos y simplemente me quedé allí. **“¿Por qué eres tan cruel?”** Lágrimas presionando y mis emociones turbulentas cambiaron de la lujuria al odio lujurioso. **“Me hubiera gustado que la policía te hubiera arrestado.”** Yo nunca podría hacer saber a mi mente cual sentimiento era cierto cuando llegó Q. Un momento, pensé que podría ser capaz de darle lo que necesitaba, ser su esclava si tenía algo más a cambio, otras veces, lo quería muerto.

Él se echó hacia atrás, mirándome con temperamento y remordimiento. Mi corazón tartamudeó, luego corrió erráticamente. Estaba lleno de personalidades esta noche; yo no podía mantener el ritmo. Q murmuró, ***“Tu ne peut pas être la mienne, mais je suis en train de devenir le vôtre.”*** Mi estómago se retorció, llenando con espumosas burbujas. Nuestros ojos se encontraron y no podía alejar la mirada. Q rozó los labios contra los míos siempre tan dulcemente, repitiendo en inglés, obligándome a tragarme las palabras. **“Puede que tú no seas mía, pero yo rápidamente me convierto en tuyo.”**

El tiempo se congeló. Su confesión me ató, robó mi mente. Su estado de embriaguez me dejó ver la profundidad de sus sentimientos. El tiempo comenzó de nuevo, brillando con nuevas posibilidades. Mi cuerpo ya no era mío, le pertenecía a Q. Todo pertenecía a Q.

“Maldita sea, no juegas limpio.” Le susurré, rozando lejos una lágrima que tenía la audacia de fugarse. Q rodó, apoyándose en el codo. Un dedo trazó mi pezón a través de la camiseta delgada. Su profundo acento francés retumbó, **“Esclave... no puedo... No lo haré...”** dijo arrastrando arrastrando las palabras.

Mi mano se extendió por propia iniciativa a su mejilla. La piel fría y húmeda me quemaba debajo de la punta de los dedos. Se inclinó hacia mí como si fuera una línea de vida.

Murmuré, **“¿Qué necesitas, maestro?”** Mi cuerpo lo sabía. Lo había sabido todo el tiempo. Q había luchado más batallas que yo y después de sus locos desvaríos de borracho, empecé a entender cuán profundo fue. Lo mucho que sufrió. **“Dime. Cualquier cosa que quieras.”**

“Yo lo maté. Lo maté por hacer cosas a chicas que desesperadamente quería hacerte a ti.” Se sentó en sus rodillas, confuso por el alcohol, pero aún centrado, consciente.

Él contuvo el aliento. **“Déjame tener una noche en la que pueda hacer lo que quiera. Entrégate a mí por completo, sin discutir, pelear. Conviértete en una esclava perfecta.”**

Bajó la voz, palpitando con intensidad **“Para mí.”**

En su petición, vi negra necesidad, necesidad tan extrema que eclipsó mi lujuria haciéndola parecer como un flechazo en vez de una historia de amor violenta. **“No eres sólo una posesión, esclave. Yo podría forzarte a hacer esto, pero no quiero.”**

Frotó un pulgar inestable a lo largo de mi labio inferior. **“Te estoy dando una opción.”** La conexión entre nosotros se fortaleció, alargándose. Al darme la elección, mostró que le importaba tanto como el deseo de destruir. El resto del mundo dejó de existir. La policía no importaba. Brax no importaba. Q y yo nos convertimos en una galaxia, y yo estaba deleitada con el regalo que estaba a punto de darle. El regalo que estaba a punto de darme a mí misma.

Caí de la cama y me puse de rodillas. Inclinéme, separé mis piernas como las imágenes que había visto de una sumisa ante su amo. Me incliné aún más; el pelo caía como cortina en mi cara mientras le susurraba, **“Je suis à toi”** (soy tuya), **cógeme maestro, actúa como en tus fantasías, hiéreme, obligame. Hazme tuya.** Cada palabra que pronunciaba encendía un poder en mi interior como ninguna otra. El hecho de haberme entregado a él voluntariamente, para hacer lo que él quisiera, desbloqueó nuevas dimensiones que había sido demasiado cobarde para visitar. Necesitaba esto tanto como él lo hacía.

Q se desplegó a sí mismo de la cama, posicionándose delante de mí. Su respiración se hizo más dura y gruesa, bombeando su pecho por el esfuerzo. Él acarició mi cabello antes de empuñarlo, tirando a mis ojos para encontrarse con los suyos. Todo en él ardía: ojos, boca, cuerpo. Yo podría haberme corrido sólo con las feromonas que se dispararon al aire. **“Has hecho tu elección. No puedes retractarte. Tomo tu oferta, esclavo.”**

Él me tiró a posición vertical cogiéndome por el pelo. Mi cuero cabelludo gritó, y me estremecí, sosteniendo sus manos. Cuando me levanté, él dijo: **“Puedes gritar. Puedes llorar. Pero te doy mi promesa que me detendré si dices la palabra de seguridad.”**

“¿Cuál es la palabra de seguridad?” No necesitaba preguntar. Sonreí torcidamente.

Juntos murmuramos, **“Gorrión.”** Con otra mirada, quemando mi alma, firmando nuestro acuerdo. Q se hinchó de dominio y me quemé con el poder de mí misma. Un poder que no tenía un nombre. Un poder sobre Q.

“Tú eres mía esta noche.” Q me besó en la mejilla.

“Sí,” suspiré, y justo igual que eso me convertí en la puta de Q. Su cariñosa, dispuesta, deseosa putita.

Q vibró con sexualidad desenfrenada mientras me agarró la mano y me arrastró de la habitación. Yo seguí a mi maestro borracho hacia abajo por el rico corredor y un conjunto de escaleras privadas sólo visibles detrás de un panel de la pared.

Pasos circulares llevaron arriba y arriba, hasta que Q sacó una llave del bolsillo y abrió una puerta con cerradura medieval. Prácticamente me tiró en el interior, antes de cerrar de golpe, y bloquear con la misma clave. Mis ojos se abrieron mientras miraba la habitación cilíndrica. Hubiera sido una torre, si las ampliaciones no hubieran evolucionado la casa en los últimos años y escondiéndolo de la vista. Apestaba a masculinidad, a matiz oscuro enviando caliente necesidad a través de mis venas. Una masiva alfombra blanca descansaba frente a una chimenea descomunal. Era tan grande, que podría haberme metido dentro y no alcanzaría a tocar arriba. Armas y pinturas antiguas cubrían las paredes, además de una cama de tres veces el tamaño de cualquier otra. El dominio de Q.

La decoración gritaba cazador; una apreciación de su voluntad, deseos de devastación y ruina. La enorme habitación anunciaba lo mucho que amaba controlar y dominar. Él me llevó aquí a hacer todo lo que quisiera. ¿Cuántas otras chicas habían estado en su espacio? Fruncí el ceño, haciendo caso omiso de esos pensamientos. Esta noche se trataba sobre Q y yo. El pasado y el futuro no pertenecían a este presente exquisito. Situado al final de la negra, monstruosa y codiciada cama había un espejo. Salpicado de remaches de plata, reflejó mi pelo liado y mi forma temblorosa. Mi corazón corrió absorbiendo tanto a la vez. Q se acercó por detrás y golpeó mi culo. **“Ponte en el centro de la habitación.”** El olor de alcohol me advirtió que las

inhibiciones de Q habían desaparecido por completo. Tal vez no debería haber acordado hasta que estuviera sobrio.

Cuando no me moví, Q me agarró la garganta, enviando arcos de temor y miseria a través de mí. **“Obedece, esclave.”** Me soltó y me llevó al centro de la habitación. Mis pies se hundían en las gruesas, blancas y plateadas hebras de la alfombra. De frente a la magnífica chimenea, me di cuenta de las esculturas de zorros cazados por perros y venados empalados en clavos. A primera vista, era bonito y fantasioso. Pero cuando se observaban, te retorcías con el hambre de matar y mutilar. Una astilla de terror corrió por mi espalda; miré hacia atrás, hacia Q. Estaba de pie junto a la pared, tirando de una palanca.

Un tintineo sonó desde arriba, y estiré mi cuello mientras descendían unas cadenas con esposas. Mi garganta se cerró. Quería dominarme como lo había hecho en la sala del gorrión. El pánico se encendió, volviendo la sangre caliente en una volcánica erupción. Las calientes formas de Q presionaron detrás mío. Me estremecí mientras frotaba su erección contra mi culo. **“Arriba las manos, esclave.”** Estuve de acuerdo en hacer lo que quisiera, pero no tenía el coraje de pasar por esto otra vez. Todo lo que podía pensar era en el ruso y su cuchillo. Sacudiendo la cabeza, gemí, **“Voy a hacer lo que sea menos esto.”**

Él contuvo el aliento áspero. **“¿Estás desobedeciendo?”** Su tono contenía pesadillas. **“Voy a castigarte si no pones tus brazos hacia arriba inmediatamente.”** Me mordí el labio. La fuerza de la orden me colapsó, y poco a poco levanté los brazos. Todo en Q estaba a punto de poner toda mi mente a prueba. Me caería de cabeza en el amor o me rompería completamente. Quise que esto doliera. Quise sentir cada pulgada. Quise recordarlo para el resto de mi vida. Y si significa amarrarme otra vez, que así sea.

Quizás sustituiría los recuerdos del ruso y su cuchillo, justo como Q reemplazó el de la violación consigo y la ducha. Mis ojos revolotearon cerrados mientras Q aseguró mis muñecas en las esposas. Cuando la última hebilla estaba apretada, susurré, **“Tengo una solicitud, ¿puedo maestro?”**

Q presionó su cara contra mi cuello, lamiendo la mordedura que me había dado antes. **“Una solicitud y no más. Habla.”**

Temblé y abrí las barreras que me quedaban. Esta solicitud era para mí. Sólo para mí.

“Quiero que me llames Tess.”

Se heló, su polla con fuerza contra mí, su pecho contra mi espalda. Pasó un minuto antes de que murmurara, **“¿Quieres unir tu nombre a esto? Si luchaste con tanta fuerza para esconderlo de mí.”**

Asentí con la cabeza, tragando cuando meció sus caderas otra vez, haciéndome balancear adelante en las ataduras. **“Lo sé. Pero quiero que me llames por mi nombre. Quiero saber que me posees.”**

Mi corazón estaba apretado y gemí ya que Q encontró mi pecho, enroscando mi pezón con tanta fuerza que hizo erupción en llamas. **“Como deseas, esclave. Cada vez que te llame Tess recuerda que puedo hacerte lo que quiera. Yo jodidamente te poseo.”**

“Sí.”

“Después de esta noche, cada vez que diga tu nombre te mojarás para mí. No sólo poseo tu cuerpo sino que también tu identidad. ¿Lo niegas?”

“No, no lo niego. Soy tuya completamente.”

Con otra torcedura de mi pezón, Q anduvo a zancadas hacia la chimenea. Estuve de pie dócilmente en mis puños, mirando. No cargó el fuego por troncos o se lió con fósforos. Un chasquido y rugieron unas llamas de gas, inmediatamente calentaron la habitación. Q estaba enfrente de mí, pasándose las manos por su cabeza. Derramó la bruma restante, cubriéndose con soberanía. Andando con paso majestuoso, sacó unas tijeras de plata de un bolsillo. Tragó saliva y no dije una palabra cuando detuvo el aliento. Abrió las tijeras una vez y con una sonrisa apretada, agarró el dobladillo de mi camiseta y cortó.

La hoja hizo cosquillas en mi estómago, arriba entre mis pechos, hasta que se rompió y colgaba en jirones. Q apretó la mandíbula, cortando mi sujetador y pantalones cortos. Con una mirada caliente debajo de sus ojos pesados, cortó mis bragas mirando mientras caían al suelo. Me quedé desnuda, extendiendo las alas de felicidad temerosa. Recogiendo la ropa en ruinas, las echó en el fuego. El olor a quemado llenó la habitación y la lujuria borracha en el rostro de Q se magnificó en proporciones desesperadas.

Yo no podía parar lo rápido que respiraba, y odié cuando Q desapareció detrás de mí. Oí el sonido de los cierres que se deshacían y una tapa pesada crujiendo abriéndose. Cosas tintineaban y sonaban enviando la imaginación a toda marcha. Me esforcé para mirar por encima de mi hombro, con la boca abierta por los juguetes y aparatos en el reflejo del espejo. Se hizo el silencio, salvo el silbido de las llamas; me puse más y más incómoda. Anticipación jugaba con mi mente. *¿Qué estoy haciendo? No quiero esto. No quiero el dolor y la humillación.* Debo decir la palabra de seguridad y admitir que esto fue un gran error. Yo no debería estar encadenada, desnuda, permitiéndole a un hombre que hiciera lo que quisiera. Él me podía matar y no había nada que pudiera hacer para detenerlo.

Un sonido deslizándose vino de atrás, y me tensé. No quería saber lo que era. Q pasó por detrás, pasos casi en silencio sobre la alfombra.

“En vista de que te tengo en tal posición comprometedor, voy a usarlo para mi beneficio.” Su voz estaba ronca por el pecado.

Oh Dios. Quería preguntarle a qué se refería, pero se detuvo justo detrás, a pocos metros de distancia. ¿Por qué estaba tan lejos?

“¿Cuánto tiempo has fantaseado con ser follada? ¿Torturada? ¿Usada por completo?”

Él hizo hincapié en la palabra follar; que resonó con eróticas olas en mi vientre. Tenía que ser la pregunta más gráfica que me habían hecho nunca.

Pero también era una pregunta que rogaba una mentira. No podía decirle que desde que alcancé la pubertad había anhelado algo que no conocía. Me había producido orgasmos con pensamientos de dominación y miedo. Presioné los labios, sin responder. De la nada, mi omóplato me picó con el dolor de mil abejas. El broche de presión y el chasquido de un látigo resonó por toda la habitación. Grité, sacudiéndome en las restricciones.

¡Maldición, me había azotado! El dolor irradiaba a lo largo de mi espalda, cálido, caliente, mordiendo. Mi estómago enredado con pesar. No acepté ser golpeada y abusada. Acepté para ser follada sin piedad. Las lágrimas estallaron como otra grieta y un beso de agonía aterrizó. Mi columna gritó y la humedad entre mis piernas aumentó.

“Respóndeme, Tess. ¿Por cuánto tiempo? Necesito saberlo.” Gemí, colgando mi cabeza.

“Todo el tiempo. Mi mente ha estado enferma durante todo el tiempo como puedo recordar. Me horroriza. No puedo controlarlo. Arruinó mi relación con un hombre dulce,

todo porque necesito ser follada, en lugar de hacer el amor.” La verdad en cascada cayó de mi lengua en un flujo transparente. **“Lo necesito. Tanto que no tienes ni idea.”**

Él se rio entre dientes. **“Oh, me hago una idea.”** El látigo golpeó de nuevo, lamiendo con agonía.

“¡Alto!” Lloré, dejando que las lágrimas corrieran libres.

“¿El látigo te pone mojada? ¿Te desespera?”

“¡Sí! Mierda, sí. Mucho.” Q rio, estaba oscuro y nervioso, y tan lleno de necesidad, que mi corazón se retorció. Necesitaba infligir dolor, no podía tomar eso de él.

El látigo golpeó de nuevo, pero en lugar de tensarme, di la bienvenida a los azotes. Mi cuerpo se fundió en aceptación y la carne se convirtió en flexible.

“Cuéntame tu fantasía oscura,” ordenó, pacífico, deslizando el látigo en suaves pasos.

Gemí, imágenes destellearon en mi cabeza de cabello empuñado, nalgadas, y vendaje. Él sabía lo que me gustaba, él lo sabía. Pero yo no sabía lo que a él gustaba. Acurruqué mis manos atadas.

“Todo lo que me haces es una fantasía. Quiero saber las tuyas. ¿Cómo de oscuro es lo que quieres? ¿Irás mucho más lejos?”

Q golpeó más abajo, dando una paliza a mi espalda baja y el culo. **“No estás autorizada para hacer preguntas.”** Cada golpe quemaba, pero en lugar de paralizarme con abuso, me cambió. Me convertí en un ave fénix con una llama atrás, dando la bienvenida al beso del látigo. Mi cuerpo aceptó el látigo, no en mi espalda, sino en mi núcleo. El calor retornaba a la hoguera.

“Por favor, necesito saber. Por fav...” Q detuvo los azotes.

No pensé que me respondiera, pero su aliento me besó en el cuello, susurrando: **“No estás lista para escuchar el fondo de mi depravación, esclave.”** Me dio en el culo con una mano firme y penetrante. Gemí. Y a pesar de que el dolor era multidimensional e igualmente lo disfrutaba y lo odiaba, traté de liberarme. No era el látigo el que estaba manteniéndome en perfecta sumisión. No podía tomar represalias. No podía retorcerme o correr. Sólo podía aceptar lo que Q me daba.

Q retrocedió, murmurando, **“Tu piel es hermosa azotada, Tess, floreciendo en rosa y rojo. Creo que se necesita un poco más de colores. Tal vez un marrón profundo.”** El golpe que me dio fue una segunda advertencia, antes de que un intenso agujón abrochara mis rodillas; Giré en delirio. El latigazo detuvo la emoción. Miedo pasó por encima de nuevo. Atrás quedaban las tentadoras preguntas, esto era pura violencia.

“Esto es por llamar a la policía para que viniera a por mí.” Q batía duro. **“Esto es por salir corriendo.”** Otro beso agonizante. **“Esto es por consumirme tanto por el pecado, que ya no puedo pensar con claridad.”** Q gruñó mientras conectaba con la carne. Lloré, esperando que parara. Las quemaduras entrecruzadas desnudaron mi alma.

Q tiró el látigo a mis pies, me acunó en sus brazos. **“Está bien... deja de llorar.”** Su ropa raspó contra mi tierna espalda mientras me calmaba. El calor palpitante mantenía el tiempo con los latidos del corazón. Aspiré fuerte una bocanada de aire. ¿Se acabó?

“Estás jodiendo mi mente,” respiré a través de las lágrimas. La mano de Q se dirigió a mi vientre, avanzando hacia abajo hasta que me agarró.

“No, yo estoy cogiendo tu mente. Te lo dije, quiero ser el dueño de tu cuerpo, de tu corazón, de todo.” Gemí mientras rodeaba mi clítoris, mordisqueando mi oreja. **“Dime. ¿Te ha gustado ser azotada?”**

Empujó un dedo en mi interior sin previo aviso, los brazos me abrazaban más fuerte mientras me resistí por la sorpresa. **“Dime la verdad.”**

No podía pensar con claridad; murmuré: **“No me gusta, pero me gustó darte lo que necesitas. Me pone húmeda saber que te haya gustado.”**

“Crees que no disfrutaste... pero tu cuerpo se inclinó hacia el látigo. Escucha lo que se te está diciendo. Déjame ser tu maestro.” Q contuvo el aliento, su dedo pulsaba dentro antes retirarse. Él se llevó la mano a la boca. **“Estás mojada. Tan mojada. Chupa mi dedo, Tess.”**

Abrí la boca y le di la bienvenida. Mi nariz estaba tapada de tanto llorar y no podía obtener suficiente aliento, pero el sabor de los cítricos mezclados conmigo y el dolor que él me causó marcado con la lujuria. Me sacudí en su erección, en silencio suplicante. Se alejó, dejándome colgando como la cautiva que era. Q se equivocó cuando dijo que ser de su propiedad no era romántico, sexy o divertido. Nunca me había sentido así. Esta desinhibición, esta libertad. El mundo se volvió negro cuando Q fijó una venda sobre mis ojos, atándola con seguridad. Sus dedos rozaron mi cuello, se me puso la piel de gallina y escalofríos deslizándose sobre mi desnudez. Me puse demasiado caliente gracias al fuego y a la transpiración salpicando mi labio superior.

“Ahora voy a tomar el control de ti, Tess.” Asentí con la cabeza de manera irregular, el corazón me latía salvajemente fuera de control. Q agarró mi pecho con una mano y algo afilado pellizco mi pezón, deseaba poder ver lo que era. Ahuecando mi otro pecho, el peso de lo que él sujetaba colgaba con una sensación incómoda. Q murmuró, **“J'adore tes seins.”** (Me encantan tus pechos.)

El mismo pellizco unido a mi otro pezón, enviando estrellas fugaces de necesidad a través de un vínculo invisible a mi núcleo. Palpitó al mismo tiempo de la sangre que palpitaba en mis pezones y en las marcas del látigo. Gemí ya que el dolor florecía mientras corría más sangre. Q agarró la parte posterior de mi cuello, sofocando mi boca con la suya. Su lengua peleó con la mía complaciente, nuestras respiraciones se mezclaban. Gemí, emborrachándome en el sabor de él. Respirando con dificultad, dejó de besarme, y algo suave y duro bailaba junto a mi estómago. Apreté, tratando de averiguar lo que era. Odiaba la venda de los ojos y la falta de visión, se hacía todo mucho más consciente, ansioso y sensible. Q contuvo el aliento. **“Cada latigazo que te doy me pone tan jodidamente duro.”**

Gemí mientras el trozo de cuero estaba en mi estómago, a la derecha de mi pubis. Traté de doblarme más, pero las restricciones me mantuvieron disponible para cualquiera que fuese la tortura que había planeado. **“¿Quieres saber todo lo que puedo hacer? Quiero sangre. Quiero que solloces a mis pies. Te quiero en putos harapos. ¿Eso te asusta?”**

Otro latigazo, esta vez justo debajo de mis pechos. Mi lesión en las costillas se encendió con el dolor, y las pinzas en los pezones se sacudieron cuando me torcí, tratando de correr. No podía negar que la tensión de estar completamente a su merced hacía latir a mi coño, pero no podía entender por qué. ¿Por qué ser una sumisa me excitaba? ¿Por qué infligir dolor encendía a Q? Mi voz era apenas audible. **“Sí, me asusta. Me aterroriza deliciosamente.”** Mi honestidad nos conmocionó a los dos. Respirando con dificultad, le pregunté: **“¿Por qué quieres**

lastimarme, maître?” Q arremetió, golpeando mi mejilla con una palmada suave. No me dolió, pero las lágrimas se escurrían por debajo de la venda.

“Revoco tu permiso para hablar.” Bajé la cabeza, castigada. Supongo, no lo sabría. Q se paseaba en un círculo a mi alrededor, arrastrando el látigo sobre mi piel. **“No se trata de hacerte daño, dulce Tess. Se trata de marcarte. Tu piel es pura como la nieve, y consigo marcarla.”** Azotó mi culo de nuevo. Cogió otra marca del látigo y me ardió con agonía. **“Es lo incorrecto, lo correcto, necesito tu dolor.”** Me susurró al oído, **“Soy invencible cuando te hago daño.”**

Me llenaron imágenes de terror oscuro. Cada músculo de mi cuerpo gritaba para correr. La palabra de seguridad bailó en mi lengua. Soy más fuerte que esto. Invité a esto. No voy a decirlo... no todavía. Q me golpeó con especial dureza. Hizo que la picadura de abeja pareciera una avispa gigante, pero no hice un sonido. Él gimió, trazando un dedo sobre la nueva lesión. **“Tan jodidamente perfecto.”** Respiraba entrecortadamente, con ganas de ver. Necesidad de ver. **“Te mereces una recompensa, Tess,”** dijo tan dulcemente, como si yo fuera una buena chica que me hubiera ganado un dulce. Pero su dominación me hizo muy consciente de que no iba a conseguir un helado.

El dolor una vez más se transformó en ganchos de pasión, y le di la bienvenida a la quemadura, acogiendo con consentimiento las marcas de Q. Me arrancó la venda de los ojos, besándome, sosteniendo mi cabello para que no pudiera moverme lejos mientras él jodía mi boca con una lengua que no me permitía respirar. Jadeé y me ahugué, pero cuando se alejó, quería más. Quería morir con él besándome. Con los ojos brillando claros; Q dobló sus rodillas delante de mí. **“Pon tus piernas sobre mis hombros,”** exigió. Parpadeé.

“¿Mis piernas sobre tus hombros?” Me sonroje de vergüenza ante la idea de tenerle tan cerca de mi coño, untado y expuesto. Yo estaba tan mojada que corría por mi muslo. Negué con mi cabeza, incapaz de estar tan vulnerable.

Q alcanzó y golpeó mi culo. Su mano conectó con las marcas del látigo; y grité. **“Haz lo que yo te ordeno, Tess.”** Destacó mi nombre e hice exactamente lo que quería. Me recordó que él era mi dueño, por lo tanto, no tenía elección.

Vacilante, incliné una pierna, colocándola en su hombro. Sus ojos cayeron a mi centro, su cara oscureciendo de necesidad. Mi cohibición pintaba mis mejillas. Cuando mi otra pierna se quedó firmemente plantada en el suelo, me miró. **“Tienes dos piernas. Ponlas en mis hombros.”** Su voz ronca, su pecho trabajando duro, su pasión concedió una explosión de coraje femenino. Saltando cambié mi peso a las esposas y me puse a horcadas en los hombros de Q, suspendida, completamente a su merced. Unos brazos me sujetaron el trasero, apretando sus bíceps. No apartó la mirada de mi coño. **“Eres tan jodidamente hermosa.”** Me besó la cara interna del muslo con un movimiento fugaz, con aliento caliente. **“Aquí tienes tu recompensa por dejarme hacerte daño.”** Su voz se profundizó con azufre y mi cabeza se fue hacia atrás cuando su boca se pegó a mi clítoris.

Mis piernas abiertas sobre sus hombros le daban acceso completo, y se aprovechó. Su lengua no era tímida, giraba alrededor de mi clítoris, lamiendo, chupando. Sumergiéndose en mi humedad, jodiendo como posesión. Era demasiado. Demasiado intenso. Gemí, me quejé, luché y me retorcí. Pequeñas estrellas se dispararon, se esfumaron y atormentaba con cada movimiento de su lengua, cada chupada de su boca. Apretó la lengua tan dentro que lloré,

deseando que fuera su polla enterrada profundamente. **“Por favor, maestro... más...”** Mi cuerpo estaba más allá de listo para ser reclamado, magullado, había vuelto a despertar en un placer caliente.

Las marcas del látigo me calentaban insoportablemente, mi piel como un río con el sudor del fuego, y los pezones gritaban con alivio. Sacudí mis caderas en Q, forzando para que su lengua fuera más profundo, exigiendo que fuera más áspero. **“Joder, sí,”** gimió, los dedos clavándose en mis caderas mientras me arrastraba más cerca. Su cara entera entre mis piernas. Él gruñó mientras mordía mi clítoris. No fue un mordisco simple sino un mordisco salvaje.

Grité mientras mi coño se contrajo, tamborileando con su propio latido del corazón. Me hundí, tratando de acercarme, tratando de escapar. Quería más. No podía manejarlo más. Mi mente se rompió por completo, gobernada por la necesidad de correrse. **“Fóllame, Q. Fóllame. No puedo... no lo soporto.”** Empujó mis muslos, y me fundí encima de él. Se puso de pie rápido mientras como un rayo bajaba del techo, tembloroso. Mi cabeza cayó, y mis ojos eran demasiado pesados para mantenerlos abiertos. Quería cortar mis piernas para encontrar algo de alivio de la tortura. Q me apartó de la mujer racional a un deseo adicto que necesita una solución. Necesitaba su polla. Necesitaba a mi amo.

Q capturó mi mandíbula; abrí los ojos poco dispuestos. **“No puedes soportarlo. ¿Puedes?”** Su sexy sombra de la barba de cinco días brillaba por comerme. Oscilé hacia adelante, con ganas de lamerlo, para limpiarlo. Mi boca se hizo agua al pensar en chuparlo. Quería morder su polla como él me había mordido. Quería mucho, iba a explotar si no lo tenía.

Traté de formar una oración. **“No aguanto la idea de no tenerte follándome.”** Sus ojos se cerraron de golpe antes de recuperar el control, murmurando: **“Te has entregado por completo, y no tienes ni idea de lo que eso hace para mí.”** Me hacía una idea. La misma locura, mi mente dañada sentía lo que me hizo. Si yo no estuviera contenida, me abalanzaría sobre él y lo follaría hasta hormiguear, urgente, y sentir que desaparecía la necesidad.

El único problema era que pensaba que nunca desaparecería la necesidad. Y no quería que lo hiciera. **“Dilo otra vez, Tess.”** Q me dejó ir, desabrochándose la chaqueta. Respiré con fuerza, jadeando mientras él se arrancaba la chaqueta, dejándola caer en el suelo.

“Fóllame, amo. No puedo soportar no tenerte.” Gimió, apartando sus zapatos mientras se desabrochaba la corbata. Un brillo maligno entró en sus ojos. Deslizó la corbata crema por sus manos, la miró, y de nuevo me miró a mí. Mi corazón dio un vuelco a medida que avanzaba.

“Abre.” Negué con la cabeza.

“No. No seré capaz de respirar.”

“Respirarás a su alrededor. Puedes morderla.” Sujeté mi boca, gimiendo mientras forzaba la corbata entre mis labios, atándola. Una vez asegurada, me besó la boca amordazada, corriendo la punta de su lengua por mi labio inferior. **“Estás increíble amordazada y atada, esclava. Voy a sufrir la vergüenza de correrme en los pantalones cada vez que piense en esta noche.”**

Dando un paso atrás, se desnudó. Sin molestarse en quitar los botones, rasgó su camisa. Se escuchó un sonido metálico cuando los botones salieron volando salvajemente. Mi boca se secó, observando su perfección. Su pecho liso, cortado con músculos perfectos. Los gorrones

revoloteaban, entintados en negros y marrones, pareciendo vivos con los detalles de sus plumas. Se desabrochó el cinturón, después su bragueta, y se quitó los pantalones. De pie orgulloso permaneciendo con sólo unos bóxers negros, Q acarició su gruesa erección mientras me miraba. Sus ojos estaban concentrados en las grapas en los pezones de mis pechos.

“Tu carne esta tan hinchada, Tessie.” Tiré. *Tessie*. El apodo que me había puesto Brax. La culpa se apoderó de mí como un tsunami y tosí con dolor. Había traicionado a Brax de la peor forma posible. Era una perra desleal.

Q merodeaba cerca, pasando los dedos por la mordaza. **“¿Qué he dicho? ¿Por qué te duele?”** Miré hacia abajo, tratando de alejar a Brax. No debería importarme, pero lo hacía. Había sido un error pedirle a Q que me llamara por mi nombre. Tess podría amar los juegos eróticos y sádicos con Q, pero Tessie... ella pertenecía a un pasado más simple. Nuestros ojos se encontraron, y Q pareció entender.

“¿No te gusta cuando te llamo así?” Me hubiera gustado sentirme diferente, pero cayó una lágrima, y asentí. Me lamió la gota. **“No me importa Tessie tampoco. Tu eres mía. Mi Tess.”** Mis ojos vidriosos y me desmayé dentro de él.

La culpa se evaporó y mi lujuria se multiplicó mil veces. Volví a la vida bajo su mirada. Y él lo sabía. Sacó su polla, envolviendo los dedos alrededor de la gruesa circunferencia, acariciándola con fuerza. **“¿Te gusta cuando te llamo así? ¿Mía? Toda jodidamente mía.”**

Sacudí la cabeza, sólo para ser un problema. No podía apartar la mirada de Q acariciándose a sí mismo. Arquee la espalda, tratando de encontrar alivio frotando mis pezones torturados en su pecho. Se estremeció, bombeando su polla. Llegando con la otra mano, clavó dos dedos en el interior, robando mi humedad para untar sobre su punta, usando mi lubricante como suyo. Gemí. Lo necesitaba dentro. No me importaba nada más en el mundo, sólo tenerlo. Quería gritarle que me follara, pero la maldita mordaza convertía mis palabras en gemidos.

Apretó su pene contra mi estómago. Gemí, tratando de acercarme. **“Pon tus piernas alrededor de mis caderas.”** Q tendió sus brazos, listo para atraparme. Al fin. *Sí. Sí.*

Salté, extendiendo mis piernas al mismo tiempo, utilizando las amarras para izarme a mí misma. Me instalé ajustada contra él. Su calor contra mi humedad. Su polla palpitante tan cerca, que me hizo volverme loca. Sus ojos brillaron mientras me sacudí, manchando con líquido sensual por todo su pene y los testículos. Él gimió mientras me empujaba desvergonzadamente, proporcionando la necesaria fricción. Podía correrme así. Cogiendo a mi amo como un perro en celo. Llevándolo entre nosotros, me empujó hacia atrás guiando su polla, en el ángulo para conocer mi entrada. En un movimiento rápido, con las manos en las caderas, me atrajo hacia él. Me empalmó completamente. Su longitud golpeó la parte superior de mi vientre, violento, amoldándose. La invasión convirtió mi mente en papilla. Me puse rígida, gimiendo como la puta que era.

El rostro de Q se oscureció con lujuria salvaje mientras me empujó una vez, sus dedos apuñalando mi carne. **“Mierda, mi polla te pertenece.”** Con una mano, abofeteó mi pecho, activando la grapa, enviando dolor y espasmos de ansiosa humedad entre mis piernas. Yo no iba a durar mucho. Mierda, estaba tan cerca, me ondeé con la liberación lista. Un orgasmo se tambaleaba en la punta de un cuchillo: agudo y mortal.

Rodó sus caderas, meticulosamente lento, arrastrando cada arista de él a lo largo de cada ángulo mío. Quería gritar. No quería lentamente. Quería un alboroto. **“Levanta tus ojos,”** me

ordenó. Guíé mis ojos súper pesados de ver su polla cogiéndome, a mirarlo a él. Pálido fuego de jade ardía con los demonios que mantenía encerrado. Revoloteaban como fantasmas, pululando, instándolo a perder el control. Él gruñó y empujó una vez. Dos veces. Tres veces con éxtasis. Lancé mi cabeza, masticando la mordaza, necesitaba gemir, vocalizar que mientras más me transgredía, más quería que siguiera. Se resistió de nuevo, apretando los dientes. **“Te odio por hacerme romper mi promesa.”** Su rostro torcido con auto-odio y deleite negro. **“Ce que tu me fait?”** (¿Qué estás haciéndome?) Antes de que pudiera responder, Q perdió todo el control. Mostrando los dientes, se le cayó la barrera a su demonio, golpeando en mí. No hubo balanceos, o hacer el amor suave. Él empujó las caderas en las mías, gruñendo, sudando, una mirada enloquecida en sus ojos. Sus uñas cuidadas rasgaban mi culo, cavando profundamente como garras rabiosas, infligiendo dolor de otra manera.

La mordaza atrincheró mis gritos. Reboté en sus brazos, respirando rápido con cada embestida. La sala estalló con los sonidos de respiración pesada y bofetadas de piel sudorosa. La temperatura del aire era demasiado caliente. Q era demasiado. Mi cuerpo no podía manejar la sobrecarga sensorial. Oh dios. Oh dios. Ya voy...

“Tu es à moi.” (Eres mía.) Q se echó hacia atrás, usando mi peso, conduciendo hacia arriba. Su polla tan caliente y dura, me estiraba al punto de ruptura. Mi corazón germinó con alas y voló. La acumulación de liberación subió y subió, nunca alcanzando su punto máximo. El miedo atado con necesidad. Demasiado intenso. No creía que pudiera sobrevivir. La mordaza me bloqueaba el aire, y la falta de oxígeno hizo que mi cabeza nadara. Todo lo que podía pensar era en Q, sus uñas, su polla y su harapienta respiración. Q se echó hacia atrás, su cabeza cayó mientras me follaba increíblemente duro. Sus caderas magullaban mis muslos internos mientras él me daba la violencia que necesita.

“Joder, Tess. Joder, sí. Tómallo. Putain, ta chatte s'adapte busque ma un bocado si.” (Joder, tu coño se ajusta a mi polla tan bien.)

No pude hacerlo. Yo no podía aguantar más. Todo mi cuerpo se dividió por la mitad, pero la liberación aún no llegaba. Por favor, por favor, Dios. Necesito... no puedo. YO ... YO ...

“Mírame,” Q jadeó, gruñó. Obedecí. La tensión vibraba, consumiéndome, y otro elemento nos robó. Ya no éramos maestro y esclava. Éramos dos animales en celo centrados en una meta.

“Maestro, por favor...” rogué a través de la corbata. Q se tensó con poder, empujando mientras sus ojos se encendieron y tenía los labios entreabiertos.

“Te voy a dar lo que necesitas.” Su cuerpo se convulsionó y un bajo y enojado gemido salió de su garganta. Un pulso caliente lleno de semen y eso era todo lo que necesitaba. Me consumí. Cada átomo de mi cuerpo detonó y disparó. Mi coño se apretó alrededor de la erección incesante de Q y grité. La boca de Q se pegó a mi cuello, mordiendo. Yo trascendí desde mi simple y mortal cuerpo, montando una ola tras ola de llamativos centros de explosión, astillando mi cerebro con euforia. Q gruñó, empujando a tiempo para mi liberación; sus dientes nunca dejaron mi clavícula y un rastro de sangre goteaba de mi garganta donde me había mordido. Una parte primordial de mi cerebro se volvió loco. Yo amaba que él me necesitara tanto, me había roto la piel. Me encantaba lo delicada que era su lengua, lamiendo mi esencia. Me estremecí cuando continuaban los oleajes, poco a poco cada vez menos intensos. Mis pies estaban apretados y parecía que me habían atropellado de lo que me dolía el cuerpo.

Con dedos temblorosos, Q desabrochó mi mordaza, y a continuación, mis muñecas. Capturó mi peso, me acunó, nos plegamos el suelo. Caímos sobre la alfombra blanca y espesa, cubriéndola con sudor, fluidos, y las gotas de sangre. Q no se retiró, y de alguna manera logré retorcerme tanto que me fui lejos. Sin decir una palabra, él me puso más cerca, acunándome con su duro cuerpo.

Su corazón golpeaba contra mi espalda, marcando un ritmo errático con el mío. Me acurruqué más cerca, contenida felizmente. Q me lastimaba, pero me adoraba, todo al mismo tiempo. Él me daba todo lo que necesitaba. La intimidad entre nosotros no se podía describir y me estremecí cuando desbloqueó mis pezones, frotándolos suavemente. Suspiró profundamente y bostezó. El alcohol en su sistema, sin duda, lo había dejado agotado. Me usaste, pero me mantuviste a salvo. Le intenté transmitir el pensamiento. Mi cuerpo no fue capaz de hablar. Q murmuró algo, tirando de mí más cerca.

El sol apareció rosado en el cielo y Q tembló, ya a la deriva, en el olvido. Esta noche había cambiado mi vida. Q podía hacer que mi alma llorara y se destruyera en pedazos pero también la hacía cantar con alegría. Mi alma no sólo cantaba, se regocijaba. Finalmente había encontrado el lugar donde pertenecía mi retorcimiento. En los brazos de Q.

CAPÍTULO 21

Faisán

Me despertaron el dolor y el malestar.

Los recuerdos de la noche anterior se arremolinaban rápidamente a mi alrededor. Mi cuerpo se tensó al recordar cómo me había follado Q, sus divagaciones borrachas sobre las chicas y el invierno. Me dio pistas; sólo tenía que averiguar las metáforas.

Pero no era capaz en este momento. Mi cerebro se había convertido en lodo, mi cuerpo silbaba con golpes y contusiones. Me sentía usada, abusada y enteramente adorada.

Me moví, tratando de ponerme cómoda. La gruesa alfombra me amortiguaba, pero también me hacía cosquillas. Q gimió y me abrazó con más fuerza, un musculoso brazo estaba alrededor de mi estómago. Increíblemente, él seguía estando dentro de mí, flácido pero aún lo suficientemente grande como para ser consciente de la intrusión.

Sacudí las caderas un poco, tratando de despertarlo.

Su respiración cambió de profunda a suave. Lentamente, se puso rígido, llenándome como un globo, extendiéndose hasta doler, recordándome lo mucho que me folló anoche.

Me mordí el labio mientras su nariz rozaba el pelo, me besó suavemente.

Con un suave gemido, se meció.

Mis ojos se cerraron cuando sus diestros dedos capturaron mi pezón, rodándolo con ternura. Tan diferente de la dominación enojada de anoche. Q no era el que me folló anoche. Era Quincy.

Gemí, empujando. Encantados, no nos persiguió un orgasmo que nos dividió, sino más bien un suave resplandor.

Su mano se arrastraba desde mi pecho hasta mi núcleo, jugando con mi clítoris mientras su erección subía, reclamándome.

Gemí cuando Q envolvió su pierna alrededor de la mía, atrapándome. Empujó, presionando hacia arriba, golpeando la parte superior de mi vientre.

“Nunca pensé que me gustaría disfrutar de vainilla,” murmuró en mi pelo.

Me quedé helada. ¿Qué quería decir? ¿Nunca había compartido intimidad? ¿La dulzura del sexo comparado con la rutina enojada?

Su respiración me atrapó, sin darse cuenta de que me había retraído, tratando de analizar lo que quería decir. Sus dedos untaron mi clítoris con la humedad, frotándose eróticamente, dándome una opción para no prestar atención.

“Córrete para mí, esclave.” Me ordenó sin aliento; su pierna se envolvió alrededor de la mía, poniéndose tenso.

Empujó con más fuerza, contaminado con violencia a la que estaba acostumbrado Q. Pellizcó mi clítoris, obligando a que me corriera. Mi cuerpo se tensó y tembló, acogiendo el orgasmo de Q mientras me llenaba con su semilla. Su suave gemido envió un aleteo a mi corazón, y le sonreí.

Debemos habernos dormido de nuevo. Me desperté con un golpe.

Q se estremeció, apartándose de mí. Nuestra piel apareció de nuevo, después de haber permanecido toda la noche juntos. Q se quejó, sosteniendo la cabeza. **“Mierda, ¿cuánto bebí anoche?”**

Me reí en voz baja. **“Lo suficiente como para divagar sobre aves, las chicas y...”** Mi voz se apagó. La tristeza reemplazó el posterior resplandor conyugal. **“Soy la número cincuenta y ocho.”**

Q se congeló. **“¿Qué?”** Sus ojos se encendieron con pánico. **“¿Yo dije eso?”** Se deslizó en posición vertical, haciendo una mueca.

No podía apartar los ojos de su esbelto y tonificado cuerpo. Su enorme erección todavía brillaba por haber estado dentro de mí. Su tatuaje de gorriones me llenó de tristeza por alguna razón inexplicable.

“¿Puedes decírmelo ahora? ¿Qué tienen que ver los pájaros con las cincuenta y siete esclavas que has tenido antes que yo?”

Q se pasó una mano por la cara, apartándose. Cogió sus pantalones y se negó a mirarme. Se los puso y no se molestó en ponerse la ropa interior. No había visto el tatuaje que tenía por detrás, pero la nube parecía siniestra y diabólica. Una pesadilla de espinas y ramas que trataban de devorar a los pequeños e inocentes pájaros.

Mi mirada se fue, incapaz de mirar más. Di un grito ahogado. Por todas partes, mi piel era de color púrpura con contusiones leves y rosas con abrasiones del látigo. Giré, silbando entre dientes para mirarme la espalda. Latigazos se crubazan en un patrón reticular, llameante con dolor. No se había roto la piel, pero maldita sea, me dolía.

Poniéndose su camisa sin botones, Q se dio la vuelta. Me pasó una manta de piel de la cama.

“Vas a tener que vestirte con esto hasta que llegues a tu habitación, ya que he quemado tu ropa.”

Le miré. **“¿Estás ignorando deliberadamente mi pregunta?”**

Se cerró. Sus ojos estaban brumosos por la resaca, con la mandíbula apretada. No podía entender su actitud distante. Su frialdad.

Volvió a sonar otro golpe, interrumpiendo la tensión.

Q suspiró, retirándose aún más. **“Me tengo que ir.”**

Me puse de pie con orgullo, sin cubrirme con la manta. Quería que viera lo que me había hecho. Que viera que llevaba puestas las marcas de la pasión. Ellas mostraban todo en lo que

me había convertido. Ya no era nieve virgen. Había sido usada. **“¿Vas a irte en medio de una discusión?”**

Sus ojos se posaron en mi cuerpo en ruinas, el calor y la angustia parpadeaban sobre su rostro. **“No hay que confundir lo que pasó anoche. Follamos entre un maestro borracho y su esclava. Me diste lo que quería. Pero ahora es por la mañana, y otras cosas demandan mi atención.”**

No podía herirme más si lo intentaba. Mis ojos se estrecharon, escociéndome con lágrimas.

“Eso es mentira, y lo sabes.”

Se encogió de hombros. **“Cree lo que quieras creer, esclave. Me voy.”**

Mi corazón se cerró. *Esclave.* No Tess. Simplemente me repudió.

Antes de que pudiera preguntarle qué demonios estaba pasando, abrió la puerta y desapareció.

Cogí el camino de la vergüenza por las escaleras circulares y llegué a mi dormitorio. Me duché y me froté arnica en mis moretones, antes de ponerme un hermoso vestido gris que encontré colgado en el armario.

Ya no tenía aversión porque Q me vistiera. Después de lo que hizo anoche, una simple preferencia por el armario parecía trivial. Me abrí en todos los sentidos, pero en lugar de sentirme apreciada y completa, me sentía vacía y lamentable. Hizo cosas que nunca pensé que podía estar de acuerdo, sin embargo, no había utilizado la palabra de seguridad. Porque me sentía segura con él.

Pero eso era otra mentira. Él arruinó la seguridad cuando se fue sin darme ninguna explicación. Me dolía la mandíbula de apretar tan fuerte. Q no tenía derecho de cerrar e irse. *Tiene todo el derecho. Es tu dueño.*

Es más que eso, aunque él lo negara hasta desmayarse.

Me lavé el pelo con golpes feroces. Tal vez me engañaba a mí misma al creer que él sentía más de lo que hacía. Admitió haber tenido cincuenta y siete mujeres antes... ¿tan poco me importaba?

Su borrachera hizo eco en mi mente. *Invierno. Pájaros. Descongelación.*

Dejé caer el cepillo.

Maldita sea. ¿Será cierto? ¿Q había comprado mujeres, pero no había abusado de ellos, sino que las había salvado?

Mi mente no podía comprenderlo. No después de tener la música de los demonios dentro de mí, no después de todo lo que me hizo.

Pero mi corazón se agitó con esperanza.

Necesitaba conocer la verdad, me escapé de la habitación.

Encontré a Suzette cortando zanahorias en la cocina; apenas me reconoció. Unas nubes oscuras tapaban el sol primaveral, proyectando sombras.

La señora Sucre me sonrió a medias antes de desaparecer en la despensa. Mi piel me pinchó como si no fuera bien recibida. Yo era una traidora.

Me moví hacia delante, presionándome contra la encimera, sin entrar en la enorme cocina. No fui lo suficientemente valiente como para inmiscuirme en el dominio de Suzette mientras ella me miraba muy mal.

Había un silencio insoportable; la casa tenía un ambiente extraño. Tenso, estático, como si se estuviera creando una tormenta.

Me hice daño cuando me encorvé. No tenía derecho a sentirme ignorada. Lo que había pasado con la policía fue mi culpa.

“Suzette... ¿qué pasó anoche? ¿Por qué la policía no detuvo a Q?” Empecé con una pregunta fácil. Necesitaba romper el hilo antes de confirmar mis sospechas. No tenía mucho sentido, aunque Suzette me lo había contado todo sobre cómo Q la había rescatado, pero yo había estado demasiado testaruda para escuchar.

Ella frunció los labios y entrecerró los ojos. **“¿Qué crees que pasó? La policía vino y acusó a Q de haberte secuestrado.”**

“Pero se fueron. Se dieron cuenta de que Q era inocente, si no presentarían cargos.” Suzette se burló. **“No sabes tanto, esclave. Las cosas que has perdido el derecho de aprender.”**

Mi estómago se retorció. No me había dado cuenta de lo mucho que valoraba la amistad de Suzette. **“Yo no llamé a la policía, llamé a mi novio y le hablé de Q, pero... eso es todo.”**

Ella paró de cortar. **“¿Y crees que hiciste bien?”** Cerró los ojos, visiblemente alejando su humor negro. Cuando los volvió a abrir, sus ojos color avellana brillaban, pero ya no estaba furiosa. **“Sabía que estabas aterrorizada cuando llegaste por primera vez. Sé que sufriste en México. Sé que perdiste a tu novio. No te puedo odiar por ser una luchadora, por correr, por ser valiente. Sólo deseo que nos hubieras dado más tiempo antes de juzgar y hacer una mala decisión.”** Cogió el cuchillo y siguió cortando.

Los escalofríos me recorrieron la espalda. Había hablado en pasado...

La señora Sucre abrió el horno, y unos aromas celestiales de canela y azúcar flotaban por el aire mientras sacaba unos bollos dulces. Los puso delante de mí, agitando un paño de cocina, causando pequeños jirones de vapor.

Traté de ignorar los latidos del corazón, parecía que estaba corriendo. Odiaba este sentimiento. Esta extraña sensación de pérdida. **“Señora Sucre. ¿Ha visto al Maestro Mercer? Tengo que hablar con él.”**

Suzette se puso rígida, pero no levantó la vista.

Ella negó con la cabeza. **“No. Hace media hora o así que se fue. Dudo que esté en casa por un tiempo.”**

La tristeza me rodeó y agarré la encimera. Se fue sin despedirse. *¿Qué esperabas? El hecho de que dejaras que te azotara anoche, ¿había cambiado las cosas?*

No debería dolerme tanto... tenía que esperar. Tenía un imperio que gobernar. Pero no se había ido esta mañana, se había ido corriendo. Algo no estaba bien. **“Oh,”** fue todo lo que conseguí decir.

La señora Sucre me dirigió una mirada compasiva, sus ojos marrones me evaluaban. Con una suave sonrisa, me pasó un bollo caliente. **“Mejor come, hija. Nunca se sabe cuando vas a volver a comer.”**

Cerré los ojos, y empezaron a recorrerme escalofríos por toda la espalda. **“¿Porqué nunca se sabe?”** Mis instintos le rugieron a la vida y me agarré a la encimera para agarrar su muñeca.

“¿Qué quieres decir?”

Suzette me miraba con los ojos muy abiertos, la ira daba paso a la tristeza. Abrió la boca para hablar, pero un barítono masculino vino detrás de mí.

“Ella quiere decir que tu estancia con nosotros ha terminado, esclave.”

No.

Dejé de mirar a la señora Sucre y me giré para enfrentar a Franco. Estaba de pie, con la misma carpeta que Q me enseñó cuando llegué de México. El archivo que crearon los secuestradores. El archivo se refería a mí como la chica rubia en la vespa.

Mi corazón se convulsionó. Q sabía lo que estaba haciendo todo este tiempo. Sería increíblemente estúpido para no verlo. Pedir una noche para hacer lo que quisiera. Una noche, porque eso era todo lo que necesitaba. Luego me echó. El consumidor. El hijo de puta. Franco se acercó; me escabullí hacia atrás, chocando con el cuerpo caliente y suave de la señora Sucre. Q me arrancaba de la gente que se preocupaba más que mis padres. La comodidad de madre de la señora Sucre, la extraña hermandad con Suzette. Incluso mi extraña conexión con Franco.

Todo había terminado.

Franco sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos. Se detuvo frente a mí. La señora Sucre me colocó las manos sobre los hombros, ofreciéndome apoyo cuando Franco se agachó sobre una rodilla y me cortó el rastreador GPS. Se cayó de mi tobillo, y sonó un estrépito en las baldosas. El simbolismo de que ya no le importaba a Q me abofeteó como una puta. Me había quitado su protección, su extraño afecto. Él me estaba lanzando de nuevo a un mundo lleno de brutos y conductores.

“Entonces, ¿eso es todo? No he dicho...” paré, no podía comprenderlo. Q era demasiado cobarde para hacerlo él mismo. Ordenó a su personal para que me eliminara como una mascota no deseada. Me reí diabólicamente. **“Voy a ser sacrificada como un caniche rabioso.”** Podría ser mejor si me disparaban. ¿Cómo iba a hacer frente a todo?

Franco se rio entre dientes. **“Difícilmente, esclave. Te vas a casa.”**

Casa. La palabra no me evocaba felicidad ni pertenencia. Era extraña y sombría.

Q me echaba de nuevo a un mundo al que no quería volver. Me lanzaba fuera como los regalos no deseados de Navidad.

La señora Sucre me apretó los hombros, antes de dejar caer las manos y empujarme hacia Franco. **“Véte, ahora. Guarda esto muy dentro de ti.”**

Me lancé a Suzette, capturando sus manos. Sus ojos reflejaron los míos; su compasión hizo que me sangrara el corazón. **“No me quiero ir, Suzette. Huir fue un gran error. Explícaselo a Q y me dejara que me quede, ¿verdad? Tú sigues diciendo que soy buena para él. Es el mejor hombre que conozco. Quiero ser digna, Suzette. Quiero quedarme y escuchar su historia.”**

Ella dejó de retener mis dedos, dando un paso atrás. **“Lo sé, Tess, pero es demasiado tarde. Q llegó a un acuerdo con la policía. No se presentarán cargos contra él si te enviaba a casa. Esa es la única forma.”**

Me dolía el corazón por lo mucho que me dolía respirar. Así pudo echar a la policía. Me devolvería y salvaría su propio culo.

“¡No! No puedo ir. Quiero quedarme. Necesito quedarme.”

Apareció Franco, y me cogió con sus brazos fuertes. **“Ven conmigo. Es la fecha límite.”** Y así, me arrastraron desde la cocina, lejos de Suzette, lejos de mi nueva vida.

Mientras caminábamos por el salón, lo contemplé brevemente y lo golpeé. Podría encerrarme en la habitación, y esperar a que Q me dijera que no me quería. Pero Franco era demasiado fuerte. No tendría sentido.

Franco y yo salimos por la puerta, riendo irónicamente. **“Es curioso, cómo esto comenzó empujándote a través de la puerta de arco a tu nuevo amo.”** Se rio antes de añadir, **“Nunca había tenido que patear a una esclava antes.”**

Las marcas de los latigazos que Q me dio anoche se destacaban en mi piel blanca por el pánico, la realidad golpeaba la casa. No podía parar esto. **“Te odié ese día y te odio ahora.”** Asintió con la cabeza. **“Lo entiendo, pero sólo sigo órdenes.”**

En el mismo campo bien cuidado, con las luces y la pista de aterrizaje, descansaba el avión privado de Q con sus iniciales. El viento me azotaba el pelo en una mueca; las nubes negras construían la lluvia.

Al ver la oportunidad, dije, **“¿Debemos volar con este tiempo? No es seguro.”** Me paré con los talones, tratando de liberarme de las garras de Franco. "Por favor, Franco. Quiero quedarme. Llama a Q. Déjame hablar con él."

Sacudió la cabeza, empujándome hacia el avión como si no estuviera peleando. **“Q no quiere volver a verte, esclava. Lamento decirlo, pero le has causado bastantes problemas en su vida.”** Sus palabras me picaron con su tono amable y triste.

Bajé la cabeza, cediendo. ¿Por qué luchar? No podía cambiar mi destino.

Franco me ayudó a subir la escalinata. El cuero de color crema y la madera de color miel eran una prisión. Yo estaba encorvada en la misma silla, como cuando monté por primera vez en avión. El mismo horror y el dolor de esa noche llenaron mis pulmones. *Estoy loca. ¡Me voy a casa!* Debería estar emocionada.

Sucedería de nuevo el mismo tema recurrente en mi vida. Mis padres no me querían y Brax no luchaba para mantenerme. Y Q... Q me lo robó todo y luego me tiró de nuevo a las aguas con tiburones del mundo.

Mis manos se cerraron. Una cosa era segura, si Q era tan cruel para hacer esto, no me merecía. Miré a Franco mientras se cernía.

“Ha sido divertido, Tess. Sólo siéntate y relájate. Estaremos en casa muy pronto.” Se dio la vuelta y desapareció en la cabina del piloto.

Apareció una azafata. Tenía el pelo rubio y llevaba un uniforme blanco y francés con las iniciales de Q sobre el pecho. Quería hacerle daño. Quería rasgar su uniforme y quitárselo. Si alguien merecía tener las iniciales de Q era yo. Mierda, había poseído cada parte de mí anoche.

Empezó a aparecer una ira caliente y me hubiera gustado poder decir lo que pensaba de Q. Era un cobarde.

Me marcó hasta la médula, sabiendo todo el tiempo que me iba a enviar lejos. ¿Cómo no lo sentía? ¿Cómo podía mentir así?

Las lágrimas me nublaron la visión mientras el avión se deslizaba, chocando contra el césped bien cuidado. Con un zumbido de los elegantes motores, galopábamos por la avenida principal, elevándose en el aire con una ráfaga de turbulencias y de viento.

Me giré en mi asiento para ver que la mansión de Q se convertía en miniatura. Al presionar una mano fría contra la ventana, las nubes negras me taparon la vista, enviándome a la oscuridad. Q me robó las esperanzas y los sueños, y los substituyó por sentimientos de oscuridad y vacío. Yo estaba rota.

Cruzamos las líneas del tiempo en silencio. Pasábamos por lugares que no me importaban. En cuestión de horas, dejé atrás la primavera de Francia y aterricé en el otoño de Australia. Aterrizamos en un hangar privado, mientras la luna bailaba en las nubes de plata. Dejamos atrás una tormenta que se avecinaba para llegar en una templada y perfecta noche.

“Es hora de irse, esclave.” Franco salió de la cabina del piloto, extendiéndome el brazo para desembarcar.

El estómago se me llenó de plomo; no me levanté del asiento ni me bajé del avión. No tenía energía para gritar o convencer a Franco de que esto era un gran error. Mi cerebro se había entregado al vuelo y yo estaba drenada. Nada tenía sentido cuando ya no le importaba a Q. Seguí como una buena oveja a Franco mientras me conducía a un edificio reservado para las llegadas exclusivas. Miré por última vez al avión de Q. Sería la última cosa suya que vería. Mi corazón se apretó y se endureció. La caligrafía de las letras, *Q.M.*, se burlaba de mí. El avión pertenecía a un mundo diferente. Un mundo que ya no tenía el privilegio de disfrutar. Pasé de una chica tímida con fantasías secretas a una luchadora que volvería a matar a sus secuestradores en México, a una mujer fuerte que abrazaba sus verdaderos deseos, a una chica rota, cansada, que sólo quería dormir y olvidar; un círculo enfermo y completo.

Hice lo impensable: me rompí a mí misma, y me rendí ante mi amo.

Que te jodan, Q.

Me quedé mirando al suelo mientras Franco hablaba rápidamente con un funcionario de aduanas, le entregó, lo que supuse, que era documentación falsa. Una conversación más tarde y un asentimiento de ambos hombres, Franco me puso la mano en la parte baja de la espalda, y me empujó a la zona de operaciones de Melbourne.

El aire caliente y seco australiano se arremolinaba con una suave brisa. A pesar del hecho de que no quería estar aquí, aspiré una bocanada. Los aromas de Melbourne me hicieron recordar y descendió una pequeña ola de comodidad. Hogar.

Sólo tengo que volver a aprender a pertenecer aquí. El pensamiento me abrumó. Tenía que volver a mentirme a mí misma y a Brax. A través de los movimientos intoxicantes de miedo sexual. Oh, dios.

Franco gruñó. **“Sigue adelante, escl..., quiero decir, señorita Snow.”**

Me giré hacia él. **“Llévame de vuelta. No pertenezco aquí nunca más.”**

Frunció el ceño. **“No puedo llevarte de vuelta. La policía francesa lo sabrá. Ese era el trato. El señor Mercer tiene un acuerdo con las autoridades.”**

Me pincharon las orejas. **“¿Cuánto tiempo dura el acuerdo?”**

Franco suspiró, mirándome. **“Para ser una esclava, preguntas muchas malditas preguntas.”**

“Ya no soy una esclava. Dime.”

Él se quejó. **“Si me hubieras escuchado y prestado atención, te habrías dado cuenta que el señor Mercer no mantiene las esclavas.”**

La revelación no hizo temblar la tierra, me había dado cuenta de las cosas. Q y sus frustrantes y achispados comentarios. **“Dime algo que no sepa. Soy la número cincuenta y ocho. Eso significa que ha tenido cincuenta y siete antes. Es lo que hace un distribuidor de mujeres.”** No pude soportarlo. Pensar que Q había tenido tantas mujeres me daban ganas de patear, golpear y gritar. Ahora que me había ido, no habría más. Sin lugar a dudas. **“Pero sé que lo hizo por las razones correctas. Él les ayudó... ¿no es así?”** Quería odiarlo, pero no podía, no para eso.

Franco me agarró los bíceps, llevándome a un lado, lejos de oídos indiscretos. Me murmuró, **“Sí, el señor Mercer ha tenido cincuenta y siete esclavas. Doce de ellas sólo tenían dieciséis años. Compra mujeres, las acepta como sobornos, pero nunca les pone un dedo encima.”** Suspiró, **“Q rehabilita a las mujeres y las devuelve a sus seres queridos. Dedicar su dinero, su personal y su hogar para ayudar a las mujeres que han sido destrozadas sin posibilidad de reparación. Con una especie de super glue Mercer, logra arreglarlas de nuevo.”**

La verdad sonaba dulce. Al final la conocía.

Después de haber vivido dos meses con un maestro ilegible, conocía al hombre que había detrás de la máscara. Suzette me lo dio a entender todo el tiempo, los gorriones y los pájaros me gritaban los mensajes a la cara. Ellos simbolizaban las mujeres que Q había salvado. Mis ojos se abrieron como platos, finalmente entendí su tatuaje. La tormenta negra y las zarzas representaban lo horrible del mundo o él. Los pájaros aleteaban libres, esas eran las chicas que rescató. Lo tenía como un talismán. Una insignia de honor.

Si no lo odiara, le amaría por eso.

Me ablandé, aceptando por qué Q me había echado. Tenía que proteger a más mujeres en el futuro. No podía tenerme arruinando su vida porque él iba a dedicar su tiempo a salvar a otras. Odiaba entenderlo. Yo habría hecho lo mismo.

Mi corazón estaba estrujado y acepté que no había vuelta atrás. Franco nunca traicionaría a Q. Sin embargo, tenía que saber una cosa.

Miré hacia arriba. **“¿Por qué yo? ¿Por qué me tocó? ¿Por qué trató de herirme si ayuda a la gente?”**

Franco miró hacia otro lado, frotándose la parte posterior del cuello. **“Él no quería romperte. Él...”** Cerró los labios, y la vergüenza ensombreció su rostro. **“No puedo hablar de esto.”**

Le agarré el brazo, apretando el músculo duro. **“Por favor, Franco. Dime. Necesito saberlo. No puedo hacer frente a esto más. Pensé que Q se preocupaba por mí. Me preocupo por él e hice el error más grande de mi vida escapándome y llamando a Brax.”** Brotaron las lágrimas y se derramaron. **“Si pudiera hacer todo de nuevo, lo haría. Me debes la verdad.”**

Franco me dio unas palmaditas con su mano sobre la mía. **“Lo sé, señorita Snow, pero eso no cambia el hecho de que por primera vez, Q respondió a una esclava de la forma en que lo haría un maestro normal. Vio que tu lucha y tu amor no se rompían. No estaba**

tratando de romperte pero lo hizo.” Bajó la voz, así que apenas podía oírle. “Tenía la esperanza de que tú podrías romperle a él.”

La sangre se precipitó en mis oídos. Las canciones sobre la necesidad de luchar y reclamar. Quería pegarme a mí misma por no haberlo visto. Q necesitaba a alguien que igualara su oscuridad, que librara la misma guerra entre el placer y el dolor.

Éramos tan iguales, sin embargo, nunca iba a conseguir que se mostrara tal y como era. Lo arruiné. La policía le dio un ultimátum, y Q no tuvo más remedio que aceptar.

Tragando saliva, Franco agregó, **“Q pelea contra mucho. Yo tenía la esperanza de que finalmente había encontrado a la única persona que podía ayudarle. Pero luego te fuiste y esto llegó a su fin.”**

Franco dejó caer los brazos, dando un paso atrás, retirándose con un movimiento rápido. **“Lo siento por cómo te trataron en México, y lo que Lefebvre te hizo, pero este es el momento de que olvides al señor Mercer y que vuelvas con tu novio.”**

Cuando mencionó a Brax se me aceleró el corazón. Era una novia terrible. Si Q me necesitara, nunca me habría ido. Habría dejado a Brax sin mí, pisando fuerte mi promesa de que nunca le dejaría. *¿Podría vivir conmigo misma?*

Franco me empujó hacia la parada de taxis. Las filas de coches brillantes esperaban bajo las luces deslumbrantes.

Me dejó algo en las manos y me dijo, **“Esto es para tus problemas. Adiós, señorita Snow.”**

Quería gritar cuando Franco se alejó y desapareció. Odiaba mi apellido. Echaba de menos la palabra 'esclavo'. Echaba de menos lo que significaba la palabra pertenencia. No sólo para Q, sino para una existencia entera y diferente.

No sabía cuánto tiempo me quedé en la acera, agarrando el sobre que me dio Franco, pero al final no tuve más remedio que moverme. Me desplazé hacia delante. Tratando de olvidar.

Aturdida, me arrastré hasta la parada de taxis.

Un conductor arqueó una espesa y negra ceja. **“¿Sin equipaje, señorita?”**

Parpadeé. En el momento en el que me metí en el coche, mi vida iría rápidamente y nunca sería capaz de detenerla. Me convertiría en Tessie de nuevo. La chica fuerte desaparecería. No habría más Q.

Q se equivocaba en una cosa. Algo se rompió en mí: mi corazón.

Sacudiendo la cabeza, murmuré, **“No, no tengo equipaje.”**

Pensar en hoy, y luego pensar en el mañana. Un pequeño paso cada vez.

Le di mi dirección. Nuestra dirección. De Brax y mía.

Me iba a casa.

CAPÍTULO 22

Pájaro campana

No tenía llave. Busqué en la parte superior del marco de la puerta, y encontré la de repuesto. Nuestro apartamento estaba en la planta baja de un edificio de ocho pisos. Un dormitorio frío, sin sol y sin vistas, pero la habíamos decorado con brillantes telas y proyectos de bricolaje de Brax.

Maldita sea, entra.

No conseguía abrir la puerta porque temblaba mucho, estaba en casa. El lugar en el que había sido feliz, pero sin idea de quién era yo. Caminar a través de la puerta significaba mucho más que regresar. Al hacer esto, dejé ganar a Q. Lo dejé que me repudiara. Me encorvé, sosteniendo mi estómago, tratando de reunir fuerzas. Mis ojos se posaron sobre las botas con punta de acero de Brax en la alfombra de la puerta, y mi corazón colgó pesado en mi pecho.

No puedes dejar que Brax te vea así, Tess... Tessie. Este dolor es privado. Me enderecé, aspirando bocanadas de aire. Brax espera una novia aliviada y angustiada, no una mujer vibrando con necesidad de otro. No una mujer deseando un látigo y violencia. Abrí la cerradura y pase por encima del umbral. El miedo golpeó primero. El miedo a la monotonía y lo hogareño me abrumó, de lo creado por Tessie y Brax. Me alcanzó como unas garras ansiosas, listas para llevarme de mala gana al pasado.

Mis pies estaban pegados al suelo, mirando el lugar, luchando contra una necesidad insoportable de correr. Mientras más tiempo estaba parada temblando de miedo, más confundida estaba. Mi mente luchaba con dos pares de recuerdos: Tessie y Tess. Brax y Q. Australia y Francia. No encajaban y estaba en un remolino de confusión, el apartamento tenía una terrible magia. Calmaba mi terror, haciéndome sentir como si nunca me hubiese ido. ¿Q? ¿Quién era? Un producto de mi imaginación. ¿México? Como si Brax quisiera viajar tan lejos de casa.

En un abrir y cerrar, el último mes y medio desapareció y se convirtió en un sueño. Me agarré un rizo, obligándome a no olvidar. Nunca podría olvidar. No importaba lo doloroso, quería

llevar los recuerdos como una armadura, así nunca volvería a ser débil. Me moví un poco hacia adelante, con las manos curvadas. Las cortinas margaritas estaban corridas desordenadamente, siempre que lo hacía Brax. Un plato sucio languidecía en el fregadero de nuestra pequeña cocina color crema, y su bolsa roja de herramientas bloqueaba el pasillo que conducía al baño y al dormitorio. No había luces encendidas, sólo sombras. Pasé de puntillas a través de mi propia casa, sintiéndome como una intrusa. No pertenecía aquí. Nunca lo había hecho.

Una explosión vino desde el dormitorio. Me agaché, lista para correr a toda velocidad, los instintos en alerta. Garras resonaban en el entablado y un sonoro ladrido rompió el silencio. Blizzard corría desde el dormitorio. El perro saltó sobre la bolsa de herramientas y se estrelló contra mis piernas. En el momento en que su cuerpo caliente de perrito tocó el mío, me caí al suelo. Nunca me gustó Blizzard, pero él significaba mucho para Brax. Ansioso, feliz, leal hasta el final.

Su aliento me hizo arrugar la nariz mientras babeaba y meneaba la cola con tanta fuerza que su trasero se meneaba. **“Cálmate, Blizzard. No necesito besos ahogantes.”** Gimió cuando lo empujé lejos, necesitando un poco de aire. Obligando a su cuerpo masivo a ponerse en mi regazo, me lamió con su lengua. Cedí, apreté mi cara en su cuello arrugado. **“Me extrañaste, ¿eh? Será mejor que no hayas masticado mis bolsos mientras estuve fuera.”** Blizzard ladró. Un ruido sordo y una maldición ahogada vinieron desde el dormitorio. Me quedé helada. Blizzard sintió mi estado de ánimo y salió, lanzándose por el pasillo hasta donde apareció su dueño. Mi corazón se agitaba. *Dueño*. Blizzard era de su propiedad. Yo ya no.

Brax tropezó cuando Blizzard se estrelló contra él y luego miró hacia arriba. Nuestros ojos se encontraron, cielo-azul a gris-azul. Estaba tan acostumbrada al verde pálido que me estremecí. La mandíbula de Brax estaba abierta y estalló la tensión. Mi interior ondulaba con el complejo desconcierto. La antigua Tess hubiera volado por el pasillo a los brazos de Brax, estrellándonos contra el suelo. Ella se habría echado a llorar y lo habría besado por todas partes. Así, tan feliz de estar de vuelta con alguien que se preocupó lo suficiente para compartir su vida con ella. La nueva Tess libraba diez Guerra Mundiales en su corazón. Q todavía me mantuvo cautiva, a pesar de que había intentado hacer caso omiso de su condicionamiento. Q no considero lo angustiada y solitaria que estaría. Él demostró que no era un buen maestro. Todo el mundo lo sabe, después del cautiverio, una mascota no sobrevive en lo salvaje. Él debería ser castigado. *Tú ya no le perteneces. Nunca más.* Pero, ¿cómo iba a vivir después de Q? Yo sabía lo que significaba una verdadera pertenencia. No había sido ético o normal, pero me había atesorado y dado valor. No quería pertenecer. Quería ser gobernada. Y Brax nunca me reinaría. No podría.

Brax arrastró los pies hacia adelante, empujando al maldito perro fuera del camino. **“¿Esto es real?”** Su voz profunda, completa de sueño, me raspó con el recuerdo. Brax. Dulce y reconfortante Brax. Había estado solo. Probablemente sufriendo diez veces más de lo que yo había sufrido.

“Brax.” Di un paso adelante. Nuestros ojos no se apartaban el uno del otro y se movió. **“¿Tessie? Oh dios, Tess.”** Estábamos corriendo. Nos estrellamos juntos, envolviendo los brazos fuertemente, apretando hasta quedarnos sin aliento. Brax me colmó de besos mientras que su cuerpo caliente, sólo en camiseta y calzoncillos, me quemaba con dolor. Mi corazón se

dividió en fragmentos. La voz de Q me llenó la cabeza. *“Hueles tan bien. Tan jodidamente bien. Como la lluvia... no, no, como escarcha. Agudo y fresca y helada y fría y... y dolorosa.”* Él cerrando los ojos, la voz de salida en un susurro. *“Amas causando dolor.”* Dolor. Se convertiría en un pasajero familiar en mi corazón. Q causaba inconmensurable agonía. Yo no sobreviviría. *Tú vas a sobrevivir.*

Brax se detuvo a besar mi pelo, apretándome en un abrazo rompehuesos. **“Oh, dios mío, Tess ¿Tessie? Eres tú de verdad. Oh, dios mío.”** Su aroma familiar de manzana, todo me abrumaba. E hice lo único que juré no hacer. Me rompí. Las lágrimas cayeron como cascadas y gimoteos. Sollocé por mi pasado con este hombre. El conocimiento cambió completamente, y nunca podría volver atrás. Siempre viviría con Q en mi corazón; no había ya espacio para Brax. Pero tenía que fingir. Este momento marcaba el día que encerré mis deseos y necesidades, lista para actuar totalmente. Tessie renacería a través de la determinación y la mentira.

Brax se retiró, las lágrimas siguiendo por su rostro. Plantó un beso húmedo en mis labios; y me obligué a no retroceder. *Él ha pasado un infierno pensando que estabas muerta. Bésalo. Demuéstrale que todavía le amas.* Abrí la boca, esperando una violenta lengua, tan condicionada al salvajismo, pero Brax me besó con dulzura, delicadeza, tan diferente a Q. Tan diferente a lo que yo necesitaba. Él se apartó, agarrando mis manos.

“¿Estás bien? ¿Estás herida?” Sus ojos volaron sobre mí con pánico. Mi vestido gris estaba revuelto y arrugado, pero parecía caro. Debía de serlo, era Prada. Brax frunció el ceño cuando se dio cuenta del sobre que había en mis manos. Todavía no había tenido la fuerza suficiente para abrirlo. ¿Herida? Sí, en muchos sentidos, pero mis heridas no eran visibles. Negué con la cabeza.

“Estoy bien.”

Frunció el ceño. **“¿Qué pasó?”** Me dijo dando vueltas a mi alrededor, corriendo las manos por mi cuerpo. **“Eres tú. ¿Segura? ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Te escapaste? Tal vez deberíamos ir a un hospital.”** Me reí en voz baja mientras sus dedos me hacían cosquillas, entonces me estremecí cuando él pasó por la costilla.

“Estoy bien. Honestamente. Sólo tengo que ir a la cama y descansar un poco. Ha sido un día muy largo.” *El día más largo de mi vida.*

Brax envolvió los brazos alrededor de mí y juntos entramos en la habitación oscura. Nuestra cama tamaño King me estaba esperando, y la sabába que hice de materiales restantes que representaba la Torre Eiffel, se rio de mí con burla.

Me cerré de golpe. *¿Por qué, por qué, por qué?* El simbolismo romántico francés me apuñaló una y otra vez, no podía soportarlo. Caminé hacia delante, agarré el borde, y lo arrojé a la esquina de la habitación. No podía dormir debajo de un símbolo del país donde mi ex-maestro vivía. Tenía la esperanza de que él sufriera tanto como yo. Maldita sea, quería su corazón frío arrancado, como estaba el mío. *Es mejor que estés aullando de agonía, bastardo.*

Vibré con ira, y salté cuando Brax me tocó los hombros. **“Tessie ... está bien. No sé qué pasó, pero conseguiremos ayuda. ¿De acuerdo?”** Él me tiró hacia la cama y me ayudó a desvestirme. Me revolcaba en pensamientos, recuerdos, deseando poder reiniciar mi cerebro y olvidar. Olvidarlo todo. Vestida sólo con la hoja de seda de debajo del vestido, nos metimos en la cama. El olor a detergente y suavizante de telas se instaló furioso en mi corazón, recordándome que solía encontrar la paz aquí. Podría encontrarla de nuevo si lo intentaba.

Inmediatamente Brax puso mi cabeza acostada sobre su pecho. Era una posición habitual y podía escuchar su corazón. Fuerte y constante, me arrulló dentro de un bendecido estremecimiento. El sueño me robó mi mundo.

* * * * *

“Esclavo, ¿qué crees que estás haciendo?” Me quedé inmóvil, mirando a mi amo. Q se quedó orgulloso y duro al lado de mi cama. Acarició su polla rígida, los labios entreabiertos con lujuria mientras sus ojos brillaban con deseo. **“Correrme pensando en ti follándome, maître.”** Se acarició con más fuerza. Brillaba una gota de líquido pre-seminal. Yo no podía parar. Me puse verticalmente y lo chupé. Q gimió, empuñando mi pelo mientras yo lamía y prodigaba. **“Joder, esclavo. Tu boca es mi mundo entero. Quiero follarte todo el día, todos los días. No puedo pensar con claridad si no te follo. Quiero atarte y nunca dejarte ir.”** Su voz se corrió interminablemente mientras empujaba en mi boca, empujando hasta la parte posterior de mi garganta con fuerza. Gemí, escabullendo mis dedos entre mis piernas, acariciando la deliciosa humedad. **“Deja de tocarte a ti misma, Tess. Eso es mío. Toda mía.”** Él me empujó hacia atrás, sentándose a horcajadas en mí. Con un rápido movimiento, me volcó sobre mis rodillas y me pegó tan duro que mi piel gritó de placer y dolor. Empujé mi culo hacia atrás, rogando. **“Vas a tomar todo lo que doy. No serás capaz de caminar. ¿Te gusta el sonido de esto?”** Su brutal mano me golpeó de nuevo y gemí. **“Sí, maestro. Me encanta el sonido de eso.”** Q se colocó detrás y...

“Mierda, Tessie, estás empapada.” Unos dedos acariciaron mi interior, untando crema entre mis piernas. Brax yacía metido entre mis muslos abiertos y el mundo de los sueños saltó a la realidad. No es real. Mi corazón palpitaba, tratando de entender. Q no era real. Sólo era un sueño. Fui a correr mis manos por el pelo, para sacar los pensamientos de Q de mi cabeza, pero los dedos brillaban con la humedad. Me tocaba a mí misma en mi sueño. **“Estabas jadeando y me despertaste,”** murmuró Brax, todavía acariciándome. **“Sonado con tanto dolor, Tessie. Entonces comenzaste a tocarte a ti misma y gemías.”** Su voz dolía con el daño, pero siguió sonriendo en voz baja. **“Traté de detenerte, pero forzaste mis dedos dentro de ti, y te... te despertaste.”** La vergüenza flameaban mis mejillas. Aparté la vista, incapaz de ver la confusión en su mirada. **“Lo siento, Brax.”** Respiré hondo, luchando contra el impulso de llorar. Giré la cabeza, buscando el aroma de cítricos y sándalo. Mis sentidos estaban solos, privados de todo sobre Q. Ya no me pertenecía, odiaba la forma en que no lo podía ocultar. Mi cuerpo me delató, y Brax estaba perdido y herido, tenía que arreglar esto. Tenía que hacer algo. Brax se movió. Su enorme polla presionó contra mi muslo. La comprensión ardió brillante y me incliné hacia arriba para darle un beso. Se quedó inmóvil mientras le convencí para abrir los labios. Podría devolverle a su novia. Mostrar que realmente había vuelto.

Con un gemido áspero, se desplomó encima, sus dedos metiéndose más profundamente. Su toque no causaba llamaradas ni echaba chispas como Q. Horriblemente, estaba seca. **“Tess. dios, te he extrañado.”** Sus labios suaves se presionaron contra los míos. Quería cerrar los ojos, pero necesitaba reafirmar que el hombre que me hacía el amor no era Q Mercer. Era este

muchacho con un desordenado y cabello castaño y ojos como el cielo. Este era Brax. Y yo lo amaba. *Lo hago.*

Hice una mueca mientras presionaba otro dedo más adentro. Arquee mis caderas, desalojando su toque. Brax paró de besarme, mirando hacia abajo. **“¿Es demasiado pronto? Puedo parar. Sólo necesito saber que estás aquí. Tengo que tenerte Tessie, así sabré que no estoy soñando.”** Pasó su nariz por mi garganta, suspirando. **“He soñado que vienes a casa tantas veces, no confío de que esto sea real.”** Ahuequé su mejilla, trazando sus labios con el pulgar. Brax era todo lo que me importaba. Tuve que parar de pensar y continuar con mi futuro. **“Yo también te necesito.”** Necesitaba a Brax para sacudir la demanda de Q. Entonces, tal vez, podría ser libre.

En silencio, Brax acomodó sus caderas, presionando en mi interior. Hice una mueca en los moretones y la sequedad, pero retuve la cabeza de Brax contra mi hombro mientras comenzaba a moverse. Obligué a mi cuerpo a responder. Juntos, nos movíamos y nos volvimos a conectar. Su cuerpo lleno el mío, y traté tan duro de permanecer en el presente. Para dejar que el amor por Brax evolucionara desde apagado a ardiente pasión, pero la chispa nunca subió más allá de un pequeño rayo. No como las galaxias que Q evocaba, como el diablo mago que era. *Deja de pensar en ese hijo de puta.* Brax gimió, besando mi oreja. **“Mierda, te sientes increíble. Te extrañé. Tanto, tanto, que no tienes ni idea.”** *Me odio. Odio Q. Odio mis fantasías enfermas.* Odiaba que no pudiera ser la mujer que pensaba Brax. Lo era. Odiaba a Brax por quejarse de sus problemas en lugar de preguntarme qué me pasó. Me revolvía con pensamientos negros, pero suspiré con alivio cuando llegó Brax, estremeciéndose y empujando duro. Mi cuerpo nunca se elevó más allá de una quemadura suave, un orgasmo era una imposibilidad.

Brax sacó y se sentó, mirando hacia abajo. Mi sedoso vestido se había elevado por encima de mis pechos, desnudez reveladora. **“Mierda.”** Su boca cayó abierta mientras el se escabullía hacia atrás, casi cayendo por el borde de la cama. **“Mierda, Tessie. ¿Qué demonios pasó?”** Lágrimas en sus ojos vidriosos, fijos en mi carne.

Mi corazón se aceleró. Miré hacia abajo. Estalló una fuerte risa psicótica. Brax miró como si pensara llevarme a un manicomio. Marcas del látigo, color rojo, y manchas de moretones, pintado mi normal y perfecta piel. Negué con la cabeza. Si Q me azotó y marcó, sabiendo que me enviaba de vuelta, ¿sabía que mi antiguo amante lo vería? ¿Hizo esto deliberadamente? *Q, eres un gilipollas confabulador.* Pero en ese momento, no me importaba. Las marcas me vinculaban a él, y mientras se grababan en mi carne, era todavía esclavo. Si Q quería o no.

Brax se puso de pie, paseándose desnudo. **“Dime qué te pasó. ¿Por qué demonios te estás riendo?”**

Mi sonrisa se disolvió y miré hacia abajo. Debido a que mis emociones jugaban a la ruleta, empecé a llorar. Brax vacilante subió de nuevo en la cama. La culpa pululaba y me arrastró las sábanas hasta la barbilla. **“No es nada, Brax. No pasó nada. Estoy aquí ahora. ¿Vale? Está en el pasado, y ya no importa.”** Brax negó con la cabeza, había pánico en sus ojos azules. **“¿Necesitas ayuda? Podemos ir ahora. Me siento tan impotente...”** La idea de hablar con alguien era horrible.

“No. Estaré bien, de verdad,” Brax hipó, encorvando los hombros. Su voz se quebró mientras la tristeza cayó de sus labios.

"Tess, estoy tan tan arrepentido de no haber sido capaz de pararlos. Revivo ese día una y otra vez. Quiero matarme por no ser lo suficientemente fuerte como para detenerlo, y merezco ir al infierno por no escucharte. Te obligué a ir a la cafetería. Todo esto es mi culpa." El pánico se encendió. No podía manejarlo si Brax se rompía. Yo no tenía la fuerza para calmarlo a él, como yo trataba de hacerlo.

Pero él se deshizo, viéndose más y más angustiado por segundos. Me senté, acercándome a él, asegurándome que mi cuerpo quedara cubierto. Mis rodillas apretadas contra las de él, tomé su cara entre las manos. **"No fue tu culpa. Nadie hubiera podido detenerlos."** Mi cuerpo se tensó, recordando al de la chaqueta de cuero. **"Nadie, ¿de acuerdo? Estábamos en inferioridad numérica. Tienes que perdonarte a ti mismo."** Brax bajó la cabeza.

"¿No me odias? ¿Por no escucharte? He pasado los dos últimos meses pensando que estabas muerta. Y ahora vuelvas a la vida, herida, y mentalmente arruinada..." Me estremecí. Yo era un montón de cosas, pero mentalmente estaba bien. Q no ganaría. Me gustaría obtener más de él. Me miró a los ojos, afectados.

"Me desperté en el baño de hombres, sólo. Y tú te habías ido. No sé cómo llegué de vuelta al hotel, pero de alguna manera lo hice. La policía organizó una búsqueda, pero nadie tenía esperanza. Llamaron después de una semana, y la embajada de Australia se involucró. Me enviaron a casa." Se rio oscuramente. **"¡Me enviaron a casa sin ti! ¿Cómo piensas que podría seguir con mi vida? Quería quedarme y buscar yo mismo, pero la policía dijo que habían estado en el café, y estaba abandonado. No había nadie allí."** Brax tomó mi mano, apretando dolorosamente.

"¿A dónde te llevaron?" Estaba preparada para escuchar la historia de Brax. Era obvio que lo necesitaba, pero mi historia... no podía. No podía decirle la horrible experiencia en México. No podía contarle acerca de cuando me escapé de la violación. No podía decirle cuánto significaba Q para mí. Cuánto lo ansiaba, incluso ahora. Me gustaría llevarlo a la tumba. Brax agarró mi muñeca, viendo el código de barras por primera vez. Pasando el pulgar sobre las líneas, murmuró: **"¿Ellos te hicieron esto? Gilipollas."** Frotó mi muñeca como si pudiera despegarlo y hacerlo desaparecer. **"¿Por qué te tatuaron?"** Escondí la mano detrás de la oreja, con furioso terror. Todavía tenía un dispositivo de rastreo en mi cuello. Q podría haber quitado la respuesta del GPS, pero ¿y si los mexicanos podían encontrarme de nuevo? ¿Lo hizo fallar automáticamente después de un tiempo? Necesitaba encontrar la manera de desactivarlo, inmediatamente.

Obligándome a mantener la calma, le dije: **"No te preocupes por mí; dime qué te pasó. ¿Así que te volviste a casa? Siento mucho que volvieras tú sólo, Brax. Siento haberte dejado."** Cayeron mis propias lágrimas, causadas por la culpa y el descubrimiento de que Brax sufrió y se abrumó. Sus pesadillas deberían haber sido horribles.

"Cuando llegué a casa, intenté todo lo que pude para investigar a dónde llevaba a las mujeres que robaban de México, pero una vez robadas, la mayoría de las chicas nunca se encontraban. Algunas fueron encontradas en España, Arabia Saudí, pero nunca con vida. Mi corazón se rompió, al llegar a la conclusión de que nunca te vería de nuevo." Su voz atrapada, y me miró con tal agonía, que me marchitó. **"¡Entonces llamaste! Quería matarme por no contestar. Pero mi jefe había estado llamando constantemente, rogándome para volver al trabajo, y lo puse en silencio. Cuando oí tu voz, tu pánico, el**

hecho de que estabas viva. Mierda, quería romper el teléfono en pequeños pedazos por no poder hablar contigo.” Su pecho bombeaba mientras doblaba las manos. **“Pero me diste un nombre. Un jodido bastardo llamado Q Mercer. Me diste una ventaja. No tenía ni idea de lo que estabas haciendo en Francia, pero llamé a los federales, y ellos se hicieron cargo. Encontraron un hombre rico viviendo en Blois que era dueño de una mega propiedad. Hice algunas investigaciones, pero no pude encontrar una sola imagen de él, o lo que pudiera estar haciendo contigo.”** Suspiró antes de continuar, reviviendo su propia pesadilla. **“La policía se mantuvo fiel a su palabra. Dijeron que investigarían, y si te encontraban, te liberarían y lo llevarían a él a la cárcel. Espero por dios que lo cuelguen.”** El pensamiento de Q muerto me clavaba un puñal de terror en el corazón. El odio en la voz de Brax me heló y me apresuré a interceder.

“Q Mercer no era lo que yo pensaba que era. Me escapé y me encontré en peores problemas, pero Q me rescató.” No podía detener el temblor del disparo del bruto en mi mente. Obligando a irse, agregué, **“Él me ayudó a sanar, entonces me dejó ir.”** Esos dos párrafos sería todo lo que pronunciaría sobre eso. Era mi vida, atada con un listón bastante rosado.

Brax arrugó la cara. **“¿Estás diciendo que simplemente te dejó ir? La policía no se presentó?”**

Sonreí. **“La policía vino, y gracias por ayudarles a encontrarme. Pero Q iba a renunciar a mí de todas formas.”** Mi corazón se retorció, deseando que no fuera cierto. **“Como ves, él rehabilita a mujeres que están rotas y son vendidas. Él las compra, pero una vez que están curadas, las envía a casa.”** No podía parar la oleada de orgullo en mi pecho. Q no era un monstruo. Él podía pensar que lo era, pero un monstruo nunca haría eso. Un monstruo torturaría, violaría y mataría. No ofrecería la libertad después de una vida de miseria.

Brax se relajó un poco. **“Entonces, ¿nunca te tocó? ¿Te mantuviste a salvo y protegida todo este tiempo?”** Sus ojos cayeron a la sábana presionada contra mi garganta. **“¿Qué pasa con las marcas en tu cuerpo?”** Me senté recta, esperando como el infierno poder esconder la verdad.

“Me los hicieron cuando me escapé. Vivía rodeada de lujos, y me hice amiga de su criada, Suzette.” Sonreí brillantemente, la lucha contra el aguado dolor amenazaba con aplastarme. **“Estoy bien, sinceramente. Juntos, podemos tener nuestras vidas de vuelta.”** Incliné la cabeza, y, por un momento, me pregunté si no creyó mi mentira, pero luego se acercó a mí. Subí a sus brazos. Brax besó la parte superior de mi cabeza, murmurando: **“Todo va a estar mejor ahora. Estás en casa. Nunca te voy a perder de vista.”** Me acurruqué más cerca y no dije una palabra.

CAPÍTULO 23

Pájaro carpintero

Un ser humano es adaptable. Un corazón humano no.

Había pasado un mes, y reanudé mi antigua vida como si nunca me hubiera ido. Dos semanas después de regresar, llamé a mis padres.

Brax les dijo lo que me pasó en México, quemaron un viejo unicornio de peluche mío, y luego esparcieron las cenizas en el jardín trasero, creyendo que estaba muerta. En sus viejas mentes, mi reencarnación era un calvario desordenado, no una segunda oportunidad para ser feliz. La conversación fue rebuscada y dura.

Nunca volví a llamarles.

Me convertí en una adicta a las canciones que escuchaba Q. Las letras compartían mi dolor, liberando las emociones que tengo dentro.

*Tu memoria no dejará que mi cabeza
te caze, me estoy volviendo loca,
me gustaría estar muerta
cada vez cada vez que cierro los ojos, estás ahí,
dispuesto a chupar en la oscuridad deseos realistas donde yo ya no quiero estar,
mis sueños son mi salvación, voy a cortar para salir, para picar,
romper todos mis huesos del cuerpo aunque sólo significaba la paz de su melodía oscura.*

Nunca había escuchado las canciones cuando Brax estaba en casa, pero cuando estaba yo en soledad, las palabras llovían con angustia y necesidad.

En mis sueños, Q me visitaba, y me despertaba con estrellas fugaces y orgasmos. Durante el día, me obligaba a actuar, mentir y ser Tessie. La verdad y Q me hacían daño en el corazón; tenía que ocultar mis sentimientos.

Mis secretos permanecieron encerrados detrás de una fortaleza de inocencia de ojos azules. Mi cuerpo sanó y los latigazos ya no se veían. Pero ardían brillantemente y con color rojo en mi alma.

Muchas noches, me torcía los pezones muy fuerte, sólo para tratar de recrear la lujuria para pensar que era Q, pero nunca funcionaba.

La vitalidad se convirtió en un lejano y oscuro paraíso. La realidad se hizo cargo. Hice mis exámenes finales de la universidad. Me dejaron hacerlos, debido a las circunstancias, y pasé con muy buenas notas. Brax me llevó a cenar para celebrarlo, pero él era consciente de que había otro ancla que me mantenía aquí. Tenía una educación ahora. Lo único que me inmovilizaba era Brax. Y día tras día demostraba que no era suficiente.

Traté de recuperar la mansión de Q en mi cuaderno de dibujo cutre, pero no importaba cuánto lo intentara, que no podía hacerlo bien.

Volví a contactar con Stacey y mis amigos de la uni, y empecé a buscar trabajo en el sector inmobiliario. Me deslicé por la vida en un estado semi-consciente. Sonriendo, riendo aún, pero todo se silenció, cubierto por una pantalla transparente, sin dejarme ver colores brillantes, u oler olores deliciosos, o disfrutar de un placer exquisito.

Treinta y seis días después de que Q me abandonara, sucedieron dos cosas que sacudieron mi soso mundo. Brax cambió sutilmente. Me di cuenta que pasaba mucho tiempo en tirar la basura. No me importaba, pero la curiosidad me hizo seguirle una noche.

Lo encontré hablando furtivamente con nuestro vecino en el pasillo, fuera de nuestro bloque de apartamentos. Ella tenía el rostro en el pelaje de Blizzard y una mirada de adoración en sus ojos.

Me temblaron los dedos y se me aceleró el corazón, el primer pico de emoción en un mes.

Nunca había dejado de pensar en la vida que había llevado Brax mientras yo jugaba a ser la esclava de Q. Él se preocupaba por ella, la dulzura tentativa que él había mostrado cuando nos conocimos, brillaba en sus ojos.

Oh, dios mío, ¿estaba resentido conmigo por haber vuelto a la vida cuando pensaba que estaba muerta?

Yo había sido tan egoísta como para no considerarlo. Después de la primera mañana, fingimos que nada había pasado. Nunca hablábamos sobre ellos, y nunca se quejaba cuando no teníamos relaciones sexuales. Yo no quería admitirlo, pero vivir con Brax, aceptando sus besos y cogernos de las manos, me sentía como si estuviera engañando a Q, y eso era estúpido y frustrante. Pero mi cuerpo me odiaba por traicionar a mi amo. Soñaba con él por la noche, me calentaba mientras dormía y temblaba por la liberación.

Me quedaba hipnotizada cuando Brax ayudaba a la chica a ponerse en pie, sosteniéndola más de lo necesario. La mirada de emoción implícita en sus ojos me hizo añorar. Añorar ser otra. Esperé a ponerme celosa. Esperé rabia. Esperé nada... *algo* para mostrar lo que me importaba. Nada.

Brax se rio de algo que ella dijo, agitando la cabeza de Blizzard. Una sonrisa floreció lentamente en mis labios.

A Brax le gustaba otra. Ya no me usaba como su muleta, y yo ya no lo usaba como la mía, ya no lo necesitaba. La verdad resonó con un centenar de tambores y relámpagos.

Felicidad. *Libertad.*

Brax no me necesitaba.

¡Soy libre!

Se agitaron mis emociones. La correa que me ataba a Brax, tejida y enroscada con obligación y amistad, se había cortado con unas tijeras, dejándome desamparada.

Por primera vez en mi vida, yo era mía. Completamente sola. Nadie tenía que dirigirme. No pertenecía a nadie o me reclamaba. La alegría impactó contra mi mediocridad, mi necesidad de que la gente se preocupase.

Me preocupaba por mí. *Je suis à moi.* Soy mía. La afirmación en francés era ridículamente perfecta.

La susurré, hormigueando con la posibilidad. “**Je suis à moi.**”

La noche siguiente le dije adiós a Brax.

Mientras él iba a tirar la basura y a coquetear con la vecina, saqué una vieja mochila de debajo de la cama y hice la maleta. Encendí la radio, que se balanceaba con la música pop, dándole la bienvenida a un nuevo comienzo.

La ropa que ya no me gustaba, los accesorios que ya no me importaban, los puse en la parte inferior. Por primera vez en mi vida, me iba por mi cuenta. No había un plan de respaldo, no había una red de seguridad. Nadie confiaba en mí.

No tenía un destino en mente. Pero sabía que quería hacer valer mi promesa. La promesa que le di a la mujer que me tatuó en México. Le dije que el karma le iba a morder el culo. Quería cazar y herir a cada persona que había estado involucrada, y levantar a todas las mujeres que no tenían un final feliz como yo.

Yo terminé siendo débil y pasiva. *Ya había terminado de ser Tessie.*

En cuanto miré mi muñeca envuelta en plástico, sonreí. El mes pasado, me hice otro tatuaje. Abracé el dolor; después de todo, Q me enseñó que el dolor era placer.

Él rugió en mi cabeza.

“Sólo pienso en mí y en lo que estoy haciendo. No hay intimidad en el dolor, esclavo.

Permíteme hacer que tu dolor sea mi placer.”

Negué alejando el recuerdo, ignorando el apretamiento entre mis piernas. Dios, le echaba de menos. Echaba de menos su frialdad egoísta, su violencia súper caliente.

Pero también le daba las gracias. Sin su crueldad, nunca me habría encontrado.

Sonriendo, tracé la pequeña ave en vuelo atrapado entre los dos extremos del código de barras. Bajo el gorrión estaban los números: 58.

Era mórbido. Había sido incorrecto en muchos niveles marcarme a mí misma como esclava cincuenta y ocho, pero Q fue el punto culminante de mi vida. La pieza central conmovedora que nunca volvería.

Cuando fuera anciana, estuviera casada, aburrida y drenada, quería algo para recordarle. El tatuaje del pájaro y el número estarían siempre para sostener esos recuerdos. Una caja de

seguridad de placer sádico disponible para revivirlo en la intimidad de mi mente, cada vez que necesitara una inyección de fuego.
Suspirando, cogí la última cosa de mi armario.
El vestido gris que había llevado cuando me fui de casa de Q. Una canción empezó en la radio.

*Tu tacto me consume, me asusta, me seduce,
quiere capturarme.
Yo quiero ser tu víctima,
quieres arruinarme,
quiero que me rompas,
me muestras tu oscuridad,
y yo te daré mi luz*

Las letras me golpearon en la cabeza, y me quedé mirando el vestido durante mucho tiempo. Mi corazón no sabía si quería pelear o morir. En un horrible momento de desgracia, olí el material. Todavía olía a suaves cítricos y madera de sándalo, se agarraron a mi estómago con amor y odio. Dos sentimientos iguales, tan diferentes, aunque no del todo tan diferentes. Ambos eran una sola cosa: pasión.

Hice una pequeña bola con el vestido, algo arrugado.

Con el ceño fruncido, saqué el sobre que Franco me dio. Había sido demasiado cobarde para leerlo. En cambio, lo escondí en el vestido, con la esperanza de olvidarlo.

Nunca lo olvidé.

Pero ahora, tenía fuerza. Yo tenía el control de mi destino. Sentada en la cama, deslicé un dedo bajo el pegamento pegajoso para abrirlo.

Los latidos sonaban más fuertes mientras la sacaba. La pulsera de plata de Brax se cayó.

“¡Merde!” Él estaba de pie, cogió el brazalete de la alfombra. “Esto es mío. Eres mía.

Acéptalo si alguna vez quieres volver.”

Eso fue una mentira. Todo ello. Me dio el brazalete muy fácilmente. Si se comprometió a poseerme totalmente, no hubiera pasado el último mes en el purgatorio.

Arrojé el brazalete lejos; y aterrizó en la almohada de Brax. No lo quería más. Pertenecía a dos identidades, y no me inclinaba ante eso.

Voy a seguir adelante, así que ayúdame. Me gustaría encontrar y rescatar mujeres que sufrieron abuso y penurias. Me convertiría en la peor pesadilla de un traficante. *A pesar de lo que negara, era así.*

Mis ojos se abrieron.

Q salvó mujeres, lo mismo que iba a hacer yo.

Él podría salvarlas, pero nunca iba a llevar al os hijos de puta que lo hicieron ante la justicia. Yo quería ir detrás de los monstruos.

Miré el sobre antes de tirarlo a la basura, y saqué un pequeño trozo de papel. El aire se negó a entrar en mis pulmones.

Esclave,

Tess,

*Esto es por tu libertad.
Vuelta alto y sé feliz.
Je suis à toi.
Q.*

Me puse una mano sobre la boca, reprimiendo un gemido. Detrás de la nota había un cheque. Firmado con un remolino arrogante, que era la firma de Quincy Mercer. Me había dado 200.000€.

Me sentía débil. ¡Doscientos mil! Ardía por dentro. Doscientos. ¿Eso era todo lo que valía? ¿Menos que un Bugatti o alguna otra posesión que pudiera comprar? ¡Mierda, yo no estaba a la venta!

El dinero me envió espasmos de frustración caliente con su audacia. Realmente era un maldito idiota. No quería su dinero. No quería nada de él aparte de paz. Quería que se fuera de mi cabeza. Quería que mis sentidos me pertenecieran otra vez. Quería que mi corazón dejara de llorar. Hay tantas cosas que quería... y que nunca iba a llegar.

Maldito sea, que se vaya a las profundidades del infierno.

Se me aceleró el corazón. Todo lo que había estado tratando de olvidar, me agarró por la garganta, chocando conmigo con salvajismo despiadado.

“Como quieras, esclave. Cada vez que te llamo Tess, recuerdo que puedo hacer lo que quería contigo. Me perteneces.”

“Sí.”

“Después de esta noche, cada vez que diga tu nombre te mojarás para mí. No sólo poseo tu cuerpo, sino también tu identidad. ¿Te niegas?”

Trato de negarlo. Lo he intentado mucho.

Pero no podía tragar la mentira. Todavía le pertenecía a Q. Le pertenecía mi cuerpo, mi corazón, mi alma, mi puto todo.

Las lágrimas me goteaban por las manos. Sabía lo que tenía que hacer.

Moviendo la mesita de noche, me encontré con mi cuaderno de dibujo y arranqué una página.

Las manos me temblaban y el estómago se me hizo un nudo.

*Brax,
siempre te amaré. Me encanta tu bondad, tu generosidad, tu amistad, tu sonrisa. Siempre voy a amar la forma en la que me hiciste sentir conmigo misma y cómo me mantuviste a salvo cuando me sentí tan sola. Pero sé que no te doy lo que necesitas. Sé que soy egoísta al no apoyarme lo suficiente y no haberme dado cuenta hasta ahora.
Otra persona te necesita más de lo que yo nunca te necesitaré, y quiero que seas feliz.
Voy a dejarte que lo hagas, Brax, y te deseo mucha felicidad y...*

“Te estás yendo. ¿Verdad?”

Dejé caer el bolígrafo, y aspiré aire. Brax estaba de pie en la puerta, con la mandíbula apretada. Se acercó a la cama, tratando de leer mi nota al revés. Sus ojos se posaron en la pulsera de plata que había sobre la almohada.

Me mordí el labio mientras la cogía, observando, sin ver. El brazalete representaba nuestro futuro y lo tiré a la basura frívolamente.

Dejé caer la nota como una cobarde, pero cara a cara, no sabía si tenía fuerza suficiente.

Encuentra la fuerza. Él tiene que saber la verdad.

Dejé caer el papel, y fui a su lado. **“Sí. Me estoy yendo.”**

Brax miró hacia arriba, sosteniendo el brazalete con fuerza. **“¿Solamente te ibas a ir, Tessie?”**

Sus ojos brillaban con dolor. **“¿Qué hay con lo que yo quiero?”**

Me puse una mano sobre el corazón, mirando a sus ojos azules. **“Te estoy dando lo que quieres. Lo que necesitas. Yo siempre seré tu amiga, Brax, pero nos hemos hecho pequeños. Nunca quise hacerte daño, y si me tengo que ir, lo haré.”**

Él bajó la cabeza, presionando su frente contra la mía. **“Eso no es cierto. Te necesito.”**

Suspiré en voz baja, **“Creo que necesitas más a otra persona.”**

Cuando me miró con una ceja levantada, agregué, **“¿La vecina con la que has estado pasando mucho tiempo? Os he visto juntos, Brax. Sé que tienes sentimientos por ella.”**

Tragó saliva. **“No es así. Sinceramente. Ella se mudó mientras estabas... mmm... ido, y yo la he estado ayudando con cosas.”** Bajó la voz. **“Su padre y su hermano murieron en un incendio en su casa. Su madre murió cuando ella era un bebé, y no tiene a nadie a quien recurrir. Sólo estaba siendo amable.”**

“¿Cómo se llama?”

Se estremeció. **“Bianca.”**

Odiaba la expresión de sus ojos, el aspecto en el que esperaba que yo gritara y darle un puñetazo. Tenía todo el derecho de cuidar a otra que estuviera tan sola como él. Juntos, serían todo lo demás. Yo no estaba suficientemente rota para Brax. Mi valor y fuerza mantenían una brecha entre nosotros todo este tiempo.

Lo besé suavemente y murmuré, **“Déjame ir. Serás más feliz, te lo juro. La verdad duele menos que unas mentirijillas y unas farsas... ¿recuerdas?”**

Tragó saliva, asintiendo con la cabeza una vez. Él sabía que yo decía la verdad. **“¿Dónde vas a ir?”** Me recogió en un abrazo.

Le apreté la espalda, pero no podía confesar. **“No estoy segura. Pero sé que soy feliz y estoy haciendo lo que tengo que hacer.”** Besando su mejilla, me alejé. **“Espero que estés verdaderamente contento con que esto haya terminado, Brax.”**

Me besó suavemente, sonriendo. **“Te vas de nuevo a Francia, ¿no es así?”**

Me quedé helada.

“He visto lo diferente que eres, Tess. Duermo al lado tuyo. Veo cómo te levantas caliente, mojada y sexy como el infierno. Algo pasó allí, y te cambió. Lo entiendo. Lo que pasó en México nos cambió a ambos.”

Luché con vergüenza y temor. Brax vio más de lo que creía. La vergüenza me hizo sonrojar.

Estaba en lo cierto. Yo había cambiado y no podía deshacerlo. No podía cambiar el hecho de que él estaba a mi lado mientras yo soñaba con los azotes de Q. Sufrió en silencio mientras yo lloraba con necesidad.

El remordimiento se instaló pesadamente. **“Brax, lo siento mucho.”**

Se rio un poco. **“No hay nada por lo que pedir disculpas, Tessie. Sabía que éramos diferentes desde que sacaste tu vibrador. No me siento cómodo con ese tipo de cosas, y creo que sabía que iríamos por caminos separados a partir de esa noche. Me dolió mucho en su momento, pero ahora... yo podría ser capaz de respirar con la idea de tenerte sólo como una amiga.”**

Su aceptación dejó que mi corazón volara libre; le di otro abrazo. **“Estamos en contacto.”**

Brax me abrazó con comodidad al fin y me besó en la mejilla despidiéndose.

Nuestra relación de dos años terminó con una nota amable y le deseaba a Brax el mundo entero.

Media hora más tarde, salí del apartamento, con el vestido gris que me dio Q.

Sin pertenecer a nadie.

No había elementos triviales, no había significado.

Sólo yo, mi pasaporte, y la nota de mi maestro.

Con una sonrisa en la cara y en el corazón, dejé mi mundo atrás.

CAPÍTULO 24

Martín pescador

El vuelo a París tardó muchísimo.

El tren a Blios tardó una eternidad.

En el momento en que llegué a la aldea donde me encontré con Franco, apareció un arco iris de sentimientos. Temor residual de la violación. Emoción al estar tan cerca de Q. Los nervios por saber cómo reaccionaría. ¿Y si me odiaba por completo? ¿Y si él me echaba de nuevo?

Detén esos pensamientos.

Una cosa era segura, Q podría oírme antes de que me echara de nuevo. ¿Vivía en la oscuridad? Bien, yo estaba a punto de traerle el infierno si él no quería escuchar.

La decisión de arrojar recuerdos de echarme, con recuerdos de regreso. Me dirigí a Le Coq y me acerqué a la misma mujer. Los gallos en las paredes ya no querían picotearme los ojos.

Miraban grasa y contenido.

Las mujeres que no creían que me había secuestrado, me miraron boquiabiertas cuando me acerqué al mostrador. Mi piel me pinchaba con el pánico fantasma de la violación, pero me obligó a dejarlo pasar. Eso no me define. Se había acabado.

Ella tenía la boca abierta, mirándome con ojos incrédulos.

“Bonjour. Estoy buscando la residencia *Moineau*. La finca de Quincy Mercer.”

Su boca se abrió más, mostrando los dientes más antihigiénicos. **“Tú... tú viniste aquí diciendo que te secuestró. ¿Ahora quieres volver?”**

Sonreí brillantemente. **“Sí. Tiene sentido, ¿no?”** No di más detalles, y traté de no reír. No podía parar las burbujas de felicidad. Estaba haciendo algo para mí. Era liberador.

Ella me miró durante un rato; pensé que no me iba a responder, pero finalmente llamó a un muchacho desaliñado, que estaba en la cocina, con las manos cubiertas de burbujas de jabón.

“*Emmener la, à la résidence de Mercer.*” (Llévala a la propiedad de Mercer).

Disfrutaba con el lenguaje lírico del francés. Lo echaba de menos. Había crecido amando Francia y su idioma. No quería vivir de nuevo en Australia con el acento gangoso y el calor. Francia era elegante, refinada y ardía con pasión.

El chico de la cocina asintió, quitándose un mechón negro de los ojos. Se lo agradecí a la mujer y seguí al chico a una camioneta blanca que había en el callejón. El mismo callejón por donde salí corriendo de Franco.

Sufrí una punzada de terror ante la idea de entrar en el coche con un desconocido. No podría volver a repetir lo que pasó con el bruto y el conductor, pero me armé de valor.

No dijimos una palabra mientras íbamos en la camioneta. Pasamos colinas y campo, mi corazón vagaba de forma errática. Cada milla que pasaba, estaba más cerca de Q. Cada milla, me sentía con más y más confianza. Aquí era donde yo pertenecía. Estaba en casa.

Pasamos a través de unas enormes e imponentes puertas, y el sonido de la grava debajo del coche me hizo sudar. Me puse nerviosa y tenía la boca seca por la preocupación.

La mansión color pastel de Q apareció a la vista, junto con la fuente. La primavera dio paso al verano, y los jardines inmaculados de Q se amotinaron con color. Las mariposas revoloteaban mientras las aves volaban. Un paraíso inocente cuando una bestia acechaba. Una bestia que le gustaban las cosas delicadas, pero nunca mataba.

El chico sonrió cuando llegamos. Mi corazón se afianzó en la garganta. No me podía mover.

¿Qué estoy haciendo?

“Nous sommes arrivés.” (Ya estamos aquí). Me hizo un gesto para que saliese.

Me quedé mirando la mansión, con todo lo que se veía. *No podía hacer esto. Sí, si podía.*

Pero, y si... él se negaba a verme, o había otra esclava... o...

La puerta principal se abrió.

Me metí en el asiento, la cobardía me tenía de rehén.

Salió Suzette muy sorprendida, mirando a través de las ventanas de la camioneta. Saludé tímidamente y su boca se abrió.

El muchacho se echó a reír. Salí, frenéticamente suavizada con mi vestido gris, frotándome las mejillas, deseando haber pasado más tiempo para presentarme mejor.

Una ligera brisa hizo que me salpicara un poco de agua de la fuente, haciéndome temblar.

Suzette y yo no nos movimos durante un siglo. Dudaba que ninguna esclava hubiera vuelto una vez que fuera puesta en libertad. Por otra parte, me quité la fuerza. Rompí la tradición por ser impredecible. Nuestros ojos se encontraron y le transmití todo lo que sentía. *¿Ves cómo soy digna? Volví por él. Volví por ti. Por esta vida. Por todo en lo que me hizo convertirme.*

Suzette avanzó hacia delante, llevaba un uniforme elegante de criada de color blanco y negro.

Sus ojos color avellana brillaban. **“¿Ami? Qué... No entiendo.”** Dio un paso vacilante. Cerré la distancia entre nosotras.

Resistí el impulso de abrazarla. Se cubrió la boca mientras le sonreí.

“Bonjour, Suzette.” El sol quemaba a través de la neblina de finales de primavera y calentaba mi piel. ¿Qué pasaba? Tomé decisión correcta. Q necesitaba a alguien por el que luchar. Q necesitaba que alguien luchara por él.

Quería luchar por él. Quería *ganar*.

Los tonos pastel de la casa brillaban con el sol en verdes pálidos, rosas, y las características renacentistas difuntas.

Nunca quise irme.

Suzette chilló, lanzándose a mis brazos. **“¿Volviste? ¿Por qué harías eso? Pensé que le odiabas, a nosotros, todo lo que pasó. Te echó. Pensé que estarías tramando un asesinato, y que aparecerías de la nada.”**

No hice caso de la punzada causada por la observación de que me había echado. No lo hizo. Hizo lo que le dijo la policía. No le guardaba rencor... a menos que siguiera siendo un idiota arrogante, entonces le daría un puñetazo.

Le apreté la espalda, respiré su aroma de lavanda y productos de limpieza. Mi corazón latía con tantos recuerdos. Suzette había sido difícil, leal a Q y su dura amistad a veces dolía, pero era feroz y había vivido con él mucho más tiempo que yo.

Mi respeto por ella era grandísimo.

Apartándome, le dije, **“He tenido tiempo para pensar. Q me cambió, Suzette. Sacó mi verdadero yo y me puso en libertad.”** Sonreí, recordando cómo los pájaros eran fundamentales para Q. Hablando en su lengua críptico, agregué, **“Abrió mi jaula y me permitió volar. No puedo evitarlo si mi libertad está aquí.”**

Se apartó con una sonrisa pícara en su rostro. **“Tú le has descubierto.”**

Envolviendo sus dedos con los míos, me tiró hacia la casa. Puse un pie delante del otro, centrándome en la respiración para no desmayarme. Mi corazón no se había detenido zumbando desde que me subí al avión. Estaba segura de que estaba a punto de vencer.

“He tenido la ayuda de algunas divagaciones borrachas de Franco, pero sí. Estoy empezando a verlo. Quiero ver más.”

Miré a mi alrededor, al enorme vestíbulo con su escalera azul y sus grandes obras de arte. Mi cuerpo estaba hilado con mil sentimientos, mi estómago no dejaba de dar volteretas.

Me dio un beso en la mejilla, cerrando la puerta detrás de nosotros, encerrándome en el mundo de Q. Su dominio. Mi futuro. **“¿Qué día es hoy?”**

Parpadeé. Me sentía confusa. **“Mmm, ¿domingo?”**

Una sonrisa dividió su cara. **“No es un día de semana.”**

Dios mío. Mi corazón volaba, volando alrededor del vestíbulo. **“Está aquí,”** le susurré. No podía esperar otro momento. **“¿Me llevas con él?”**

Suzette me agarró la mano, bajando la voz. **“Estoy tan feliz de tenerte de vuelta, Ami.”**

Sonreí. **“Sabes mi nombre real. Llámame Tess.”**

Sonrió. **“Espera aquí.”**

Voló por la escalera, y me dejó sola. Me soltó la mano. Yo era una intrusa en esta increíble casa, que quería preguntarle a un hombre de gran éxito que dejara de ser un imbécil, y que me dejara volver. Para mostrarme su crueldad. Su compasión. Para darme la vida que realmente yo quería.

Crujió algo en el salón. Me giré para encontrarme cara a cara con una mujer en pantalones de chándal holgados y un suéter tres veces más grande que ella. Caminaba con un aire de rechazo y de tristeza. En cuanto hicimos contacto visual, ella gimió y cayó de rodillas, haciendo una reverencia.

El tiempo se paró en seco. Sólo podía mirar.

Cincuenta y nueve.

Mis manos se cerraron. Esta era la esclava cincuenta y nueve. Mi sustituta. ¿De dónde había salido? Los celos me agobiaron, pero me obligué a relajarme. Franco me dijo que Q nunca había tocado a otras esclavas. Yo fui la primera. Su última.

“Está bien. Puedes levantarte,” le dije en voz baja, cada vez más cerca. Tenía el pelo marrón, desordenado y sucio, y unas enormes sombras rodeaban sus ojos. Sus muñecas eran frágiles y delgadas. Su aura estaba golpeado y pisoteado. Todo gritaba a abuso.

¿Es así como llegaban todas? Por eso fue por lo que Q se sorprendió? ¿Por eso estaba tan intrigado en mí? Me negué a ceder. Le maldecía. Le susurraba.

Mi respiración se detuvo.

Me vi a mí misma como hizo Q ese día: una luchadora hasta la médula. Una mujer que no había sido pisoteada por la depresión o por la servidumbre. Un destello de brillo en un mundo de tristeza. Yo era el polo opuesto de esta pobre chica.

Caí de rodillas, tendiéndole la mano. Ella se escabulló, temblando.

Me puse de pie. **“No te preocupes. No voy a hacerte daño.”**

“Sephena. Levántate.”

Mi cuerpo se apretó y se fundió. Su voz. *Él.* Maestro. Controlador. Sexy como el maldito infierno.

Me estremecí. Estaba frente a mi amo. Mi destino estaba elegido.

Q se quedó a mitad de camino por la escalera, sus pálidos ojos de color jade ardían con una mezcla de asombro, lujuria e ira.

El aire se arqueó y crepitaba, la tensión inundaba el espacio. No existía nada más que él.

La chica estaba a mi lado, levantándose. Le quité la mirada a Q cuando ella hizo una reverencia y se fue con él.

Le seguí, había como un imán hacia el poder de Q.

Q sólo tenía ojos para mí, se movió silenciosamente por las escaleras. Llevaba un traje negro a rayas con la camisa color berenjena y la corbata gris, éste susurraba a cada paso. Sus zapatos de vestir brillaban contra la alfombra azul. Bebía todo lo relacionado con él.

Había líneas alrededor de sus ojos, antes no estaban allí. La tensión estaba anudada en sus hombros. Mostraba una menor postura perfecta.

Paró dos pasos antes y me miró. **“*Que fait tu ici?*”** (¿Qué estás haciendo aquí?)

Libré una batalla para no desmayarme al oír mi voz. Mi sentido del oído, propiedad suyo, me ordenó a adorarlo. Para escalar su magnífico cuerpo duro.

Me lamí los labios, ardiendo de deseo. La chispa entre nosotros no se podía negar. Se quemaba como un cable trampa a punto de estallar.

Todo el tiempo que viví con Brax, no había tenido ningún interés en el sexo. Ahora, me iba a *morir* si no lo tenía. Las piernas me temblaban, el cuerpo me ardía, y la humedad me fundía sin vergüenza. Q estalló todo mi anhelo en una bola de fuego, incinerando mis entrañas.

La pobre Sephena estaba completamente ignorada.

“He venido por ti,” le susurré. **“Por mi propia voluntad.”**

Sus fosas nasales y su boca se abrieron. Esa boca, oh, cómo quería besarla. Su lengua. Lo quería todo sobre mí.

“Sephena. Ve a buscar a Suzette. Ella te enseñará dónde está la piscina.” Suavizó el tono. **“Recuerda, eres libre de hacer lo que quieras.”** Q subrayó la palabra libre. Sentí que caía un poco más.

La chica no mostró sorpresa, pero estoy segura de que lo hizo. ¿Cómo yo no sabía que Q tenía una piscina? ¿Qué otras sorpresas podía encontrar? Me aseguraría de que Q me mantuviera y así podría averiguarlo. Quería ayudar en cada parte de su vida. Él necesitaba a alguien. Parpadeé, dándome cuenta de lo solo que estaba. Un desfile de mujeres rotas, compartiendo su casa, sin encontrar consuelo en ellas.

Él trabajaba, dormía y trabajaba más.

En cuanto Sephena desapareció, apreté los puños. **“Tenemos que hablar.”**

Enseñó los dientes. **“Nosotros no tenemos que hacer nada. Te envié de vuelta. ¿Qué coño estás haciendo aquí?”**

Mi palma me picaba porque quería abofetearlo, para meter algo de sentido dentro de él.

¿Estaba desorientado por el dolor que me causó? ¿O asfixiado y no podía pensar con claridad? Todo lo que pensaba decir voló de mi cabeza. Me doblé hacia el suelo.

Una conversación sumisa a su dominante. Pero yo no era una sumisa. Yo era la mujer que quería robar a Q, al igual que él me robó. No tenía otra opción. No iba a darle una. **“Maestro... Q... Quincy...”**

Aspiró una gran bocanada de aire, sonó un crujido mientras él cambiaba.

“Mi nombre es Tess Snow. No amor o Tessie, o cariño. Soy una chica que sólo ahora se ha dado cuenta de lo que es capaz de hacer. No soy la hija de nadie. No soy la novia de nadie. No soy la posesión de nadie. Yo me pertenezco a mí, y por primera vez, sé lo poderosa que es.”

Me quedé mirando el mármol, por lo que mi corazón estaba a sus pies. **“Volví para el hombre que veo dentro del maestro. El hombre que piensa que es un monstruo a causa de sus deseos retorcidos. El hombre que rescata a esclavas y las envía de vuelta a sus seres queridos. Volví para Q. Volví a ser su esclava y también para ser su igual.”**

Mi voz se apagó cuando mi garganta se obstruyó con la pasión. **“Volví a ser tu todo... como tú estás convirtiendo en el mío.”**

Mi corazón latía como un tambor, rugiendo en mis oídos.

Dio un paso más cerca.

Sus zapatos aparecieron en mi línea de visión. Su voz se hizo eco oscuro y espeso. **“No sabes lo que estás ofreciendo.”**

Levanté la cabeza, con audacia envolví una mano alrededor de su tobillo. **“Te estoy ofreciendo mi dolor. Mi sangre. Mi placer. Te estoy ofreciendo el derecho a azotarme y follarme. Para rebajar y hacerme daño. Estoy ofreciéndote que luches por tus necesidades con las mías. Estoy dispuesta a unirme contigo en la oscuridad y encontrar el placer en el dolor insoportable. Estoy dispuesta a ser tu monstruo, Q.”**

Le pasé las uñas por el pantalón, mi voz dolorida con la verdad. **“Somos iguales.”**

Con un gruñido, quitó su pie y se fue hacia la biblioteca. Le miré, sorprendida. Maldita sea, esto era un trabajo duro.

Me levanté y le seguí, cerrando la enorme puerta de cristal detrás de nosotros, encendiendo el interruptor de la luz. Descendió la privacidad y la tensión se enroscó entre nosotros, explotando

en el reino del miedo con necesidad. Lo pude ver: cintas termales de lujuria color carmesí, brillante con miseria e intoxicación.

Q se inclinó sobre su escritorio, pellizcándose el puente de la nariz. El cuarto oscuro susurraba pecado y maldad. Los libros llenos de historias eróticas me miraban desde los estantes libres de polvo, y me animaban a terminar lo que empecé.

Me volví a Q. Él también tendría que ayudar. Le debía una disculpa, una explicación. Me debía su corazón.

Q giró lejos, caminando, pasándose la mano por el pelo corto. Sus ojos parpadeaban hacia mí y yo trataba de leer los sentimientos ardientes de su mirada.

“No puedes obligarme a salir, cuando yo entré por mi propia voluntad. Esta es tu casa, Q, pero no tienes la fuerza suficiente para echarme dos veces.” Yo tenía la esperanza de que dios estaba en lo cierto.

Él gruñó en voz baja, rondando, sin detenerse nunca.

De pie en el centro de la habitación, le observaba. Dejé que expulsara el exceso de angustia. Mientras él paseaba, le hablé.

“Esa noche, antes de que me echaras, fue la mejor noche de mi vida. Las marcas que me hiciste me duraron una semana entera. Cada vez que me miraba al espejo, o me tocaba un moretón, te necesitaba más. Tú visitabas mis sueños. Me despertaba húmeda y con el corazón vacío.”

Mi piel se calentaba, recordando cuántos sueños húmedos disfrutaba bajo sus brutales exigencias. Me encantaba cómo sus uñas me dejaban cicatrices débiles en mi culo.

“Destellos de recuerdos me perseguían en el supermercado, en la universidad. Nunca podría escapar de ti.”

Él dejó de caminar, su hermoso rostro, anguloso y congelado con necesidad.

Me acerqué de puntillas, murmurando, **“Me dolía que me pudieras dominar. Me encantaba que me follases. Te extrañé. Echaba de menos al hombre que había conocido, pero que nunca volvería a ver.”** Levanté la muñeca.

Sus ojos brillaron mientras él miraba hacia abajo, rápidos como un rayo. **“Merde.”**

Ahugué un gemido cuando sus dedos me besaron el aleteo de aves en su prisión de código de barras, susurrando sobre el número cincuenta y ocho.

“¿Por qué?” Su voz estaba torturada, vacilante y ronca.

“Porque me hiciste libre.”

Sus ojos estaban fijos en los míos, enojado. **“Estás loca. Te lavé el cerebro. Después de todo lo que hice... todo lo que pasaste porque te capturé. ¿Cómo puedes decir esas mentiras?”**

Ahuequé su mejilla, haciendo una mueca cuando saltaron chispas. No lo podía tocar sin dolor. Parecía lógico.

“No es una mentira. Tú me mostraste quién soy realmente.” Mi corazón se calentaba con el acero y el hierro. **“Soy lo suficientemente fuerte como para luchar contra ti. Quiero dártelo todo, pero sólo si me das lo que quiero a cambio.”**

“De verdad que estás loca. Te hago daño, debes irte y no volver más.” Sus dedos se entrelazaban alrededor de mi muñeca, tirándome más cerca. **“No soy algo que se pueda domesticar. No soy un hombre que recita poemas y te trata bien. No soy humano.”**

Tragué saliva, golpeada con la paciencia y la rabia de Q. **“¿Te he preguntado por poemas y sutilezas? ¡No! Si hubiera querido eso, me hubiera quedado con Brax.”**

Q se congeló y se le dilataron las fosas nasales. La dureza se grabó alrededor de las líneas de su boca. **“No me vuelvas a mencionar ese nombre.”** Esa voz me puso la piel de gallina por toda mi columna vertebral.

Estoy perdiendo. Él no lo está viendo.

Le di una bofetada.

Mi palma le golpeó satisfactoriamente contra su barba de cinco días. Se echó hacia atrás en estado de shock, y se agachó como un cazador, asesino, monstruo. **“Vas demasiado lejos. Para antes de que te arrepientas.”**

Quería pisar mi pie como un niño. Formar una terrible rabieta para hacerle abrir los ojos.

Forzando las palabras entre los dientes, le dije, **“Te necesito. Necesito tus complejidades, tus sombras. Necesito tus látigos, cadenas y brutalidad. ¡Escúchame! Estoy dispuesta a darte una esclava que nunca se romperá, si me das lo que quiero a cambio.”**

Qladeó la cabeza, finalmente brillaba alguna pizca de comprensión sorprendida. **“Y, ¿qué es lo que necesitas a cambio?”** murmuró, tan cerca que respiraba su pregunta.

Mi cuerpo pasó de fuerte y desafiante a delicado. **“Necesito que me cuides. Prométeme que compartirás tu vida y que no me echarás. Quiero saber quién es Quincy. Quiero pertenecerle a Q. Quiero que seas sincero conmigo y yo también lo quiero ser contigo. ¿Te parece bien, Q? ¿Cuidar de mí por completo y darte lo que necesitas?”**

Dejó caer la cabeza, de repente empezó a acariciar mi cuello. Ocultando sus pensamientos y sentimientos en mis rizos rubios. **“Estás pidiendo un imposible. Me estás pidiendo un te quiero.”**

Mi corazón se apretó con el dolor de su voz. Sus ojos brillaban con agonía mientras se alejaba. **“No puedo. No sé cómo. Las cosas que hice por ti eran dóciles a lo que realmente quiero. No puedo detenerlo. No puedo controlarlo.”** Me empujó lejos, metiéndose las manos en los bolsillos.

Alejándose más, atrincheró una conexión adicional. **“¿Quién quiere hacer daño a alguien si se supone que se aman? ¿Quién quiere verlos retorcerse de dolor y completamente sometidos? Nadie cuerdo. Estoy jodido, esclave. No puedo darte lo que quieres.”**

Esclave.

Mi cuerpo se estremeció. El rostro de Q se apretó con necesidad, dándose cuenta de lo que decía.

“¿Has llamado a cualquier otra chica esclava?”

Sus ojos brillaron, sacudiendo la cabeza.

Di un paso adelante, atrapándolo en la chimenea. **“Cualquier cosa que piensas de ti mismo, te importa. Me diste el bloc de dibujo. Me diste lo que necesitaba después de ser violada. Eres una buena persona, Q. El héroe de tantas mujeres. Quiero hacerte feliz.”**

Q contuvo el aliento pesado, mirándome con ojos ilegibles cuando llegué arriba, ahuecando su garganta. Era más alto, quemaba con el poder que me dejaba dominarle. Le dije lo que vine a decir, lo que necesitaba escuchar para estar satisfecha.

Al presionar contra su laringe, le susurré, **“¿Te dolió echarme?”**

Cuando él no respondió, me incliné, apretando mis dedos. Tragó debajo de mi tacto, meneando la manzana de Adán con la masculinidad.

Miró, librando una batalla interna. Sabía que él quería hacer caso omiso, y podría hacerlo, no había nada que pudiera hacer para detenerlo, pero se dejó regirse, sólo por un momento. Finalmente, algo se desbloqueó en sus ojos; ardía la pasión del corazón demoledor. Él asintió con la cabeza.

“Sí.” Apenas podía respirar.

“¿Si te ha dolido?” Me apartó. Se alzaba sobre mí, recopilando sombras desde la sala, crepitando con energía.

“Sí, estoy jodidamente dolido. No he dormido bien en semanas. No pude ir a mi habitación porque me siento tan duro. Me he corrido dos veces al día recordando cómo te retorcías bajo el látigo. Cómo se sonrojaba tu piel y se ponía roja.”

Se detuvo, respirando duro. Su cuerpo suplicaba al mío y yo luchaba por mantenerme congelada. Arrastrando las manos sobre su cabeza, se obligó a sí mismo a continuar como si la confesión fuera lo más difícil que ha tenido que hacer. **“Eres todo lo que he estado buscando y eso me aterra. ¡Tu quieres que te lastime! Eres una maldita loca por burlarte de mí de esa manera.”** Con una rapidez impresionante, me besó con fuerza. **“Estoy aterrorizado por si termino matándote.”** Nos miramos a los ojos, superados por la verdad. Mi sangre se emocionó al pensar en sus deseos profundos. Con las manos temblorosas, desabroché su camisa, empujando a un lado su chaqueta. Cada botón, soplaba con más fuerza, hasta su pecho estaba tenso y jadeó. Mi propio aliento lo igualó.

“Basta, Tess.” Tragué saliva.

“No me matarás. No irías tan lejos.” Tracé los gorriones entintados en su piel, siguiendo las costillas, y los planos duros de sus músculos deliciosos. **“Sé que no te gusta lo que pasó con las mujeres que salvaste. Tú no vas a convertirme en una sombra rota de mí misma. Tu ferocidad me alimenta.”** Me agaché para morder su pezón, mordiendo fuerte para extraer la sangre. **“Lo que sea que me dedes, Puedo tomarlo... siempre y cuando sepa cómo te sientes.”** Mis dedos grabaron zarzas y alambres de púas alrededor de su costado, tirando de él hacia mí. Q rotundamente se negó a venir. Tensé los músculos de la espalda cuando negó mi solicitud.

Gemí, amando su fuerza. Su control. Pero yo lo quería cerca. Mirándolo penetrantemente, me presioné contra él desde los pies hasta el pecho. Q apretó los dientes, los ojos cada vez más pesados, con lujuria. Se quedó inmóvil, sin decir una palabra. Su poder, su rabia, llenó la biblioteca, amenazante. **“Cuéntame...”** murmuré. **“Háblame...”**

Q aspiró otro suspiro tembloroso mientras me puse de puntillas, lamiendo su labio inferior. Se suavizó. Las crestas del músculo en la base de su espalda temblaron, inclinándose hacia mí.

“Nunca tendré suficiente,” susurró. **“C’était la plus erreur grosse de ma vie à te renvoyer à lui.”** (Fue el mayor error de mi vida echarte).

Felicidad efervescente. Completa alegría sublime.

“¿Estás dispuesto a mantenerme? ¿Al diablo con la policía?” le lamí la comisura de los labios, capturando su suspiro irregular.

“No hubo acuerdo con la policía. Me felicitaron por salvar a una esclava tan fuerte.”

El tiempo se congeló. *¿Qué?* Me aparté, gimoteando cuando Q espetó: **“No se puede provocar y esperar a salir de allí sin pagar.”**

Sus brazos se apretaron alrededor de mí, arrancándome desde el suelo como si no pesara nada. Q me llevó al escritorio, deslizándolo fuera en un veloz movimiento. Los lápices cayeron, los papeles revoloteaban, y un portátil se estrelló contra el suelo.

Prácticamente me tiró encima, presionó sus caderas violentamente contra las mías. El humo y las palabras se desintegraron en cenizas, pero se aferraron a la lucidez.

Me arqueé, arañando sus antebrazos. **“Para... ¿Qué quieres decir?”** Mi cuerpo alejó el control, pero tenía que entender. *¿Qué demonios quiso decir?*

Q gimió, empujando su polla dura. De forma automática envolví las piernas a su alrededor, emocionada, llena de lava y necesidad.

“La policía sabe lo que hago. Una vez que las niñas están... mejor... ellas encuentran a sus seres queridos y las devuelven.” Sus ojos se cerraron mientras él empujó de nuevo, el cuerpo temblando de deseo. Rio oscuramente, inclinándose sobre mí. **“Han estado entrometiéndose en mi vida amorosa desde que tenía dieciséis años. Ellos pensaban que tú eras diferente. Dando a entender que yo te había tocado, más que ayudado.”** Sus ojos me quemaban con jade caliente. **“Me asustó como la mierda. Vieron la verdad y sabía que tenía que deshacerme de ti antes de que yo te matara, o peor... que te convirtieras en lo que otros maestros enfermos hacen a sus esclavos.”** Dejó de empujar, el repentino silencio me estremeció. **“¿No lo ves? Me importaba demasiado hacer lo que quería. Hice una promesa. No voy a romper jamás ese voto de nuevo.”**

Mi mundo cambió, pasó de redondo a plano. Pasó de blanco y negro a color, la noche se convirtió en día. Finalmente. El rompecabezas de Q Mercer tenía sentido, había puesto la pieza final. Quería abrazar, morder, abofetear y joderlo hasta la muerte. Él me dejó porque se preocupaba por mí. A pesar de que juró que nunca podría. Me reí. Hombres. Glorioso estúpido, hombre egoísta. Mi hombre. *Mío.*

Se quedó mirándome fijamente a los ojos, sin moverse aparte de un pequeño pulso de sus caderas, apenas detectable. Me sacudí, gimiendo mientras la unión de su bragueta hacia burlas por mi vestido. **“Rompe tu promesa. Ahora. Conmigo.”** Q negó con la cabeza, mientras presionaba las caderas más fuerte.

“No puedo dejarme libre.” Él gimió cuando lo besé. Envolviendo los brazos alrededor de su cuello, tiré mi ser entero en el beso.

Luchó por una milésima de segundo, antes de besarme de vuelta, hundiendo la lengua profunda y violenta, poseyéndome. Mi cerebro estaba confuso, respiraciones atrapadas, y yo ya no pensaba. Sólo sentía. Me mordisqueó el labio, luchando su lengua con la mía. Luchamos nuestra batalla sin palabras, corazones compitiendo con el mismo ritmo.

Rompió el beso. En lugar de lujuria y necesidad desenfrenada, él estaba... triste, a distancia.

Abrí mis piernas aún más. De ninguna manera iba a dejarlo pensar más en esto. Siseó cuando arqueé la espalda, ronroneando contra su rigidez. **“Te necesito, te necesito haciéndome daño.”**

Algo oscuro espesó el aire, y escondí la sonrisa. Quincy estaba perdiendo ante Q. Negros deseos desgarrando lentamente una jaula en la que se encerró a sí mismo. *Estoy ganando.*

“¿Me necesitas? ¿O me deseas?” gruñó, frunciendo la boca mientras empujaba duro.

Yo temblaba y me retorcí, tentando, colgando a la pequeña esclava sin sentido delante de un diabólico maestro. Jadeé, **“¿Hay alguna diferencia?”**

En mi mente, no la había. Ambos eran importantes. La vida y la muerte importaban con la forma

en que mi cuerpo se calentaba y se liberaba.

Me agarró el pezón a través de la seda del vestido, lo retorció, arrastrando otro grito de mi garganta.

“¿Me necesitas como un hombre, o como tu maestro?” dijo las palabras en trozos, una vena en su cuello se destacó cuando bajó la cremallera de sus pantalones, liberando su tensa erección. **“¿Es esto lo que estás pidiendo, esclava?”**

Asentí con la cabeza, incapaz de apartar la mirada de su enorme, deliciosa erección dura.

“Sí, dios, sí.”

Sus dedos me subieron el vestido hasta los muslos, e hizo a un lado mis bragas. Su dedo desapareció en mi interior sin juegos previos, pero estaba empapada por él. Me incliné alrededor de su toque, gimiendo con gratitud. Había pasado tanto tiempo desde que sentí tal rapsodia. Untó la humedad por encima de mi clítoris. Mis piernas apretadas con más fuerza, retorciéndose por el filo del fuerte de placer. **“Q ... Maestro.”**

Nunca rompiendo el contacto visual, recorrió los dedos alrededor de mi pájaro tatuado en la muñeca, bloqueándome en su dominio. Su toque rezumaba destreza sexual, doblando mi voluntad con nada más que la presión. **“¿Prometes decirme si voy demasiado lejos? ¿Prometes que nunca me dejarás quitar tu espíritu, tu lucha, tu fuerza? Tienes que prometer que siempre te mantendrás fuerte.”** Su dedo iba más profundamente, acariciando mi punto G.

Mi mente se disparó en blanco. ¿Quería que prometiera? Bien. Podía prometer. Había venido aquí para dárselo todo. Si lo necesitaba con sangre, lo firmaría. Firmaría cualquier contrato, si significaba que Q se entregara por completo. Su dedo empujó, presionando muy profundo, arrastrando necesidades oscuras a la superficie; apreté, hambrienta, desesperada por más. **“Respóndeme, esclava,”** dijo con voz áspera. Miré profundamente en sus ojos, encarcelando a ambos. Sus iris eran oscuros y heridos, sus párpados estaban pesados con la lujuria. **“Prometo que lucharé hasta la muerte antes de dejar que me rompas.”** Q retiró sus dedos, llegando más allá de mi cabeza para tomar un abrecartas. El fuerte destello de la hoja hizo que mi corazón volara salvajemente. **“Soy un hombre de negocios, Tess. No tomo promesas a la ligera.”**

Me deslicé hacia arriba, empujando mi vestido para cubrirme. Mi cuerpo vibraba por su toque, pero vi lo importante que era para él. Me dolía el pecho. Q iba a estar de acuerdo para mantenerme. Iba a permitirme compartir su mundo. Esperé con gruesa anticipación. Haría cualquier cosa para poner su mente en reposo. **“¿Me estás pidiendo que te trate como a una esclava, y también compartir mi vida contigo?”** Su rostro era cerrado, convirtiéndose perfectamente en Q de nuevo. **“¿Para permitirme controlarte, pero también ser un igual?”**

Asentí. **“Exactamente.”** Sus ojos brillaron y sus dedos se apretaron alrededor del abrecartas.

“Casi voy a robarte de nuevo, ¿sabes?” Mi corazón dio una patada. Luché contra una suave sonrisa.

“¿Quisiste hacerlo? ¿Por qué?” Resopló, sonriendo con ironía.

“Sabes por qué. Ha sido un infierno total y absoluto. *J'aurais Malheureux sans toi.*” (He sido miserable sin ti). Suspirando profundamente, añadió, **“La otra chica, Sephena, llegó de algún sádico malparido en Teherán una semana después de irte. Todo lo que podía hacer era pensar que en ti. Tú lanzándote a través de la puerta de mi casa, muy orgullosa.”**

Ahuecó mi mandíbula con dedos furiosos. **“La trajo Franco porque ella no soportaba el temor a un nuevo amo, completamente diferente a tu ferocidad.”**

Inclinó la cabeza, mirando lo que tenía en la mano. Determinación y aceptación asentado en su mirada. **“Nunca debes dejarme que te rompa completamente. Necesito tu fuego, tu temperamento, tu voluntad inquebrantable.”** Me deslicé fuera de la mesa, de pie sobre el arrugado papeleo, sin duda de una fusión de otro edificio.

“Ya te he dado mi promesa, y no tienes que robarme. Regresé.”

Tragó saliva, y su rostro se aclaró desde la confusión hasta los deseos misteriosos. Brillaba con vívida emoción. Era más alto, y la luz templaba su oscuridad cuando finalmente entendió lo que le ofrecí. Finalmente entendí que era lo suficientemente potente como para hacer frente a la bestia que vivía en él. Dejaría que me lastimara, pero nunca hasta arruinarme. **“Voy a tratar de darte lo que quieres a cambio de dos cosas.”** Tiró de un mechón rubio, trayéndome hacia adelante para plantar un beso muy duro en mis labios. **“Sólo pregunto.”** Murmuró contra mi boca: **“Quiero que trabajes para mí. Sé que terminaste tus exámenes. Estás cualificada.”** Miré hacia arriba con la boca abierta. Dos cosas me hicieron abrir la boca. Uno, él confiaba en mí para trabajar en su compañía multimillonaria, y dos: él me había espiado. Mi alma voló. No me dejó ir después de todo. *Estoy contenta de que me acosara y espiara.* ¡Maldición sí!, estaba extasiadamente feliz.

“¿Y el otro?”

“Otros dos en realidad.” Se enderezó, preparándose. Su rostro tronó con temperamento, rodando con nubes pesadas. **“Si vuelves a dormir con otro hombre, juro por Dios, que no seré responsable de lo que hago. Fuiste al hogar de ese chico, Brax. Compartiste su cama durante un mes. Esa fue la peor tortura, y me niego a hacerlo de nuevo.”** Respiró con fuerza, sacudiendo la cabeza, con los ojos atormentados.

Me lancé contra él, besándolo, subiendo sobre él. Me aplastó, sus dientes me golpearon los labios como si quisiera reemplazar todos mis pensamientos. No necesitaba intentarlo. Lo hizo sin esfuerzo. Cuando pude respirar de nuevo, le dije: **“Eso va para ti también. No hay otras mujeres. Soy la única para tu látigo y para follar.”**

Le exhibí mi tatuaje, y le dije: **“Este pequeño pájaro pertenece en tu jaula. A nadie más.”** Gimió, apoyándose contra el escritorio de nuevo, balanceándose. Me eché hacia atrás hasta que mis hombros tocaron la dura madera prensada. Le agarré la corbata y le obligué a plegarse más, me calentaba. Su pecho desnudo se asomaba entre la camisa desabrochada y corrí mis dedos hasta su espalda, silbando cuando se sacudió contra mí. Sin importarle que yo estuviera lasciva, descarada, ardiendo y todo tipo de cosas calientes. No importaban esas cosas. Había pasado tanto tiempo. Le necesitaba tanto. Q asintió.

“Suenas como un comercio justo.”

Le di una palmada ligera. **“¿Y tu última condición?”** Jadeé mientras sus labios bajaron por el lado de mi cuello, desapareciendo entre el valle de mis pechos. Q mordió mi pezón a través de mi vestido y abruptos relámpagos estallaron a través de mi vientre.

“Quiero cometer un asesinato”.

Mi corazón dejó de latir. **“Voy a matar a los bastardos que te lastimaron. Voy a asegurarme personalmente que toda su operación se queme hasta los cimientos.”**

Me aparté, mirándole a los ojos furiosos. Yo no podía respirar. *Quiere la misma venganza que quiero yo.* Ni siquiera tuve que preguntar. Vio más profundo de lo que alguna vez se daría cuenta. Sin embargo, nuestra relación no convencional, resonó con rectitud. Q me habló en un nivel mucho más profundo que el hombre y la mujer.

Yo creía plenamente que me hicieron para él y él fue hecho para mí. Dos mitades de la misma follada-cosa. Dos almas con los mismos deseos retorcidos, incapaz de ser totalmente libres hasta ser encontrados. Lancé mis brazos alrededor de él, respiré profundamente su aroma embriagador de cítricos y algo más oscuro, algo que tiraba de la energía de mi cuerpo. Trascendiendo mi alma de mi caparazón mortal, listo para ser reclamado y llevado. **“Tú eres el único, Q Mercer. Siempre fuiste el único.”** Q se sonrojó. La primera vez que había visto la timidez de un hombre tan fuerte y audaz. Un color rosa tintó sus pómulos perfectamente esculpidos, derritiéndome en un charco. *¿Me acostumbraré alguna vez a lo mucho que significa para mí? ¿Alguna vez quiero hacerlo?* Quería vivir mi vida en el séptimo cielo. Constantemente con temor. Constantemente necesitada.

Q apretó los dientes, pasando el abrecartas a través de una palma carnosa. Brotó una pequeña línea de sangre. Con su otra mano, agarró la mía, cerré los ojos mientras cortaba mi piel de la misma manera. La quemadura no era nada. Le di la bienvenida. Sabía lo que Q lo que quería hacer. Lo hizo completa y absolutamente consciente. Cualquier otra persona no vería lo mucho que yo necesitaba mezclar nuestras esencias, nuestras vidas, pero él lo hizo.

Este era un contrato entre dos monstruos luchando en la oscuridad. Nuestra sangre era tinta básica para un contrato por dolor y un sinfín de placer.

Estrechamos las manos y sonetos, truenos y cada elemento en el universo atravesó de él a mí. Me estremecí cuando Q gruñó, **“Prometo protegerte, arrasarte, cazar a los que te hagan sufrir, y darte la vida que te mereces. Mi fortuna es tuya. Mis secretos son los tuyos. Y yo te daré los cadáveres de los hombres que te lastimaron.”** Mi cuerpo vibraba con el pacto que estábamos haciendo. **“Me comprometo a luchar contra ti cada hora de cada día”** Sus labios se curvaron en una sonrisa cruel. **“Bienvenida a mi mundo, esclave. Lucharé por mis deseos cada segundo.”** Desenganchando nuestro agarre, untó nuestra sangre combinada en mi tatuaje. **“Eres el primer pájaro que solté y volvió. El único pájaro.”** Las lágrimas me inundaron la visión cuando le acaricié su mejilla.

“Siempre estaba corriendo a ti. Solo que no lo sabía. Mi libertad es tu cautiverio Q. Puedo volar cuando estoy contigo.” Se lamió los labios, había adoración y asombro en su mirada. **“Je suis à toi.”** (Yo soy tuyo).

Negué con la cabeza.

“Nous sommes les uns des autres.” (Somos el uno del otro).

EPÍLOGO

Q Mercer. Hace veinte años.

El silencio era mi amigo. Siempre lo había sido. Probablemente siempre lo sería.

De alguna manera, el aire me llevó, matando cualquier ruido que hiciera, me convertía en una sombra. Me moví con sigilo, como un fantasma. No se escuchaba ningún sonido.

Mis padres me perdieron durante dos días, y nunca salí de casa. Desaparecí dentro de la enorme mansión a la que llamábamos hogar, a la deriva de habitación en habitación. Robaba comida de la cocina y acampaba en el interior de las gigantes chimeneas, que nunca se usaban.

Los secretos eran difíciles de mantener ocultos cuando tenías ocho años. Vi la verdad de lo que sucedió, y me hizo mal de estómago.

Mi madre lo sabía, pero no hizo nada, prefiriendo el alcohol a mi padre. Y mi padre prefería esclavas a su esposa.

Yo tenía cinco años cuando oí por primera vez los gritos. Llamadas guturales de ayuda, llenos de angustia y dolor, seguido de un gemido horrible de placer éxtasis.

Ese fue el primer día que me metí en la habitación prohibida, y vi a mi padre golpeando y violando a una chica. Su culo ardía con color rojo mientras le daba por detrás.

Mi pequeño corazón se aceleró. Sabía que no debería ver esto. No lo entendí. Algo malo estaba pasando, pero yo era demasiado ingenuo para saber. Pero, en algún nivel, sabía exactamente lo que era.

Mi padre había herido a una mujer que no quería ser herida. Ella no había hecho nada malo como yo hacía algunas veces. Todo lo que ella hizo fue llorar. Sin embargo, mi padre la golpeaba con los puños y látigos. Disfrutando de sus gritos, su cara era de placer.

La escena se marcó en mi cerebro para siempre, de manera irrevocable me cambió.

Mi madre se enamoró cada vez más del alcohol, dejándome huérfano de madre, con una borracha.

Todo eso mientras mi padre amasaba dinero.

Él ya tenía un establo lleno de coches: Bugatti, Audi, Ferrari, y Porsches. Era dueño de un granero lleno de pura sangres. Pero no era suficiente. Quería seres humanos. Chicas.

Posesiones.

En mi octavo cumpleaños, trajo a casa a la duodécima chica. Pateó y gritó, hasta que le dio un puñetazo tan fuerte que perdió el conocimiento. Se atrincheró un ala completa de la casa para sus nuevas adquisiciones. Ningún miembro del personal se lo permitió. Pero yo sabía secretos que él no sabía. Había pasadizos en las paredes y podía mantenerme fuera.

Vi conductos de aire y cavidades en la pared. Mi estómago se retorció contra los actos cometidos a esas mujeres frágiles.

En lugar de sufrir una emoción en la infancia, un estremecimiento de vergüenza recubrió mi vida. Me revolcaba en la culpa. Mi propia carne y sangre arruinaron la vida de los demás.

Robaban su libertad y los convertían en objetos rotos.

Nunca amé a mi padre, pero día a día, crecía mi odio hacia él. Odiaba que me hubiera creado.

No quería tener nada que ver con él. Quería que se fuera.

En mi decimotercer cumpleaños, fui al establo mientras mi padre no estaba allí.

Las chicas me miraron con los ojos enrojecidos y con cara de susto. No se por qué fui. ¿Para ofrecer simpatía? ¿Comfort? Parecía tan estúpido, de pie allí. Me ofrecí a llevarles lo que quisieran, robar comida de la cocina, cualquier cosa para quitar esa desesperanza de sus ojos. Pero ellas gemían y se escondían; escapando de un escuálido muchacho de trece años de edad.

Su miedo me corrompió, y yo no podía soportar estar allí más tiempo. Pero les debía algo, cualquier cosa, era mi padre el que las arruinó, tenía que hacer lo correcto. **“Por favor. No quiero haceros daño.”** Mi voz sonaba tan alto como sus gemidos de ayuda.

Ninguna de esas chicas se acercaron a mí ese día, pero vi sus contusiones, las sombras bajo sus ojos, el vacío inquietante en sus almas. Yo no podía mantenerme lejos.

Al día siguiente volví y pronuncié una palabra que juré que nunca haría. La palabra que mi padre usaba mucho. **“Esclave, obedecerme.”**

Inmediatamente, las chicas se pusieron rígidas, cayendo de rodillas. Las doce se inclinaron, con el pelo largo, de colores diferentes, besando el suelo.

Ese fue el día que me enteré de la palabra rota. Todas estaban rotas. Completamente. Y yo no podía soportarlo. Con un solo comando, eran mías, y odiaba su debilidad tanto como odiaba a mi padre por crear tales criaturas miserables.

Ordené, **“Gatead para mí.”**

Sonidos de roce contra la alfombra.

“Parad.” Lo hicieron. Inmediatamente. Obediencia total.

Se pusieron de pie en círculo. Me gustaría ayudarles. Nadie debía ser roto sin posibilidad de reparación. Ningún otro ser humano tiene derecho a robar su vida.

Me gustaría convertirme en su salvador, y rehabilitarlas hacia la cordura.

Pasaron tres años antes de que consiguiera apoderarme de un arma imposible de rastrear. El internado en Londres me permitió mezclarme con niños ricos, aburridos con conexiones medias. Los criminales estaban alrededor de los ricos como moscas a carne podrida, y me aproveché.

He ganado una reputación de cerrado y enfadado. Cuando en realidad, he trazado constantemente cómo llevar a mi padre a la justicia. La reputación de mi familia le precedía y la gente me temía. Temía mi poder, mi propio legado de un magnate despiadado.

No hice nada para desilusionarles. El miedo era un arma poderosa y yo lo sabía. Vi cómo el miedo gobernaba a la mujer de mi padre.

Dos semanas más tarde, llegaron las vacaciones escolares. Viajé a casa en tren, con mi maleta de cuero y una pesada pistola negra en la cintura.

Odiaba ir a casa. No había nada allí para mí. Sólo necesitaba la eterna venganza.

Mi madre había muerto hace un año de la intoxicación por alcohol, dejándome solo. Era mi madre, pero nunca le prestó atención a su único hijo. Yo no pertenecía al mundo del alcohol, por lo tanto, yo no era importante.

La señora Sucre me dio la bienvenida a casa, y yo me escondí en mi habitación, limpiando mi nueva posesión. Miré las balas de latón brillante, y le di la bienvenida a la ira y a la rabia.

A las dos de la mañana, me fui de caza. La noche era la hora de jugar para mi padre. Sabía dónde encontrarlo.

Me moví en silencio, con los dedos apretados alrededor de la nueva compra.

Los gemidos de las chicas me golpearon el pecho. *Pronto. Pronto seréis libres.* Yo sabía que me iban a dar las gracias por lo que iba a hacer. Mi propia cordura me daría las gracias. Pronto, no tendría que vivir con la culpa de que no permití a mi padre seguir haciendo daño a tantas mujeres inocentes.

Mi padre nunca escuchó nada.

Me puse a su lado mientras él se follaba a una chica, sosteniendo sus coletas; su anciano culo se tambaleaba con confianza. Mis labios se curvaron con disgusto y gruñí. Las lágrimas de las chicas prendieron fuego en mi estómago.

Levanté la pistola y probando el peso. Mi mano estaba seca, no sudorosa o nerviosa. Mi corazón estaba seguro.

“Disfruta de tu último polvo, padre. Esta es la última vez que lo haces.”

Mi padre, el señor Quincy Mercer Primero, se detuvo, con la cara de color rojo brillante, con la papada temblorosa.

“¿Qué estás haciendo aquí, pedazo de mierda? Fuera. Te dije que esta parte de la casa está prohibida.”

Las chicas de toda la habitación, atadas en posiciones horribles, comenzaron a llorar. Algunas con sus cuellos atados a sus tobillos. Otras colgando del techo boca abajo. Las lágrimas fluyeron, pero la luz brillaba en sus ojos lentamente. El hambre, la venganza, la libertad.

Grilletes de quebrantamiento.

No volví a decir una palabra. ¿Qué había que decir? Apreté el gatillo.

El spray rojo era un fuego artificial horripilante. El cerebro de mi padre salpicó a la chica a la que todavía estaba follando.

Ella gritó y se limpió la cara con manos temblorosas.

Toda la habitación onduló con la oscuridad. Flexioné los brazos, de pie en el centro, respirando profundamente.

El reino de mi padre había terminado. Yo era el nuevo dueño del Imperio Mercer. A los dieciséis años, había heredado todas sus pertenencias, incluyendo el establo lleno de mujeres. Por un breve momento, me puse duro ante la idea de continuar el legado de mi padre. Sería tan fácil violar a una chica que estaba obligada, que era incapaz de moverse o de detenerme. Podría perder mi virginidad con una esclava. Podía hacer lo que quisiera. Un magnate despiadado, al igual que mi viejo.

Pero ahí de pie, con mi mente rebosante de tinieblas, sabía que nunca podría ir por ese camino.

Lo quería. *Ansiaba* la sensación de sumisión. Se me *caía la baba* al imaginármelo. Me *odiaba* a mí mismo por la venganza.

Yo era el hijo de mi padre, después de todo. De alguna manera, en cuanto lo maté, su maldad se metió en mí. Quería meterme una bala en mi propio cerebro porque sabía que nunca estaría libre de esos impulsos monstruosos.

Tenía la necesidad de correr. Rápidamente liberé a las mujeres y les di ropa vieja de mi madre.

Las chicas las aceptaron cuando se las di. Mantuvieron sus ojos bajos y sus bocas cerradas. Esa noche significaba un nuevo comienzo para todos nosotros.

Un año más tarde, había rehabilitado a doce mujeres. Muchas de ellas se fueron inmediatamente. Les di dinero y las mandé a su hogar. Unas pocas, necesitaron ayuda psicológica. Las llevé al hospital local y les pagué todas las facturas.

No necesitaba mentirle a las chicas respecto a por qué estaban allí. Todas conocían a mi padre y a sus gustos enfermos. Las alquilaba, sin importarle si algunas volvían sin vida.

La gente me había metido en el mismo saco, aunque me resistía a mi bestia interior. Quería más que nada mantener a esas chicas bloqueadas y encadenas, y subordinadas a mis deseos, pero nunca cedí. Siempre luchaba. Siempre luchaba.

La última chica que se fue era la hija de un jeque. Había sido un regalo por un acuerdo de propiedad lucrativa. Estuvo cautiva durante seis años, y ella sintió una especie de lealtad enferma hacia mí por liberarla.

La noche antes de irse, ella me atrapó en mi dormitorio. A las chicas se les permitía ir por toda la casa, aclimatándose lentamente a la libertad.

Cerré la puerta, dando a entender lo que quería con un solo clic de la cerradura.

Traté de rechazarla. Intenté apartarla. Ella no me debía nada, sobre todo su cuerpo, pero tomó el control, y me hizo hacer cosas que mi padre hubiera estado orgulloso. Perdí mi virginidad, no con dulzura y ternura, sino con azotes y degradación.

En cuanto todo terminó, me odié a mí mismo. Le di una patada, la metí en un avión privado y la envié a su casa. No podía soportar verla. Me recordaba lo bajo que había caído. Me recordaba que era igual que el hombre al que más odiaba.

Los años siguientes fueron una tortura. Necesitaba algo, porque el sexo normal no me lo daba. Necesitaba violencia. Necesitaba la sensación de completa sumisión de la propiedad. Mi sangre estaba contaminada. Nunca sería libre.

Entonces, empezaron los sobornos. A medida que crecía el imperio de mi padre, la gente quería favores de propiedad. Un edificio aquí. Subvenciones especiales aquí. Tenía amigos en lugares de gran alcance y los hombres me daban regalos. La reputación de mi padre me precedía una vez más, y en vez de cestas de regalo, recibía esclavas.

Comenzó lentamente, una al año. Luego dos. Hasta que, finalmente, me convertí en el rey de la aceptación de mujeres víctimas de la trata de un acuerdo de negocios. Me costó una fortuna aceptarlas y no tocar a ninguna de ellas.

Llegaban, rotas, temblando, a veces drogadas, a veces completamente dañadas. Me convertí en un padre, en un hermano, en su amigo.

La mayoría se recuperaron, pero otras... algunos no pudieron salvarse.

Pedí ayuda a la policía local. Juntos, hemos trabajado sin descanso. Me hicieron ciudadano ejemplar por mi 'caridad'.

Luego llegó Suzette. Tenía marcas de mordiscos por todo el cuerpo. Pelo afeitado, quemaduras de cigarrillos y los dedos rotos. Contraté a un mercenario para devolver el favor a los hombres que le habían hecho eso.

Tardé seis meses antes de que Suzette dijera una palabra. Y otros seis meses para que pudiera estar con ella en la misma habitación. Lentamente, empezó a trabajar alrededor de la

casa, haciendo de ama de casa, se convertía en un miembro de la casa, no en la esclava que era. Y yo la dejé.

Eso la ayudaba. Su piel pasó de pálida a rosada, sus ojos perdieron el pánico, y lentamente dejó de saltar cada vez que alguien aparecía, moviéndose en silencio.

Cuando le preguntaba si quería irse a casa, me rechazaba. Se arrojaba a mis pies, rogando quedarse. No tenía nadie por quien volver y profesaba amor por mí. Ella quería que la quisiera. Pero no podía. No podía usar a mujeres rotas. Nunca me encontraba a mí mismo en la secuela.

En lugar de ello, usé a profesionales. Jugaba con las mujeres que con mucho gusto aceptaban 10.000€ por un poco de dolor. Nunca estaba satisfecho, pero ese era mi sacrificio. No volvería a tocar a una esclava jamás.

Suzette se convirtió en fundamental para ayudar a las chicas a curarse. Se hizo amiga de ellas, y encontraron su camino de regreso a la felicidad más rápido.

Nuestro pequeño equipo había trabajado bien durante años. Me centré más en la propiedad que en salvar mujeres. Amplié la compañía al sudeste de Asia, Fiji, Nueva Zelanda y Hong Kong.

Entonces mi mundo se volvió del revés.

Llegó la esclava cincuenta y ocho.

En cuando se tropezó en el umbral, todas esas necesidades oscuras rugieron dentro de mí.

Quería tirarme por las escaleras y tomarla allí mismo. *Quería* follarla.

Era diferente.

No estaba rota.

Por primera vez, una esclava venía a mí escupiendo y viva. La inteligencia ardía en sus ojos y me puse duro, no podía controlarme. Sabía que no sería capaz de parar, y la odiaba casi tanto como me odiaba a mí mismo.

Finalmente conocí a una mujer con el mismo fuego y pasión que yo, y lo único que quería hacer era romperla. Quería que fuera mía en todo lo humanamente posible.

Yo era un bastardo enfermo y volvería a ir al infierno por fantasear así.

Después de haber luchado durante doce años contra la bestia, surgió de su jaula y se negó a volver. No podía ser denegada la vida útil de los impulsos. Ellos me alcanzaron, me mantuvieron como rehén, y caí en el papel de maestro con tan poco esfuerzo, como si fuera el verdadero yo. El verdadero yo. *El monstruo*.

Ella era mía.

Presente

Ella negó con la cabeza, mirando a mi alma negra con esos ojos gris paloma. “***Nous sommes les uns des autres.***” (Somos el uno del otro).

Dos emociones lucharon por el espacio en mi pecho. La bestia se tambaleó hacia delante, dispuesto a degradarla y hierirla, mientras que la otra quería reunir cada centavo de la suavidad que yo tenía.

Después de todo lo que hice. Después de todo lo que Lefebvre hizo... mi corazón se aceleró.

Ese bastardo de mierda. La ira negra se reunió de nuevo con el pensamiento de violarla.

Quería cavar su tumba sin nombre y desmembrarle pieza por pieza. Un solo disparo era demasiado bueno para ese imbécil.

Pero Tess sobrevivió. Era fuerte y brillaba. Nunca se rompió.

Me apreté contra ella de nuevo, silbando entre dientes por lo duro que estaba. Quería follarla tan fuerte, pero también necesitaba dominar otros impulsos.

“*Nous sommes les uns des autres,*” repetí, besándola profundamente. Su suave gemido envió a mi cordura fuera de control. ¿Cómo me las arreglaba para enviarla lejos? Volvió después de todo lo que le hice. Había sido un sangriento santo con la fuerza de voluntad de un ángel.

Yo lo había sacrificado todo, porque me negaba a romper a una mujer perfecta. Una mujer que brincaba en mi vida con la chispa y el fuego, amenazando con quemar mi propia existencia en el suelo.

“No puedo creer que hayas vuelto,” murmuré con el corazón galopante, aún no pudiendo creer el juramento de sangre que hicimos. Unté carmesí residual sobre su garganta, pasando los dedos a través de su clavícula.

Mis ojos cayeron al tatuaje de su muñeca. Puta mierda, ¿qué estaba tratando de hacer por mí? Ella le habló a la oscuridad en mi interior, y a pesar de su miedo, se puso de pie para mí. Quería ponerla en el suelo para hacerla obedecer, pero su rebelión también era mi perdición. Nunca me libraría de ella.

Tess Snow.

Tess *esclave*.

Mía.

Toda mía.

No puedo esperar más. Regresó con sus propios términos. Ahora es mi turno.

Me puse de pie, empujando mi erección en mis pantalones, haciendo una mueca por lo jodidamente difícil que era. Esta mujer maldita lanzó un hechizco sobre mí. Tess parpadeó, mirándome con esos ojos embriagantes de Bambi, rogándome que le follara y hacerle daño. Gemí. Si lo hice, no había vuelta atrás. Ella se convertiría en todo lo que necesitaba. Tenía que confiar en su voto. La promesa sería lo suficientemente fuerte. Tenía la esperanza de que dios estaba en lo cierto, porque me dio la bendición para luchar.

El monstruo rugió, golpeándose el pecho, se me hizo la boca agua al pensar en lo que estaba por venir.

Yo estaba hecho para ella y ella era mía, en todos los sentidos.

“Ven.” Le agarré la muñeca tatuada, masturbándola desde la biblioteca. Acechando a través del vestíbulo, sus pequeños pantalones enviados con lujuria en un reino de locura. Joder, la necesitaba. Para gritar, retorcerse y *sangrar*.

¿Qué clase de hombre necesita hacer sangrar a una mujer? Uno cuerdo no. *Estoy infectado. Envenenado. Destinado al infierno.*

Cerré el puño contra la puerta oculta debajo de las escaleras, empujando con violencia el panel de madera.

Tess se estremeció, pero no se alejó.

Levanté una ceja cuando la puerta se abrió, dándole una última oportunidad de admitir que cometió un gran error. No es que eso marcara ninguna diferencia. No iba a dejar que se fuera de nuevo. Esclava voluntaria o no. La bestia prefería involuntaria, porque estaba enferma. Muy enferma.

“Je suis à toi,” (Yo soy tuya) jadeó.

Apreté los dientes. Joder, sí, ella era mía. De nadie más. Tuvo suerte de que no era el chico estúpido cuando ella llegó a casa. Idiota. Dormir a su lado cada noche, tocarla. ¿No podía ver el tesoro único que tenía? Mi pecho se hinchó de orgullo. Tess lo dejó por mí. Ella era demasiado para un niño. Necesitaba un hombre con un demonio dentro.

Mi espalda ondulada con la tensión cuando la arrastré por las escaleras.

Las luces hicieron automáticamente un clic, iluminando la barra de teca oscura, la mesa de billar, y además, un estudio de grabación de música, y una sauna.

Tess no dijo una palabra mientras sus ojos se posaron en la mesa de billar, bombeando el pecho. Maldita sea, me iba a encantar tocarla esa noche. Había estado tan dispuesto a violarla, para tratar de deshacerme de la enfermedad de un solo golpe, pero luché demasiado, hacía demasiado calor. Quería torturarme a mí mismo con el impulso increíblemente doloroso para llenarla con mi erección.

Estaba bastante orgulloso de mi fuerza esta noche. Si tuviera que violarla, quién sabe si podría haber manejado todo lo demás.

Tess tropezó conmigo, incapaz de apartar los ojos de la mesa. La envolví, encarcelándola con mis brazos, gruñendo. **“¿Recuerdas mis dedos dentro de ti, esclavo? ¿Recuerdas lo mojada que estabas? Incluso entonces, tu cuerpo sabía que me pertenecía.”**

Ella se estremeció, apretándose tensamente, pero maleable y femenina al mismo tiempo.

“¿Vas a terminar lo que empezaste esta anoche? ¿Me llevas a la mesa de billar?” Una lengua rosada se lanzó entre mis labios, tentándome a no creer.

Joder, apenas podía soportar el dolor de mi erección.

“No. Tengo otra idea.”

Ella contuvo la respiración, sentía el pulso en su muñeca.

Los pensamientos racionales echaron la bestia a un lado. Me entró el pánico. ¿Cómo demonios iba a pasar esto? ¿Cómo iba a doler y entonces... no? *¿El impulso loco de tenerla nunca me iba a dejar?* Tenía que ver lo que hacía. No podía ser mi padre. Nunca.

La giré, atrapándola contra mi pecho, frotando mi erección contra su vientre. **“Tu piel es demasiado perfecta. Quiero dejar cicatrices en ella.”** Apreté los ojos cerrados. Yo sonaba como un enfermo, pero mierda, la idea de marcarla de forma permanente me volvía loco. Se movió, empujando las caderas contra mi muslo, montándose, y me volvió deliberadamente loco. Tan valiente, tan estúpidamente valiente. “Ya me hiciste cicatrices. Simplemente no puedes verlo.”

Aspiré una respiración. Las imágenes de su alma hecha trizas a causa de lo que hice me hizo estremecer.

Obligué a mis pensamientos que se fueran lejos, y gruñí, **“Sólo para que quede claro, yo soy tu amo y tu eres mía... eres esclavo. Voy a hacerte daño. Voy a follarte, y cuando hayamos terminado, voy a tratar de darte lo que quieres. Voy a tratar de hablar, o lo que quieras que haga.”** Suspiré pesadamente, tensándome cuando la negrura me reclamó. **“Pero**

no puedo prometerte que voy a ser capaz de hacerlo otra vez.” Tratando de ser semi-humano, exigí, **“¿Todavía quieres hacer esto? Sabiendo que no podría ser capaz de hacer otra cosa. ¿Hasta que no puedas más? ¿Hasta que estés seca?”**

Ella asintió, mordiéndose el labio, estrechando la boca con necesidad. **“Oui, maître.”** Los ojos gris-azul calientes, llenos de sexo y anhelo. Ella bajó la cabeza, los rizos rubios escondían su rostro; una emoción dominante disparó a través de mi cuerpo.

La libertad que ella me concedía, para permitir que mezclara mi oscuridad con la de ella, era indescriptible. Yo quería aplastarla con un abrazo, y nunca dejarla ir. Quería follarla con tanta fuerza que se rompiera en mis brazos. Quería besar su frente. Quería tantas cosas. Tantas cosas que nunca pensé que podría tener.

No podía dejar de mirarla. Ella se arqueó, presionando los labios suaves y frágiles contra los míos. **“Maître, castigame. Merezco ser castigada por follarme a otro hombre mientras estaba lejos de ti.”**

¿Qué mierda?

Mi cuerpo se estrelló. Mi mundo giró con azufre y el infierno. Envolví los dedos alrededor de su garganta. **“¿Te atreves a admitirlo? ¿Eres suicida?”** Le apreté hasta que apareció cierto miedo en sus ojos y me dio de comer. Mierda, me alimentaba. El miedo, la fragilidad. Podía borrar la existencia tan fácilmente de un ave delicada.

El horror templó mi ira; forcé mis dedos para que se relajaran. **¡Contrólate!**

“No soy suicida, pero necesito que me toques. Estoy en el filo de la navaja necesitándote, Q.”

Al oír mi nombre en sus labios se encendió la mecha que había intentado que no explotara. No más hablar.

Agarrando su pelo, la arrastré a la barra de cristal que había delante de la mesa de billar. No estaba de humor para juegos. Tenía ganas de alcohol y de mojarme.

La presioné sobre la barra, deleitándome con sus gemidos, sus gritos, sus pantalones sexys.

“Te arrepentirás de haber dicho eso, esclave. ¿Quieres ver lo oscuro que puedo llegar a ser? Bueno, no puedes verlo. No hasta que demuestres tu promesa. No hasta que confíe en que eres lo suficientemente fuerte.”

Envolví mis dedos alrededor de la base de su cráneo, colocando su mejilla contra la encimera de granito frío.

Se retorció, presionando su culo con fuerza contra mí. Maldita sea, esta mujer.

“¿Estás celoso? ¿Quieres borrar de mi memoria su polla? Porque quiero que lo hagas. Lo necesito. Q... por favor... Q.”

Mierda, ¿quién era este animalito? ¿La he creado o ha sido siempre así de retorcida? Mi piel se desató con un hormigueo. Las emociones que nunca había experimentado antes explotaron. Felicidad. Es cierto que la felicidad es desenfrenada.

La estreché. **“Estoy tan jodidamente celoso de ese chico. Estaba celoso de Franco cuando volvió de regreso contigo a Australia. Estaba celoso de Suzette por ganarse tu amistad. Incluso estaba celoso de mí mismo cuando te follaba. Joder, sí, estoy celoso. Enfermizamente celoso.”**

Tu boca se torció. **“Bien. Soy feliz.”**

Sacudiendo la cabeza, le agarré la parte posterior de su vestido gris, el mismo vestido que le compré, y arranqué hacia abajo la parte de atrás. Ella temblaba. Una vez que lo destruí, dejé al descubierto su espalda, culo y muslos.

Mi palma se crispó, no podía detenerlo. La azoté. Fuerte. Probablemente demasiado fuerte, pero ella gritó de placer, mi erección se sacudió y casi me corrí.

Al instante, su carne blanca se puso roja con la marca de mi mano. Gemí, acariciándola, con ganas de más, siempre anhelando más.

Cuando me quedé inmóvil, temblando con la necesidad de ir demasiado lejos, Tess me miró por encima del hombro. “**¿Un tortazo? ¿Eso es todo lo que sientes que merezco?**”

Literalmente, no podía soportarlo. La golpeé muy fuerte. Me quemaba y me picaba la palma. Las lágrimas brotaron de sus ojos, y molí mi erección palpitante contra su culo, casi derramándose.

Necesitando tener algo más en las manos, abrí el mini bar de abajo y saqué una botella de champán helado.

Arranqué la lámina de oro y hice estallar el corcho, estremeciéndome con tanta necesidad reprimida, no podía pensar con claridad.

Tess me miró, las lágrimas brillando en sus mejillas y sus pestañas. Su rostro obedientemente presionado contra el mostrador, sin decir una palabra.

Una vez que el penetrante olor del alcohol llenó el espacio, le di una sonrisa tensa, luego volqué el champagne caro en toda su espalda, empapando su cabello, haciéndola temblar con burbujas y escalofríos.

Tess gimió, retorciéndose, sus caderas trenzadas con las mías. Gruñí, bebiéndome la última gota de su culo rojo. Quería hacer mucho con ella, pero mi necesidad de correrme tomaba todo el control de mis manos.

Ella quería ver lo lejos que podía llegar. Nos esperaba un futuro lleno de pecado y libertinaje. Le enseñaría el significado de la oscuridad, la iniciaría en mi mundo.

Una emoción se disparó entre mis piernas y en mi vientre. Un futuro. Juntos.

Mi mente era incapaz de permanecer en un pensamiento conciso. Ella me lo dio todo de buena gana, una bandeja de sexo, lista para tomarla. A cambio, yo le daría una retribución a sus secuestradores. Quería poner los cadáveres a sus pies y demostrar que podía ser un monstruo, pero yo era *su* monstruo.

Una bestia que se convertiría en salvaje con ella.

Agachándome, le rompí el tanga blanco con los dientes, arrastrando la lengua ansiosa por un lado de su espalda, rodando sobre las costillas.

Sus costillas eran vírgenes, sin tatuajes, a diferencia de las mías. Yo había estado cuatro años añadiendo más y más aves cuando salvaba más y más esclavas.

El que Tess se firmara a sí misma como un pájaro me dijo lo profunda que era. Cuánto me necesitaba. *Todo de mí.*

El sabor de ella y del champán me empañaba el cerebro. Necesitaba más.

Golpeando mis rodillas, le agarré los tobillos, abriendo las piernas con fuerza. Deslizó las manos agarrando la encimera. “**Q... dios, sí.**”

Su voz vibró a través de mí, enviándome lujuria a toda marcha. Me quité la corbata de un solo golpe. Sus ojos se abrieron. “**No, no te voy a poner una mordaza. Puedes estar tranquila.**”

Incliné la cabeza, mirándola. **“Esclave, obéi.”** (Obedece). Cerró los ojos, separando los labios ligeramente. Le puse los dos extremos detrás de la cabeza, se sentía como riendas. La controlaba por completo, lista para ser montada en un frenesí.

Até los extremos de forma rápida y reanudé mi posición entre sus piernas. Goteaba con humedad y champán. Era la más deliciosa vista que jamás había visto.

Gimiendo, le lamí las burbujas, trazando para arriba y para el interior de sus muslos.

Ella se resistió, abriendo las piernas aún más.

Joder, sabía increíble. Suave, llena de humo y haciendo alusión a las orquídeas y a las heladas.

Cuando pasé una lengua sobre su clítoris, tuvo un espasmo, gimiendo, rezumando lágrimas.

Saqué los dedos en los muslos, manteniéndolos constantes. Mi erección me dolía muchísimo en los pantalones. Quería empujarla dentro de ella.

Pero primero, quería lamerla y ahogarme en su gusto. Sin previo aviso, espoleé mi lengua en ella. Gritó, amortiguada por la mordaza, inspirándome a lamer más fuerte. El fuerte olor a champán se ahogó en su dulzura. Néctar sólo para mí. Un afrodisíaco. Quería morderla, marcarla, violarla.

Perdí la noción del tiempo mientras adoraba su carne rosada. No necesitaba el tiempo para lo que estaba haciendo aquí. Nunca quería volver a comer a menos que tuviera el sabor de Tess. De mi erección salía líquido preseminal, palpitando con urgencia para sustituir a mi lengua y follarla. Los juegos serían para otro día. Cuando no estaba a punto de correrme como un puto niño de colegio.

Me puse de pie, respirando con dificultad, limpiándome el jugo de Tess de la barbilla. Me quité el cinturón, mis ojos se abrieron con violencia. Tiré el cuero de los bucles, con un peso en mis manos.

Con los ojos llenos de lujuria, Tess me miró por encima del hombro. Sus labios se separaron e hizo una mueca detrás de la mordaza, con las mejillas rojas por la pasión.

Doblé la cinta por la mitad, mis palmas de las manos tocaban la hebilla de metal. Me golpeé la palma, haciendo una mueca por el aguijón, amando cómo jadeaba más fuerte.

Incliné una ceja. **“¿Esto es suficiente castigo por haberte follado a otro?”**

Durante un momento, ella paró. Esperaba un no. Un gemido, una súplica para que siguiera. En cambio, con un brillo azul agudo en sus ojos, negó con la cabeza tímidamente. Ladeó la lengua de la mandíbula, el cuerpo me pedía que le quitara la mordaza. No quería, pero estaba obligado.

Ella contuvo el aliento mientras yacía empapada en el mostrador. Durante una milésima de segundo, no habló, intoxicándose con sus pantalones. Entonces ese atractivo brillo peligroso apareció de nuevo. Dijo, **“No me azotes, monstruo. Te lo dije, no quiero esto. Déjame ir.”**

Oh, joder. Dios. Negación. Violación. Ira. Delirio delicioso.

Mis ojos se cerraron y la bestia volvió a la vida. **“Joder, esclave. Te dije que no me tentaras.”**

Mis manos se cerraron alrededor del cuero, dándole con fuerza. Esta mujer perfecta estaba a punto de recibir los azotes de su vida. Y luego la follo. Fuerte.

Ella me dejaba hacerle cosas impensables. Me dio todo lo que necesitaba y más. Alimentaba a mi hombre y a mi bestia, por eso nunca sería libre de nuevo. Estaba en mi jaula y nunca abriría la puerta. Ella era la clave. La clave para mi felicidad.

Acariciando su culo, levanté la mano. En el momento de la anticipación estábamos los dos temblando sin control.

Golpeé.

El cinturón silbó a través del aire, la conexión con su piel-champán húmedo con un fuerte *golpe*.

Ella gimió y se mordió los labios, apretando los ojos con fuerza.

Mis caderas se sacudieron por propia voluntad, follándome al aire cuando golpeé una y otra vez. Nunca en el mismo lugar dos veces, le he decorado el culo con rayas de color rojo. No pude conseguir suficiente oxígeno; aumentó el pecho y cayó con cada golpeo.

Perdí el control y golpeé duramente, brotaba un pequeño hilo de sangre. Ella gritó, alejando su culo, pero la mantuve inmóvil. **“Todavía no he terminado contigo, Tess. Diez momentos para correr. Diez momentos para quedarte. Y diez momentos para volver a la guarida del monstruo cuando voluntariamente estabas en libertad.”** Casi no reconocía mi voz, que estaba muy espesa por el deseo.

“Demasiadas. No puedo darte más.” Las lágrimas goteaban y toda su cara estaba desconsolada.

“Tú eres la que quería oscuridad. Te daré oscuridad.”

Y lo hice.

Treinta piezas de oscuridad.

Treinta momentos de deliciosa tentación que hicieron que mi vida parecía cósmicamente brillante en comparación con el negro en el que vivía.

Tess gritaba y sollozaba, pero debajo de todo eso era una corriente subterránea de necesidad sexual. Su humedad seguía corriendo, más gruesa, más cremosa que el champán. Podía odiarlo, pero a ella le encantaba.

Una vez que el último beso golpeó su culo perfecto, tiré el cinturón y en el mismo segundo, me desabroché la bragueta, empujando mis pantalones abajo, y me saqué la erección.

“Flexiónate,” le pedí, empujando su espalda, flexionándose a mi voluntad.

Ella obedeció, gimiendo mientras mi chaqueta de cachemira frotaba contra la piel irritada.

Y dejó de llorar.

Me sumergí tan profundo, tan rápido, sus pies dejaron el suelo y se deslizó sobre el mostrador húmedo de champán. **“Oh joder, sí,”** gruñí.

Su espalda se arqueó con un grito encantado surgió de ella. Le pasé un brazo alrededor de los pechos desnudos, sosteniéndola en posición vertical. Mis caderas se clavaron en las de ella, tratando de poseer cada pulgada.

Mi erección estaba hambrienta, desesperada, ondulante con las ganas de llenar.

Ella es tan fuerte, está tan mojada.

Me deslicé dentro y fuera, empujando profundamente hasta que mis bolas golpeaban contra ella.

“Oh, dios, he echado de menos esto,” exclamó. **“Te he echado de menos. He echado de menos el dolor.”**

“Cállate, esclave.” Empujé, torciéndole el pezón y mordiéndole el cuello. Me temblaba la mandíbula con la necesidad de extraer la sangre de nuevo. Estaba salvaje por su sangre. Era la mejor droga. El elixir de la bestia en mi interior.

Su calor, la carne me quemaba en el bajo vientre; no podía pensar en otra cosa que follarla. Perdí el control. Difundí la postura, envolví los dedos alrededor de sus caderas, me entregué a la oscuridad.

“Cógeme, Tess.”

“Ya te he cogido, *maître*.”

La golpeé, más allá de cuidar que sus caderas chocaran con el granito duro o las rodillas magulladas contra los gabinetes. Estaba centrado en el placer.

Ella gritó, empujando hacia atrás, instándome a ir más fuerte, *fuerte*.

No podía respirar, exigiéndome que brotara en esta esclava increíble. Esta mujer que me puso el mundo del revés. Esta mujer... que era la clave de mi perdición.

Gruñí como una bestia salvaje que se entregaba al placer. La sensación estalló en mis muslos, mis bolas y en mi erección. Empujé como un monstruo con sólo unos segundos para vivir, llenándola, marcándola, asegurándose que ella sabía quién era su maestro.

En el momento en que salió a borbotones, ella se apretó a mi alrededor. **“Joder, sí, Q. Oh, dios. Córrete para mí. Te necesito. Dámelo.”** Ella arrancaba cada gota que tenía que darle.

Sufrí un espasmo y me retorcí cuando la intensidad prepotente se reemplazó por el placer caliente, pero no me atreví a dejar de mecarme en su interior. Nunca quise dejar su calor, la humedad oscura. Era donde yo pertenecía.

Ella estaba floja, respirando como un mirlo atormentado. Mis piernas se debilitaron y tambaleaba. Tiré de ella en mis brazos, en dirección al suelo en una maraña de cuerpos sudorosos y de champán.

Ella se echó a reír cuando la puse sobre mi vientre, protegiendo su desnudez de los azulejos fríos. Aunque agotado, mi erección no se suavizó.

¿Nunca iba a tener suficiente de ella? ¿Jamás iba a demostrarle lo oscuro que podía llegar?

Ella fue a apartarse, pero la entrelacé entre mis brazos con más fuerza. **“¿Dónde te crees que vas?”**

“Pensé que te estaba aplastando.” Ella movió su culo, enviando chispas a través de mis bolas. Después de un mes de no autorización, ella no se iba ir con tanta facilidad.

Le golpeé suavemente el vientre, consciente de que su culo estaba dolido después de la correa. **“¿Crees que he terminado contigo, *esclave*?”** Le acaricié la oreja, lamiéndola suavemente. **“Apenas he comenzado.”**

FIN

Quintessentially Q

“Toda mi vida he luchado con el conocimiento de que estaba jodido porque quería algo tan deliciosamente oscuro, malo en muchos niveles. Pero, entonces, la esclava cincuenta y ocho entró en mi mundo. Silbando, luchando, con un núcleo de hierro, me mostró una existencia en la que dos errores hacen un acierto.”

Impulsado por la venganza contra su padre, Q juró que nunca tocaría a una esclava. En cambio, pasó toda una vida luchando contra los impulsos oscuros, la necesidad de hacer daño, y se lanzó a salvar aves rotas. Dedicando su casa y su fortuna para arreglar los errores de los demás.

Hasta Tess.

Después de sobrevivir todo lo que la vida le había lanzado, Tess emergió de las cenizas como una mujer con fuego y espíritu. Su pasado no la rompió, no importaba las veces que lo intentó Q, y en un giro del destino, ella lo rompió a él. Juntos, se arreglaron el uno al otro.

Tess lo completó. Q era de Tess de manera irrevocable. Pero ahora, debían aprender los límites de su relación poco convencional, mientras que Tess buscara vengarse de los hombres que la vendieron. Q hizo un juramento de sangre para entregar sus cadáveres a los pies de Tess, y eso es justo lo que va a hacer.

Podía ser un monstruo, pero era el monstruo de Tess.

Pico furtivo dentro de Quintessentially Q...

Prólogo

Pensaba que yo iba a ser una pesadilla, su terror y oscuridad. Quería serlo. La necesitaba más que la comida o la luz del sol. Sólo cuando ella entró en mi vida empecé a vivir, embriagado por su gusto, sus gritos y su alegría.

Pero nuestro jodido cuento de hadas no tenía exactamente un final feliz.

Tess.

Mi Tess.

Mi esclavo, tan fuerte, feroz y sexualmente miedosa, no era suficientemente fuerte para lo que pasó.

Su jaula ya no me pertenecía.

Era de ellos.

Sobre la autora

Pepper Winters tiene muchas facetas. Algunas de ellas son escritora, lectora y a veces esposas. A ella le encantan las oscuras historias tabú que te retuercen la cabeza. Cuanto más torturado es el héroe, mejor, y constantemente piensa en maneras de romper y juntar sus personajes. Ah, y el sexo... sus libros tienen sexo.

Le encanta viajar y tiene un increíble y fabuloso maridito que pone al día con sus historias de amor con sus novios, los libros.

Sus libros estrella son "Tears of Tess" seguido de "Quintessentially Q". No pensaste que Q nos iba a dejar tan pronto, ¿verdad? Sus otros dos títulos, "Last Shadow" y "Broken Chance" llegarán pronto.